



**REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO RURAL “GERVASIO RUBIO
DOCTORADO EN EDUCACIÓN**



Línea de investigación Realidades didácticas de la carrera docente

LAS COMPETENCIAS EMOCIONALES EN EL DESARROLLO ACADÉMICO DE LOS ESTUDIANTES DE BÁSICA PRIMARIA

Tesis presentada para optar al Grado de Doctor en Educación

**Autor: Bastos, Jeisson
Tutor: Dra. Flórez,
Arelys**

Rubio, marzo del 2026



**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO RURAL "GERVASIO RUBIO"
SECRETARÍA**

A C T A

Reunidos el día viernes, seis de marzo de dos mil veintiséis, en la sede de la Subdirección de Investigación y Postgrado, del Instituto Pedagógico Rural "Gervasio Rubio," los Doctores: ARELYS FLÓREZ (TUTOR), ANA LAGUADO, CÉSAR ROSALES, LEYMAR DEPABLOS Y ROBERTO ASÍS, Cédulas de Identidad Números V.-13038520, V.-11111825, V.-9246689, V.-16420722 y CC.-17956069, respectivamente, jurados designados en el Consejo Directivo N° 695, con fecha del 28 de Enero de 2026, de conformidad con el Artículo 164 del Reglamento de Estudios de Postgrado Conducentes a Titulos Académicos, para evaluar la Tesis Doctoral Titulada: "LAS COMPETENCIAS EMOCIONALES EN EL DESARROLLO ACADÉMICO DE LOS ESTUDIANTES DE BÁSICA PRIMARIA", presentado por el participante BASTOS CAMARGO JEISSON, cédula de ciudadanía N° CC.-1090437604/ pasaporte N° P.- AW314747, como requisito parcial para optar al título de Doctor en Educación, acuerdan, de conformidad con lo estipulado en los Artículos 177 y 178 del Reglamento de Estudios de Postgrado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador el siguiente veredicto: **APROBADO**, en fe de lo cual firmamos.

DR. ARELYS FLÓREZ
C.L.N° V.- 13038520

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO RURAL GERVASIO RUBIO
TUTOR

DR. CÉSAR ROSALES
C.L.N° V.- 9246689

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO RURAL GERVASIO RUBIO

DRA. ANA LAGUADO
C.L.N° V.- 11111825

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO RURAL GERVASIO RUBIO

DRA. LEYMAR DEPABLOS
C.L.N° V.- 16420722

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO RURAL GERVASIO RUBIO

DR. ROBERTO ASÍS
C.L.N° CC- 17956069

UNIVERSIDAD DE SANTANDER COLOMBIA

CONTENIDO GENERAL

	pp
RESUMEN	VII
INTRODUCCIÓN	1
SECCIÓN I	4
EL PROBLEMA	4
Planteamiento Del Problema	4
Objetivos de la investigación	16
Objetivo general	16
Objetivos específicos.....	16
Justificación e importancia del estudio	16
SECCIÓN II	21
MARCO TEÓRICO REFERENCIAL	21
Antecedentes de la investigación	21
Bases teóricas	27
Las Emociones primarias en la educación	27
La Educación Emocional	32
Inteligencia emocional	36
Competencias Emocionales	41
El rol del docente en el desarrollo de competencias emocionales	45
Modelos teóricos que fundamenta las competencias emocionales	49
Teorías que fundamentan la investigación	53
Bases legales	65
SECCIÓN III	69
MARCO METODOLÓGICO	69
Paradigma interpretativo.....	69
Enfoque cualitativo	71
Método fenomenológico	72
Fases de la Investigación	73
Escenario e Informantes Claves.....	75
Criterios de Rigor Científico.....	78
Técnicas e Instrumentos de Recolección de la Información.....	78
Técnicas de Análisis Y Procesamientos de La Información	79

SECCIÓN IV	81
PRESENTACIÓN DE LOS HALLAZGOS	81
Categoría: Competencias emocionales	84
Subcategoría: Concepciones	89
Subcategoría: Tipos de emociones	97
Subcategoría: Estrategias de enseñanza	105
Subcategoría: Estado emocional y rendimiento académico	113
Subcategoría: Desarrollo emocional	123
Categoría: Desarrollo académico y emocional	132
Subcategoría: Emociones y aprendizajes	137
Subcategoría: Regulación emocional	144
Subcategoría: Estado emocional y socialización	153
Subcategoría: Manejo emocional	163
SECCIÓN V	171
TEORIZACIÓN	171
Competencia emocional en el desarrollo académico	174
La competencia emocional como puente entre el saber y el contexto	190
Rol del docente como mediador académico desde la idea de competencia emocional	199
SECCIÓN VI	212
CONSIDERACIONES FINALES	212
REFERENCIAS	217

INDICE DE TABLAS

TABLAS	pp.
1. Informantes clave	77
2. Categorías de estructuración de los hallazgos	84

INDICE DE FIGURAS

FIGURAS	pp.
1. Concepciones.....	97
2. Tipos de emociones	105
3. Estrategias de enseñanza	113
4. Estado emocional y rendimiento académico	122
5. Desarrollo emocional.....	132
6. Emociones y aprendizajes.....	144
7. Regulación emocional	153
8. Estado emocional y socialización	163
9. Manejo emocional	170



**REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO RURAL “GERVASIO RUBIO
DOCTORADO EN EDUCACIÓN**



Línea de investigación Realidades didácticas de la carrera docente

**LAS COMPETENCIAS EMOCIONALES EN EL DESARROLLO ACADÉMICO DE
LOS ESTUDIANTES DE BÁSICA PRIMARIA**

Tesis presentada para optar al Grado de Doctor en Educación

Autor: Bastos, Jeisson

Tutor: Dra. Flórez, Arelys

Fecha: marzo 2026

RESUMEN

La dimensión emocional juega un papel central en el desarrollo académico de los estudiantes de básica primaria, donde las experiencias afectivas influyen directamente en la atención, la motivación y la participación. En esta etapa, las emociones no son solo estímulos subjetivos, sino motores que permiten o dificultan la construcción de hábitos de estudio y la relación con el conocimiento. Por tal motivo, la tesis se enmarcó en el siguiente objetivo general: generar constructos sobre las competencias emocionales para el desarrollo académico de los estudiantes de básica primaria de la institución educativa Buenos Aires de la ciudad de Cúcuta, departamento Norte de Santander, Colombia. Como fundamento metodológico se asumió el enfoque cualitativo, desde el paradigma interpretativo y el método fenomenológico, como informantes se consideraron tres docentes, tres estudiantes y tres padres de familia. El instrumento fue la entrevista y para procesar los datos se utilizó la categorización, contrastación y triangulación. Como resultado se precisó que las competencias emocionales en el desarrollo académico de la básica primaria abarcan autorregulación, empatía, motivación, gestión de emociones negativas, habilidades sociales y participación. Su desarrollo facilita un aprendizaje más profundo, sostenible y equitativo, al proporcionar las herramientas necesarias para enfrentar desafíos, colaborar y construir significados. Ante ello, los resultados que emergieron son relevantes porque buscaron reconocer que el contexto escolar influye significativamente en la expresión de la inteligencia emocional. Un ambiente que favorece la curiosidad, la seguridad afectiva y la comunicación abierta facilita la identificación de emociones y la práctica de respuestas adaptativas, mientras que contextos estresantes pueden dificultar estas habilidades, reduciendo la participación y aumentando conflictos.

Descriptor: Competencias emocionales, desarrollo académico, educación.

INTRODUCCIÓN

En el nivel de básica primaria, las emociones se manifiestan con mayor claridad y complejidad, influyendo tanto en el aprendizaje como en las relaciones con pares y docentes, por ello, la formación emocional no es un añadido, sino un eje transversal que orienta prácticas pedagógicas y toma de decisiones cotidianas, donde es imprescindible reconocer que las emociones condicionan la atención, la memoria y la motivación para participar en actividades curriculares diversas, la escuela, por tanto, debe crear espacios seguros donde expresar sentimientos y gestionar conflictos de forma constructiva. Esto implica una revisión de las dinámicas de aula, promoviendo normas claras y apoyos emocionales accesibles para todos. La presencia de estrategias explícitas ayuda a normalizar la conversación emocional entre niños y docentes.

Las competencias emocionales emergen como herramientas para gestionar la frustración, la curiosidad y la perseverancia ante retos escolares. Así, la educación debe valorar tanto las capacidades cognitivas como las condiciones afectivas que favorecen el aprendizaje sostenido. En este marco, el aula se convierte en un espacio de apoyo emocional que facilita la exploración de conceptos y la consolidación de habilidades. La autorregulación emocional se presenta como una competencia clave en primaria, porque permite a los niños gestionar impulsos, planificar tareas y mantener la atención durante las actividades académicas. Cuando los docentes favorecen estrategias de respiración, pausas reflexivas y objetivos claros, se reducen interrupciones y se incrementa la capacidad de mantener el foco. Esta regulación también favorece la tolerancia a la frustración y la posibilidad de reintentar ante errores. En la práctica, se ve reflejado en rutinas diarias, acuerdos de clase y expectativas consistentes que brindan seguridad psicológica.

La empatía y las habilidades sociales son otro pilar que sostiene el aprendizaje en primaria. Los estudiantes que cultivan la capacidad de ponerse en el lugar del otro desarrollan mejores dinámicas de cooperación y resolución de conflictos. Estas competencias facilitan discusiones en grupo, intercambio de ideas

y apoyo entre pares, lo que enriquece la construcción colectiva del conocimiento. Además, un clima escolar empático favorece la inclusión y reduce brechas socioculturales que pueden afectar el rendimiento. La motivación intrínseca se fortalece cuando los docentes conectan las tareas con intereses y significados personales. En básica primaria, diseñar actividades que despierten curiosidad, juego y exploración propicia un aprendizaje más profundo y duradero. La retroalimentación positiva y el reconocimiento al esfuerzo refuerzan la autoeficacia, aumentando la disposición a enfrentar desafíos. Este enfoque promueve autonomía y responsabilidad, al tiempo que mantiene el compromiso emocional con el proceso educativo.

La gestión de emociones negativas, como la ansiedad ante evaluaciones o el miedo al error, es imprescindible en el desarrollo académico. Las competencias emocionales permiten a los estudiantes identificar estas emociones, buscar estrategias de afrontamiento y reorientar la atención hacia metas realistas. Los docentes pueden apoyar mediante prácticas de evaluación formativa, comentarios constructivos y ambientes que normalicen el error como parte del aprendizaje. Este manejo emocional contribuye a una mejor memoria y rendimiento académico. La autorregulación cognitiva se beneficia de facilitar estrategias metacognitivas simples para niños de primaria, como planificar pasos de una tarea, monitorear la comprensión y ajustar estrategias. Cuando estas prácticas se integran con el manejo emocional, los estudiantes aprenden a priorizar tareas, gestionar el tiempo y persistir ante dificultades. La conexión entre emoción y pensamiento favorece una gestión más eficiente de la carga educativa y la organización del estudio.

La participación activa en el aula está estrechamente ligada a las competencias emocionales, ya que un entorno seguro estimula la expresión de ideas y la toma de riesgos intelectuales. Los estudiantes que se sienten valorados y escuchados se atreven a plantear preguntas, compartir estrategias y colaborar, lo que enriquece el proceso formativo. La interacción entre pares se convierte en una fuente de aprendizaje social que complementa las explicaciones del docente.

Ahora bien, los momentos de esta investigación, atendiendo a lo expuesto en el Manual de Trabajos de Grado de Especialización y Maestría y Tesis Doctorales de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL, 2022), se sistematizan por medio de secciones. El primero de estos refiere todo lo que tiene que ver con el momento lógico: la descripción de la problemática, el diseño de objetivos y la justificación de la investigación. En el segundo apartado, se aprecia el marco referencial, tanto en lo filosófico como en lo teórico, en el que se atienden todos los fundamentos que definen desde el punto de vista conceptual, así como desde lo ontológico y epistemológico, el objeto de estudio. En la sección III, se considera el momento metodológico con los lineamientos, en relación con la planeación de los diferentes elementos que harán parte del desarrollo del presente estudio investigativo.

En la sección cuatro, se muestran los resultados de la investigación organizados por medio de categorías y subcategorías que muestran la visión de los informantes en el marco de expresar los elementos que conforman la realidad y que explica los procesos de estructuración de la realidad en el marco de dar sentido a la idea central del problema. En el mismo orden de ideas, se presenta la sección cinco constituida por tres constructos que dan razón de los argumentos obtenidos como hallazgos y que buscan involucrarse en aspectos esenciales de la formación emocional desde la idea de competencias como fundamento base para estructurar un pensamiento educativo y social sobre la idea de educar a los niños de básica primaria en Colombia.

SECCIÓN I

EL PROBLEMA

Planteamiento Del Problema

El ser humano está inmerso en el descubrimiento de las diversas sensaciones con las emociones (E) desde su nacimiento, donde se hacen primordial para el desenvolvimiento de su vida y en la interacción con los demás individuos. En el caso de los niños y las niñas (NN) es esencial que se construya una personalidad para el progreso de cada una de las etapas en el desarrollo de su vida. Por consiguiente, las (E) favorecen la comunicación con cada uno de los individuos que integran el entorno familiar, escolar y social iniciando con la actitud de los padres, madres y cuidadores. Desde esta perspectiva, es importante tener claro un concepto de las (E) desde el desarrollo e interacción de los (NN) dentro de su contexto familiar. Benavent (2021), concibe a las emociones como: “una reacción afectiva intensa de aparición aguda y con una breve duración, determinada por un estímulo que proviene del ambiente.

Su aparición provoca una modificación en el nivel somático, psíquico y vegetativo” (p. 22). Desde la visión del autor, las (E) representan maneras de expresarse desde distintas tonalidades dependiendo del sujeto en el estímulo con el ambiente y demás sujetos que lo acompañan. Desde el nacimiento, las (E) se hacen presentes en la vida de las personas, por ello, en el ámbito escolar juegan un papel importante en la personalidad e interacción social de los educandos. De allí que, en

cada momento de la vida, las (E) aparecen e intervienen en las relaciones que se establecen con la familia, los amigos, el entorno social, los compañeros de clase y docentes; es decir, los (NN) al momento de relacionarse involucran las (E) y sienten a la escuela como un segundo hogar.

En tal sentido, la psicología y la neurología han demostrado avances en el campo de las (E), cuestionando a las instituciones educativas sobre la importancia de incluir en los currículos las competencias emocionales (CE) y la formación del recurso docente. En este mismo contexto, en las últimas décadas, los países han unido sus esfuerzos para realizar estudios, sobre el papel de las emociones en los docentes y los (NN). Según la Organización Mundial de la Salud OMS (2022) plantea: “La salud mental (SM) tiene un valor fundamental para la esencia de cada persona. Interviene en cómo pensamos, sentimos y actuamos. Respalda nuestra competencia para tomar decisiones, fortalecer relaciones y construir el mundo en el que vivimos” (p. 35).

La (SM) es un derecho esencial para todos, especialmente se debe asegurar que los (NN) gocen de este beneficio, para que logren el manejo adecuado de las emociones en cada situación y contexto de su proceso de formación; siendo consideradas las (E) como el motor que permite el desenvolvimiento dentro de la sociedad y con los miembros que forman parte de ella; la (SM) es requerida para el desarrollo de las habilidades cognitivas, para tomar de manera adecuada las decisiones y afrontar de forma responsable las dificultades sin tanto estrés, estar siempre listos para adaptarnos al cambio mediante entendimiento y comprensión de las emociones.

En la (SM), las (E) son relevantes, por tanto, generar (CE) en los estudiantes forman parte esencial del manejo de las (E) porque les permite intervenir de manera correcta en cada una de las situaciones o hechos que deben afrontar en la escuela y en la vida. Así pueden reaccionar desde un punto que midan las (E), las controlen sin causar consecuencias negativas a los demás compañeros. Especialmente, en esta etapa educativa que están en pleno desarrollo aún cognitivo, también, para afrontar situaciones más complejas desde lo emocional y físico desde esta visión se

debe velar y tener seguimiento a la salud mental para que se tenga la dualidad cerebro-mente.

Otro aspecto que se debe tomar en cuenta en trabajar el manejo de las (E) es que los (NN) desde la temprana edad pueda reconocer la magnitud de los problemas y al tener las competencias puede tener el desempeño de afrontarlas de manera eficaz y eficientemente. Y si estas situaciones incitan a tener (E) negativas puedan controlarlas y que no vayan a consecuencias lamentables o que afecten de alguna manera a terceras personas. Por ello, Benavent, (2021) señala:

Las (E) son el motor que nos hace reaccionar frente a cualquier estímulo interno o externo, llevando a determinar el comportamiento y el bienestar a nivel de la salud e interacción social. No son ni positivas ni negativas, son adaptativas, como el dispositivo que lleva cada persona para el plan de supervivencia ante cualquier estímulo frente a la realidad de la vida. (p. 24)

La dimensión emocional se presenta como un impulso inicial en la vida de las personas, emergiendo desde el nacimiento y operando muchas veces de forma involuntaria. Este marco subraya la importancia de comprender cómo estas acciones tempranas moldean la convivencia y la interacción social a lo largo del desarrollo. En este contexto, el papel del docente se amplía: no solo transmite saberes, sino que acompaña el desarrollo de competencias emocionales que permiten regular respuestas y orientar conductas hacia fines planificados. La educación emocional, así, se convierte en un proceso formativo para la vida cotidiana y para las relaciones interpersonales en contextos diversos. La escuela actúa como escenario privilegiado para observar, identificar y sostener estas dinámicas iniciales y evolucionarlas hacia una gestión más consciente.

La formación de competencias emocionales en el docente se propone como un proceso de aprendizaje profesional continuo, centrado en autocontrol, empatía y regulación emocional. Al desarrollar estas habilidades, el educador está mejor preparado para intervenir de manera deliberada ante situaciones que exigen respuesta adecuada. Este condicionamiento interno facilita que las intervenciones en el aula sean más coherentes y menos reactivas, permitiendo acciones planificadas ante impulsos o reacciones impulsivas. Así, la práctica docente se

vuelve un modelo de autorregulación emocional que inspira a los estudiantes a emular comportamientos prosociales.

Desde esta visión, se puede evaluar las causas y efectos de las conductas en el marco escolar, identificando qué desencadena determinadas respuestas y cómo éstas influyen en las relaciones interpersonales. El análisis de contextos, antecedentes y consecuencias promueve una intervención más informada y responsable. Cuando una acción se considera inapropiada, la reflexión guiada por el docente facilita la comprensión de sus impactos en el grupo y en el propio proceso de aprendizaje. Esta evaluación, lejos de estigmatizar, busca comprender y corregir con foco preventivo y formativo. Desde la primera premisa iría los acontecimientos del Siglo XIX del estudio de las emociones en las ciencias humanas y desde la visión de Le Breton, citado en Bolaños (2016), quien reflexiona:

Aristóteles, reconoció desde la teoría de la ética a las emociones como una ambigüedad; mientras que, René Descartes en su teoría dualista del cuerpo y el alma, las identificó como “las pasiones”, donde la voluntad del sujeto podía tener el dominio de los impulsos del alma, mediante la razón. (p.03)

Evidentemente, es primordial el rol de la escuela como garantía para el crecimiento, el aprendizaje y el bienestar de los niños, tanto consigo mismos como con los demás. Procede crear entornos que favorezcan la seguridad emocional, la confianza y la curiosidad. Estos ambientes educativos deben promover la autorregulación, la expresión adecuada de emociones y la capacidad de distinguir entre estados emocionales internos y comportamientos observables. Así, la experiencia escolar se transforma en un laboratorio de desarrollo emocional y social. De este modo, el manejo de las emociones depende de la actitud de los docentes para formar a los estudiantes desde la identificación de cada emoción y el desarrollo de competencias para asumirlas.

La educación emocional no es solo enseñar a reconocer sentimientos, sino también dotar de herramientas para gestionarlos, transformarlos y utilizarlos de manera constructiva. La formación de hábitos afectivos positivos contribuye a la convivencia, la cooperación y el aprendizaje efectivo en un marco de respeto mutuo. De este modo, la premisa central sostiene que las emociones, desde sus inicios,

requieren una atención educativa que forme capacidades para la autorregulación y la convivencia. La escuela, como institución, tiene la responsabilidad de acompañar este aprendizaje con estrategias pedagógicas orientada hacia la identificación, comprensión y manejo de emociones. Al entrenar al alumnado en estas competencias, se favorece una sociedad más empática, inclusiva y capaz de enfrentar desafíos con resiliencia y creatividad. (Bolaños 2016 p. 4)

En este periodo el especialista menciona que las emociones se subordinan en dos en calmadas y violentas, la primera es conducida por las buenas acciones y la moralidad mientras que la segunda no necesariamente debe sentirse, en estas se van graduando y parten del creciendo dentro de la evolución del hombre. En el año 1884 William James, definió que las emociones provienen de las reacciones fisiológicas y estas nacen de las sensaciones que siente el hombre cómo la agitación, la viscosidad, temor que viene desde la percepción intelectual y su reacción en el exterior. Mientras que Solomon a finales del Siglo XIX y principios del Siglo XX afirmaba que las emociones son irracionales con una duración determinada y al expresarlas se sentía en una parte del cuerpo ejemplo el disgusto en el estómago y el temor o la emoción con alteraciones en el corazón.

Consecutivamente, nace la teoría de la filiación naturalista y conductual desde la visión de Charles Darwin, Herbert Spencer y el filósofo John Dewey se centran que el origen de las expresiones faciales y corporales parten del análisis de la emoción. Es decir, que estos expresaban que a través de la presencia de las contracciones musculares impulsadas por impulsos eléctricos en el cuerpo se traduce en emociones de ira, sorpresa entre otros. Y desde estos estudios en esta misma línea de tiempo los filósofos y psicólogos cognitivos como Max Scheler, Franz Brentano y Robert Solomon, introduce la epistemología. Desde el punto de vista investigativo se discute elementos de moralidad, pedagogía y racionalidad y dejan de ser solo fisiológico, sino también cognitivo.

Al introducir el elemento de la epistemología surge el romanticismo que a través de los aportes de Friedrich Scheler y Johan Goethe e ilustrados como Jean-Jacques Rousseau se introduce la educación sentimental que son fuentes para

acceder al conocimiento y ante el uso de la razón y el reconocimiento en la esfera pública. Este tuvo un mayor auge en el uso de la literatura al usar las emociones en los círculos burgueses al ver el valor de usar los sentimientos con el contexto histórico y la conducta del individuo al plasmarse en leer los relatos transcritos en la época. Continuando con el análisis histórico de las emociones se menciona los aportes de Bjerg (2019) comentando:

La sociología comenzó a problematizar los sentimientos a principios de los novecientos, mediante un abordaje superador del binomio individuo-sociedad. Aunque los autores clásicos como Georg Simmel o Max Weber, reivindicaron la presencia de la dimensión afectiva en las relaciones sociales. (p.05).

Durante el Siglo XX se puntualizó el uso de la sociología ante el manejo de las emociones y problematizar el rol de los sentimientos dentro de la sociedad, desde Simmel los sentidos y la afectividad es un aspecto central para la interacción de la humanidad. Y mencionaba que ante los efectos que conlleva la sociedad actúa ante la influencia de los factores externos pueden alterar el uso correcto de las emociones provocando el uso indebido del mismo o inclusive la anulabilidad. Debido, a que los individuos viven bajo un escenario nervioso o una actitud de despreocupado o no lo expresa de la manera adecuada. Desde el plano nacional el Ministerio de Educación Nacional MEN, citado en Herrera y Buitrago (2019), señala:

Reconocer la evidencia empírica respecto a la importancia de las emociones en la escuela y en los procesos que en ella se desarrollan, y empezó a señalar la necesidad de que el sistema educativo colombiano empezara a vincular las emociones de manera formal en sus procesos, reflexiones, normas y políticas. Es por ello que, dentro de las políticas orientadas a fortalecer la calidad educativa de la educación preescolar e infantil, a través de la Comisión Intersectorial para la Atención Integral de la Primera Infancia [CIPI] se propone una plataforma digital para difundir material respecto a las competencias socioemocionales. Asimismo, se pretende consolidar el sistema de convivencia escolar en la educación básica y media, soportado en el fortalecimiento de las competencias transversales y socioemocionales, al integrarlas a las competencias ciudadanas y al índice sintético de calidad educativa. (p. 14)

En esa misma línea jurídica nacional, desde la experiencia de la autora se puede mencionar que se continua evidenciando esta dificultad del no reconocer la importancia del desarrollo de competencias emocionales en cada uno de los niveles de formación del sistema educativo colombiano; el Ministerio de Educación Nacional (MEN), solo se ha enfocado en proponer estándares básicos por competencias

(E.B.C.), en el año 2003, cuyo énfasis es poder desarrollar en los estudiantes lo que deben saber y saber hacer con lo que aprenden en las áreas de Lenguaje, Matemáticas, Ciencias y Ciudadanas, a nivel de lo central, siendo necesario y fundamental en relación con la enseñanza y el aprendizaje de los educandos. Los (E.B.C.), han sido formulados para que las instituciones educativas puedan definir los planes de estudio por área y por grado, buscando el progreso de las competencias en el recorrido escolar de una manera autónoma.

Se puede señalar que los (E.B.C.), se plantean como una organización secuencial por conjunto de grados teniendo en cuenta la afinidad en los procesos de biológico y psicológico de los estudiantes, las cuales a lo largo de la Educación Básica se encuentran agrupados así: 1º a 3º; 4 y 5º; 6º y 7º; 8 y 9º y en la Educación Media, se agrupa en 10º y 11º; estos niveles van creciendo en complejidad para progresar en los procesos de apropiación de los conocimientos, desde los conocimientos previos, mejora en las habilidades y destrezas para intervenir argumentando ante cualquier situación problemática, dando respuestas desde diferentes contextos, el poder alcanzar o superar la evaluación permanente, donde se convierte para el estudiante en un logro.

A pesar que, durante el recorrido escolar, el MEN propone las Pruebas Saber (PS) que determinan la capacidad de tienen los estudiantes para usar los (E.B.C.) aprendidos en situaciones y contextos distintos. Esta evaluación solo se hace en 3 etapas; la primera (PS) 3º evalúa las competencias de las áreas de Lenguaje y Matemáticas, como se puede evidenciar que en este primer recorrido no se han enfocado qué ha pasado con este estudiante a nivel emocional, qué competencias ha adquirido para enfrentarse a los cambios físicos, biológicos, psicológicos y en su interrelación como integrante de una comunidad; la segunda y tercera etapa de (PS) 5º y 9º evalúa Lenguaje, Matemáticas, Ciencias Naturales y Competencias Ciudadanas.

En estos niveles solo se evidencia cuando se revisa a este grupo de estudiantes cómo han avanzado en su interrelación con la comunidad acciones que dependen empíricamente un avance en las competencias emocionales.

Continuando el recorrido escolar, al finalizar su etapa educativa, el estudiante debe presentar el examen de Estado Saber 11° donde se evalúa: Lectura crítica, Matemáticas, Sociales y Ciudadanas, Ciencias Naturales, e inglés. De manera razonable, en el 2019 las Pruebas Saber 3°, 5° y 9° regresaron, pero esta vez desde un nuevo marco de gobierno con el título “Evaluar para Avanzar”, que busca la calidad de la educación de (NNA) del país, de esta manera el MEN, propone incluir, nuevas áreas para medir los aprendizajes en competencias ciudadanas y socioemocionales, en ciencias naturales, matemáticas, lenguaje y por primera vez, una prueba de escritura.

Por consiguiente en este recorrido que se hace a nivel de la propuesta educativa del gobierno colombiano, no ha complementado ni ajustado los (E.B.C.) para enseñar y evaluar estas nuevas áreas en especial la socioemocional, por tal motivo se hace necesario y de manera urgente que las instituciones educativas dentro de su autonomía en el plan de estudios y las estrategias que implementa en la formación de los futuros ciudadanos, integren de manera transversal como columna orientadora las (CE) para que los estudiantes sean capaces de enfrentar los desafíos sociales y culturales, como persona integral y humana siendo aporte fundamental en la construcción de una sociedad empática, justa y equitativa.

No basta tan sólo lo que el MEN pretende que los docentes reconozcan entre los lineamientos curriculares la presencia de las emociones para cumplir con las practica educativas y que los principios se formalicen a partir de todas las jornadas formativas. Desde esta visión se pretende la formación de seres que puedan comunicar lo que sienten hacia consigo mismo y los demás. Asimismo, los docentes tienen el deber de enseñarles cada una de las emociones y la manera de actuar para que estén preparados en afrontar las interrelaciones y la realidad de su entorno social. Aunado a esto, este organismo ve a la educación emocional cómo una prioridad y en la que deben estar vinculados todos los responsables de la formación en los estudiantes.

Se denota a las emociones cómo una necesidad de cobertura nacional, desde las políticas públicas, que irían desde el proceso educativo, en la formación

docente y las prácticas pedagógicas; como evidencia en los currículos escolares se debe evidenciar que el aprendizaje del ser y convivir se debe anclar con los del conocer y el hacer. De esta manera demostrar la comprensión del entorno, las acciones para el ejercicio de la ciudadanía y la coexistencia inclusiva dentro del marco que propone la Constitución Política de Colombia.

Y partiendo de estos resultados se puede identificar el avance de alumnos en cada uno de los niveles del proceso educativo y detectar que clase de ciudadano se ha formado en la institución educativa, si es competente en conocer su entorno social y político. Del mismo modo, pueda reconocer sus derechos y obligaciones; si está en la capacidad de reflexionar sobre problemáticas sociales; si se interesa por los asuntos propios y de su colectividad; si es capaz de buscar soluciones a problemas sociales y el bienestar de su comunidad. Es así como se logra reconocer en cada uno de estos aspectos evaluados la relación y equilibrio que debe manejar en cuanto al conocer, hacer, ser y convivir.

Ante ello, la autonomía profesional es crucial para que los educadores se sientan empoderados y comprometidos con su trabajo. Un enfoque excesivo en la conformidad con las directrices externas puede disminuir su sentido de agencia y creatividad, lo que podría afectar negativamente la calidad de la educación que proporcionan. De este modo, la formación inicial y continua de los docentes debería incluir estrategias para manejar las demandas administrativas sin comprometer la calidad pedagógica. Esto podría implicar capacitación en gestión del tiempo, priorización de tareas y técnicas de enseñanza reflexiva.

Por otra parte, las políticas deberían considerar el balance entre la necesidad de estándares y la flexibilidad para que los docentes adapten su enseñanza a contextos locales y particulares. Las políticas educativas podrían diseñarse para apoyar y fomentar la reflexión y el desarrollo profesional continuo de los docentes. Aunque es importante que los docentes sigan ciertas directrices y objetivos curriculares, también es crucial que se les dé espacio para experimentar con nuevas ideas y enfoques pedagógicos que puedan resultar en mejoras significativas en el aprendizaje de los estudiantes.

Reflexionar sobre estas cuestiones podría ayudar a reequilibrar las expectativas y responsabilidades de los docentes, asegurando que puedan cumplir tanto con las directrices externas como con su compromiso con la enseñanza efectiva y reflexiva. Por otra parte, es importante señalar las labores que ocurren en las emociones con la interacción del ser humano para el funcionamiento correcto del cerebro y crear una armonía entre ambos. Damasio (2011), se citó en Castellanos (2021), hace referencia a lo siguiente:

Al romper el dualismo entre cerebro y emoción, establece una obligada relación entre las acciones humanas, situación que abre nuevos espacios de comprensión e interpretación, en el campo educativo que aún no es asumido por los procesos formativos en las instituciones educativas. (p. 4)

En lo que respecta, a lo mencionado por el autor cuando el individuo siente la sensación de una emoción, el cerebro de manera inmediata actúa. Por lo tanto, se puede concebir a la escuela como uno de los espacios para la comprensión e interpretación del dualismo entre cerebro y emociones, donde se cursan procesos educativos para que los docentes se apropien de estos saberes y se aparten cada vez más del memorizar, el repetir, el condicionar, el establecer normas, el aceptar lo establecido sin refutar, el obedecer, y en lugar diseñar un sujeto requerido por la sociedad y enfocado en la fuerza de la producción.

Agregando a lo anterior, el reto actual de la educación colombiana frente al dualismo cerebro y emociones, es el compromiso de la formación de maestros competentes. Y estos sean capaces de promover el diálogo, la concertación, la tolerancia en la comunicación asertiva, la regulación emocional y la empatía bajo la mirada democrática que determinan sus prácticas pedagógicas. Partiendo de esto, la situación en la actualidad esta inversa a lo que se ha mencionado, porque, en las instituciones educativas carecen de las competencias para poder atender estas situaciones dentro del entorno educativo.

Considerando que las emociones son vitales para el proceso del desarrollo individual, formativo y social del individuo y si esto no es supervisado bajo estos profesionales no se puede prevenir que se forme un ser sin valores y principios. Desde esta visión se pretende generar los constructos teóricos para las

competencias emocionales en estos niños y niñas de la educación básica primaria. Partiendo de los principios de uno de los defensores de este ideal investigativo, en el caso de Bisquerra, citado en Palma-Delgado y Barcia-Briones (2020), al comentar "un proceso educativo, continuo y permanente, que pretende potenciar el desarrollo emocional como complemento indispensable del desarrollo cognitivo, constituyendo ambos, cognitivo y emocional, los elementos esenciales del desarrollo de la personalidad integral " (p. 05).

Las competencias emocionales en los estudiantes, van desde que inicia su formación académica e iría de la mano con la participación de los docentes y padres de familia para lograr un trabajo en equipo y unos resultados satisfactorios. Desde esta misma perspectiva se toma en cuenta los aportes de Bisquerra (2012), cómo se citó en Guidobono, (2021), que menciona:

A lo largo del siglo XX, la educación escolar, se ha centrado en el desarrollo cognitivo, mientras que el desarrollo emocional no se le ha dado la debida importancia. En este sentido, la educación se enfoca en dos aspectos; la instrucción en las áreas académicas ordinarias y, por otro lado, la orientación de los aspectos que no están contemplados en las áreas académicas (p. 07)

Desde estos principios se reafirma la necesidad de revalorar las competencias emocionales en los docentes porque es un proceso que siempre ha estado presente en la formación del individuo. Al hacer referencia en el entorno educativo, la educación emocional ha tenido cambios en el desenvolvimiento de la personalidad estudiantil en comparación de cada uno de los siglos anteriormente estudiados. Inicialmente, se valoraba lo cognitivo y en lo emocional, pero en estos tiempos contemporáneos se debe enmarcar en cada una de las áreas de conocimiento y bajo la tutela de un cuerpo especializado de profesionales en el área de psicología y orientación.

Por ello, la comunidad del colegio Buenos Aires, ubicada en el municipio de Cúcuta - Norte de Santander – Colombia, se presenta la situación que los docentes no están capacitados para formar las competencias en los estudiantes ni mucho menos para administrar las competencias emocionales en el desenvolvimiento diario. Se ha evidenciado que el currículo nacional no se encuentra ninguna asignatura que administre los contenidos para educar y fortalecer las emociones ni

mucho menos los docentes tratan por voluntad propia inculcar a través de ejemplos o enseñanzas las competencias emocionales. Por lo que escasamente dictan los contenidos y se alejan por completo en tener una empatía o acercamiento con los (NNA). Ante esa necesidad en el caso particular busco las estrategias para que los niños y niñas sean capaces de solucionar sus problemas y sean capaces de demostrar sus emociones negativas o positivas.

Se ha evidenciado que muchas veces los maestros se desquitan con sus alumnos en situaciones poco correctas a través de humillaciones, maltratos obviando que son menores de edad en proceso de formación. Y en ese sentido los mismos docentes no manejan sus emociones, no saben administrarlas para saberse interrelacionarse con la comunidad educativa. Y al ver estas negligencias por parte de los docentes y desconociendo el manejo de las competencias emocionales por parte de los padres de familia dan como resultado las altas tasas de (NN) que no están capacitados para manejar y demostrar sus emociones.

En función a lo expuesto, se presentan las preguntas que van a orientar la investigación: ¿Cuál es la importancia de generar constructos teóricos sobre las competencias emocionales para el desarrollo académico de los estudiantes de básica primaria de la institución educativa Buenos Aires de la ciudad de Cúcuta, departamento Norte de Santander, Colombia?, ¿Cómo es el desarrollo de las competencias emociones en estudiantes de básica primaria?, ¿Cómo es el desarrollo académico de los niños de básica primaria de la institución seleccionada para el estudio?, ¿Cuáles son las implicaciones de las competencias emocionales en el desarrollo académico de los estudiantes de básica primaria?, ¿De qué manera derivar elementos teóricos sobre el desarrollo de competencias emocionales en el desempeño académico.

Objetivos de la investigación

Objetivo general

Generar constructos sobre las competencias emocionales para el desarrollo académico de los estudiantes de básica primaria de la institución educativa Buenos Aires de la ciudad de Cúcuta, departamento Norte de Santander, Colombia.

Objetivos específicos

Identificar el desarrollo de las competencias emociones en estudiantes de básica primaria.

Caracterizar el desarrollo académico de los niños de básica primaria de la institución seleccionada para el estudio.

Interpretar las implicaciones de las competencias emocionales en el desarrollo académico de los estudiantes de básica primaria.

Derivar elementos teóricos sobre el desarrollo de competencias emocionales en el desempeño académico.

Justificación e importancia del estudio

Al igual que con el concepto de competencia, desarrollar la capacidad emocional se está convirtiendo en un tema de discusión que no ha permitido unificar criterios entre los expertos. Así que, aunque algunos autores utilizan el término competencia emocional, mientras que otros prefieren la inteligencia emocional, y aún otros utilizan el plural competencia afectiva o socioemocional. La inteligencia emocional es un concepto amplio que abarca una variedad de procesos y resultados. Bisquerra (2007) establece que “tras la revisión de propuestas anteriores, entiende la inteligencia emocional como el conjunto de conocimientos, capacidades, habilidades y actitudes necesarias para comprender, expresar y regular de forma apropiada los fenómenos emocionales”. (p. 69).

Es por ello, que emerge la justificación social de esta investigación a partir de la necesidad de promover acciones que contribuyan a la formación integral de los seres humanos, considerando las particularidades y necesidades del contexto colombiano. Reconoce que el desarrollo emocional es fundamental para fortalecer la personalidad y las habilidades sociales de los estudiantes, así como para mejorar la convivencia en las instituciones educativas. Desde esta perspectiva, se busca generar conciencia y participación activa de padres, familias, actores sociales y miembros de las comunidades educativas, con el fin de crear espacios de reflexión y diálogo sobre la importancia del bienestar emocional en el proceso formativo. La participación comunitaria se presenta como un elemento clave para consolidar prácticas pedagógicas que respondan a las demandas sociales actuales.

En este sentido, la justificación educativa se fundamenta en la necesidad de implementar acciones concretas que aborden el desarrollo académico en los estudiantes desde la idea de competencia emocional. Es imperativo precisar estrategias que fortalezcan la personalidad y promuevan espacios reflexivos donde todos los actores puedan dialogar sobre sus dudas, inquietudes y experiencias relacionadas con lo emocional. La participación activa de padres, docentes y comunidad en general permitirá construir una cultura escolar más inclusiva y empática, donde el tema de la competencia emocional sea considerado un pilar esencial para el logro de una educación de calidad. Esto contribuirá a transformar las prácticas pedagógicas tradicionales hacia enfoques más humanistas y centrados en el bienestar integral.

Desde una perspectiva práctica, esta investigación se justifica al enmarcarse en teorías provenientes de la psicología, sociología y educación, que permiten comprender las precariedades del contexto social y cultural en el ámbito educativo. Estas teorías facilitan identificar las dificultades existentes para promover prácticas sociales acordes con las necesidades emocionales actuales. Además, aportan conocimientos necesarios para diseñar estrategias que solventen las dudas e incertidumbres presentes en los escenarios educativos respecto a cómo integrar efectivamente la competencia emocional en la labor pedagógica diaria. La

fundamentación teórica será clave para orientar acciones concretas que impacten positivamente en la comunidad educativa.

Asimismo, los hallazgos derivados de esta investigación podrán servir como base para reestructurar las realidades educativas actuales, promoviendo una gestión escolar orientada a ofrecer oportunidades iguales para todos los estudiantes. La implementación de programas enfocados en la competencia emocional contribuirá a mejorar no solo los aspectos académicos sino también sociales y culturales dentro del aula. La finalidad última es alcanzar niveles superiores de excelencia social y académica mediante procesos formativos que prioricen la dimensión emocional como un componente esencial del aprendizaje integral.

Los beneficios directos e indirectos serán evidentes en aquellos actores que conforman la comunidad educativa: estudiantes, docentes, padres y personal administrativo. En particular, la Institución Educativa Buenos Aires de Cúcuta Norte de Santander, podrá fortalecer su proyecto pedagógico al incorporar prácticas que favorezcan la socialización efectiva y el bienestar emocional. Esto permitirá crear un ambiente escolar más saludable, participativo e inclusivo donde todos puedan desarrollar sus potencialidades plenamente. La inversión en estas acciones tendrá un impacto duradero en la cultura institucional y en la formación de ciudadanos más conscientes y responsables.

La justificación metodológica de esta investigación se fundamenta en la elección de un enfoque cualitativo, que permite acceder y comprender la realidad social en su complejidad y subjetividad. La metodología cualitativa facilita explorar las experiencias, percepciones y significados que los actores involucrados atribuyen a la competencia emocional, permitiendo una interpretación profunda de los fenómenos estudiados. En este contexto, se opta por un método fenomenológico, cuyo propósito es acercarse a las vivencias y realidades de los participantes para entender cómo perciben y experimentan el proceso de desarrollo de la competencia emocional en sus contextos educativos. Este enfoque busca captar la esencia de las experiencias desde la perspectiva de quienes participan directamente en ellas.

El método fenomenológico resulta pertinente porque se centra en describir y analizar las experiencias subjetivas relacionadas con la acción social y educativa, reconociendo que estas construyen la realidad social. La formación fundamenta en la competencia emocional, como hecho que impacta las dinámicas sociales y educativas, requiere ser abordada desde esta perspectiva para identificar cómo se manifiesta en las prácticas cotidianas y qué significados le atribuyen los actores. Además, este método permitirá detectar posibles rupturas o transformaciones en las realidades sociales provocadas por la incorporación de competencias emocionales en los escenarios formativos.

Desde una justificación teórica, esta investigación se apoya en teorías socioeducativas que promueven la reflexión crítica sobre las prácticas pedagógicas y su relación con las realidades sociales. Se reconoce que el desarrollo de la competencia emocional no solo es un proceso individual sino también colectivo, influido por contextos culturales, sociales e institucionales. La teoría aporta elementos para analizar cómo estas dimensiones interactúan y configuran las acciones humanas dentro del sistema educativo. Asimismo, permite entender cómo las manifestaciones emocionales emergen desde las experiencias significativas de los actores sociales implicados.

La fundamentación pedagógica enfatiza que el proceso formativo debe responder a las necesidades reales del entorno social y educativo. La incorporación del componente emocional en la formación académica ha generado nuevas formas de interacción y participación que deben ser analizadas críticamente. Desde esta perspectiva, la investigación busca contribuir a ampliar el conocimiento sobre cómo estas prácticas impactan en la configuración de nuevas formas de enseñanza y aprendizaje, promoviendo una reflexión sobre las estrategias pedagógicas más pertinentes para fortalecer dichas competencias.

Por último, esta investigación se inscribe en el núcleo de investigación didáctica y tecnología "NIDITE", específicamente en la línea de "Realidades didácticas de la carrera docente". Esto implica que el estudio tendrá un carácter interventor, orientado a comprender y transformar los procesos formativos desde

una mirada contextualizada. La intervención universitaria será clave para gestionar información proveniente del contacto directo con la realidad educativa, permitiendo así generar propuestas innovadoras que respondan a los desafíos actuales del desarrollo de la competencia emocional en el ámbito escolar.

SECCIÓN II

MARCO TEÓRICO REFERENCIAL

El marco teórico referencial se compone de antecedentes, referencias teóricas y bases legales. Los antecedentes contextualizan el estudio dentro de lo ya investigado, identificando vacíos, tendencias y debates relevantes. Las referencias teóricas aportan marcos, teorías y conceptos clave que permiten explicar el fenómeno desde distintas perspectivas disciplinarias. Las bases legales ubican el estudio en el marco normativo vigente, señalando normas, derechos y principios que sustentan la investigación y su aplicación práctica. En conjunto, estas tres componentes permiten sostener el hilo argumental, justificar la pertinencia del tema y orientar la interpretación de los hallazgos hacia recomendaciones válidas y fundamentadas. Además, establece los criterios de validación y las líneas de razonamiento que deben mantenerse a lo largo del estudio para evitar incoherencias y sesgos.

Antecedentes de la investigación

En lo internacional encontramos La tesis de Godoy (2021). “Entre la razón y la emoción. Estudio sobre inteligencia emocional en escuelas públicas de Temuco-Chile” para optar al título de Doctor en Educación otorgado por la Universidad de Sevilla. El objetivo de esta investigación es evaluar los niveles de inteligencia emocional (IE) en niños de quinto grado de educación primaria, así como identificar

las diferencias de género en escuelas públicas de la ciudad de Temuco, Chile. La investigación adopta un enfoque mixto, que integra una fase cuantitativa extensa y una fase cualitativa intensa. Este enfoque se justifica debido a que el tema es subjetivo, ya que las emociones no siempre son reconocidas por las personas, lo que podría dar lugar a una evaluación inadecuada.

De esta manera, se realizaron a cabo entrevistas con profesores para complementar la información cuantitativa obtenida en la primera fase. La fase cuantitativa, sustentada en el paradigma positivista, con un nivel descriptivo y un diseño no experimental y transeccional, consistió en aplicar la Escala TMMS-24 (Trait Meta Mood Scales) de Mayer y Salovey, adaptada al español, a una muestra de 450 estudiantes de 12 escuelas de Temuco, con el fin de evaluar sus niveles de inteligencia emocional y su relación con el género. En la segunda fase, que fue intensiva y cualitativa, se involucró a una muestra de docentes y estudiantes de tres escuelas para investigar las competencias emocionales en el contexto educativo desde la perspectiva de los participantes. Para esto, se utilizaron técnicas de recolección de datos como entrevistas grupales con estudiantes, entrevistas a profesores y análisis de bibliografía. Las teorías aplicadas incluyen el modelo de inteligencia emocional de Mayer y Salovey (1990) y la teoría

La relación con la presente investigación se encuentra en la necesidad de incorporar apoyos del enfoque socioemocional en el desarrollo de la formación académica. Es fundamental considerar la formación emocional como un aspecto clave de la educación, ya que aborda los interrogantes sobre la didáctica. Sin importar el género (femenino o masculino), es esencial que las personas desarrollen habilidades en sus procesos y competencias emocionales, considerando factores como la influencia pedagógica, el papel del docente y el uso de recursos. Es importante reconocer los aspectos procedimentales que configuran una postura propia respecto a la formación emocional como un elemento didáctico.

En Madrid, España encontramos a Mata (2021) La tesis titulada “La inteligencia emocional en la educación infantil: análisis y mejora de la autoconsciencia para la formación” se basa en la relevancia de la inteligencia

emocional en esta etapa crucial para el desarrollo y la educación de los niños. Los objetivos de la investigación, organizados en dos fases, son los siguientes: en la fase 1, se busca “comprender la percepción de docentes en ejercicio y en formación sobre el papel de las emociones en la educación infantil”; en la fase 2, se pretende “explorar la opinión de expertos y directivos sobre la educación emocional y su desarrollo en la primera infancia”. Se empleó un diseño metodológico mixto, utilizando un enfoque cuantitativo en la primera fase y, de manera secuencial, un enfoque cualitativo.

Durante la fase 1 (cuantitativa), se administraron dos cuestionarios validados: uno dirigido a docentes en ejercicio y otro a docentes en formación. La muestra incluyó a 103 docentes en activo y 212 en formación. En la fase 2 (cualitativa), se realizaron a cabo entrevistas semiestructuradas con cuatro directivos y cuatro expertos. Los resultados de la primera fase mostraron una percepción positiva de los docentes, tanto en activo como en formación, sobre la importancia de las emociones en la educación infantil, aunque con diferentes grados de intensidad según el país participante (España y Ecuador). En la fase 2, tanto expertos como directivos enfatizaron la necesidad de implementar una educación emocional, resaltando la necesidad de una formación previa mediante programas efectivos y de confianza.

Los aportes relevantes que esta tesis presenta para el tema en estudio incluyen la propuesta de un manual específico diseñado para ofrecer información y orientación sobre la inteligencia emocional en la educación infantil, dirigido tanto a directivos como a docentes involucrados en esta etapa formativa. Este manual no solo servirá como una guía práctica, sino que también destacará la importancia de implementar estrategias efectivas que ayuden a los educadores a enseñar habilidades. Se sostiene la necesidad de que los educadores comprendan cómo la aplicación de la inteligencia emocional en el contexto de la educación infantil puede tener un impacto significativo en el desarrollo académico, personal y social de los niños. Esto implica no solo el desarrollo de competencias emocionales durante esta etapa crucial, sino también la preparación para enfrentar desafíos en niveles

educativos posteriores. Al fortalecer estas habilidades, los niños estarán mejor equipados para gestionar sus emociones, establecer relaciones.

España, Lalomia (2023) *La Inteligencia Emocional en el contexto educativo: implementación de prácticas innovadoras en aulas de educación primaria*. El propósito de estas tesis doctorales es proporcionar a los docentes apoyo práctico y fácilmente aplicable, ofreciendo estrategias y técnicas operativas que se puedan utilizar en el aula, a la vez que se evalúen los efectos en los alumnos y en el proceso de enseñanza-aprendizaje en su conjunto. Tras analizar los fundamentos teóricos del tema de investigación, se examinaron actividades innovadoras en el contexto de la educación socioemocional, observadas en diversas escuelas de Dinamarca y en una de Finlandia. La metodología empleada consistió en una observación directa y sistemática durante una experiencia de inmersión en la vida escolar de la escuela danesa, donde el investigador compaño un papel activo.

Esta tesis proporciona una extensa variedad de recursos para la investigación, que incluye desde la recopilación sistemática de información y aportes teóricos organizados cronológicamente hasta el análisis detallado de los fundamentos de la organización escolar. Se examinan estrategias activas que favorecen el desarrollo del perfil socioemocional de los estudiantes, resaltando. Además, se pone de manifiesto la urgente necesidad de integrar la enseñanza de habilidades sociales y emocionales en el currículo de las instituciones educativas. Esto no solo facilitaría un aprendizaje más integral, sino que también contribuiría a la formación de individuos más competentes en sus interacciones personales y profesionales. Al abordar estos aspectos, la tesis busca generar un marco que permita una implementación efectiva de estas prácticas, promoviendo así un ambiente educativo más inclusivo y favorable para el crecimiento emocional y social de los estudiantes.

Por otra parte, en el contexto nacional Quiroga (2023) presenta en su investigación titulada “Fortalecimiento del Proceso de Enseñanza a partir de las Habilidades Socioemocionales del Docente de Básica Primaria en Colombia” una exploración profunda sobre cómo las competencias socioemocionales de los

educadores pueden impactar positivamente el proceso de enseñanza. Este trabajo fue desarrollado como parte de los requisitos para obtener el título de Doctor en Educación en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, específicamente en el Instituto Pedagógico Rural “Gervasio Rubio” de Venezuela. El contexto del estudio se centra en la Institución Educativa Técnico Agropecuaria Divino Salvador, ubicada en el municipio de Yopal, Casanare, Colombia.

Esta investigación tiene como objetivo principal desarrollar constructos teóricos que fortalecen el proceso de enseñanza mediante las habilidades socioemocionales de los docentes de Básica Primaria en Colombia. El propósito es mejorar la calidad de la enseñanza en este nivel educativo, reconociendo la importancia de la en se exploran diversas teorías sobre inteligencia emocional que aportan un marco conceptual sólido a la investigación. Entre ellas, se incluyen las contribuciones de Goleman (1995), quienes destacan la relevancia de la inteligencia emocional en el éxito personal y profesional; Mayer y Salovey (1997), que definieron la inteligencia emocional y su capacidad para gestionar emociones; Bar-On y Parker (2000), quienes desarrollaron modelos de evaluación de la inteligencia emocional; así como Schulze y Richard (2005), que ampliaron el enfoque sobre cómo es.

La mayoría de ellos concuerdan en la urgente necesidad de desarrollar competencias emocionales, las cuales facilitan la interacción del individuo con su entorno. En este contexto, se considera la relación entre la inteligencia emocional y el estilo del docente, así como los diferentes tipos de emociones. La investigación se basó en un enfoque cualitativo, enmarcado dentro del paradigma interpretativo y utilizando el método fenomenológico. El estudio se llevó a cabo en la Institución Educativa Técnico Agropecuaria Divino Salvador, ubicada en el municipio de Yopal, Casanare, Colombia. Los informantes clave de esta investigación fueron seis docentes de Básica Primaria.

Este estudio explora las implicaciones del desarrollo de habilidades socioemocionales en los docentes, destacando cómo las conductas sociales positivas pueden servir como herramientas efectivas para facilitar un proceso de enseñanza exitoso. Al fomentar un ambiente en el que las emociones son

reconocidas y gestionadas adecuadamente, los educadores pueden mejorar no solo su propio desempeño, sino también el aprendizaje, además, esta investigación ofrece un marco metodológico sólido que permite analizar la interrelación entre la inteligencia emocional y las teorías de las inteligencias múltiples. Se argumenta que estas competencias son fundamentales para mejorar la promoción escolar.

En un sentido más amplio, se presenta la Tesis de Muñoz (2023) Constructos Teóricos Sobre Neuroeducación Y Su Relación Con La Inteligencia Emocional En La Práctica Docente En Educación Básica Primaria. Este estudio se llevó a cabo bajo el paradigma interpretativo, utilizando un enfoque cualitativo y el método fenomenológico. Se empleó la técnica de entrevistas en profundidad, donde participaron cinco docentes de educación básica del colegio Gabriel Betancourt Mejía en Bogotá como informantes clave. El análisis de la información se realizó a través de la teoría fundamentada, utilizando codificación abierta, axial y selectiva, lo que permitió explicar las características de los diferentes fenómenos observados en el objeto de estudio. Posteriormente.

Este trabajo permite evidenciar la interconexión entre la Neuroeducación y la Inteligencia Emocional desempeña un papel crucial en la creación de procesos de enseñanza y aprendizaje más efectivos e inclusivos. Esta relación no solo facilita la adaptación de las estrategias educativas a las necesidades individuales de los estudiantes, sino que también fomenta un ambiente de aprendizaje que promueve el bienestar emocional y social. Al integrar estos dos enfoques, se potencia la capacidad de los educadores para abordar la diversidad en el aula y mejorar la calidad educativa.

El aporte de la neuroeducación en el ámbito de la investigación ha demostrado ser fundamental en la creación de estrategias y metodologías pedagógicas innovadoras que promueven el desarrollo integral de los estudiantes y refuerzan el proceso de aprendizaje. En los últimos años, esta disciplina ha proporcionado valiosos conocimientos sobre el funcionamiento cerebral, permitiendo a los educadores diseñar enfoques más efectivos y personalizados. Además, la actitud y disposición de los docentes juegan un papel crucial, ya que su compromiso

para integrar estos avances científicos puede marcar una diferencia significativa en su práctica pedagógica. Al incorporar los principios de la neuroeducación, los educadores no solo potencian las conexiones neuronales de sus estudiantes, sino que también favorecen un entorno que enriquece las dinámicas socioemocionales en el aula. Esto contribuye a crear un espacio de aprendizaje más inclusivo y motivador, donde cada participante es importante en el proceso.

Bases teóricas

Efectivamente, la fundamentación teórica es un componente esencial en cualquier proyecto de investigación, ya que proporciona el marco conceptual y bibliográfico que sustenta y valida todo el proceso investigativo. Al construir esta base, se logra contextualizar la problemática, identificar las principales teorías y enfoques existentes, y establecer las relaciones entre los conceptos clave como las emociones, la competencia emocional, el desarrollo académico y el rol del docente en la educación emocional en la básica primaria.

Las Emociones primarias en la educación

Las emociones se presentan como respuestas psicológicas y fisiológicas ante acontecimientos que afectan al sujeto, ya sean internos o derivados de interacciones con otros. En este marco, se contemplan sensaciones y sentimientos que pueden generar tanto efectos positivos como negativos en el comportamiento y en la convivencia diaria. Comprender estas respuestas requiere reconocer su influencia en la atención, la motivación y las relaciones interpersonales dentro de contextos educativos y sociales. La definición apropiada de emoción puede ir más allá de lo meramente biológico, abarcando dimensiones cognitivas, afectivas y sociales que orientan la acción. Así, las emociones se configuran como impulsos que motivan conductas y modulan la interpretación de la realidad compartida. Este enfoque permite analizar cómo las experiencias emocionales impactan en el aprendizaje, la cooperación y la resiliencia.

Ante ello, Buceta (2019) señala que el término emoción viene del latín *emotio*, que etimológicamente significa “movimiento que impulsa hacia algo, determinando un comportamiento”. La emoción puede alejar o acercar a las personas ante diferentes situaciones o entorno. (p. 08).

Ante ello, la etimología de la palabra emoción proviene del latín “*emotio*”, que significa movimiento que impulsa hacia algo y determina un comportamiento. Este marco etimológico resalta la idea de la emoción como un catalizador de acción, no meramente un estado pasivo. Las emociones pueden acercar o distanciar a las personas ante distintas situaciones o entornos, condicionando la interacción social y la respuesta ante desafíos. Este carácter dinámico sugiere que la emoción no es estática, sino un proceso que interviene en la toma de decisiones y en la regulación de las conductas. Reconocer este dinamismo facilita intervenciones pedagógicas y psicoeducativas que favorezcan la autorregulación emocional. No obstante, Bisquerra (2009), destaca a las emociones como:

Es una sensación muy difícil de comprender, porque cada ser es distinto al otro, generalmente ocurre una sensación interna que puede causar alegrías, rabias o tristeza. Dando como resultado una reacción a distintos niveles que va desde lo físico, hormonal y cognitivo, siendo consciente de sus experiencias y la relación con sus semejantes. (p. 16).

El significado de emoción puede entenderse como el pensamiento o la sensación que una persona realiza para expresar algo interno que busca exteriorizar y que otros perciban sobre su estado anímico. Dependiendo de cómo se manifieste, la emoción puede generar experiencias beneficiosas o adversas en el entorno en que se desenvuelve. Además, la emoción puede expresarse mediante lenguaje verbal o no verbal, lo que subraya la importancia de la alfabetización emocional y la lectura de señales afectivas en contextos educativos. Por ello, “Diferentes autores, ubican a las emociones en un eje donde interactúan entre el *displacer* y el *placer*, asignando como equivalencia a las emociones negativas y positivas de Bisquerra” (citado en Bucetas 2019, p. 09).

Las emociones, según Bisquerra y otros especialistas, se presentan como experiencias complejas que pueden clasificarse en positivas y negativas, y su influencia en el comportamiento humano es considerable dentro de los procesos

educativos y sociales. En términos generales, las emociones positivas se relacionan con sensaciones de bienestar, satisfacción y placer, que facilitan la adhesión a tareas, la cooperación y la motivación intrínseca. Estas reacciones suelen emerger cuando se alcanza un logro, se recibe reconocimiento o se comparte una experiencia gratificante con otros. Desde la perspectiva educativa, las emociones positivas fortalecen la atención sostenida y favorecen la construcción de relaciones positivas entre estudiantes y docentes. Su impacto cotidiano se manifiesta en la disposición a participar, en la curiosidad y en la persistencia frente a desafíos.

En tal sentido, “Una de las principales ventajas del cultivo de las emociones positivas radica en que ejercen una gran influencia sobre el procesamiento intelectual, el razonamiento, la resolución de problemas y las habilidades sociales” Barragán y Morales, (citado en Bucetas 2019 p.10). La experiencia de disgusto o placer no sólo depende de la valencia de la emoción, sino también de su intensidad y duración. Las emociones positivas pueden surgir ante la superación de metas, el sentir que se avanza en un objetivo o el reconocimiento de esfuerzos, generando un estado de satisfacción que refuerza comportamientos deseables. Sin embargo, la durabilidad de estas emociones suele ser limitada, especialmente cuando las condiciones externas cambian o cuando se logra el objetivo y cesa la estimulación. Este breve periodo de plenitud puede requerir estrategias que prolonguen la experiencia positiva a través de la meta-reevaluación y la internalización de logros en hábitos de estudio y práctica.

Por otro lado, las emociones negativas, como la tristeza, la irritabilidad, el miedo o la frustración, cumplen funciones adaptativas al alertar sobre peligros, fallos o necesidades no atendidas. Bisquerra destaca la importancia de distinguirlas y manejarlas para evitar que produzcan efectos disfuncionales en el aprendizaje y la convivencia. Estas emociones pueden generar disgusto cuando surgen ante fallos o conflictos, pero también pueden motivar a buscar soluciones, aprender de los errores y desarrollar resiliencia. La clave está en la regulación emocional que permita transformar la perturbación en una oportunidad de crecimiento personal y académico.

La educación emocional propone herramientas para acompañar la gestión de emociones, incentivando la autorregulación, la empatía y la comunicación asertiva. En el aula, la presencia de emociones negativas no debe verse como amenaza, sino como señal para ajustar estrategias pedagógicas, apoyar al alumnado y revisar condiciones de entorno. Cuando se usan adecuadamente, las emociones negativas pueden activar procesos de pensamiento crítico, revisión de estrategias y cooperación para resolver problemáticas compartidas. Este enfoque preventivo reduce conductas disruptivas y favorece un clima de aprendizaje más seguro y constructivo.

En cuanto a las emociones positivas, su influencia se extiende a la experiencia de logro y satisfacción personal, lo que facilita la internalización de hábitos de estudio, la persistencia ante retos y la participación voluntaria en actividades curriculares. Sin embargo, es necesario evitar una dependencia exclusiva de estados placenteros, ya que podrían generar expectativas poco realistas o una sobrevaloración de entornos agradables. La educación debe promover la tolerancia a la incomodidad necesaria para el aprendizaje profundo, equilibrando placer y esfuerzo sostenido.

Desde esta perspectiva, sugiere que la regulación emocional seguá un continuum donde tanto lo positivo como lo negativo cumplen funciones relevantes. La capacidad de reconocer, interpretar y modular estas experiencias facilita ambientes educativos más inclusivos y adaptativos. Aun cuando las emociones positivas ofrezcan accesos breves a la plenitud, su continuidad puede fortalecerse mediante prácticas explícitas de fortalecimiento de hábitos, ritos de reconocimiento y metas progresivas. En tal sentido, comprender y gestionar las emociones desde un marco pedagógico integral maximiza el potencial de desarrollo emocional y cognitivo de las personas; y la intervención educativa debe orientarse a cultivar resiliencia, empatía y autonomía.

Las emociones ligadas a la educación se sustentan en las emociones primarias, que actúan como impulsores básicos de la experiencia educativa. En la etapa de educación básica primaria, desarrollar la inteligencia emocional se vuelve

crucial para identificar, comprender y regular estas respuestas iniciales. Este enfoque busca maximizar las emociones asociadas a la felicidad y al bienestar, ya que influyen de manera determinante en la motivación, la curiosidad y la participación en el aula. Al fomentar la alfabetización emocional desde edades tempranas, se crean condiciones para que los estudiantes gestionen mejor sus estados afectivos durante el aprendizaje. La finalidad es propiciar beneficios sostenidos a lo largo del proceso educativo, en la relación con pares y docentes. Así mismo, estas prácticas fortalecen la resiliencia y la seguridad psíquica frente a desafíos académicos. La inteligencia emocional se convierte, entonces, en una herramienta pedagógica que acompaña la adquisición de contenidos y habilidades. En este marco, las emociones positivas no funcionan de forma aislada, sino como parte de un repertorio que guía la conducta prosocial y la cooperación. La escuela se posiciona como escenario de aprendizaje emocional, no solo cognitivo, buscando una escuela más humana y consciente.

La omnipresencia de las emociones en el proceso educativo implica que influyan en decisiones, respuestas y estrategias de enseñanza. Cuando las condiciones del aula favorecen el bienestar emocional, los estudiantes muestran mayor disposición a explorar, preguntar y colaborar, lo que se traduce en un aprendizaje más profundo. Por el contrario, la presencia de malestar emocional puede disminuir la atención, disminuir la retención de información y reducir la calidad de las interacciones en clase. Por ello, es esencial que el profesorado cuente con herramientas para identificar señales tempranas de alteración emocional. La intervención temprana facilita la reorganización de dinámicas y recursos didácticos para sostener el proceso formativo. Por otra parte, la gestión emocional no es un complemento, sino un componente central de la experiencia educativa.

La educación básica debe promover la regulación emocional a través de rutinas, lenguaje y modelos explícitos de aprendizaje emocional. La identificación de emociones, la expresión adecuada y la interpretación de señales afectivas en pares contribuyen a la cohesión del grupo y al desarrollo de habilidades sociales. Además, las prácticas de revisión de estrategias de estudio, manejo del estrés y respiración

consciente pueden disminuir la intensidad de la ansiedad ante dificultades. La formación docente debe incluir componentes de inteligencia emocional que permitan orientar intervenciones efectivas y sensibles. De este modo, la emoción positiva, cuando se acompaña de estrategias adecuadas, se fortalece y facilita la persistencia ante retos. La consecuencia es un clima escolar más estable, donde la motivación intrínseca y el compromiso con la tarea educativa aumentan.

La Educación Emocional

El manejo de las emociones es un aspecto fundamental en la educación contemporánea, ya que se reconoce que las habilidades emocionales son tan importantes como las habilidades cognitivas. Este proceso educativo no solo se centra en la adquisición de conocimientos académicos, sino que también busca desarrollar competencias emocionales que permitan a los estudiantes interactuar de manera efectiva en diversos contextos sociales. Según Bisquerra y Pérez (citado en Liccioni, 2020), este enfoque tiene como objetivo potenciar el desarrollo humano integral, capacitando a los individuos para enfrentar los desafíos de la vida cotidiana y mejorar su bienestar personal y social.

La enseñanza del manejo emocional implica un enfoque sistemático y continuo, donde los docentes juegan un papel crucial. Estos educadores deben estar preparados para guiar a sus estudiantes en la identificación y regulación de sus emociones, así como en la comprensión de las emociones ajenas. Al hacerlo, se fomenta un ambiente escolar más saludable y colaborativo, donde los estudiantes pueden aprender a resolver conflictos de manera constructiva y a desarrollar relaciones interpersonales positivas. Este tipo de educación emocional contribuye no solo al crecimiento individual, sino también al fortalecimiento del tejido social.

Además, el desarrollo de competencias emocionales tiene un impacto significativo en el rendimiento académico. Los estudiantes que son capaces de manejar sus emociones tienden a mostrar una mayor motivación y compromiso con su aprendizaje. Esto se traduce en mejores resultados académicos y una mayor

satisfacción escolar. Por lo tanto, integrar el manejo emocional dentro del currículo educativo no solo beneficia a los estudiantes en su vida personal, sino que también mejora el clima escolar y promueve una cultura educativa más inclusiva.

Es importante destacar que el proceso de enseñanza del manejo emocional debe ser adaptado a las necesidades específicas de cada grupo de estudiantes. Las dinámicas emocionales pueden variar según la edad, el contexto cultural y las experiencias individuales. Por ello, los docentes deben ser flexibles y creativos al implementar estrategias educativas que fomenten la inteligencia emocional. Esto puede incluir actividades prácticas, juegos de rol, discusiones grupales y ejercicios reflexivos que permitan a los estudiantes explorar sus propias emociones y aprender a gestionarlas adecuadamente.

Asimismo, la colaboración entre padres, docentes y la comunidad es esencial para fortalecer este proceso educativo. La educación emocional no debe limitarse al aula; debe extenderse al hogar y otros entornos sociales donde los estudiantes interactúan. Al involucrar a las familias en este proceso, se crea un apoyo integral que refuerza las enseñanzas recibidas en la escuela. Las iniciativas comunitarias también pueden jugar un papel importante al ofrecer recursos adicionales y espacios seguros para que los jóvenes practiquen sus habilidades emocionales.

Por tal motivo, el manejo de las emociones es un componente vital del proceso educativo que contribuye al desarrollo integral de los estudiantes. A través de la enseñanza sistemática de competencias emocionales, se prepara a los jóvenes para enfrentar los retos de la vida con resiliencia y empatía. Los docentes tienen la responsabilidad de facilitar este aprendizaje, creando un entorno propicio para el crecimiento emocional. Al hacerlo, no solo se mejora el bienestar individual de cada estudiante, sino que también se fortalece la cohesión social y se promueve una cultura educativa más positiva e inclusiva.

Sin embargo, en la actualidad se ha evidenciado lastimosamente el descuido de fomentar la educación emocional en las instituciones educativas, lo que se refleja en el aumento delictivo y en otros problemas sociales. Este fenómeno es preocupante, ya que sugiere que muchos jóvenes carecen de las herramientas

necesarias para gestionar sus emociones y resolver conflictos de manera pacífica. La falta de educación emocional puede contribuir a comportamientos agresivos y a una mayor incidencia de violencia, lo que pone en riesgo no solo a los individuos involucrados, sino también a la comunidad en su conjunto.

La situación actual exige una respuesta urgente por parte de los entes gubernamentales y las instituciones educativas. Es fundamental que se implementen políticas y programas que prioricen la educación emocional como parte integral del currículo escolar. Esto no solo ayudaría a abordar las necesidades emocionales de los estudiantes, sino que también podría tener un impacto positivo en la reducción de la delincuencia y otros problemas sociales. Al invertir en el desarrollo emocional de las nuevas generaciones, se está invirtiendo en un futuro más seguro y cohesionado.

Desde el marco legal e institucional, es esencial reconocer que la educación emocional debe ser considerada una prioridad dentro del sistema educativo. Como señala Liccioni et al. (2020), esta necesidad surge como respuesta a las carencias del currículo académico ordinario, que a menudo no aborda adecuadamente las competencias emocionales. Por lo tanto, es imperativo que se realicen reformas educativas que integren explícitamente la educación emocional en todos los niveles de enseñanza, asegurando así que todos los estudiantes tengan acceso a estas habilidades vitales.

Además, es importante destacar que la implementación de programas de educación emocional no debe ser vista como una carga adicional para los docentes, sino como una oportunidad para enriquecer su práctica educativa. Capacitar a los educadores en estrategias efectivas para enseñar habilidades emocionales les permitirá crear un ambiente más inclusivo y comprensivo en el aula. Esto no solo beneficiará a los estudiantes individualmente, sino que también fomentará un clima escolar más positivo y colaborativo. Asimismo, la colaboración entre diferentes sectores de la sociedad es crucial para el éxito de estas iniciativas. Las escuelas deben trabajar junto con familias, comunidades y organizaciones no gubernamentales para crear un enfoque integral hacia la educación emocional. Esta

colaboración puede incluir talleres para padres sobre cómo apoyar el desarrollo emocional de sus hijos o actividades comunitarias que promuevan la empatía y el respeto mutuo entre los jóvenes.

Es evidente que el descuido en la promoción de la educación emocional tiene consecuencias graves para nuestra sociedad. Para abordar este desafío, es necesario adoptar un enfoque proactivo desde el ámbito gubernamental e institucional, reconociendo la importancia de integrar estas competencias en el currículo educativo. Solo así podremos equipar a las nuevas generaciones con las herramientas necesarias para enfrentar sus emociones y contribuir positivamente al bienestar social. Esta falta de habilidades emocionales no solo afecta a la persona en cuestión, sino que también tiene repercusiones en su entorno, generando un ambiente escolar tenso y conflictivo. Como mencionan Liccioni y Soto (citado en Liccioni et al., 2020), esta situación puede llevar a los docentes a experimentar sentimientos de desesperanza, impotencia y frustración. La escasa comunicación entre profesores y alumnos se convierte en una barrera que dificulta el aprendizaje y el desarrollo personal, creando un ciclo negativo que perpetúa la falta de habilidades emocionales.

Es fundamental entender que la educación emocional no debe ser vista como una responsabilidad exclusiva de los docentes, sino como un proceso que involucra a toda la comunidad educativa. Todos los miembros del personal escolar, desde los directivos hasta el personal administrativo, deben estar capacitados para reconocer la importancia de las emociones en el contexto educativo. Esto implica que cada uno debe desempeñar su rol con una conciencia emocional que promueva un ambiente positivo y colaborativo. La formación continua en competencias emocionales debe ser parte integral del desarrollo profesional del personal educativo.

Los directivos tienen un papel crucial en la implementación de programas de educación emocional dentro de las instituciones. Deben asegurarse de que estas iniciativas se cumplan y se integren en la cultura escolar. Esto incluye proporcionar recursos adecuados, tiempo para la capacitación del personal y espacios para la

reflexión sobre las prácticas educativas. Al fomentar un enfoque institucional hacia la educación emocional, se crea un entorno donde tanto estudiantes como docentes pueden aprender a gestionar sus emociones de manera efectiva. Además, es importante promover una comunicación abierta y efectiva entre todos los miembros de la comunidad educativa. Los espacios para el diálogo permiten que tanto estudiantes como docentes expresen sus emociones y preocupaciones, lo cual es esencial para construir relaciones saludables. Cuando se establece una comunicación fluida, se facilita el entendimiento mutuo y se fortalece el vínculo entre profesores y alumnos, lo que contribuye a un clima escolar más positivo.

La implementación de estrategias de educación emocional también puede ayudar a prevenir conflictos y mejorar la resolución de problemas dentro del aula. Al enseñar a los estudiantes a identificar sus emociones y las de los demás, se les proporciona herramientas para manejar situaciones difíciles con empatía y respeto. Esto no solo beneficia a los individuos involucrados, sino que también promueve una cultura escolar donde prevalece la cooperación y el apoyo mutuo. En conclusión, abordar el analfabetismo emocional en el ámbito educativo es esencial para crear un entorno propicio para el aprendizaje y el desarrollo integral. La educación emocional debe ser una prioridad para todas las instituciones educativas, involucrando a todo el personal en este proceso transformador. Solo así podremos cultivar generaciones capaces de gestionar sus emociones adecuadamente, mejorando no solo su bienestar individual sino también el clima social en general.

Inteligencia emocional

La definición de la Inteligencia Emocional como la capacidad de motivarse a sí mismo, perseverar ante frustraciones, controlar impulsos y regular el estado de ánimo, evitando angustias que interfieran en la toma de decisiones y favoreciendo la empatía y la confianza en otros. Esta visión resalta la inteligencia emocional como un conjunto de procesos internos que permiten gestionar las propias emociones para actuar de forma eficaz en diferentes contextos. Al concebirse así, se enfatiza la interacción entre automotivación, regulación emocional y comportamiento

adaptativo. De este modo, la persona aprende a sostener esfuerzos persistentes frente a obstáculos, manteniendo objetivos claros y encaminados.

La motivación interna se presenta como motor de la conducta cuando la persona identifica metas y valores que orientan las acciones. La perseverancia frente a frustraciones implica resiliencia y una mentalidad orientada al crecimiento, donde los tropiezos se convierten en oportunidades de aprendizaje. El control de impulsos permite evitar respuestas precipitadas que podrían generar consecuencias adversas. En este marco, la regulación del ánimo ayuda a mantener un tono afectivo estable que facilita la reflexión y la planificación de pasos posteriores.

La toma de decisiones se beneficia de la reducción de interferencias emocionales negativas. Evitar angustias que consumen recursos cognitivos es crucial para analizar opciones con claridad. La inteligencia emocional facilita evaluar riesgos, anticipar efectos y elegir caminos que reduzcan costos psíquicos. Este proceso no elimina las emociones, sino que las coloca en un lugar adecuado para influir constructivamente en el razonamiento. Según Goleman (2012) señala que:

la Inteligencia Emocional es la capacidad que tiene el ser humano para motivarse a sí mismo, perseverar a pesar de las frustraciones que presenta la vida, controlando los impulsos y regulando el estado del ánimo, evitando angustias que puedan interferir en los pensamientos para la toma de decisiones, abriendo paso a la capacidad de empatizar y confiar en otros (p. 78).

La capacidad de empatizar surge como resultado de una atención consciente a las señales emocionales propias y ajenas. La empatía permite comprender contextos, necesidades y perspectivas distintas, favoreciendo la colaboración y la confianza. La confianza en otros, a su vez, fortalece las relaciones interpersonales y la cooperación. Este ciclo realimenta la propia seguridad emocional, al sentirse respaldado y comprendido. La inteligencia emocional, en este enfoque, abarca habilidades para regular estados afectivos en sociales complejos. Comprender emociones propias y ajenas facilita la comunicación efectiva y la resolución de conflictos.

Ante ello, se potencia la autorregulación para sostener interacciones respetuosas y productivas. Así, la persona puede desenvolverse con equilibrio en entornos laborales, educativos y personales. Por tal motivo, la Inteligencia

Emocional se entiende como la capacidad de motivarse, perseverar ante la adversidad, regular emociones y tomar decisiones con claridad, sin dejar que la angustia nuble el juicio. Su componente empático y de confianza en otros permite construir relaciones sólidas y colaborativas. Este conjunto de competencias favorece el bienestar y el rendimiento en distintos ámbitos de la vida. Fortalecer estas capacidades implica desarrollo formativo, experiencia práctica y apoyo social. En tal sentido, Goleman (2012) señala cinco principios en la definición de inteligencia emocional:

el primero es el autoconocimiento emocional, referido al conocimiento de las propias emociones, el segundo es la autorregulación, que permite dominar las emociones y reflexionar sobre el comportamiento, en tercer lugar está la automotivación, que es la capacidad de motivarse a sí mismo para alcanzar metas, por otra parte, el cuarto principio es la empatía, que facilita el reconocimiento de las emociones en las demás personas, y por último, las habilidades sociales, que consiste en la capacidad de relacionarse con otras personas (p. 91).

Ante ello, se destaca el autoconocimiento emocional, autorregulación, automotivación, empatía y habilidades sociales. Esta estructura conceptualiza la inteligencia emocional como un marco integrador de conocimientos, efectos y prácticas en la vida personal y social. Cada componente aporta aportes específicos al proceso de gestionar emociones, comportamientos y relaciones interpersonales. El enfoque de Goleman sitúa la inteligencia emocional como base para la toma de decisiones y el bienestar.

El primer principio, el autoconocimiento emocional, se refiere al conocimiento de las propias emociones y de su impacto en pensamientos y acciones. Implica ser consciente de estados afectivos, identificar su origen y comprender su función adaptativa. Este reconocimiento temprano facilita una respuesta más consciente ante situaciones estresantes y reduce reacciones impulsivas. El autoconocimiento habilita a la persona para monitorear qué emociones influyen en su juicio. Es un cimiento para la autorreflexión y la planificación de conductas adecuadas.

El segundo principio es la autorregulación, la capacidad de dominar las emociones y reflexionar sobre el comportamiento. Implica gestionar impulsos, mantener la calma bajo presión y evitar respuestas precipitadas. La autorregulación facilita pausas estratégicas, reacciones ponderadas y una conducta coherente con

metas personales y normas sociales. Este componente es clave para mantener relaciones estables y para la resiliente ante contratiempos. Permite que las emociones sirvan al razonamiento y a la resolución de problemas.

El tercer principio, la automotivación, es la capacidad de motivarse a sí mismo para alcanzar metas. Esta dimensión implica persistencia, optimismo y enfoque en objetivos a largo plazo, incluso ante obstáculos. La automotivación está estrechamente vinculada a la autoestima y a la autoeficacia, ya que la creencia en las propias capacidades impulsa el esfuerzo sostenido. Conduce a una orientación proactiva y a la fijación de metas claras y significativas. Centrar la atención en el propósito facilita el esfuerzo sostenido.

El cuarto principio es la empatía, que facilita el reconocimiento de las emociones en las demás personas. Este componente implica comprender perspectivas, necesidades y estados afectivos ajenos. La empatía fortalece la comunicación, facilita la cooperación y previene conflictos por malentendidos. Desarrollarla demanda escucha activa, sensibilidad cultural y una actitud de apoyo. Con la empatía se cultiva la conexión social necesaria para equipos y comunidades.

El quinto principio, las habilidades sociales, se refiere a la capacidad de relacionarse con otras personas. Incluye comunicación efectiva, manejo de conflictos, negociación y cooperación. Las habilidades sociales permiten convertir la comprensión emocional en acciones que mejoran las interacciones y los resultados compartidos. Este dominio favorece entornos colaborativos, redes de apoyo y clima organizacional positivo. Su desarrollo implica práctica, de retroalimentación y modelos conductuales positivos.

En tal sentido, Goleman (2012) propone cinco principios interconectados: autoconocimiento emocional, autorregulación, automotivación, empatía y habilidades sociales. Cada uno aporta capacidades específicas que se retroalimentan para formar una inteligencia emocional completa. Este marco facilita comprender cómo las emociones influyen en el comportamiento y las relaciones, y cómo gestionarlas para lograr metas personales y sociales. El desarrollo de estos

principios favorece el bienestar, la eficacia personal y la convivencia. En tal sentido, Goleman (2012) señala que:

la Inteligencia Emocional es una capacidad que puede desarrollarse a través del aprendizaje, siendo una necesidad realizar una autoevaluación que facilite el conocerse a sí mismo, la inteligencia emocional demanda entereza en la manera de asumir nuestra responsabilidad en el manejo de nuestras propias emociones (p. 95).

Sobre la idea de que la Inteligencia Emocional es una capacidad que puede desarrollarse mediante el aprendizaje, exige autoevaluación y requiere entereza para asumir la responsabilidad del manejo de las propias emociones. Este enfoque subraya la plasticidad de la competencia emocional y su posibilidad de fortalecerse con práctica, educación y experiencia consciente. Reconoce la importancia de la formación y la autorreflexión como motores del crecimiento personal y social. Propone una visión proactiva donde el aprendizaje continuo se aplica a las emociones para mejorar la vida cotidiana y las relaciones.

Es por ello, que, la idea central es que la inteligencia emocional se aprende; no es un rasgo fijo, sino un conjunto de habilidades que se pueden adquirir y pulir. El aprendizaje puede incluir educación emocional formal, entrenamiento en habilidades sociales, prácticas de mindfulness y estrategias de regulación emocional. La adquisición gradual permite pasar de la intuición a la deliberación consciente sobre cómo sentimos y respondemos. Este carácter formativo facilita la transformación de patrones automáticos en respuestas más adaptativas ante desafíos emocionales. La autoevaluación surge como herramienta clave para conocer el estado emocional propio y detectar áreas de mejora. Evaluar regularmente nuestras emociones, desencadenantes y efectos en el comportamiento favorece la conciencia situacional.

Este proceso permite identificar sesgos, replantear metas y ajustar estrategias de afrontamiento. La autoevaluación, si se realiza con honestidad y sin juicio, fortalece la metacognición emocional y facilita decisiones más responsables. La necesidad de conocerse a sí mismo implica vincular emociones, pensamientos y acciones. El autoconocimiento facilita distinguir entre impulsos y motivos, entre miedo y alerta, entre frustración y agotamiento. Al comprender estas dinámicas, se

reducen reacciones reactivas y se promueve una regulación más eficaz. Este conocimiento profundo sustenta una actitud de responsabilidad sobre el propio bienestar y el de los demás.

Por tal motivo, la entereza para asumir la responsabilidad en el manejo de las emociones implica valentía para enfrentar errores y consecuencias. Significa aceptar límites y comprometerse con prácticas que protejan la salud emocional propia y ajena. Requiere honestidad para reconocer impactos negativos y disposición para corregir rutas cuando las respuestas emocionales generan daño. La responsabilidad es un valor central que guía la autorregulación y el comportamiento ético. De este modo, la inteligencia emocional se entiende como una capacidad desarrollable mediante aprendizaje y práctica, sostenida por una autoevaluación honesta. La entereza para asumir la responsabilidad de nuestras emociones es indispensable para comportamientos consistentes y saludables. Este enfoque promueve un crecimiento continuo que mejora la convivencia, las decisiones y la resiliencia personal.

Competencias Emocionales

La idea central es explorar cómo la capacidad de gestionar emociones propias y ajenas se vincula con la calidad del entorno de aprendizaje y convivencia. Este enfoque considera que las habilidades socioemocionales del docente pueden traducirse en prácticas que favorecen un clima de respeto, empatía y regulación emocional compartida. Al comprender estas dinámicas, se busca esclarecer la correspondencia entre competencias y resultados en el ambiente educativo.

En primer lugar, las competencias emocionales del docente incluyen autoconciencia, autorregulación, empatía y habilidades sociales, las cuales influyen directamente en la gestión del aula. Un maestro con alta autoconciencia reconoce sus desencadenantes emocionales y evita respuestas impulsivas. Esta autorregulación facilita respuestas más meditadas ante conflictos, reduciendo la escalada emocional y promoviendo un entorno estable para el aprendizaje. La

empatía permite entender las necesidades emocionales de los estudiantes y adaptar las intervenciones pedagógicas a cada momento.

La correspondencia con el clima del aula se manifiesta en la calidad de las interacciones entre docentes y estudiantes. Un docente capaz de expresar y regular emociones de forma adecuada modela conductas prosociales, como la cooperación y la escucha activa. Este modelo afectivo establece normas implícitas de convivencia que priorizan el diálogo, la paciencia y la búsqueda de soluciones compartidas. En consecuencia, los estudiantes perciben un entorno seguro donde expresar inquietudes y emociones es aceptado y gestionado de manera constructiva. Ante ello, Barrientos (2018) señala que:

Las competencias emocionales de los maestros tienen cierta repercusión con su habilidad para manejar el clima social y emocional de su aula. Para ello, se realiza un estudio de comprensión y de valoración de las capacidades sociales y emocionales de los profesores y su correspondencia con el clima creado en sus clases (p. 14)

Asimismo, las habilidades sociales del maestro implican competencia para negociar conflictos, facilitar la participación y cultivar relaciones positivas con el grupo. Estas competencias permiten diseñar rutinas y dinámicas que promueven la cohesión grupal y la inclusión, reduciendo incidentes disruptivos. Un clima emocional favorable se asienta cuando el docente interviene con claridad en situaciones tensas, aplicando estrategias de mediación y reconociendo las experiencias emocionales de cada alumno. Así, se fortalecen la autorregulación y la autonomía emocional del alumnado.

La literatura sugiere que cuando las prácticas docentes incorporan gestión emocional, se observan mejoras en la motivación, el compromiso y el rendimiento académico. El clima emocional positivo favorece la atención sostenida, la participación y la disposición a asumir responsabilidades. Por el contrario, déficits en las competencias emocionales pueden traducirse en respuestas reactivas, conflictos no resueltos y un ambiente estresante. En este sentido, la formación continua de maestros en inteligencia emocional adquiere relevancia para sostener ambientes de aprendizaje saludables.

En este marco, la comprensión y valoración de las capacidades sociales y emocionales de los docentes deben contemplar instrumentos de evaluación que identifiquen fortalezas y áreas de mejora. La retroalimentación debe ser formativa y orientada a prácticas concretas, como la regulación emocional, el manejo de límites y la promoción de intercambios respetuosos. De este modo, la correspondencia entre competencias y clima no es un efecto incidental, sino un resultado dinámico de acciones pedagógicas intencionadas. En tal sentido, investigaciones empíricas pueden profundizar en qué elementos específicos fortalecen el clima emocional y académico en distintos contextos educativos. Por tal motivo, Bisquerra (2005) señala la realidad implícita:

Un proceso educativo, continuo y permanente, que pretende potenciar el desarrollo de las competencias emocionales como elemento esencial del desarrollo integral de la persona, con objeto de capacitarla para la vida. Todo ello tiene como finalidad, aumentar el bienestar personal y social (p. 96)

Este enfoque prioriza la educación emocional como eje transversal del aprendizaje, integrado en contenidos, métodos y evaluación. Busca desarrollar habilidades que permitan a la persona conocer, gestionar y expresar sus emociones de forma adaptativa. Al fomentar estas competencias, se pretende fortalecer la autonomía, la toma de decisiones responsables y la convivencia saludable. El marco de referencia señala que las competencias emocionales incluyen autoconciencia, autorregulación, empatía y habilidades sociales. Estas capacidades permiten reconocer estados afectivos propios y ajenos, comprender su impacto en el comportamiento y seleccionar respuestas adecuadas.

En un proceso educativo, la enseñanza de estas habilidades se incorpora de manera intencional en actividades, proyectos y dinámicas de aula. De este modo, el aprendizaje va más allá de lo cognitivo y abarca el florecimiento personal y social. La continuación del desarrollo emocional se articula con el currículo y la vida cotidiana del centro educativo. Se diseñan experiencias que favorecen la regulación emocional en situaciones de estrés o conflicto, así como la resolución pacífica de diferencias. La práctica educativa se orienta a construir ambientes seguros y estimulantes, donde la emoción sea un recurso para avanzar en el aprendizaje. Esto

implica también promover la resiliencia y la autoeficacia ante desafíos personales y colectivos.

La finalidad de aumentar el bienestar personal y social se manifiesta en diversas dimensiones. A nivel individual, se fortalece la autoestima, la confianza en las propias capacidades y la satisfacción con la vida escolar. A nivel comunitario, se fomenta la empatía, la cohesión grupal y la responsabilidad hacia los demás. El bienestar emocional se convierte en un prerrequisito para el desarrollo de habilidades cognitivas superiores y para una participación cívica informada. La implementación de este proceso exige una arquitectura educativa que integre evaluación continua y formativa.

Se valoran las mejoras en regulación emocional, comunicación asertiva y gestión de conflictos, así como el progreso en metas personales. La retroalimentación debe orientar prácticas concretas, medir avances y ajustar estrategias pedagógicas. La evaluación debe considerar el crecimiento emocional como un componente central del éxito educativo. Por ello, un proceso educativo continuo que potencie las competencias emocionales se presenta como condición necesaria para el desarrollo integral y la preparación para la vida. Al fortalecer estas habilidades, se favorece un bienestar sostenido, tanto a nivel individual como social. Este enfoque exige compromiso institucional, docentes capacitados y familias involucradas. El resultado esperado es una ciudadanía capaz de convivir, colaborar y contribuir de manera positiva a la comunidad.

En tal sentido, Bisquerra y Pérez (2007) describen la competencia emocional como: “el conjunto de conocimientos, capacidades, habilidades y actitudes necesarias para comprender, expresar y regular de forma apropiada los fenómenos emocionales” (p. 68). Esta definición enfatiza un marco integral que abarca cognición, comportamiento y disposición ética ante lo emocional. Permite ubicar la competencia emocional como un recurso transversal en el desarrollo personal y social. En este sentido, la comprensión implica ver las emociones como procesos dinámicos con funciones adaptativas y comunicativas dentro de las relaciones

humanas. Este componente permite interpretar estados emocionales con precisión y evitar sesgos o reacciones automáticas.

Asimismo, la comprensión facilita la anticipación de consecuencias de las respuestas emocionales en terceros y en uno mismo. Se articula con la empatía, la curiosidad afectiva y la interpretación contextual de las experiencias emocionales. Expresar emociones de manera adecuada requiere habilidades de comunicación verbal y no verbal, asertividad y regulación contextual. La competencia implica elegir formas de expresión que favorezcan la comprensión mutua y eviten dañar a otros. Se valora la claridad, la adecuación cultural y la oportunidad de compartir sentimientos relevantes para el aprendizaje y la convivencia. La expresividad responsable puede fortalecer la confianza y la cohesión de grupos y comunidades.

La regulación de las emociones abarca estrategias para modulación, autocontrol y recuperación ante intensidades afectivas. Este aspecto implica despliegue de técnicas de respiración, reestructuración cognitiva, manejo de impulsos y pausa reflexiva. La regulación eficaz reduce conflictos y facilita la concentración, la resolución de problemas y la toma de decisiones. También contribuye a la resiliencia emocional ante adversidades y cambios. La competencia emocional no se limita a procesos individuales; se manifiesta en interacciones interpersonales y en la cultura educativa o laboral. Incluye normas y hábitos que sustentan un clima de respeto, escucha y apoyo mutuo. La actitud de apertura a aprender sobre las emociones promueve una mentalidad de crecimiento y reduce el estigma asociado a las vivencias afectivas. Así, la competencia se convierte en un pilar para la convivencia y el rendimiento.

El rol del docente en el desarrollo de competencias emocionales

El manejo de las emociones en el individuo requiere reconocer el papel central del docente como facilitador del desarrollo emocional. Más allá de la transmisión de contenidos, el docente actúa como mediador de experiencias que cobran sentido en el aula y en la vida cotidiana. Su labor implica acompañar procesos afectivos, identificar señales tempranas de malestar y responder con

intervenciones oportunas y adecuadas. Esto implica una visión integral donde lo emocional se integra con lo cognitivo y social para favorecer un aprendizaje sólido. En este marco, la escuela se convierte en un espacio de protección, aprendizaje y crecimiento personal, no solo académico.

La responsabilidad del docente se expresa también en diseñar experiencias que fomenten la inteligencia emocional y la regulación afectiva. Así, cada interacción en el aula se transforma en una oportunidad para practicar empatía, autocontrol y colaboración. Este enfoque exige formación continua y apoyo institucional para consolidar prácticas efectivas y sostenibles. La convivencia se ve fortalecida cuando el docente modela conductas prosociales y reconoce la diversidad emocional de sus estudiantes. De este modo, la educación se orienta hacia resultados que trascienden la calificación y se acercan al desarrollo humano integral.

Los autores Domínguez y Nieto (2022) destacan que la guía emocional del docente también implica enseñar a aprender desde lo afectivo. Al promover la autoobservación, la reflexión sobre emociones y la toma de decisiones responsables, se fortalece la autonomía emocional de los estudiantes. Además, es importante que el profesor fomente relaciones saludables entre pares, apoyando la comunicación asertiva y la resolución de conflictos. Estas competencias se traducen en mejores resultados académicos y en una convivencia más armónica. La intervención educativa debe incorporar prácticas que permitan a cada estudiante identificar sus emociones, expresarlas adecuadamente y comprender las emociones de otros. En este marco, el aprendizaje emocional no es un complemento, sino una dimensión central de la educación.

La preparación del docente para guiar el desarrollo emocional exige formación específica y experiencia en el aula. Programas de desarrollo profesional deben ofrecer estrategias de evaluación emocional, manejo de crisis y acompañamiento psicoeducativo. También es crucial promover la colaboración entre docentes, familias y comunidades para sostener apoyos consistentes fuera del horario escolar. Este trabajo conjunto facilita un seguimiento coherente de las necesidades afectivas de los estudiantes. La evaluación debe contemplar

indicadores afectivos y sociales, no solo académicos, para reflejar el progreso emocional. Así, se insiste en una educación que valora la salud mental como parte del rendimiento educativo. Ahora bien, el docente se posiciona como agente clave en la construcción de capacidades emocionales que preparan a los jóvenes para la vida.

La respuesta educativa ante los retos contemporáneos debe integrar lo emocional con lo curricular. El docente, al asumir este rol, se compromete a crear entornos inclusivos donde todas las emociones sean reconocidas y gestionadas. Esto implica adaptar estrategias pedagógicas para atender diversas necesidades y ritmos de aprendizaje. La presencia de apoyo emocional sostenido favorece la participación, la curiosidad y la creatividad. Cuando los docentes acompañan de forma constante a los estudiantes, se fortalecen vínculos de confianza que facilitan la transmisión de conocimientos y valores. En este escenario, la escuela funciona como un laboratorio de habilidades sociales y emocionales, preparatorio para la vida adulta. Con entramados de apoyo, evaluación y cultura escolar saludable, el manejo emocional se transforma en un pilar de la educación. El docente también tiene otro rol que consiste en:

En ser considerado como líder, por su capacidad de conocer y ser, para acompañar los procesos de formación de un grupo de estudiantes, desde el desarrollo de destrezas que permiten adaptarse a un contexto y lograr resolver sus dificultades cotidianas. (Vallés, 2005 p. 22).

El docente desempeña un papel fundamental como guía en la formación académica y social de los niños y niñas, y su influencia trasciende la mera transmisión de contenidos. Su labor implica orientar, acompañar y modelar conductas que faciliten el desarrollo integral de cada estudiante. En este marco, el aula se convierte en un espacio de aprendizaje y convivencia donde se fortalecen habilidades cognitivas, emocionales y sociales. La tarea educativa busca no solo enseñar conceptos, sino también guiar al alumnado en la toma de decisiones, la resolución de problemas y la construcción de relaciones saludables.

Cada interacción en clase aporta experiencias que favorecen la autorregulación, la autoestima y la curiosidad intelectual. Así, el docente actúa como

puente entre el saber y la vida cotidiana, conectando contenidos con contextos reales. La formación docente debe responder a estas múltiples dimensiones, asegurando una praxis que combine conocimiento técnico y sensibilidad educativa. En este sentido, la guía pedagógica se enriquece con estrategias inclusivas, apoyos diferenciados y prácticas que atienden la diversidad. La visión integral del rol docente reconoce la necesidad de continuo aprendizaje y adaptación a las cambiantes dinámicas escolares.

Sin embargo, la responsabilidad del docente no se limita a la transmisión de información; implica instruir a los estudiantes sobre qué pasos deben dar, qué habilidades deben desarrollar y cómo evitar incurrir en comportamientos negativos. Esto requiere planeación didáctica que incorpore objetivos claros, rutinas de aprendizaje y métodos de evaluación formativa que retroalimenten el progreso. La orientación va desde la estructuración de proyectos hasta la promoción de hábitos metacognitivos que permitan a los alumnos monitorizar su propio avance.

Además, implica trabajar la conducta prosocial, la ética y la convivencia, favoreciendo ambientes de respeto y cooperación. El rol del docente se inmersa en la mediación de conflictos, la facilitación de estrategias de regulación emocional y el fomento de una cultura de aprendizaje continuo. En este entramado, la evaluación debe reflejar tanto el desarrollo académico como el desarrollo personal. La coherencia entre metas, actividades y retroalimentación fortalece la confianza y la motivación del alumnado. A pesar de su importancia, la situación educativa contemporánea ha visto afectada la motivación de los docentes para el seguimiento permanente del avance de sus estudiantes.

Diversos factores inciden en este fenómeno: cargas laborales excesivas, sistemas de evaluación que privilegian resultados a corto plazo, y limitaciones de recursos que dificultan intervenciones individualizadas. La burocracia y la presión por cumplir calendarios pueden restar tiempo para el acompañamiento afectivo y el diálogo pedagógico. La desmotivación impacta directamente en la calidad de las interacciones en el aula, la detección temprana de necesidades y la continuidad de planes de apoyo. En este contexto, se vuelven cruciales estrategias institucionales

que alivien cargas, den soporte profesional y fortalezcan la autonomía docente. La inversión en formación, supervisión pedagógica y comunidades de práctica emerge como respuesta para revitalizar estas labores.

La atención al avance académico, familiar y social de los estudiantes requiere enfoques integrados y colaborativos entre docentes, familias y servicios de apoyo. Es necesario crear entornos que faciliten la comunicación, la coordinación de intervenciones y el seguimiento longitudinal de casos. Políticas escolares que prioricen la salud mental, la adecuada gestión del tiempo y la distribución equitativa de recursos pueden revertir la desmotivación y devolverle al docente el impulso necesario para acompañar a cada alumno. La tecnología y las herramientas de monitoreo pueden apoyar el seguimiento, siempre que se utilicen para enriquecer la relación educativa y no como reemplazo del contacto humano (Puertas et al., 2018).

Modelos teóricos que fundamenta las competencias emocionales

Las competencias emocionales se apoyan en dos modelos clave que permiten entender su origen y desarrollo: Saarni y la tríada Salovey–Sluyter, frente al enfoque de Goleman, Boyatzis y McKee. En la primera lectura, Saarni propone distinguir entre inteligencia emocional y competencias emocionales, otorgando credibilidad a cada campo como ciencia distinta pero complementaria. Este marco se fundamenta en una visión socioconstructivista, donde las emociones emergen de experiencias vivenciales y de la interacción entre individuo y contexto. Así, las experiencias no solo informan procesos afectivos, sino que también participan en la construcción de identidades emocionales dentro de un tejido social.

La cultura, la historia personal, los valores y los roles sociales influyen en cómo una persona identifica, regula y utiliza sus emociones para actuar en diversos escenarios. En este sentido, el contexto se convierte en motor de aprendizaje afectivo y de madurez emocional, más allá de una mera aptitud individual aislada. Por otro lado, los modelos de Salovey y Sluyter, y de Goleman, Boyatzis y McKee, aportan una perspectiva funcional y aplicada de las competencias emocionales, conectándolas con la inteligencia emocional y el rendimiento social. A su vez,

enfatan sobre la capacidad de percibir, comprender, gestionar y utilizar las emociones como base para la toma de decisiones y la interacción interpersonal.

Esta aproximación sitúa las emociones en un continuo que facilita la adaptación a contextos cambiantes y la regulación de respuestas ante demandas del entorno. Paralelamente, Goleman, Boyatzis y McKee conectan las competencias emocionales con el liderazgo, la ética y la efectividad organizacional, destacando la importancia de habilidades como la empatía, la influencia y la claridad de propósito. En conjunto, estos modelos fortalecen la idea de que la inteligencia emocional se materializa en comportamientos observables y en resultados sociales y profesionales tangibles. Para Saarni (citado en Tecpa 2020 p. 39), la competencia emocional “es la demostración de autoeficacia en las transacciones sociales iniciadas por una emoción”.

El autor describe un marco en el cual el individuo debe alcanzar autoeficacia para cumplir metas y objetivos, gestionando sus emociones mediante una planificación estratégica y, si es necesario, negociando para avanzar. En este sentido, el manejo emocional no es un fin aislado, sino una competencia instrumental que facilita la acción dirigida hacia resultados. La idea central es que el control y uso de las emociones se integran en la ruta hacia el logro personal y profesional, posibilitando tomar decisiones más informadas y coherentes con las metas propuestas. Esta perspectiva sitúa la inteligencia emocional como una habilidad práctica, vinculada a la planificación, la negociación y la ejecución de acciones concretas. Así, el sujeto no solo siente, sino que actúa con propósito dentro de un marco de metas claro.

El texto señala ocho competencias fundamentales que componen el modelo teórico, ofreciendo una guía detallada para su desarrollo. En primer lugar, la Conciencia del propio estado emocional implica reconocer con precisión qué se siente y cuáles son las razones subyacentes, evitando la reactividad automática. Esta autoconsciencia es el punto de partida para cualquier regulación emocional efectiva. En segundo lugar, la Habilidad para discernir las emociones de otros reconoce la importancia de la lectura emocional en las interacciones sociales y la

toma de decisiones colectivas. Estas capacidades permiten sintonizarse con contextos y necesidades ajenas.

La tercera competencia es la Habilidad para usar vocabulario emocional, que facilita nombrar y comunicar estados afectivos con claridad, reduciendo malentendidos y fortaleciendo la comunicación. La cuarta, la Habilidad para implicarse empáticamente, se enfoca en sentir con los demás y comprender sus perspectivas, lo que favorece la cooperación y la cohesión en equipos. En la quinta, la Habilidad para comprender que el estado emocional interno no necesita corresponder a la expresión externa, se reconoce la diversidad de mostrarse emocionalmente, evitando juicios sobre la autenticidad de las emociones visibles.

La sexta competencia es la Habilidad de afrontamiento adaptativo de las emociones, que abarca estrategias para regular emociones de forma flexible ante situaciones desafiantes, manteniendo el funcionamiento efectivo. La séptima, la Conciencia de la comunicación emocional en las relaciones sociales, destaca la importancia de cómo se transmite y recibe la información emocional en vínculos interpersonales. Por último, la octava, la Habilidad de autoeficacia emocional, se refiere a la confianza en la propia capacidad para gestionar emociones y alcanzar metas, fortaleciendo la resiliencia.

Estas ocho competencias delinear un programa de desarrollo que conecta emoción, cognición y acción. El enfoque subraya que la gestión emocional no es una habilidad aislada, sino un conjunto integrado de capacidades que permiten planificar, negociar y avanzar hacia objetivos de manera consciente y estratégica. En la práctica, su desarrollo exige intervención y entrenamiento sistemático, con prácticas que favorezcan la autoconciencia, la empatía, la regulación y la comunicación emocional. Al incorporar estas dimensiones, se facilita una actuación más adaptativa ante desafíos, reduciendo la impulsividad y aumentando la eficacia personal y relacional.

En un sentido más amplio, Bisquerra (2005) señala que el desarrollo de una personalidad integral se despliega en dos componentes esenciales, comenzando por el contorno personal y la autogestión. En este marco, la conciencia de uno

mismo aparece como punto de partida para la autorregulación y la toma de decisiones conscientes. Este enfoque sitúa al sujeto en el centro de un proceso reflexivo que permite observar sus propias acciones y reacciones. A partir de esa observación, surge la capacidad de identificar cómo se manifiestan las emociones ante distintas situaciones y cuál es su impacto en el comportamiento.

Así, la conciencia emocional se convierte en un instrumento para orientar conductas hacia resultados deseables. Los autores señalan que este nivel de autoobservación facilita la previsión de efectos positivos o negativos de las emociones en uno mismo y en los demás. De esta manera, se promueve una ética de responsabilidad que busca evitar daños y favorecer una convivencia saludable. En este sentido, la autogestión emerge como una habilidad práctica para canalizar las emociones hacia respuestas adaptativas. La conciencia de uno mismo no es estática, sino un proceso dinámico que se alimenta de experiencias, retroalimentación y reflexión continua. Ante ello, este primer componente permite que el individuo se reconozca como sujeto capaz de influir en su propio desarrollo.

El segundo eje, la autogestión, se apoya en la capacidad de regular las emociones para proteger el equilibrio personal y social. La autogestión implica decidir cuándo expresar una emoción, cómo modularla y con qué intensidad, con miras a minimizar efectos perjudiciales y maximizar efectos beneficiosos. Este control no significa ocultar lo que se siente, sino gestionarlo de forma que las acciones subsecuentes sean acordes con metas y valores. En este marco, el manejo emocional se enlaza con la planificación de conductas y la previsión de consecuencias, fortaleciendo la autonomía. La autogestión facilita la resolución de conflictos internos y externos, promoviendo respuestas adaptativas ante desafíos laborales, familiares y sociales.

Además, se reconoce la importancia de estrategias como la relajación, la reorientación de metas y la negociación de expectativas para sostener un proceso de mejora continua. Los autores subrayan que una buena autogestión repercute en la calidad de las relaciones interpersonales y en la efectividad del rendimiento. Así, la combinación de conciencia de uno mismo y autogestión configura un marco sólido

para una personalidad integral. La valoración de uno mismo aparece como un componente complementario dentro de este contorno personal. Este proceso implica identificar habilidades, fortalezas y debilidades que influyen en el desempeño en distintos ámbitos: personal, laboral y social. Reconocer las propias capacidades permite al individuo orientar su desarrollo hacia áreas de fortaleza y buscar apoyos o mejoras en las áreas de oportunidad.

La autoevaluación debe ser honesta y basada en evidencia, favoreciendo un plan de acción realista y alcanzable. La autopercepción positiva fortalece la confianza y la motivación, mientras que una visión crítica constructiva facilita la priorización de metas y recursos. En este sentido, el conocimiento de las debilidades no es un obstáculo, sino un insumo para crear estrategias de mejora y compensación. La interacción entre autoconciencia y gestión de recursos personales facilita la adaptación a contextos cambiantes y la construcción de una identidad profesional y social coherente. En última instancia, este segundo componente refuerza la capacidad de aprender de la experiencia y de sostener un desarrollo sostenible.

Teorías que fundamentan la investigación

Teoría sociocultural: La orientación pedagógica propuesta, basada en el paradigma sociocultural de Vygotsky, concede al aprendizaje su origen en la interacción social y en el uso de herramientas culturales para la construcción del conocimiento. Este marco reconoce que el desarrollo no precede al aprendizaje, sino que emerge gracias a la mediación de otros y de discursos compartidos dentro de la comunidad educativa. En el Currículo de Educación de Colombia, esta visión se traduce en prácticas que privilegian la interacción, la guía experta y las zonas de desarrollo próximo como motores del progreso del niño.

Desde la primera perspectiva, el aprendiz, se entiende como sujeto activo que, a través de la mediación, construye significados a partir de las experiencias con pares, docentes y materiales culturales. El niño no recibe pasivamente la información, sino que la internaliza mediante la articulación de ideas, la

demostración de comprensión y la apropiación de estrategias de pensamiento que emergen en contextos reales y lúdicos. En este sentido, el aprendizaje ocurre en diálogo y colaboración, favoreciendo la diversidad de ritmos y estilos de aprendizaje. Para Vygotsky (en León 1995) el objetivo principal era “definir los mecanismos por los cuales la sociedad y los cambios sociohistóricos producen cambios en la naturaleza humana” (p.22).

Ante ello, se asume como mediador que facilita el proceso de crecimiento cognitivo y social del niño. El docente diseña situaciones de aprendizaje, ofrece andamios (scaffolding) adecuados y ajusta el nivel de apoyo para estimular la autonomía gradual del aprendiz. Este rol implica planificación, observación atenta y capacidad de adaptar lenguajes, recursos y actividades a la experiencia previa y a las expectativas culturales de la familia y la comunidad. Del mismo modo, el aprendizaje mismo, se concibe como resultado de la interacción entre el individuo y su entorno sociocultural. No se reduce a la memorización de contenidos, sino que se manifiesta en la especie de “andamiaje” que permite al niño trascender su independencia actual. En el Currículo de Educación (2005), este enfoque se materializa en experiencias de aprendizaje contextualizadas, significativas y conectadas con las prácticas culturales, lingüísticas y afectivas de los niños.

Por tal motivo, se complementa con la idea de zona de desarrollo próximo, que señala el límite entre lo que el niño puede hacer solo y lo que puede lograr con apoyo. La educación emocional, por tanto, debe estructurar intervenciones que identifiquen esas zonas y las potencien mediante actividades colaborativas, juegos guiados y comentarios reflexivos que faciliten la internalización de estrategias metacognitivas y de lenguaje de pensamiento. La orientación pedagógica inspirada en el socioculturalismo de Vygotsky, sitúa al aprendizaje en un marco dinámico de mediación, interacción y contexto. El aprendizaje se configura como resultado de la colaboración entre aprendiz, docente y entorno, donde la cultura, el lenguaje y las herramientas culturales actúan como arquitecturas que permiten desplazar el desarrollo hacia niveles superiores de comprensión y participación social.

Por tanto, Vygotsky (1989) menciona “en la medida en que la colaboración, la supervisión y la responsabilidad del aprendizaje están cubiertas, el niño progresa adecuadamente en la formación y consolidación de sus nuevos conocimientos y aprendizajes” (p. s/n). El progreso del estudiante en la formación y consolidación de nuevos conocimientos depende de la cobertura efectiva de la colaboración, la supervisión y la responsabilidad del aprendizaje. Este enfoque subraya que la interacción social y la presencia de guías competentes son condiciones necesarias para que el desarrollo se dé en niveles superiores, especialmente cuando se ofrecen andamiajes adecuados que permitan al niño avanzar dentro de su zona de desarrollo próximo.

A efecto de lo señalado anteriormente, Vygotsky (1979) señala una situación particular en educación vista desde la perspectiva sociocultural, ella es: “Existe una falencia, en la educación, en el escenario donde hacen psicopedagogía, ya que es un reto mediar la observación y su exegesis” (p.17). En este marco, la colaboración no se limita a la relación entre alumno y docente, sino que se extiende a la dinámica del aula como conjunto, favoreciendo prácticas pedagógicas que promueven trabajo conjunto, diseño de tareas y apoyo mutuo. Cuando la supervisión es adecuada, los docentes facilitan la autonomía progresiva, evitando tanto la sobreprotección como la desatención, y convierten la experiencia educativa en un proceso de construcción compartida de significados.

Teoría humanista: El modelo humanista, como se ha mencionado, se presenta como una respuesta a las incertidumbres contemporáneas en el ámbito educativo y más allá. Este enfoque pone al ser humano en el centro de la experiencia educativa, reconociendo su capacidad para participar activamente en su propio desarrollo y en la construcción de su conocimiento. Al enfatizar la importancia de satisfacer necesidades fundamentales, el humanismo promueve no solo el aprendizaje académico, sino también el bienestar integral del individuo. Esto implica que la educación debe ir más allá de la mera transmisión de información; debe facilitar un entorno donde los estudiantes puedan explorar sus intereses, desarrollar

habilidades sociales y emocionales, y encontrar un sentido de propósito en sus vidas.

La relevancia del modelo humanista radica en su capacidad para abordar las diversas dimensiones que influyen en el desarrollo humano. Las demandas sociales, culturales y psicoemocionales son factores que deben ser considerados al diseñar experiencias educativas. Por ejemplo, un enfoque humanista puede ayudar a los educadores a reconocer la diversidad de contextos familiares y culturales que afectan a sus estudiantes, permitiéndoles adaptar sus métodos pedagógicos para ser más inclusivos y sensibles a estas realidades. De esta manera, se fomenta un ambiente donde cada estudiante se siente valorado y comprendido, lo cual es esencial para su motivación y compromiso con el aprendizaje.

Históricamente, el humanismo ha sido utilizado como un marco teórico para entender al ser humano desde múltiples perspectivas. Desde la filosofía hasta la psicología y la educación, este modelo ha proporcionado herramientas conceptuales para abordar las complejidades del comportamiento humano. En el contexto educativo, esto significa que los objetivos y metas deben estar alineados con las necesidades y aspiraciones de los estudiantes. La gestión del conocimiento debe ser vista como un proceso colaborativo donde tanto docentes como alumnos trabajan juntos hacia metas comunes que promuevan no solo el éxito académico, sino también el crecimiento personal y social.

Al integrar los principios del humanismo en la práctica educativa, se establece una base sólida para fomentar una motivación intrínseca en los estudiantes. La búsqueda de bienestar, armonía y satisfacción se convierte en un motor fundamental que impulsa el aprendizaje significativo. Cuando los educadores crean condiciones que permiten a los estudiantes explorar sus pasiones e intereses dentro de un marco seguro y apoyador, se generan oportunidades para que estos desarrollen una autoeficacia positiva. Así, el modelo humanista no solo contribuye al desarrollo académico de los estudiantes, sino que también les proporciona las herramientas necesarias para enfrentar los desafíos del mundo actual con confianza.

y resiliencia. Para dar sentido y contexto a esto, hay que tomar en cuenta los fundamentos de Dueñas (2018), autor que aseguró lo siguiente:

La concepción del hombre en la era global construyendo el sentido de lo humano. Esta experiencia se centra en el quehacer y la reflexión pedagógica de los docentes, quienes, a través del diálogo abierto y generoso, posibilitan las dimensiones de comprender, hacer, obrar y comunicar para apropiar el conocimiento a partir del estudio de la historicidad de las situaciones problemáticas que son parte del entorno vivo y real de los estudiantes. (p.7)

La integración de la corriente teórica humanista en la educación y otros ámbitos disciplinares ofrece una serie de beneficios que trascienden lo meramente académico. Al partir de una base filosófica que valora al ser humano en su totalidad, el enfoque humanista permite abordar aspectos prácticos, morales, intelectuales y socioemocionales de manera integral. Esto es fundamental para identificar las necesidades individuales de cada persona, ya que cada uno tiene motivaciones y aspiraciones únicas que influyen en su desarrollo personal y profesional. Al reconocer estas particularidades, se pueden diseñar estrategias educativas y sociales que respondan efectivamente a las demandas del individuo, promoviendo así un entorno propicio para el crecimiento.

El humanismo también enfatiza la importancia del bienestar y la realización personal como metas esenciales en el proceso educativo. Este enfoque no solo busca la adquisición de conocimientos, sino que también promueve el desarrollo de habilidades interpersonales y emocionales que son cruciales para el éxito en la vida cotidiana. La educación humanista fomenta un sentido de pertenencia y conexión entre los estudiantes, lo cual es vital para su salud emocional y mental. Al cultivar un ambiente donde se valoran las relaciones humanas y se aprecian las diferencias individuales, se contribuye a crear comunidades más cohesivas y solidarias.

Además, al considerar al ser humano como un sujeto universal, el modelo humanista permite una comprensión más amplia de las experiencias humanas. Esta perspectiva invita a los educadores y profesionales a reflexionar sobre cómo sus prácticas pueden impactar no solo a nivel individual, sino también en contextos más amplios. Por ejemplo, al aplicar principios humanistas en la educación, se puede fomentar una cultura de respeto y empatía que trascienda las aulas e influya

positivamente en la sociedad en general. Esto es especialmente relevante en un mundo cada vez más diverso e interconectado, donde la capacidad de entender y valorar diferentes perspectivas es esencial.

Al instrumentar el humanismo como fundamento para generar beneficios multidimensionales en la persona, se abre un camino hacia una educación más inclusiva y equitativa. Este enfoque permite a los educadores diseñar experiencias de aprendizaje que no solo aborden las necesidades cognitivas de los estudiantes, sino que también nutran su desarrollo emocional y social. En última instancia, esto contribuye a formar individuos más completos y resilientes, capaces de enfrentar los desafíos del mundo contemporáneo con confianza y propósito. Así, el verdadero significado del humanismo radica en su capacidad para transformar vidas al promover un desarrollo integral que favorezca tanto el bienestar individual como el colectivo. Ahora bien, desde lo educativo Dueñas (2018) asegura que el humanismo es el fundamento para explicar lo siguiente:

Este proceso centrado en el estudiante, implica la formación en valores éticos y morales, que más tarde se verán reflejados en la vida laboral y profesional. El docente es un actor clave, en quien recae una responsabilidad social y moral vital, por ser un modelo a seguir y en cuyo sentido humano al servicio de las comunidades debe moldear y esculpir un ciudadano bueno para una sociedad. (p.10)

El rol del docente en el contexto de la educación humanista es multifacético y esencial para el desarrollo integral de los estudiantes. Como mediador, facilitador y orientador, el docente no solo transmite conocimientos, sino que también crea un ambiente propicio para el aprendizaje significativo. Esta función implica una profunda comprensión de las necesidades y capacidades de cada estudiante, lo que permite al educador adaptar su enfoque pedagógico para maximizar el potencial de cada individuo. Al actuar como un puente entre el conocimiento y el estudiante, el docente tiene la responsabilidad de generar oportunidades que fomenten el crecimiento personal y académico.

Para que un docente cumpla efectivamente con este papel, es fundamental que esté consciente del significado y los alcances prácticos de la teoría humanista. Esto implica no solo conocer los principios teóricos, sino también entender cómo aplicarlos en situaciones reales dentro del aula y más allá. La identificación y

reconocimiento de las facultades individuales son pasos cruciales en este proceso. Cada estudiante llega al aula con un conjunto único de habilidades, experiencias y contextos que influyen en su aprendizaje. Al reconocer estas diferencias, el docente puede diseñar estrategias personalizadas que respondan a las necesidades específicas de cada alumno.

Además, la formulación de anticipaciones es una herramienta valiosa para los educadores. Al prever cómo pueden intervenir desde diferentes perspectivas cognitiva, emocional y social, se pueden crear intervenciones más efectivas que aborden las demandas del entorno en el que los estudiantes interactúan. Esta planificación proactiva permite al docente estar mejor preparado para enfrentar desafíos inesperados y ajustar su enfoque según sea necesario. De esta manera, se generan resultados ideales en el educando, ya que se les proporciona un apoyo integral que considera todas las dimensiones de su ser.

Ante ello, al adoptar este enfoque holístico en la educación, se contribuye a formar individuos más resilientes y adaptables ante las exigencias del mundo actual. Los estudiantes no solo aprenden contenidos académicos; también desarrollan habilidades socioemocionales esenciales para navegar por la vida. Este tipo de educación prepara a los jóvenes para responder a las demandas cambiantes de su entorno, promoviendo así su bienestar general y su realización personal. En última instancia, el papel del docente como actor clave en este proceso es fundamental para garantizar que cada estudiante tenga la oportunidad de alcanzar su máximo potencial en todos los aspectos de su vida.

Teoría de la complejidad: En varios rincones de este informe se ha señalado sobre la complejidad que enmarcan las concepciones de los docentes respecto a la inclusión educativa; pero se ha llegado al espacio donde se intenta ampliar un poco más al respecto. Los planteamientos de la Teoría de Morín ayudarán a comprender sobre porqué el objeto de estudio en esta investigación implica complejidad. De hecho, la naturaleza de este aspecto es tal que quien la cite, se ve obligado a relacionarla con la Teoría de la configuralidad y la Teoría de los sistemas, porque lo complejo se muestra en diversidad de estructuras, cuyos componentes se

interrelacionan de forma intrincada, pero con un propósito en común, de allí que, no se puede evitar asociarle, además, con la figura de un sistema.

La complejidad se difumina entonces en sistemas puesto que, los elementos constituyentes de tipo estructural con sus funcionales singulares son interactivos e interdependientes. Esta complejidad apunta hacia un conjunto de principios que, al detectarlos y comprenderlos, permite generar un acercamiento filosófico de lo que complejidad implica. Puede suceder que, para intentar caracterizar la complejidad resulte también algo complejo, pero el autor de la teoría se tomó a tarea de identificar supuestos sobre su caracterización, ello con la intención de saber cuándo se está frente a un fenómeno complejo. Morin (citado en De Almeida 2008)

Según De Almeida (2008), Morin destacó ciertas características a fin de identificar cuando se está en presencia de algo con naturaleza compleja, estas son: (a) Su descripción es difícil; (A mayor apertura del elementos y procesos involucrados, mayor es su complejidad); (b) No es el sinónimo complicado (Fragmentación del todo en sus compuestos para su comprensión); (c) Incita el sentido de la incertidumbre; (d) No se puede predecir; (e) No encaja en las leyes universales; (f) Dinamiza la autoorganización; (g) Constantemente cambia; (h) Existe una dialéctica de autonomía con dependencia; (i) Se generan emergencias; (j) No se visualiza con claridad la forma cómo se comporta después de un tiempo, que aparenta no someterse a leyes; (k) Se da un debate entre determinismo y libertad.

En función de lo señalado, se encuentra que lo complejo es el indicador general acerca de fenómenos que no se pueden clasificar, predecir, aplicar leyes universales o fragmentar. Por eso, un sistema complejo como la mente o las representaciones mentales acerca de un objeto resulta no fácil de describir porque, aunque se logre identificar una cantidad de variables psicológicas que se conjugan para su constante construcción (Percepciones, creencias, sentimientos, entre otros,) estas variables también tienen su propia formulación, su propio dinamismo, es decir, también se elaboran y funcionan como consecuencia del proceso de otros sistemas más grandes.

Debido a la enmaraña es que, desde la perspectiva científica ha resultado complejo precisar las concepciones pues, como se dijo, en ocasiones parece creencia, en otras, teoría implícita, y otras veces suelen ser sinónimo de variables que además son menos esclarecedoras, pero las concepciones son en esencia un proceso individual de construcción; por esa razón, existen disimilitudes entre estas. De acuerdo con Morín (1994), fragmentar una unidad tendría como resultado, deducciones erróneas porque cada fragmento posee otros fragmentos y relaciones con otros sistemas.

Por tanto, en el caso de la presente investigación sería impropio desarticular las concepciones para estudiar sus supuestos componentes por separado o pretender asumirlas como algo que parece componerse de un solo elemento a partir de conceptos simplistas de significados pocos profundos y que no dan garantía sobre una “posible” verdadera aproximación de lo que estas son. Como se dijo anteriormente, la Teoría de la complejidad usa la misma familia de términos, conceptos y semántica a fin de interpretar la realidad. En otras palabras, esta teoría ha sido creada a partir de todos conceptos pertinentes para definir aquello construido, inesperado, múltiple, no lineal, diverso, integro, complejo, versionado, relativista, cuestión incongruente con paradigmas que estipulan patrones, leyes, predicciones y controles. Ante ello, Morín (1999) señala que:

la complejidad es el término utilizado para connotar una nueva forma de pensar sobre el comportamiento colectivo de muchas unidades básicas que interactúan entre sí, sean átomos, moléculas, neuronas, elementos que son representativos para la humanidad y sus grupos, para mencionar algunos (p. 198).

La complejidad se propone como marco para describir sistemas compuestos por numerosas entidades simples que interactúan, dando lugar a propiedades emergentes. Estas propiedades no se pueden entender plenamente a partir de las componentes aisladas, sino que surgen de las interacciones, retroalimentaciones y estructuras organizativas. En física, biología, neurociencia y ciencias sociales, el comportamiento del sistema depende menos de las características individuales y más de las redes de conexión y de las dinámicas temporales entre sus elementos.

Así, la complejidad invita a mirar holísticamente, reconociendo patrones, fases y cambios de régimen que no son evidentes en el análisis reduccionista.

Esta perspectiva abarca unidades tan diversas como átomos, moléculas, neuronas y elementos culturales o sociales que, al interactuar, generan estructuras, procesos y funciones nuevas. Las entidades pueden comportarse de forma estable, caótica o en estados críticos, y sus interacciones pueden dar origen a sincronía, cooperación, competencia o competición, entre otros fenómenos. La noción de frontera entre lo determinista y lo probabilístico se cuestiona, ya que la incertidumbre y la variabilidad intrínsecas contribuyen a la riqueza y la adaptabilidad de los sistemas complejos. En este marco, las propiedades globales derivan de la organización espacial y temporal, no solo de la suma de las partes.

En un plano humano, la complejidad se aplica a grupos, comunidades y sociedades, donde individuos, instituciones y normas interactúan para producir conductas colectivas, culturas y tecnologías. Este enfoque facilita entender fenómenos como la cooperación social, la toma de decisiones colectivas y la resiliencia ante perturbaciones. Aunque los componentes pueden ser simples, la red de relaciones y las dinámicas de información pueden generar comportamientos impredecibles o emergentes. Por ello, la teoría de la complejidad promueve métodos transdisciplinarios, simulaciones, modelado adaptativo y análisis de redes para estudiar sistemas que cambian y se adaptan ante contextos cambiantes. Por otra parte, la complejidad ofrece un marco para comprender la riqueza de la humanidad y sus grupos mediante la interacción de unidades básicas interconectadas.

La teoría de las inteligencias múltiples: propuesta por Howard Gardner a principios de la década de 1980, debate la visión unitaria de la inteligencia y plantea que existen múltiples capacidades cognitivas relativamente distintas que pueden desarrollarse de forma independiente. Gardner sostiene que las personas poseen diferentes perfiles de destrezas, y que la inteligencia no debe someterse a un único cociente general, de allí que esta idea ha influido en la educación al mencionar que los métodos de enseñanza deben adaptarse a la variedad de capacidades presentes en un grupo de aprendizaje (Gardner, 1983).

Entre las inteligencias identificadas por Gardner se destacan la lingüística, la lógico-matemática, la musical, la espacial, la corporal-cinestésica, la intrapersonal, la interpersonal y la naturalista. Cada una representa un conjunto relativamente independiente de habilidades, que pueden manifestarse de forma fuerte en algunas personas y menos en otras. En su marco teórico, Gardner argumenta que estas inteligencias no son habilidades académicas aisladas, sino formas de procesar información que influyen en la forma en que las personas aprenden, resuelven problemas y se relacionan con el mundo (Gardner, 1983; 1999).

La perspectiva de las inteligencias múltiples tiene implicaciones directas para la enseñanza. Si la inteligencia no es una única capacidad, entonces la educación debe ofrecer múltiples vías para que los alumnos demuestren sus competencias y construyan conocimiento. Esto implica diseñar tareas y evaluaciones diversas, fomentar el aprendizaje práctico, artístico y social, y promover estrategias que aprovechen los perfiles de cada estudiante. Gardner enfatiza que una escuela efectiva debe reconocer y valorar estas diferencias, para evitar un único canon de habilidades (Gardner, 1999; Gardner, 2006).

En el ámbito de la evaluación, la teoría propone ir más allá de los exámenes tradicionales que valoran principalmente la inteligencia lógico-matemática y lingüística. Evaluaciones múltiples pueden incluir proyectos, presentaciones, experiencias prácticas, trabajos colaborativos y portafolios que permitan a cada estudiante evidenciar su repertorio de inteligencias. Aunque esta visión ha sido influyente, también ha recibido críticas por la dificultad de medir de forma operativa ciertas inteligencias y por el riesgo de convertir la diversidad en etiquetas rígidas. Aun así, el enfoque promueve una visión más completa de las capacidades humanas y una educación más equitativa (Gardner, 1999).

Las críticas más comunes a la teoría señalan que las inteligencias pueden no ser totalmente separables y que algunas competencias pueden depender de habilidades generales o de factores culturales y contextuales. Además, se debate hasta qué punto cada persona exhibe de forma estable ciertas inteligencias o si las fortalezas pueden cambiar con la experiencia y la educación. A pesar de estas

objeciones, la teoría ha inspirado prácticas pedagógicas que buscan diversificar estrategias de enseñanza, fomentar la autonomía de aprendizaje y valorar distintas formas de talento, desde el rendimiento artístico hasta la empatía y la comprensión del entorno natural (Feo Mora, R. J. 2018.p.76).

En la actualidad, las inteligencias múltiples se utilizan como marco para diseñar ambientes educativos más inclusivos y adaptativos. Proporcionan una lente para entender la diversidad de talentos y para planificar intervenciones que atiendan a distintos estilos de aprendizaje. Aunque no reemplazan otros enfoques psicológicos de la inteligencia ni sustituyen pruebas estandarizadas, sí ofrecen un marco práctico para promover un aprendizaje más personalizado, flexible y contextualizado, en el que cada estudiante pueda desarrollar sus fortalezas y reducir barreras para el aprendizaje (Gardner, 1999, p.76).

En la actualidad la educación se enfrenta a obstáculos para atender la diversidad inherente en cada aula, de allí que los modelos pedagógicos tradicionales, a menudo centrados en la transmisión de información y la evaluación estandarizada, demuestren ser insuficientes para captar el potencial de todos los estudiantes. En consecuencia, se abordará las teorías del aprendizaje que sustentan la aplicación de las inteligencias múltiples en el aula, demostrando cómo este enfoque no solo es innovador, sino que también está profundamente arraigado en principios pedagógicos sólidos.

Las estrategias basadas en las inteligencias múltiples facilitan el aprendizaje significativo al ofrecer múltiples puntos de entrada al contenido. Si un concepto matemático puede ser explorado a través de la resolución de problemas lógicos (lógico-matemática), la creación de un diagrama visual (espacial) o incluso la composición de un ritmo que represente patrones numéricos (musical), cada estudiante tiene la oportunidad de conectar el nuevo concepto con su propia base de conocimientos y sus preferencias de aprendizaje. Esta diversificación de métodos asegura que el contenido no sea percibido como información aislada, sino como parte de una red de conocimientos interconectados y personalmente relevantes.

Bases legales

La presente sección aborda los sustentos legales que respaldan el estudio, destacando la importancia de encuadrar la investigación en marcos normativos internacionales y nacionales que protejan el bienestar de la niñez. Partimos de la Convención Internacional de los Derechos del Niño (CIDN), promovida por UNICEF en 1989, como piedra angular para la protección integral. En este marco, la CIDN establece que toda niña, niño y adolescente posee derechos fundamentales que deben ser promovidos y protegidos por los Estados. Su alcance abarca dimensiones de la supervivencia, el desarrollo, la protección y la participación, con especial énfasis en el interés superior del menor. La CIDN ha sido ratificada por la mayoría de las naciones, lo que facilita la adopción de políticas públicas coherentes con principios de igualdad y dignidad.

La CIDN establece obligaciones claras para garantizar un entorno que favorezca el desarrollo emocional, social y cognitivo de la infancia. Entre sus principios se encuentra la no discriminación, la participación de los niños en decisiones que afecten su vida y la responsabilidad de los Estados de crear condiciones para su protección. En el ámbito educativo, ello implica políticas que aseguren entornos escolares seguros, inclusivos y que faciliten el aprendizaje con dignidad y respeto. La normativa alienta a considerar al alumnado como sujetos de derechos activos, capaces de expresar necesidades y ser escuchados en su proceso formativo.

En primer lugar, es imprescindible considerar el marco legal que delimita la formación y la actuación docente en Colombia, particularmente en educación básica. Las normas buscan promover una formación integral que incluya aspectos afectivos y sociales, esenciales para el desarrollo de la competencia emocional de los estudiantes. De este modo, las disposiciones legales orientan al docente a favorecer el manejo de emociones, la empatía y la convivencia pacífica en el aula desde etapas tempranas. En este contexto, la educación emocional no es una disciplina aislada, sino una competencia transversal para la acción pedagógica.

La Constitución Política de Colombia garantiza derechos fundamentales y principios de dignidad, igualdad y libertad. Aunque no regula específicamente la inteligencia emocional, se interpreta como un marco para el diseño curricular y la ética profesional del docente. En ese sentido, las prácticas pedagógicas deben respetar la diversidad cultural, identificar necesidades emocionales de los estudiantes y promover entornos que faciliten la expresión emocional sin estigmatización. La normatividad constitucional impulsa a los docentes a actuar con responsabilidad, equidad y empatía, elementos clave para desarrollar la inteligencia emocional. Estas bases constitucionales fortalecen la legitimidad de las prácticas en aula.

Una pieza central es la Ley General de Educación (1994), que establece el objetivo de garantizar una educación de calidad y equidad para todas las niñas y los niños. Esta normativa impulsa prácticas docentes que favorezcan ambientes seguros y respetuosos, donde se reconozca la diversidad y se promueva la regulación emocional. En la práctica, ello se traduce en estrategias de aula que faciliten la autorregulación, la toma de decisiones responsables y la resolución de conflictos mediante diálogo y negociación. Los docentes deben diseñar oportunidades para que los estudiantes identifiquen y expresen sus emociones, desarrollando, a su vez, habilidades de autocuidado y empatía. La legislación impulsa, así, un enfoque preventivo y formativo frente a la competencia emocional en el ámbito escolar.

La Ley 115 de 1994, o Ley General de Educación, ha sido complementada por reformas y decretos que enfatizan la educación para el desarrollo académico. En este marco, se reconoce la necesidad de adaptar estrategias pedagógicas a las diferencias individuales, incluidas las variaciones en regulación emocional y autoestima. Los docentes deben diseñar ambientes de aprendizaje que reduzcan barreras y potencien la autoestima, la confianza y la cooperación entre pares. La normativa enfatiza la evaluación formativa y el acompañamiento psicoemocional como componentes del proceso educativo. Esto implica una articulación entre currículo, didáctica y apoyo institucional para desarrollar la competencia emocional.

En segundo plano, la Ley de Educación para la Justicia Social y la Prevención de la Violencia Escolar 1618 (2013) establece principios para la convivencia democrática en las escuelas. Esta normativa exige la adopción de enfoques pedagógicos que fortalezcan habilidades socioemocionales como parte de la convivencia cívica. En la práctica, los docentes deben incorporar dinámicas de grupo, mediación de conflictos y acuerdos colectivos que fomenten el respeto mutuo, la escucha activa y la regulación de emociones en situaciones de desacuerdo. La educación emocional se integra como componente clave de la construcción de ciudadanía desde edades tempranas. Estas disposiciones buscan reducir la violencia escolar y promover entornos de aprendizaje inclusivos.

La Ley 1618 de 2013, que aborda la salud mental en el ámbito educativo, reconoce la importancia de la salud emocional para el rendimiento y el desarrollo integral. Aunque no especifica detallar prácticas, sí orienta a crear redes de apoyo, protocolos de detección temprana y estrategias de intervención en casos de dificultades emocionales. En la práctica, los docentes deben colaborar con familias, orientadores y personal de salud para promover estrategias preventivas y de intervención. La legislación favorece la formación docente en competencias socioemocionales, al incorporar estas habilidades en planes de estudio y perfiles profesionales. Así, la inteligencia emocional se sitúa como objetivo transdisciplinario.

La Ley 1906 de 2018, conocida como el Plan Decenal de Educación 2016-2026, establece metas de calidad, equidad y pertinencia educativa, que incluyen dimensiones afectivas y sociales. Esta normativa impulsa la articulación entre currículo y aspectos socioemocionales, proponiendo prácticas pedagógicas que favorezcan la autorregulación emocional, la empatía y la convivencia intergeneracional. En la gestión institucional, se promueven políticas para ambientes escolares seguros y participativos, donde la inteligencia emocional sea parte de proyectos institucionales y de evaluación. Los docentes deben liderar iniciativas que conecten contenidos académicos con habilidades socioemocionales.

Por último, el marco normativo de excelencia educativa exige formación continua para docentes en áreas de inteligencia emocional y convivencia escolar.

Las políticas de profesorado contemplan programas de desarrollo profesional, capacitaciones y comunidades de aprendizaje que fortalecen prácticas pedagógicas orientadas a la inteligencia emocional. En este sentido, la normativa impulsa la investigación educativa y la innovación didáctica para integrar estrategias emocionales en el currículo de secundaria. En tal sentido, el marco legal de Colombia, a través de leyes y decretos, promueve una educación secundaria que reconoce y desarrolla la competencia emocional como componente fundamental de una formación integral y participativa.

SECCIÓN III

MARCO METODOLÓGICO

En relación al presente apartado es conveniente señalar que se presenta el marco epistemológico de la investigación; luego se plantean las etapas de la investigación seguido de lo que es el escenario e informantes claves; así mismo vale mencionar que se plantean los criterios de rigor científico acompañado de técnicas e instrumentos; posterior a ello se plantea lo que es las técnicas de análisis procesamiento de la información recolectada. Tal cual se evidencia en los párrafos subsiguientes:

Paradigma interpretativo

En relación al marco metodológico se debe indicar que se asume lo correspondiente al enfoque de investigación cualitativa que de acuerdo Vera (2015), se logra develar que es una investigación que permite establecer las características y por ende las cualidades del objeto de estudio; es oportuno señalar que se pretende trabajar con lo que es el paradigma interpretativo (Martínez, 2002); adicional a ello vale señalar que la presente investigación se enmarca en el método fenomenológico (Quintero, et al. 2017) Como se logra apreciar la postura de la fenomenología es logra profundizar sobre los diversos elementos que encierra el desarrollo del presente objeto de estudio, lo que conlleva a alcanzar el objetivo general de la presente investigación.

El enfoque cualitativo se identifica como el más utilizado en ciencias sociales y humanas, como educación y psicología, por su capacidad de captar significados y contextos. Según Ríos Cabrera (2018), reconocen que “la realidad constituida no sólo por hechos observables... sino por significados y símbolos e interpretaciones elaboradas por los sujetos en sus interacciones con los demás” (p. 106). Este planteamiento permite valorar fenómenos no fácilmente observables, como ideas y percepciones, que emergen de las relaciones entre sujetos, cultura, situación académica y condición económica. Por ello, la subjetividad y la acción humana adquieren protagonismo para comprender dinámicas complejas de la formación emocional.

Bajo el enfoque que he seleccionado, va a ser muy conveniente que estructure como paradigma o corriente de la teoría del conocimiento al modelo interpretativo que es asumido por Quecedo y Castaño (2002) de la siguiente manera: “Busca comprender los fenómenos sociales desde la propia perspectiva del actor. Pretende comprender en un nivel personal los motivos y creencias que están detrás de las acciones” (p.7), los autores señalan que se busca entender motivos y creencias que sustentan las acciones a un nivel personal. Por tanto, la construcción del conocimiento debe derivar de un análisis profundo de discursos y prácticas, con una metodología que trace rutas para identificar la verdad. Este enfoque coloca al investigador en un papel reflexivo, capaz de interpretar contextos y responder a las demandas de la investigación.

La investigación para el desarrollo de competencias emocionales en Colombia se apoyará en fundamentos del logos y del ethos, combinando intuición y reflexión comprensiva para aproximarse a la verdad. Se incrementa la exigencia de avanzar desde el habla y la conducta hacia interpretaciones que expliquen la mediación escolar en la enseñanza de competencias emocionales. Así, el objetivo último es entender cómo se construye y transmite el saber en la escuela, mediante la experiencia de docentes y actores educativos. En este trayecto, la información humanística aportada por los docentes se vuelve eje central de la comprensión.

Desde esa mirada es preciso asumir un conjunto de elementos teóricos que permiten abordar la investigación que se viene planteando, en tal sentido, se asume lo correspondiente a lo que es el método de la presente investigación que sin temor a equivocación va a traer consigo un conjunto de elementos enmarcados en la realidad que se vive en las diferentes instituciones educativas; es importante tener en cuenta que se establece todo un recorrido en función de lo que es el alcance que se pretende tener en el desarrollo de cada una de las actividades que se presentan en la ruta metodológica. Teniendo presente que la metodología permite establecer las estrategias pertinentes para el desarrollo de las acciones a considerar en busca de alcanzar el presente objetivo general que dice: Generar constructos teóricos sobre las competencias emocionales para el desarrollo académico de los estudiantes de básica primaria de la institución educativa Buenos Aires de la ciudad de Cúcuta, departamento Norte de Santander, Colombia.

Enfoque cualitativo

Esta investigación se desarrolla desde un enfoque cualitativo. En este sentido, se fundamenta en la perspectiva de Hernández (2014), quien sostiene que los estudios cualitativos se centran “en comprender los fenómenos, explorándolos desde la óptica de los participantes en un entorno natural y en relación con su contexto” (p. 358). Dicho de otra manera, este tipo de investigaciones permiten ahondar en la realidad de los estudiantes y cómo afrontar las situaciones de su vida diaria. Así, los individuos son considerados activos, y su realidad es dinámica; Además, se sitúa en un marco humanista al buscar comprender la realidad social.

De igual manera, las indagaciones cualitativas se distinguen por su naturaleza inductiva, dado que el proceso suele comenzar con la inmersión del investigador en el contexto de estudio para precisar la problemática. Luego, se procede a registrar los acontecimientos o recolectar datos, los cuales requieren un análisis e interpretación cuidadosos. En tal sentido, a partir de esta información, se establecen las premisas que guiarán las conclusiones. Por esta razón en esta investigación se hace uso del enfoque cualitativo, debido a que se quiere conocer

las experiencias de los estudiantes y los educadores respecto a la formación y el desarrollo de habilidades y de competencias emocionales y como esta influye en el proceso académico.

Método fenomenológico

De hecho, es pertinente considerar que la fenomenología es un método que permite adentrarse en la parte cultural de las personas desde posicionamientos estratégicos que conduzcan a que se comprenda el objeto de estudio en todas sus fases, lo cual se concibe como un acercamiento a la parte interna del pensar y actuar de los niños con sus realidades emocionales; lo cual permite que desde la fenomenología se logre una interpretación acorde a las exigencias de la sociedad. De tal manera, se logra establecer las bases de la ruta metodológica. Es importante señalar que, de acuerdo con Schütz, (1962); se deja ver que se muestra un análisis de la realidad que se vive en la institución objeto de estudio; lo cual confluye en un conjunto de acciones centradas en la revisión de los elementos esenciales que se presentan en función a los fenómenos que se desprenden del hecho que se viene investigando.

Desde esa postura se busca canalizar acciones centradas en el análisis detallado de los diferentes elementos que envuelve el camino para alcanzar la realidad de los hechos que se presentan en la investigación, es así que desde esa mirada es conveniente tener presente que se asume un recorrido en cada uno de los componentes que encierra la fenomenología y que fueron establecidos desde lo planteado por Schütz, (1962); el cual indica el recorrido que se debe manejar en la construcción final de los aportes teóricos que se convierten en fundamento esencial de los procesos de formación académica.

Retomando la perspectiva fenomenológica de Heidegger, se entiende al ser humano como un Dasein, Ser-en-el-mundo, ubicado en un contexto cargado de sentido. El conocimiento nace de las experiencias vividas por los informantes, revelando cómo se manifiestan, cómo se sienten y cómo se reconocen como actores de la formación emocional en la escuela. Esta visión sitúa al sujeto

educativo en una existencia situada, donde las situaciones escolares adquieren significado propio. Así, la formación de competencias emocionales se enmarca en una experiencia vivida que trasciende la simple observación externa. El saber se despliega desde la experiencia concreta del día a día, no desde una mirada externa.

La comprensión de la relación entre estudiante, realidad escolar y formación emocional pasa por la interpretación de significados y valores que los propios alumnos atribuyen a sus experiencias. No es posible entender su aprendizaje y su vínculo con la realidad sin considerar su horizonte vivencial. La experiencia educativa se construye en un lenguaje y en prácticas que tienen sentido para ellos, moldeando su comprensión de sostenibilidad y responsabilidad en el marco de formación emocional. Este enfoque evita generalizar desde diversas perspectivas y favorece respuestas contextualizadas.

La epistemología fenomenológica sostiene que conocer es comprender desde un horizonte histórico, cultural y lingüístico que condiciona y posibilita el descubrimiento de sentido. El lenguaje, los símbolos y las prácticas cotidianas delimitan lo que puede ser dicho y entendido. En este sentido, la interpretación debe privilegiar las experiencias de los estudiantes tal como se describen, sin forzar categorías ajenas. La mirada se orienta hacia la intuición de lo vivido y su traducción en significados que permitan comprender la experiencia educativa. La verificación de hipótesis cede ante la búsqueda de sentido profundo.

No se busca una verificación de hipótesis, sino descubrir el significado real y profundo de las expresiones de los alumnos. Se prioriza la fidelidad al mundo de la vida de los estudiantes, su mundo real y vivido en el aula y en su comunidad. Este método privilegiará descripciones ricas y detalladas de lo que los escolares experimentan como prácticas de formación emocional. La interpretación se apoyará en las narrativas, las experiencias y los actos cotidianos, para entender cómo se configura su conciencia emocional. La investigación se orienta hacia la comprensión de la experiencia, no hacia la prueba de teorías previas.

Fases de la Investigación

La investigación fenomenológica, tal como la plantea Heidegger (2009), se articula en tres fases fundamentales: reducción, deconstrucción y construcción. Estas etapas no solo delinean un proceso metodológico, sino que también ofrecen una forma de acercarse a la comprensión de la experiencia humana desde una perspectiva profunda y reflexiva. **La fase de reducción** implica un esfuerzo consciente por parte del investigador para suspender juicios previos y prejuicios, permitiendo así que las experiencias vividas se presenten en su forma más pura. Este proceso, conocido como "epoché", es esencial para despojarse de las interpretaciones preconcebidas y abrirse a la esencia de lo que se está investigando.

La fase de deconstrucción. En esta fase, el investigador examina las estructuras subyacentes que configuran las experiencias humanas. Esto implica un análisis crítico de los significados y las interpretaciones que han sido construidos socialmente a lo largo del tiempo. La deconstrucción permite identificar cómo los contextos culturales, históricos y sociales influyen en la percepción y comprensión de las experiencias. Al dismantelar estas capas de significado, el investigador puede revelar aspectos ocultos o no considerados previamente, proporcionando así una visión más rica y matizada del fenómeno estudiado.

La fase de construcción representa el momento en que el investigador comienza a sintetizar los hallazgos obtenidos durante las fases anteriores. Aquí, se busca construir un nuevo entendimiento o interpretación del fenómeno a partir de las experiencias puras identificadas en la reducción y los significados revelados en la deconstrucción. Esta etapa es crucial porque permite al investigador articular una narrativa coherente que no solo refleja la complejidad del fenómeno estudiado, sino que también contribuye al cuerpo teórico existente en el campo. La construcción no es simplemente un regreso a lo anterior; es una reconfiguración que integra nuevas perspectivas y comprensiones.

En conjunto, estas tres fases del desarrollo de la investigación fenomenológica proponen un enfoque riguroso y reflexivo para explorar la experiencia humana. Según Heidegger (2009), al seguir este proceso, los

investigadores pueden acceder a una comprensión más profunda y auténtica de los fenómenos que estudian. Este enfoque no solo resalta la importancia de la subjetividad en la investigación, sino que también invita a considerar cómo nuestras propias experiencias e interpretaciones influyen en nuestra comprensión del mundo. Así, Heidegger nos ofrece un marco valioso para abordar cuestiones complejas sobre la existencia humana y su significado en contextos diversos.

Escenario e Informantes Claves

El diseño de campo implica la inmersión del investigador en el entorno natural donde ocurre el fenómeno, permitiendo observar y registrar eventos, prácticas y discursos tal como se desarrollan en la institución. En este caso, el colegio Buenos Aires, ubicada en el municipio de Cúcuta - Norte de Santander – Colombia se ofrece como escenario clave para capturar interacciones entre docentes, estudiantes y entornos pedagógicos vinculados a la formación de competencias emocionales. Es necesario delimitar claramente el contexto institucional: su cultura organizacional, proyectos educativos, políticas de formación emocional y rutinas diarias, para entender qué actúa como fundamento y como motor del proceso investigado.

Además, se deben identificar actores relevantes y asegurar acceso ético, consentimiento y confidencialidad para garantizar la veracidad y el rigor del análisis. Mediante entrevistas y revisión de documentos, se pretende triangular fuentes y aproximar la verdad desde múltiples perspectivas. La claridad sobre el escenario y el método de obtención de información facilita entender cómo se construye el conocimiento y se aproxima la verdad del tema de investigación. Al especificar la institución y sus dinámicas, se contextualizan los hallazgos y se evitan inferencias fuera de lugar. Se debe diseñar un plan de recolección que contemple periodos de observación, preguntas guía para entrevistas, y criterios de análisis alineados con el marco teórico.

Así, la información derivada del colegio Buenos Aires, ubicada en el municipio de Cúcuta - Norte de Santander – Colombia, aporta evidencia contextualizada sobre prácticas de formación emocional, discursos y valores que

configuran la cultura escolar, permitiendo finalmente una interpretación situada y rigurosa de la investigación. En relación con esto, antes hay que mostrar como escenario e informantes clave según Quecedo y Castaño (2002) que hace alusión a “Las personas, los contextos o los grupos no son reducidos a variables, sino considerados como un todo” (p.8), de ahí que se tenga que definir un lugar finito y un contexto particular, que se adecúe con las sospechas de una realidad problematizar sobre el tema de investigación.

El escenario de la investigación permite el acercamiento al objeto de estudio; razón que conlleva a estar vinculado con el colegio Buenos Aires, ubicada en el municipio de Cúcuta - Norte de Santander – Colombia. De donde se asumen lo que es los informantes claves que recaen en lo que son los que van a brindar información con respecto al desarrollo de la investigación, es así que se constituyen las bases teóricas y prácticas que se dejan ver a lo largo de la investigación.

el colegio Buenos Aires, ubicada en el municipio de Cúcuta - Norte de Santander – Colombia, se distingue por su compromiso con una educación integral que busca desarrollar competencias en lo académico, lo científico y lo humano. Ubicada en una ciudad con una marcada tradición educativa, la institución se propone formar ciudadanos críticos, responsables y próximos a las demandas de una sociedad en constante cambio. Su proyecto educativo suele orientarse hacia la calidad educativa, la promoción de valores cívicos y el fortalecimiento de la convivencia escolar, creando un espacio educativo que favorece la participación activa de estudiantes, docentes y familias.

En el plano curricular, la institución suele caracterizarse por una oferta académica que contempla desde básica primaria hasta media, con énfasis en la continuidad pedagógica y en la atención a la diversidad. Se busca integrar estrategias pedagógicas que conecten contenidos con contextos locales y regionales, promoviendo proyectos interdisciplinarios, investigación básica y el desarrollo de habilidades del siglo XXI, como el pensamiento crítico, la comunicación y la resolución de problemas. Asimismo, se fortalecen espacios de

apoyo y seguimiento académico para atender a jóvenes con ritmos de aprendizaje diversos.

Estos estarán representados por los integrantes del colegio Buenos Aires, ubicada en el municipio de Cúcuta - Norte de Santander – Colombia. La selección de estos participantes responde a su conocimiento y experiencia en la gestión educativa, lo que permite obtener información sobre las prácticas, políticas y desafíos asociados a la formación emocional en el contexto mencionado. Según Hernández et al. (2014): “en una investigación cualitativa la población debe ser elegida de manera intencional, considerando su relación con el fenómeno de estudio y su capacidad para aportar datos relevantes” (p. 64). En este caso, los docentes brindan una visión sobre la implementación de estrategias en las instituciones, así mismo aportan información sobre las políticas educativas y su aplicación en el contexto local desde la perspectiva de desarrollo emocional.

El proceso de selección de los informantes se realizará mediante un muestreo intencional, el cual permite elegir a los participantes con base en criterios como su rol en la gestión educativa y su participación en procesos de formación de competencias emocionales. Desde esta perspectiva, Creswell (2013) indica que “este tipo de muestreo es adecuado en estudios cualitativos, ya que busca garantizar que la información recolectada sea pertinente para la investigación” (p. 18). En este sentido, los informantes proporcionan datos sobre la percepción sobre las competencias emocionales y los factores que inciden en su consolidación en las instituciones educativas, por lo declarado es oportuno considerar que los informantes clave quedarán constituidos de la siguiente manera:

Tabla 1. Informantes clave

Informante	Características	Código Alfanumérico
3 docentes de básica primaria.	- Experiencia de más de 2 años como docente.	D1
		D2
	- Con conocimiento en las competencias socioemocionales	D3
3 padres de familia.	- Que sea padre de familia de un estudiante de quinto grado.	P1
		P2
		P3

Criterios de Rigor Científico

En relación a los criterios de rigor científico es pertinente señalar que se asume un conjunto de aspectos propios de la investigación como lo es la validación de los diferentes elementos que recaen en la investigación, asumiendo la validez del contenido que se maneja desde la información recolectada; es así que se logre develar cada uno de los componentes que envuelve el desarrollo de la investigación, en tal sentido se asume lo correspondiente a las bases de los elementos que se pretenden alcanzar según los objetivos previstos.

Ahora bien, en cuanto a lo que es credibilidad es preciso señalar que se asume lo correspondiente a los posibles resultados que se pretenden alcanzar y que se logran colocar en práctica dentro de la institución como en el aula que responde a que los resultados alcanzados se puedan colocar en práctica en otras instituciones educativas con características similares, lo que conlleva establecer fundamentos sólidos con relación a lo que es el desarrollo de la presente investigación con una mirada de solvencia para que se logren utilizar los resultados obtenidos en diferentes instituciones con la intencionalidad de que se logre la formación emocional aplicada en las instituciones educativas; razón de ser de los planteamientos señalados.

De hecho, mencionados elementos confluyen en la construcción de los elementos teóricos que se logran fortalecer gracias a lo que es las bases de los conocimientos que se manejan de acuerdo a la contrastación académica; es así que se constituyen las bases de un conjunto de acciones que definen las bases de los elementos sobre los cuales se levanta un conjunto de acciones que van desde lo que es llegar al análisis de la información recolectada.

Técnicas e Instrumentos de Recolección de la Información

Taylor y Bogdan (1987) definen la entrevista semiestructurada como un método que equilibra la estructura y la espontaneidad, permitiendo al entrevistador indagar en las percepciones y significados desde la perspectiva del entrevistado, una conversación guiada por el entrevistador mediante una serie de preguntas abiertas que permiten una exploración profunda de los significados y experiencias subjetivas del entrevistado (p. 102). Teniendo en cuenta la definición, se selecciona la entrevista semiestructurada ya que es una técnica cualitativa de recopilación de información que se caracterizan por seguir una guía de preguntas flexibles, lo que facilita profundizar temas relevantes a partir de las respuestas del entrevistado. Se empleará la entrevista como un medio para entender las evidencias en la realidad, la misma es definida por Martínez (2009).

Una entrevista se puede entender como un diálogo estructurado y planificado, en el que se asignan roles específicos a la persona que entrevista y al entrevistado. A pesar de la apariencia de igualdad en este contexto, los roles no son simétricos. El entrevistador (investigador) determina los temas de la conversación y su organización, mientras que el entrevistado comparte a lo largo de la interacción elementos cognitivos (información sobre experiencias y vivencias), creencias (predisposiciones y orientaciones) y deseos (motivaciones y expectativas) en relación con los temas planteados. Por lo tanto, la entrevista en profundidad implica una conversación dirigida a cumplir con los objetivos de una investigación social (p. 67).

Por tanto, en esta investigación, utilizaremos la entrevista semiestructurada como instrumento de recolección de información en campo, ya que es particularmente útil para obtener datos enriquecedores y detallados sobre las percepciones, sentimientos, emociones, manejo de las emociones y experiencias del entrevistado, en el contexto de una investigación que sigue un paradigma interpretativo, un enfoque cualitativo y un método fenomenológico, este tipo de entrevista es fundamental, ya que permite explorar la subjetividad y vivencias del fenómeno estudiado desde el sujeto, esto es crucial para comprender la experiencia vivida y generar constructos teóricos basados en esa comprensión.

Técnicas de Análisis Y Procesamientos de La Información

En cuanto a lo que es las técnicas de análisis y procesamiento de la información es pertinente señalar que se debe tener en cuenta lo que es la deconstrucción de cada uno de los testimonios encontrados con la finalidad de lograr generar nuevos elementos conceptuales y teóricos que confluyen en realizar la reconstrucción de la información recolectada, es así que se constituyen las bases para el alcance del objetivo general; de tal manera se constituyen las bases para la formación de las competencias emocionales en la búsqueda del desarrollo académico de los estudiantes.

Es significativo señalar que se asumen un conjunto de aspectos que permiten estructurar la información recolectada de manera que se logre concretar la reducción a través de cuadros y matrices; lo cual indica dar una visión de los que es las bases de los elementos que se pretenden analizar con la intención de llegar a lo que es la concreción de la información recolectada. Desde esa mirada es pertinente tener en cuenta que se construye las unidades hermenéuticas, lo que conlleva a establecer las redes semánticas que permiten generar los constructos teóricos.

De acuerdo a lo establecido es preciso considerar que las técnicas de análisis responden a las categorías y subcategorías pre-establecidas que permiten tener en cuenta el camino para la interpretación de la información, es así que se constituyen los fundamentos esenciales para lograr generar las bases de los constructos teóricos teniendo presente que se deja visualizar el tratamiento de la información encontrada, es así que se concretan acciones en función a los tres grupos de informantes claves como lo es los docentes, y los padres de familia, vale señalar que desde esa postura se canalizan acciones en busca de nuevos modos de comprender la realidad que se vive en las instituciones educativas; teniendo presente las competencias emocionales para el desarrollo académico de los estudiantes para la consolidación de la investigación.

SECCIÓN IV

PRESENTACIÓN DE LOS HALLAZGOS

El uso del paradigma interpretativo y el método fenomenológico en la investigación fortalece la intención de profundizar en la comprensión de los fenómenos educativos, permitiendo captar las experiencias subjetivas y las percepciones de los actores involucrados. Estos enfoques metodológicos facilitan una exploración detallada y contextualizada del fenómeno, en este caso, el desarrollo de la competencia emocional en Colombia. La perspectiva fenomenológica busca la esencia de la experiencia vivida, evitando juicios externos y privilegiando la voz de docentes, estudiantes y familias para desentrañar cómo se vive y se aprende la competencia emocional en contextos escolares y extraescolares.

La interpretación de los datos desde estas perspectivas ayuda a entender no solo qué sucede, sino también cómo y por qué ocurre, enriqueciendo así la visión del proceso pedagógico. Se despliegan capas de significados que emergen desde las narrativas individuales, las prácticas docentes y las dinámicas institucionales, permitiendo identificar mecanismos de aprendizaje, obstáculos culturales y oportunidades didácticas. De este modo, la investigación no solo describe resultados, sino que ilumina las rutas de desarrollo emocional y las condiciones que favorecen o dificultan su adquisición en diversos escenarios educativos del país.

La triangulación de datos, mediante diferentes fuentes o métodos, refuerza la validez de los hallazgos al contrastar distintas perspectivas y reducir posibles

sesgos. Al combinar entrevistas, diarios de campo, observaciones y análisis de documentos, se genera un entramado que verifica consistencia y añade profundidad interpretativa. Este enfoque mixto, cuando se aplica de forma coherente, facilita la construcción de conclusiones más fiables y transferibles a contextos semejantes dentro del sistema educativo colombiano. Además, favorece el reconocimiento de dilemas éticos y la consideración de voces frecuentemente subrepresentadas.

Esto contribuye a ofrecer una visión más completa y matizada del fenómeno investigado, aportando tanto al conocimiento académico como a las prácticas educativas. A nivel práctico, las implicaciones pueden orientar diseñadores curriculares, formadores de docentes y responsables de políticas públicas hacia estrategias que fortalezcan la competencia emocional desde experiencias reales y contextualizadas. En lo teórico, el estudio aporta una comprensión más rica de cómo se manifiesta la emocionalidad en ambientes educativos y cómo estos procesos se integran con las dimensiones cognitivas y sociales del aprendizaje. En conjunto, el enfoque interpretativo y fenomenológico ofrece una base sólida para comprender y mejorar la educación emocional en Colombia.

Desde la perspectiva metodológica adoptada, basada en las recomendaciones de Martínez (2004), se llevó a cabo una transcripción cuidadosa de las entrevistas y se emplearon herramientas digitales como WORD para organizar la información. Esta fase garantiza la fidelidad de las voces y la precisión en el registro de ideas, permitiendo conservar matices y contradicciones que enriquecen el análisis. La transcripción no es solo una reproducción literal, sino una interpretación fiel de las intenciones y significados de los informantes, lo que facilita posteriores operaciones de codificación y categorización.

La creación de matrices que relacionan preguntas con respuestas permitió estructurar el análisis y facilitar la identificación de unidades significativas. Estas matrices actúan como puentes entre datos y categorías, permitiendo rastrear conexiones, patrones y temas recurrentes a lo largo de las entrevistas. Al disponer la información de forma tabular, se facilita la comparación entre casos, contextos y respuestas, fortaleciendo la coherencia interna del propio proceso analítico.

Este enfoque sistemático es fundamental para garantizar la coherencia interna del estudio y fortalecer su credibilidad científica. Al documentar claramente cada paso—desde la transcripción hasta la codificación y la construcción de matrices—se facilita la auditabilidad y la replicabilidad de la investigación. Así, se minimizan sesgos procedimentales y se proporciona una base sólida para la interpretación de hallazgos, permitiendo que las conclusiones se sostengan en evidencia trazable y organizada.

Es por ello, que, el énfasis en la categorización y en la construcción de esquemas conceptuales refleja un compromiso con el análisis crítico y reflexivo. Identificar temas centrales ayuda a comprender la estructura subyacente de los datos, permitiendo articular conclusiones relevantes tanto desde una perspectiva teórica como práctica. La labor de delimitación de categorías y su interrelación facilita la interpretación de patrones emergentes y la identificación de relaciones causales o contextuales que sustentan el fenómeno estudiado. Este proceso no es mecánico, sino una actividad interpretativa que requiere vigilancia, transparencia y reflexividad por parte del investigador. En este marco, la articulación entre categorías y teoría fortalece la cohesión interna del análisis y su explicación de la realidad educativa.

La validez y confiabilidad alcanzadas mediante esta metodología fortalecen la credibilidad del estudio, asegurando que los resultados sean consistentes con los datos recopilados. La triangulación de fuentes, la coherencia entre códigos y las verificaciones mediante contrastes entre casos permiten reducir sesgos y aumentar la robustez de las interpretaciones. Este enfoque metodológico promueve una lógica de revisión continua, en la que las categorías se someten a pruebas contra nuevos datos y perspectivas, enriqueciendo la comprensión del fenómeno. Así, la investigación no solo describe, sino que ofrece explicaciones plausibles y defendibles ante la comunidad académica.

En conjunto, estos elementos metodológicos garantizan que el estudio aporte conocimientos sólidos sobre el impacto de la inteligencia emocional en el marco de desarrollo del aprendizaje desde una mirada cualitativa rigurosa. Se busca mostrar

cómo las experiencias subjetivas de docentes y estudiantes se traducen en prácticas pedagógicas y en procesos de aprendizaje emocional. La metodología cualitativa permite explorar contextos, dinámicas relacionales y condiciones institucionales que modulan la adquisición de competencias emocionales. Esta mirada holística facilita transferencias teóricas a escenarios similares y ofrece pautas para la mejora educativa. A continuación, se presenta la tabla de estructuración de las categorías:

Tabla 2. *Categorías de estructuración de los hallazgos*

Categoría	Subcategoría
Competencias emocionales	Concepciones
	Tipos de emociones
	Estrategias de enseñanza
	Estado emocional y rendimiento académico
	Desarrollo emocional
Desarrollo académico y emocional	Emociones y aprendizajes
	Regulación emocional
	Estado emocional y socialización
	Manejo emocional

Categoría: Competencias emocionales

La competencia emocional en la educación primaria se presenta como una piedra angular para el desarrollo integral de los niños, al conectar aspectos afectivos con las demandas cognitivas del aprendizaje. En este tramo de la vida, las habilidades para reconocer, comprender y gestionar las emociones se vuelven herramientas prácticas para interactuar, aprender y resolver conflictos. La escuela se convierte así en un escenario crucial donde los niños pueden practicar respuestas adaptativas ante variadas situaciones sociales y académicas. Este enfoque facilita una base sólida para futuras estimaciones de bienestar y desempeño escolar.

Un primer beneficio es la mejora de las habilidades sociales básicas, como la cooperación, la comunicación y la empatía. A través de prácticas diarias, los estudiantes aprenden a escuchar a sus pares, a expresar ideas con asertividad y a valorar perspectivas distintas. Estas competencias fortalecen la calidad de las interacciones en el aula y sientan las bases para relaciones positivas fuera de ella. En este sentido, la inteligencia emocional no reemplaza las habilidades cognitivas, sino que las cataliza al facilitar un clima de aprendizaje más colaborativo.

La regulación emocional emerge como un recurso clave para enfrentar la frustración y los retos académicos. Cuando los niños pueden identificar su estado emocional y aplicar estrategias de manejo, disminuye la ansiedad ante evaluaciones, proyectos y cambios de rutina. Esta autorregulación repercute directamente en la atención, la memoria de trabajo y la disposición para participar en tareas difíciles, incrementando así la autonomía y la persistencia en el aprendizaje. Ante ello, García (2020) menciona que:

La inteligencia emocional es fundamental en el contexto de la educación primaria, ya que representan una herramienta poderosa para el desarrollo de habilidades sociales en los niños. Este período de la infancia es crítico para el desarrollo social y emocional, lo que hace que la educación en estas áreas sea especialmente relevante (p. 76).

La conciencia emocional y la metacognición afectiva permiten a los alumnos interpretar el vínculo entre cómo se sienten y cómo aprenden. Reconocer que la emoción puede influir en la retención de información o en la claridad de la comprensión promueve estrategias de autoajuste, como pausas para respirar, organización de materiales o búsqueda de apoyo cuando es necesario. Este nivel de conciencia favorece una educación más personalizada y sensible a las diferencias individuales.

El desarrollo de habilidades sociales en la primaria también influye en la construcción de identidad académica positiva. Los niños que experimentan interacciones constructivas tienden a identificar la escuela como un espacio seguro y enriquecedor, lo que aumenta la motivación y la participación. Este marco emocional-social potencia la curiosidad, la iniciativa y la responsabilidad compartida en proyectos de grupo y actividades curriculares.

La inversión en educación emocional debe acompañarse de evaluación y apoyo institucional sostenidos. Implementar programas coherentes, formación docente y recursos adecuados garantiza la continuidad de los beneficios a lo largo de la etapa. La inteligencia emocional, al fortalecerse en la primaria, tiene el potencial de generar efectos positivos duraderos en el bienestar, las relaciones interpersonales y el rendimiento académico, sentando las bases para una trayectoria educativa más resiliente. En tal sentido, Galvis (2018) plantea que:

La inteligencia emocional proporciona a los estudiantes las bases necesarias para comprender y gestionar sus propias emociones, así como para reconocer y responder a las emociones de los demás. Este aprendizaje es crucial en un momento en que los niños están desarrollando su identidad y aprendiendo a interactuar con diferentes grupos sociales (p. 45).

La inteligencia emocional ofrece a los estudiantes una base sólida para entender y regular sus emociones, lo que facilita una relación más consciente con su mundo interior. Al identificar estados afectivos propios, los niños pueden modular impulsos, reducir conductas impulsivas y elegir respuestas más adaptativas ante situaciones escolares y sociales. Este dominio emocional temprano se vincula directamente con procesos de atención, memoria de trabajo y toma de decisiones en el aula, favoreciendo un aprendizaje más estable y duradero. Además, les proporciona herramientas para enfrentar momentos de estrés, ansiedad o frustración sin perder el rumbo de sus metas académicas y personales. En conjunto, estas habilidades fortalecen la autoeficacia y la confianza en sus capacidades.

La capacidad de reconocer emociones ajenas permite desarrollar empatía y una comprensión más matizada de las necesidades de otros. Al practicar la lectura de señales emocionales, los estudiantes aprenden a adaptar su comunicación, tono y lenguaje corporal para favorecer la cooperación y la resolución de conflictos. Este reconocimiento emocional facilita interacciones más positivas entre pares y reduce incidencias de malentendidos que puedan afectar el clima de aprendizaje. Así, la inteligencia emocional se convierte en una competencia social esencial para el desarrollo de relaciones saludables en la escuela y fuera de ella.

La gestión de las emociones propias y ajenas favorece la construcción de identidades escolares más sólidas y positivas. Los niños que disponen de

estrategias para regular emociones tienden a experimentar menos estrés frente a evaluaciones y cambios de rutina, lo que se traduce en una mayor disposición para participar y colaborar. Al sentirse comprendidos y apoyados, conectan mejor con docentes y compañeros, fortaleciendo su sentido de pertenencia y su motivación intrínseca por aprender. En este sentido, la educación emocional contribuye a una identidad personal coherente con las normas y valores del entorno educativo.

La interacción entre identidad en desarrollo y habilidades emocionales también influye en la tolerancia a la diversidad de grupos sociales. Cuando los niños aprenden a interpretar emociones propias y ajenas en contextos multiculturales o con distintos estilos de convivencia, surgen actitudes de respeto, curiosidad y apertura. Este aprendizaje promueve experiencias de aprendizaje inclusivas, donde la diferencia se reconoce como fuente de enriquecimiento y no como obstáculo. La inteligencia emocional, así, se alinea con objetivos de justicia social y convivencia pacífica en la comunidad educativa.

La inteligencia emocional ofrece herramientas para la regulación de conflictos y la resolución colaborativa de problemas. Mediante prácticas de escucha activa, negociación y busca de acuerdos, los estudiantes aprenden a expresar necesidades sin reducir a otros a etiquetas negativas. Estas competencias reducen la polarización en grupos y fortalecen climas de aula que favorecen el pensamiento crítico y la reflexión. En situaciones de conflicto, la capacidad de mantener la calma y buscar soluciones compartidas se traduce en procesos de aprendizaje más efectivos.

Ahora bien, el desarrollo de habilidades emocionales debe acompañarse de un marco institucional que las reconozca y valore. La formación docente, la experiencia práctica y la evaluación formativa de la inteligencia emocional permiten sostener el aprendizaje emocional a lo largo del tiempo. Cuando las escuelas integran explícitamente contenidos y prácticas emocionales, se facilita la transferencia de estas competencias a contextos familiares y comunitarios. En el mismo orden de ideas, la inteligencia emocional se presenta como un eje central

para acompañar la construcción de identidades, relaciones y aprendizajes significativos en los estudiantes. En tal sentido, Huérfano (2018) señala que:

El desarrollo de la inteligencia emocional también tiene un impacto positivo en la dinámica escolar. Los niños que han sido educados en competencias socioemocionales tienden a comunicarse mejor con sus padres y hermanos, lo que puede fortalecer los vínculos familiares. Al aprender a expresar sus sentimientos y necesidades de manera asertiva, así como a escuchar activamente a los demás, los niños pueden contribuir a un ambiente escolar más armonioso y comprensivo (p. 91).

La inteligencia emocional, cuando se integra en la educación, influye de manera significativa en la dinámica escolar. Los estudiantes que desarrollan competencias socioemocionales muestran una mayor capacidad para gestionar emociones propias y comprender las de sus compañeros, lo que reduce conflictos y favorece la cooperación. En este marco, el aula se transforma en un espacio de convivencia más estable y propicio para el aprendizaje. Además, el aprendizaje emocional se entrelaza con las prácticas pedagógicas, promoviendo estrategias de participación, diálogo y colaboración entre todos los actores educativos.

Un primer aspecto es la mejora en la comunicación intra escolar, que no solo se manifiesta entre alumnos, sino también entre docentes y personal educativo. Cuando los niños pueden expresar sus sentimientos y necesidades de forma asertiva, se abre un canal de diálogo más claro y respetuoso en el aula. Este clima comunicativo facilita la mediación de conflictos y la búsqueda de soluciones consensuadas, fortaleciendo la cohesión del grupo y la responsabilidad compartida por el proceso de aprendizaje.

La influencia en las relaciones familiares también se ve reforzada, ya que los niños que han aprendido a regular sus emociones tienden a comunicarse mejor con sus padres y hermanos. Este fortalecimiento de los vínculos familiares puede generar un soporte emocional más sólido en casa, lo que a su vez repercute positivamente en la seguridad y motivación de los estudiantes para enfrentar las demandas escolares. La consistencia entre casa y escuela favorece la continuidad de las prácticas de regulación emocional.

La capacidad de expresar sentimientos de manera asertiva se asienta como una habilidad clave para la convivencia diaria en la escuela. Al aprender a pedir

ayuda, aclarar necesidades o negociar roles en proyectos grupales, los estudiantes participan de forma más equitativa y responsable. Este comportamiento reduce malentendidos y fomenta un ambiente de respeto mutuo, donde las diferencias se gestionan como oportunidades de aprendizaje y crecimiento.

La escucha activa, componente central de la competencia social, fortalece la comprensión entre pares. Cuando los alumnos practican escuchar con atención y sin interrumpir, se abren posibilidades para el aprendizaje colaborativo y la resolución de problemas de manera conjunta. Este hábito, sembrado en las aulas, se transforma en una base para futuras interacciones sociales fuera del ámbito escolar. La presencia de un marco institucional que valore las competencias socioemocionales garantiza la sostenibilidad de estos efectos. La formación docente, la implementación de prácticas consistentes y la evaluación formativa permiten que el desarrollo emocional permanezca como un eje central. Con sistemas escolares que respaldan estas prácticas, se consolida un entorno educativo donde la inteligencia emocional potencia el bienestar, las relaciones familiares y el rendimiento académico.

Subcategoría: Concepciones

La inteligencia emocional se presenta como una herramienta fundamental para el desarrollo de habilidades sociales en la educación primaria. Al brindar a los niños estrategias para entender y regular sus emociones, se crea una base estable para interactuar de manera más adecuada con sus pares y docentes. Este aprendizaje facilita transiciones diarias en el aula, desde la llegada hasta la salida, al reducir momentos de tensión y promover un clima de cooperación. Además, fomenta la autoconciencia, permitiendo a los estudiantes identificar qué sienten y por qué, lo que facilita respuestas más reflexivas que impulsivas. En este sentido, la educación emocional no es un complemento, sino un cimiento central del proceso educativo.

La regulación emocional se convierte en una competencia que acompaña la convivencia escolar. Cuando los niños aprenden a gestionar la ansiedad, la

frustración o el estrés ante evaluaciones, cambios de rutina o conflictos, pueden mantener la atención y participar de manera más constante. Esta estabilidad emocional se traduce en mejor rendimiento académico y en una mayor disposición para colaborar en proyectos grupales, donde la cohesión del equipo depende de la capacidad de cada miembro para regular su respuesta emocional. Así, la inteligencia emocional se vincula directamente con el aprendizaje y con la dinámica del aprendizaje en equipo. En un sentido más amplio, Reyes (2016) señala que:

La inteligencia emocional es una herramienta invaluable para el desarrollo de habilidades sociales en las instituciones de educación primaria. Al proporcionar a los niños las herramientas necesarias para entender y gestionar sus emociones, así como para interactuar empáticamente con otros, se les prepara no solo para enfrentar desafíos inmediatos en sus relaciones interpersonales, sino también para convertirse en ciudadanos responsables y empáticos en el futuro (p. 79).

La interacción empática con otros se fortalece a medida que los estudiantes desarrollan habilidades para escuchar activamente y valorar las perspectivas ajenas. La práctica de la empatía crea puentes entre distintas experiencias y orígenes, favoreciendo un clima de respeto y aprendizaje compartido. En este marco, las relaciones entre compañeros se vuelven más equitativas, se reducen los conflictos por malentendidos y se incrementa la cooperación en actividades cooperativas. De este modo, la competencia emocional se transforma en una plataforma para la convivencia democrática en el aula.

La inteligencia emocional también prepara a los alumnos para enfrentarse a dinámicas sociales más amplias fuera del entorno escolar. Aprenden a reconocer la diversidad de emociones y experiencias, lo cual facilita la interacción con familias, docentes y comunidades. Este entendimiento facilita la mediación de conflictos y la resolución pacífica de disputas, habilidades que resultan útiles en múltiples contextos sociales. A largo plazo, estas competencias fortalecen la capacidad de trabajar en equipos diversos y de contribuir a comunidades inclusivas. Ante ello, D7:

Para mí la inteligencia emocional es la capacidad de reconocer de comprender de manejar nuestras emociones de autorregularnos también es o tiene un significado bastante importante que es identificar y empatizar con las emociones de los demás especialmente dentro del aula es clave pues promover todo ese ambiente de respeto autorregulación y convivencia esto nos lleva aquí os podamos tener un ambiente supremamente positivo y sano.

La educación emocional en primaria contribuye a la formación de ciudadanos responsables. Al practicar la toma de perspectiva, la cooperación y la justicia emocional, los estudiantes internalizan valores que trascienden el aula. Estos principios guían su comportamiento cívico y su respuesta ética ante situaciones de grupo. Este proceso de socialización se apoya en experiencias de aprendizaje diseñadas para promover la responsabilidad, la solidaridad y la equidad entre todos los integrantes de la comunidad educativa.

Por tal motivo, la inteligencia emocional en la educación primaria no solo mejora las relaciones interpersonales y el clima escolar, sino que sienta las bases para una ciudadanía empática y participativa. Al equipar a los niños con herramientas para entenderse a sí mismos y a los demás, se favorece su desarrollo integral y su capacidad de contribuir positivamente a la sociedad. Un marco institucional que priorice estas competencias asegurará su sostenibilidad y transferencia a contextos familiares y comunitarios.

La inteligencia emocional trasciende el ámbito escolar y actúa como cimiento del desarrollo humano a lo largo de toda la vida. Al cultivar habilidades sociales desde la infancia, se facilita la construcción de relaciones más sólidas y saludables en la adultez. La gestión adecuada de emociones produce mejores respuestas ante desafíos personales, lo que favorece una autoestima equilibrada y una mayor resiliencia ante adversidades. Este conjunto de capacidades no solo mejora la convivencia, sino que también potencia la autogestión y la toma de decisiones responsables. En este sentido, la educación emocional se identifica como una inversión en bienestar a largo plazo. Ante ello, D4:

Bueno para mí la inteligencia emocional como usted misma lo construye es una herramienta básica esencial para que podamos manejar como el aula con mayor equilibrio y podemos conectar genuinamente pues con los estudiantes que haya una empatía entre nosotros.

En la práctica, se traducen en una mayor apertura al aprendizaje continuo y a la adaptabilidad ante cambios sociales y laborales. La capacidad de escuchar, entender y expresar emociones con claridad facilita la construcción de redes de apoyo sólidas. Al integrar estas competencias en el desarrollo personal, se fomenta

una vida adulta más equilibrada y satisfactoria. Este proceso, por tanto, debe considerarse una prioridad educativa y social compartida por familias, escuelas y comunidades.

La comunicación efectiva emerge como una habilidad central para el éxito futuro. Saber expresar ideas, necesidades y límites de forma asertiva reduce malentendidos y conflictos, promoviendo interacciones más productivas. En ámbitos laborales y personales, la claridad comunicativa facilita la negociación y la colaboración, elementos esenciales en equipos diversos. Además, la capacidad de escuchar activamente y considerar las perspectivas ajenas fortalece la empatía y la cohesión grupal. El resultado es un entorno en el que las personas pueden desarrollar proyectos conjuntos con mayor confianza y menor fricción. Estas competencias no se limitan a las palabras, sino que abarcan la interpretación de señales no verbales y contextos culturales. Por tal motivo, la comunicación efectiva es un motor de relaciones satisfactorias. Reyes (2016) plantea que:

los beneficios de la inteligencia emocional no se limitan al contexto escolar; también sientan las bases para el éxito futuro en la vida adulta. Las personas que poseen fuertes habilidades sociales tienden a tener relaciones más saludables y satisfactorias tanto en lo personal como en lo social. La capacidad para comunicarse efectivamente, trabajar en equipo y manejar conflictos es altamente valorada en el mundo actual (p. 82).

El trabajo en equipo se beneficia de las habilidades emocionales como el autoconocimiento y la regulación emocional. Los individuos que reconocen sus propias pulsiones y aprenden a gestionarlas permiten que los equipos funcionen con mayor armonía y eficiencia. La inteligencia emocional facilita la distribución de roles según las fortalezas, la resolución de desacuerdos sin confrontación y la construcción de acuerdos que prioricen el logro colectivo. En entornos profesionales, la colaboración se ve fortalecida cuando hay confianza y respeto mutuo, pilares que nacen de una cultura emocional bien fundada. Por ello, enseñar y reforzar estas competencias desde edades tempranas se traduce en ventajas competitivas duraderas.

La mejora en el rendimiento grupal se complementa con un crecimiento personal que se refleja en menor ansiedad ante responsabilidades compartidas. En

definitiva, el trabajo en equipo se convierte en un espacio para desarrollar tanto habilidades técnicas como socioemocionales. La gestión de conflictos es otra área donde la inteligencia emocional ofrece beneficios permanentes. Las personas con alta inteligencia emocional poseen estrategias para abordar disputas sin escalar la violencia, priorizando soluciones. Esto se traduce en relaciones más estables y menos desgaste emocional, lo que facilita un entorno de vida más saludable. La mediación y la negociación se vuelven herramientas habituales, permitiendo a las personas resolver diferencias de manera constructiva. Además, el manejo adecuado de conflictos reduce costos psicológicos y energéticos asociados a confrontaciones continuas.

En el ámbito social, estas capacidades favorecen comunidades más cohesionadas y cooperativas. Al final, la habilidad para manejar disputas se alinea con una visión de convivencia que valora la dignidad de todas las partes. Estas competencias crean una base sólida para relaciones a lo largo del ciclo vital. La empatía y la comprensión intercultural son componentes clave en un mundo cada vez más interconectado. Las personas emocionalmente inteligentes pueden ponerse en el lugar de otros, lo que facilita la convivencia en sociedades plurales y diversas. Este rasgo es especialmente relevante en ambientes laborales globalizados, donde las diferencias culturales pueden generar malentendidos si no hay sensibilidad emocional. Desarrollar esa empatía implica escuchar con atención, cuestionar prejuicios y adaptarse a distintos contextos. Ante ello, D1 plantea que:

La inteligencia emocional es la capacidad de identificar, comprender y gestionar tanto nuestras propias emociones como las de los demás. En el contexto educativo, permite que docentes y estudiantes establezcan relaciones más empáticas y conscientes, fundamentales para un aprendizaje significativo.

Como resultado, las relaciones sociales se enriquecen y se abren oportunidades para colaboraciones innovadoras. La vida adulta sale ganando cuando la capacidad de conectarse con otros se fundamenta en valores como la justicia y la solidaridad. En consecuencia, la educación emocional debería verse como una inversión integral para el bienestar social y económico. Los beneficios de la inteligencia emocional se extienden más allá de la escuela y se reflejan en la

calidad de las relaciones y oportunidades a lo largo de la vida. La capacidad para comunicarse efectivamente, colaborar en equipo y gestionar conflictos es ampliamente valorada en el mundo actual y continuará siendo crucial en el futuro laboral y personal. Desarrollar estas competencias desde edades tempranas facilita una transición más suave hacia la vida adulta, con mayor resiliencia y satisfacción. Ante ello, León (2021) plantea que:

El desarrollo de la inteligencia emocional es, sin duda, un componente fundamental de la educación primaria y tiene un impacto duradero que se extiende más allá del aula. Al enseñar a los niños habilidades como la comunicación efectiva, la resolución de problemas y el trabajo en equipo, estamos no solo preparándolos para enfrentar los desafíos cotidianos de la vida, sino también capacitándolos para contribuir de manera positiva a la sociedad (p. 124).

La inteligencia emocional se presenta como un pilar esencial dentro de la educación primaria, capaz de fortalecer la base social del aprendizaje desde edades tempranas. Al incorporar prácticas que favorecen la comprensión y gestión de las emociones, se crea un entorno escolar más estable y receptivo, donde los estudiantes se sienten seguros para expresar ideas y dudas. Este marco emocional positivo facilita la atención y la participación en las actividades didácticas, reduciendo conductas disruptivas y promoviendo una cultura de respeto. En consecuencia, la escuela se convierte en un espacio de desarrollo integral donde lo afectivo y lo cognitivo se integran de forma armónica. A corto plazo, los cambios se reflejan en hábitos de convivencia más constructivos y en una mayor colaboración entre pares y docentes.

La educación emocional, así, deja de ser un complemento para convertirse en un motor del aprendizaje significativo. Este enfoque favorece la motivación intrínseca y la curiosidad, elementos clave para el aprendizaje continuo. La enseñanza de habilidades como la comunicación efectiva emerge como elemento central en este enfoque educativo. Expresar ideas con claridad, escuchar activamente y verificar la comprensión se traducen en interacciones menos conflictivas y más productivas. En el aula, estas prácticas permiten una distribución más equitativa de la palabra y el tiempo de intervención, fortaleciendo la participación de todos los estudiantes, incluidos aquellos con menor voz. La

comunicación asertiva facilita la negociación de roles en proyectos grupales y la resolución de discrepancias sin recurrir a la confrontación. Ante ello, D3 plantea que:

La inteligencia emocional es la capacidad que tiene un individuo de manejar las emociones, tanto sus propias emociones como entender, analizar y mejorar las emociones del otro, dando relevancia a cada instante y a lo que ocurre en el aula de clase. Por ejemplo, un niño que en ese momento está muy triste, simplemente esa tristeza no le permite que nada, dicho de otra manera, que ninguna información que se de en el entorno pueda entrar agradablemente y ser parte de sus intereses.

Asimismo, la retroalimentación entre pares, cuando es manejada con empatía, potencia la autoconfianza y la responsabilidad personal. De este modo, la competencia comunicativa se convierte en un vector de clima favorable para el aprendizaje. La resolución de problemas dentro del marco de la inteligencia emocional implica no solo encontrar soluciones efectivas, sino también considerar procesos y emociones involucradas. Al enfrentarse a dilemas académicos o interpersonales, los estudiantes aprenden a separar el contenido del conflicto y a valorar múltiples perspectivas. Este hábito reduce sesgos, fomenta la tolerancia y promueve enfoques creativos para superar obstáculos. La enseñanza de estrategias de resolución colaborativa favorece la creación de equipos que trabajan con cohesión y equidad, donde cada voz cuenta.

En contextos escolares y más allá, estas habilidades preparan a los niños para enfrentar incertidumbres con serenidad y pensamiento crítico. De este modo, la educación emocional fortalece la resiliencia académica y social. El trabajo en equipo se beneficia claramente de un alumnado que desarrolla habilidades socioemocionales. La capacidad de coordinar esfuerzos, distribuir roles y apoyar a los compañeros resulta en proyectos más exitosos y en una experiencia educativa más rica. La regulación emocional, por su parte, ayuda a mantener un ambiente de cooperación incluso ante tensiones y presiones académicas. Cuando los estudiantes aprenden a gestionar su impulso, se fomenta una dinámica de grupo basada en confianza y responsabilidad compartida.

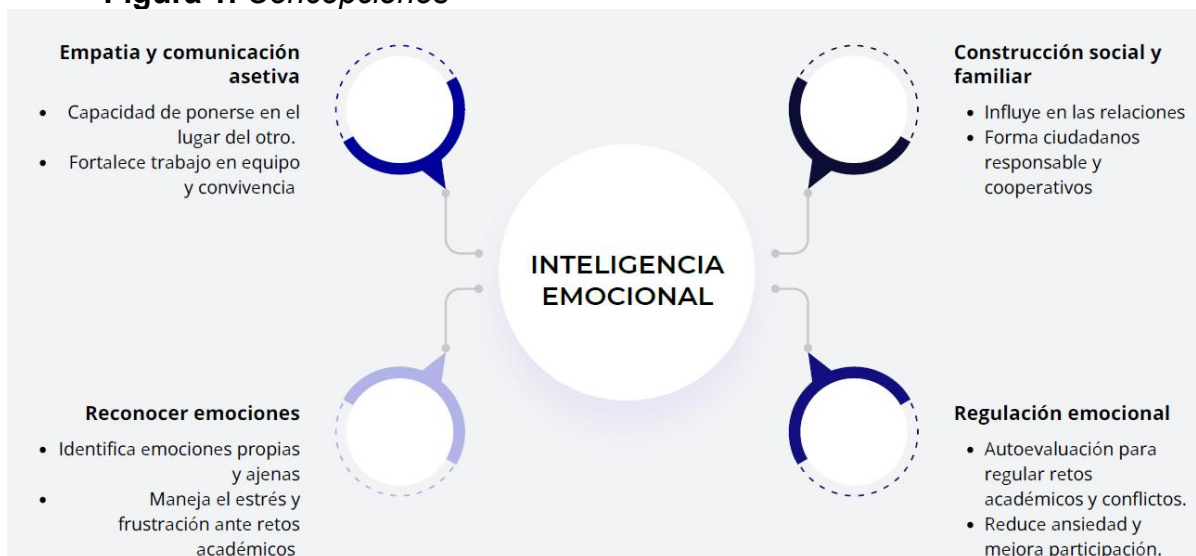
Este binomio entre emoción y análisis cognitivo se traduce en resultados de aprendizaje superiores y en una cultura escolar que valora la diversidad de talentos. En consecuencia, el trabajo en equipo deja de ser una habilidad aislada para

convertirse en un componente esencial del éxito académico. La influencia de la inteligencia emocional trasciende el aula, extendiéndose a la vida cotidiana de las familias y la comunidad. Los niños que participan en prácticas de autorregulación y empatía tienden a interactuar de forma más positiva en casa y en espacios cercanos. Esta transferencia de competencias facilita la mediación de conflictos familiares y la adopción de estrategias de comunicación respetuosa fuera de la escuela. Además, al internalizar valores como la cooperación y la justicia emocional, los estudiantes desarrollan una ética de convivencia que puede influir en su comportamiento cívico y comunitario. D5 señala:

Bueno necesita inteligencia para mí en la inteligencia emocional es saber controlar nuestras emociones que los niños aprendan a controlarme sus emociones para que puedan dar una mejor respuesta a su nivel académico.

En un mundo interconectado, estas capacidades permiten una participación más responsable y solidaria en contextos diversos. Así, la educación emocional en primaria actúa como semilla de un tejido social más inclusivo y colaborativo. Por ello, el desarrollo de la inteligencia emocional en la educación primaria constituye un componente estratégico con beneficios duraderos. Al enseñar comunicación efectiva, resolución de problemas y trabajo en equipo, se sientan las bases para una ciudadanía capaz, adaptable y comprometida con el bienestar común. La transición desde el aula hacia la vida adulta se facilita cuando los jóvenes ya cuentan con herramientas para gestionar sus emociones y construir relaciones positivas. Este enfoque requiere una visión institucional que reconozca la educación emocional como disciplina central y la incorpore de forma transversal en políticas y prácticas escolares.

Figura 1. Concepciones



Subcategoría: Tipos de emociones

La comprensión y gestión de las emociones en la educación se presenta como un eje crucial para el desarrollo integral de los estudiantes, aunque muchas veces permanece invisibilizado en la implementación diaria. A pesar de su reconocimiento teórico en teorías del aprendizaje y en normativas educativas, su presencia concreta en aulas y contextos escolares sigue siendo menos visible que la oferta curricular tradicional. Este desfase entre teoría y práctica puede deberse a prioridades institucionales, presión por resultados académicos o a la falta de recursos y capacitación docente para abordar la educación emocional de forma estructurada.

En este escenario, las emociones quedan relegadas a funciones secundarias frente a contenidos y evaluaciones cuantificables. Sin embargo, su influencia en la atención, la motivación y las relaciones interpersonales es amplia y profunda, afectando directamente el proceso de aprendizaje. La tendencia observada hacia la priorización de la instrucción académica tradicional ha contribuido a un desequilibrio en la experiencia educativa. El énfasis en contenidos, exámenes y estándares de rendimiento puede limitar oportunidades para el desarrollo de habilidades

socioemocionales, tan necesarias para afrontar desafíos escolares y personales.

Ante ello, D5 comenta que:

No emociones son muchas porque las emociones dependiendo de su entorno en la casa de como lleguen en la casa, pues son variadas. Hay algunos niños que vienen muy contentos, otros vienen muy tristes, otros vienen como con ganas de que nadie les hable. Otros vienen a molestar a todo El Mundo. ¿Entonces EH? Es variado. Hay que de pronto, en el momento, cuando 1 empieza la la clase, darse el tiempo para que pronto respiren y todas esas emociones con las que llegan, pues se canalicen un poco.

Este enfoque centrado en lo conceptual a veces deja de lado prácticas pedagógicas que integren juego, exploración y experiencias significativas. La educación emocional, cuando está ausente de manera deliberada o inadvertida, pierde su función de puente entre la cognición y el bienestar emocional de los alumnos. En consecuencia, se reduce la posibilidad de cultivar autonomía, empatía y resiliencia, capacidades que facilitan el aprendizaje autónomo y la convivencia. En un sentido más amplio, Bisquerra (2006) plantea que:

El desarrollo de las emociones en el contexto educativo es un aspecto que, a pesar de estar reconocido en diversas teorías y documentos normativos, ha sido descuidado en la práctica. A medida que el sistema educativo ha evolucionado, se ha observado una tendencia a priorizar la instrucción académica tradicional sobre el juego y la exploración, elementos esenciales para el aprendizaje integral de los estudiantes (p. 181).

La implementación de una educación emocional efectiva requiere un marco institucional que la priorice y la incorpore transversalmente en las prácticas pedagógicas. Esto implica formación continua para docentes, recursos didácticos, tiempo en la agenda escolar y evaluación que dé cuenta de avances socioemocionales, no solo académicos. Sin una visión clara y sostenida, las iniciativas de educación emocional pueden quedarse en acciones aisladas o temporales, sin llegar a convertirse en una norma de aula. En este sentido, es imperativo generar políticas que garanticen espacios regulares para trabajo emocional, reflexión y desarrollo de competencias socioemocionales entre docentes y estudiantes. Así, la escuela puede equilibrar la instrucción y el acompañamiento afectivo.

La relación entre emociones y aprendizaje no es un complemento, sino un componente estructural del proceso educativo. Cuando las emociones están atendidas, la atención, la memoria y la motivación se ven fortalecidas, favoreciendo la adquisición de conocimientos y habilidades. Por el contrario, un entorno donde las emociones no se gestionan adecuadamente puede generar ansiedad, distracciones y conflictos que obstaculizan la construcción de conocimiento. Este hecho subraya la necesidad de incorporar estrategias explícitas para desarrollar inteligencia emocional dentro del currículo y de las prácticas de aula. Las experiencias pedagógicas que integran juego, diálogo y reflexión pueden convertirse en catalizadores de un aprendizaje más profundo y sostenible.

El desarrollo de las emociones en el contexto educativo es un elemento fundamental que requiere un compromiso claro por parte de las instituciones. Aunque exista reconocimiento teórico y normativo, la realidad práctica demanda cambios organizativos y culturales para que el aprendizaje integral verdaderamente florezca. Priorizar el juego y la exploración, junto con la instrucción académica, permite un equilibrio que favorece tanto el rendimiento como el bienestar de los estudiantes. Implementar prácticas regulares, formación docente y evaluación integral son pasos imprescindibles para asegurar que la educación emocional deje de ser un ideal y se convierta en una realidad cotidiana en las aulas. Ante ello, D2 plantea que:

bueno mis estudiantes son de grado tercero normalmente uno observa en ellos alegría enojo tristeza ansiedad en ocasiones miedo o satisfacción el nivel de conciencia emocional yo lo describiría como en término medio debido a que hay estudiantes que saben manejar situaciones otros tratan de manejar las fuerzas controlarlas y otros simplemente actúan impulsivamente de acuerdo con la emoción del momento.

La gestión de las emociones en los estudiantes se ve afectada por múltiples factores interconectados que operan en distintos ámbitos de su vida. En el ámbito familiar, la estabilidad emocional, las prácticas de crianza y la calidad de las interacciones cotidianas moldean la forma en que los niños identifican y expresan sus sentimientos. El estrés parental, las tensiones económicas o los conflictos no resueltos pueden saturar el entorno emocional del hogar, generando ansiedad o

inseguridad que repercuten en la conexión con el aprendizaje. Estas dinámicas influyen directamente en la capacidad de atención, memoria y autoestima, componentes esenciales para la apropiación del conocimiento. En este sentido, las experiencias familiares actúan como un marco de referencia emocional que condiciona la recepción de contenidos y la participación en clase.

En el contexto escolar, la relación con docentes y compañeros puede potenciar o dificultar la gestión emocional. Un clima de aula percibido como seguro y respetuoso facilita la exploración de ideas y la tolerancia a la frustración, mientras que la presencia de la disciplina excesiva o expectativas poco realistas puede generar miedo al error y evitación de tareas desafiantes. La forma en que se comunican las instrucciones, se ofrecen retroalimentaciones y se reconocen los logros influye en la motivación intrínseca y en la disposición a asumir riesgos cognitivos necesarios para construir nuevo conocimiento. Por ello, la competencia emocional del profesorado es clave para favorecer procesos de aprendizaje más profundos y sostenidos. Sánchez (2016) señala que:

Las emociones no gestionadas en los estudiantes pueden tener múltiples causas, muchas de las cuales están interrelacionadas y se originan en el contexto familiar, escolar y social. Tanto las familias como los docentes pueden carecer de una comprensión adecuada sobre cómo se produce la apropiación del conocimiento en los estudiantes (p. 19).

Mediante el contexto social, las presiones culturales, la contaminación digital y las normas de valoración del rendimiento pueden generar tensiones que afectan el estado emocional de los estudiantes. La comparación entre pares, la expectativa de éxito y la exposición a modelos de conducta poco realistas pueden desencadenar ansiedad académica y autocrítica, dificultando la concentración y la persistencia ante tareas complejas. Además, las desigualdades socioeconómicas pueden acentuar inseguridades y limitar el acceso a apoyos educativos, exacerbando diferencias en la adquisición de conocimientos y en la regulación emocional. En conjunto, estos factores sociales configuran un paisaje emocional que condiciona el aprendizaje efectivo. Es por ello, que D6 plantea que:

bueno en ello se evidencia mucho la IRA cuando no entienden algo, cuando algún compañero los. Molesta, se evidencia tristeza. También, A veces vienen de la casa

tristes o a veces por situaciones que se presentan en el aula también se ponen triste. Por ejemplo, que no Entiendan un tema, entonces ellos ya están, llora. Eh, frustración también en algunos momentos. La manera como se evidencia, es en la reacción. Algunos lloran. Otros golpean al compañero, golpean la mesa. Hay algo, otros que se botan sobre la mesa sin hacer nada porque están. Cerrados al tema, no quieren avanzar.

La insuficiente comprensión sobre la apropiación del conocimiento en familias y docentes agrava el problema. Cuando los cuidadores y educadores no comparten una visión clara de cómo se construye el aprendizaje, pueden confundirse las señales de progreso y frustrarse ante aparentes estancamientos. La conceptualización de la asimilación de contenidos como mera acumulación de información, sin considerar procesos metacognitivos, estrategias de estudio y autorregulación, limita la capacidad de los estudiantes para elaborar significados duraderos. Esta brecha de comprensión impide diseñar apoyos adecuados que integren componentes emocionales con estrategias cognitivas, dificultando la internalización de saberes.

La apropiación del conocimiento requiere, además, una alineación entre las expectativas y las prácticas educativas. Es imprescindible fomentar la reflexión conjunta entre familias y docentes sobre cómo se gestionan las emociones en el proceso de aprendizaje y qué estrategias apoyan la construcción de significados. La capacitación en educación emocional y en métodos de enseñanza que integren explícitamente la regulación emocional, la organización de tareas y la autoevaluación puede ayudar a cerrar estas brechas. De este modo, se facilita un entorno más coherente donde emociones y aprendizaje se fortalecen mutuamente. Forero (2024) plantea que:

La utilización de metodologías tradicionales que no fomentan la participación activa y el aprendizaje significativo puede contribuir al desarrollo de emociones no gestionadas. Cuando los estudiantes son sometidos a un enfoque educativo rígido, pueden sentirse frustrados e incapaces de expresar sus emociones adecuadamente (p. 84).

La utilización de metodologías tradicionales que no fomentan la participación activa y el aprendizaje significativo puede contribuir al desarrollo de emociones no gestionadas en los estudiantes. En enfoques centrados únicamente en la transmisión de contenidos, la pasividad puede convertirse en un obstáculo para la

expresión emocional y la construcción de vínculos con el aprendizaje. Cuando las prácticas pedagógicas privilegian la repetición, la memorización y la evaluación estandarizada, los alumnos pueden sentir que sus experiencias y emociones quedan fuera del proceso educativo. Este desaprovechamiento de la experiencia emocional favorece la internalización de tensiones y frustraciones que no encuentran cauce en el aula.

En este marco, la atención se dirige a la calificación más que al bienestar y desarrollo personal, reduciendo oportunidades para canalizar emociones de forma saludable. La falta de participación activa reduce las oportunidades para la regulación emocional en contextos de aprendizaje. Al no involucrarse en la toma de decisiones, la solución de problemas o la construcción de conocimiento, los estudiantes pueden experimentar impotencia y ansiedad ante tareas que perciben como imposibles o irrelevantes. Esta experiencia puede generar respuestas emocionales automáticas, como irritabilidad, bloqueo o evitación, que interfieren con la capacidad de concentrarse y procesar información.

Asimismo, la ausencia de interacción social enriquece la sensación de aislamiento, un factor que amplifica las emociones negativas y deteriora la motivación. Por ello, la rigidez metodológica tiende a convertir la educación en un proceso extractivo más que formativo. El aprendizaje significativo, al contrario, propone contextos donde las emociones encuentran significado y función. Cuando se facilita la exploración, la colaboración y la resolución de problemas reales, las respuestas afectivas se integran al proceso cognitivo, enriqueciéndolo. Las experiencias que conectan con intereses de los estudiantes permiten expresar emociones de forma constructiva, canalizando la excitación, la curiosidad o la frustración hacia la búsqueda de soluciones. Por tal motivo, D4:

Pues las emociones como más comunes los que 1 más observa, pues varían también de acuerdo con la edad no y al estilo de aprendizaje de los chicos. Unos son los más curiosos, más entusiastas, otros son como ansiosos. Y en algunos y de pronto más interés en otro aburrimiento, otros son muy alegres, otros son apáticos, o sea, hay como diferencia en esa parte y pues la conciencia emocional en algunos niños sí, no la vi que ellos saben expresarlo, o sea, se ha desarrollado ya la identifican, la expresa, pero otros les cuesta bastante trabajo reconocer y nombrar esas emociones. Entonces por eso se convierte con los comportamientos agresivos impulsivos.

En este escenario, la emoción deja de ser un muro y pasa a ser un motor del aprendizaje, fortaleciendo la memoria y la confianza en las propias capacidades. La participación activa actúa, así como puente entre afectividad y saber. Las metodologías participativas también promueven la autonomía emocional al fomentar la toma de decisiones y la autorregulación. Cuando los alumnos diseñan, evalúan y ajustan sus propias situaciones de aprendizaje, desarrollan estrategias para manejar la incertidumbre y la presión. Este proceso gradual de control emocional fortalece la resiliencia, la tolerancia a la frustración y la capacidad de perseverar ante desafíos.

Además, el aprendizaje colaborativo ofrece apoyos sociales que permiten expresar dudas y emociones en un entorno de confianza. La interacción con pares facilita la normalización de sentimientos y la búsqueda conjunta de soluciones. La evaluación también debe adaptarse para apoyar la gestión emocional. En contextos donde la evaluación se centra exclusivamente en resultados, los estudiantes pueden asociar el esfuerzo con la ansiedad de desempeño, generando tensiones que dificultan la expresión emocional. En cambio, la evaluación formativa y diversificada, que tenga en cuenta el proceso, las estrategias empleadas y el desarrollo de habilidades socioemocionales, facilita la articulación entre emoción y aprendizaje.

La dependencia exclusiva de metodologías tradicionales puede favorecer emociones no gestionadas al limitar la participación y el sentido del aprendizaje. La transición hacia enfoques activos y significativos contribuye a organizar las emociones de manera adaptativa, promoviendo una experiencia educativa más equilibrada y sostenible. Al combinar experiencias prácticas, colaboración y evaluación que valore procesos, se fortalece tanto el rendimiento académico como el bienestar emocional de los estudiantes. Implementar estas prácticas requiere compromiso institucional, formación docente y un marco curricular flexible que priorice el aprendizaje con significado y la regulación emocional.

La gestión de las emociones se entiende como un proceso dinámico que permite a las personas interpretar y responder a sus experiencias cotidianas. En el entorno educativo, estas habilidades facilitan la atención, la participación y la interacción con pares y docentes, creando un clima propicio para el aprendizaje.

Cuando los estudiantes pueden identificar lo que sienten, sus respuestas emocionales quedan menos desbordadas por impulsos. Esto favorece la claridad de pensamiento y la disposición para afrontar tareas, colaborar en proyectos y enfrentar desafíos académicos con mayor serenidad. Además, la regulación emocional contribuye a disminuir conductas disruptivas y a promover una convivencia más respetuosa y constructiva. En un sentido más amplio, D1:

Frecuentemente noto emociones como entusiasmo, ansiedad, frustración y alegría. En cuanto a la conciencia emocional, varía mucho según el grado: algunos estudiantes son capaces de nombrar y expresar lo que sienten, mientras que otros aún están en proceso de reconocimiento.

La identificación de emociones constituye el primer paso de un marco sistemático. Implica reconocer, etiquetar y diferenciar entre estados emocionales básicos y complejos, como tristeza, frustración, entusiasmo o ansiedad. En aulas, enseñar a los estudiantes a describir sus sentimientos con precisión facilita la comunicación y reduce malentendidos. Este reconocimiento también permite a docentes adaptar estrategias pedagógicas a las necesidades emocionales del grupo o de individuos, promoviendo intervenciones oportunas. La competencia emocional de los docentes se fortalece cuando pueden modelar esa identificación y guiar a los alumnos en su proceso interior. Sin una capacidad clara para identificar emociones, cualquier intento de regulación se vuelve ambiguo.

La comprensión de las emociones exige interpretar sus causas, contextos y efectos en el aprendizaje. Comprender por qué surge una emoción particular ante una tarea puede ayudar a replantear enfoques de enseñanza y a diseñar apoyos adecuados. En el plano social, esta comprensión fomenta la empatía y la resolución de conflictos, ya que los estudiantes aprenden a interpretar estados emocionales ajenos. Así, el aprendizaje se enriquece con una dimensión ética y relacional que fortalece la cooperación y la convivencia. Además, la comprensión emocional facilita la memoria y la transferencia de conocimientos, al anclar ideas en experiencias afectivas bien gestionadas.

Figura 2. Tipos de emociones



Subcategoría: Estrategias de enseñanza

La competencia emocional se presenta aquí como un indicador de la eficiencia con que un alumno desarrolla actividades y tareas vinculadas a su aprendizaje, fruto de su participación en un programa educativo específico y acorde a su nivel formativo. Este marco conceptual sitúa la emoción como parte integral del rendimiento académico, conectando habilidades afectivas con metas curriculares y expectativas institucionales. Al entenderla así, se reconoce que las capacidades emocionales facilitan procesos atencionales, regulatorios y sociales que influyen directamente en la asimilación de contenidos y en la interacción con el ambiente de aprendizaje.

Asimismo, la definición implica que el rendimiento no puede reducirse a un resultado aislado, sino que depende de un marco pedagógico holístico. Las prácticas docentes, las estrategias de evaluación y los apoyos disponibles configuran un conjunto de acciones que favorecen o dificultan el desarrollo emocional y, por ende, la eficacia del aprendizaje. En este sentido, el desempeño del estudiante emerge como producto de la sinergia entre su desarrollo emocional y

las condiciones educativas ofrecidas. Así, las metas curriculares y las expectativas académicas sólo se traducen en logros cuando se armonizan con intervenciones pedagógicas adecuadas. En tal sentido, Según Quispe y Ferro (2023) plantearon que:

Las estrategias de desarrollo de la inteligencia emocional se pueden entender como el nivel de eficiencia alcanzado por el alumno en las diferentes tareas estudiantiles, producto de la exposición a un programa de aprendizaje, de acuerdo con el nivel educativo correspondiente. Es el resultado de un conjunto de acciones pedagógicas que el docente valora mediante indicadores e instrumentos, entre los se cuentan los exámenes orales y escritos, la participación en clase; la realización de tareas y de trabajos complementarios (p. 76).

Esta visión subraya que la competencia emocional no es un rasgo estático del individuo, sino un resultado contextualizado de acciones pedagógicas deliberadas. El rendimiento, entendido desde esta óptica, incorpora tanto la gestión emocional del alumno como la calidad de la enseñanza y las herramientas de evaluación empleadas. Por ello, evaluar la competencia emocional requiere considerar el tejido de actividades, recursos y estrategias que el docente pone en juego para facilitar y medir el aprendizaje, situando al alumno en un marco de desarrollo integral alineado con el currículo y las expectativas académicas. D3 menciona:

He podido observar que los estudiantes muestran mayor interés y entusiasmo cuando se enfrentan a situaciones de aprendizaje que integran la práctica, la creatividad y la interacción con sus compañeros. Actividades como los experimentos sencillos, los juegos didácticos, las dinámicas grupales y los proyectos artísticos despiertan en ellos una motivación genuina, ya que les permiten aprender de manera activa y significativa.

La aplicación de estrategias pedagógicas efectivas se presenta como un pilar para potenciar el desempeño académico, al generar un entorno de aprendizaje más dinámico, motivador y adaptado a las necesidades actuales. Estas acciones no actúan de forma aislada, sino que articulan objetivos, contenidos y metodologías para favorecer la construcción de conocimiento y el desarrollo de capacidades. Al diseñar intervenciones pedagógicas, es clave considerar la diversidad del alumnado, sus ritmos y estilos de aprendizaje, buscando una enseñanza inclusiva y

contextualizada. En este marco, la evaluación debe acompañar el proceso, proporcionando retroalimentación oportuna y formativa que guíe la mejora continua.

Según Novoa et al. (2021), la incorporación de recursos innovadores y de vanguardia en el proceso educativo resulta clave para captar la atención de los alumnos y facilitar su participación activa. Estos recursos deben estar alineados con los fines educativos y Contexto curricular, asegurando que la tecnología sirva para enriquecer, no limitar, la experiencia formativa. La selección de herramientas debe responder a preguntas sobre pertinencia, accesibilidad y sostenibilidad, priorizando aquellas que promuevan aprendizaje significativo y colaboración entre pares. La integración cuidadosa de estas estrategias evita distracciones y fortalece la autonomía para aprender.

Los recursos, que pueden incluir tecnologías digitales, plataformas interactivas y materiales multimedia, ofrecen nuevas formas de presentar los contenidos, haciendo que el aprendizaje sea más atractivo y relevante en un contexto donde la tecnología y la innovación son predominantes. Este enfoque implica una migración de prácticas tradicionales hacia experiencias didácticas más participativas, donde el alumno es agente activo de su aprendizaje. No obstante, es necesario mantener un equilibrio entre innovación y claridad pedagógica, garantizando que las herramientas apoyen objetivos pedagógicos y no se conviertan en fines en sí mismas. Ante ello, D7 señala:

Bueno, la gran mayoría. Les gusta mucho las actividades lúdicas. Todas las actividades que Incluye todo el tema de las TIC, sí, videos juegos interactivos. Todo eso les encanta. Y les llama mucho la atención y los motiva. A vincularse con el aprendizaje también, pues hay proyectos creativos. Dentro del grupo y también se pueden motivar con tareas de pronto donde ellos puedan expresarse libre.

Asimismo, la implementación de recursos centrados en lo cognitivo ayuda a crear conexiones entre nuevos conocimientos y experiencias previas, fortaleciendo así la estructura conceptual del alumno. Esto resulta en una mayor autonomía en el aprendizaje y en una actitud más proactiva frente a los desafíos académicos. La combinación de estrategias innovadoras con un enfoque cognitivo favorece un aprendizaje más profundo y significativo, logrando mejores resultados académicos y

fomentando habilidades transferibles que serán útiles en su vida académica y personal.

Es importante destacar que tanto Novoa et al. (2021) como Ritchie y Vizcarra (2019) coinciden en que la innovación pedagógica debe ir acompañada de una planificación adecuada y una formación continua del docente. Solo así se garantiza que estas estrategias sean utilizadas eficazmente para alcanzar los objetivos educativos propuestos. La capacitación docente en nuevas metodologías y tecnologías es esencial para maximizar el potencial de estas herramientas y asegurar una enseñanza centrada en el desarrollo integral del estudiante.

La aplicación combinada de estrategias innovadoras con un enfoque centrado en lo cognitivo representa una vía efectiva para mejorar el desarrollo de la inteligencia emocional y promover un aprendizaje significativo. La incorporación de recursos vanguardistas permite captar el interés del alumnado mientras se fortalecen sus capacidades mentales superiores. Esta sinergia entre innovación pedagógica y énfasis cognitivo prepara mejor a los estudiantes para afrontar los retos del siglo XXI, promoviendo no solo mejores resultados académicos sino también habilidades críticas, creativas e independientes que les serán útiles a lo largo de toda su vida educativa. En un sentido más amplio, Rey (2016) plantea que:

La implementación efectiva de estrategias y recursos pedagógicos en el aula requiere una comprensión profunda por parte del docente sobre cómo conectar estos elementos con la realidad contextual y emocional de sus estudiantes. Al hacerlo, no solo se facilita el aprendizaje académico, sino que también se promueve un desarrollo socioemocional saludable en los niños (p. 78).

La implementación efectiva de estrategias y recursos pedagógicos en el aula exige una comprensión profunda por parte del docente de cómo conectarlos con la realidad contextual y emocional de sus estudiantes. Este conocimiento situacional implica observar patrones culturales, sociales y familiares que influyen en las experiencias de aprendizaje y en la forma en que se expresan las emociones en clase. Cuando el docente identifica estos factores, puede diseñar intervenciones que respondan a necesidades concretas y evitar enfoques genéricos que no resuenan con la comunidad educativa. En este sentido, la relación entre contenido, método y contexto se vuelve decisiva para la calidad educativa. Además, la conexión

contexto-emoción facilita la aceptación de las actividades por parte de los alumnos, aumentando su compromiso.

La observación atenta de las dinámicas del aula permite al docente adaptar contenidos y estrategias para hacerlos pertinentes y significativos. Al comprender las construcciones culturales y las imágenes de aprendizaje que pesan en el grupo, se pueden seleccionar ejemplos, analogías y situaciones problemáticas que conecten con sus experiencias. Esta adecuación contextual no sólo favorece la comprensión cognitiva, sino también la gestión emocional, reduciendo frustraciones y fomentando un clima de confianza. En consecuencia, las actividades se vuelven más cohesionadas y susceptibles de generar participación sostenida y aprendizaje profundo. Por tal motivo, D4 señala:

Pues lo que más les gusta y los entusiasma, es todo lo que tenga que ver con juegos, despierta mucho interés, sentirse protagonistas. Les gustaba experimentar, practicar, manipular materiales, vivencia a nivel de artística o de tecnología. Todo lo que significa el juego, por ejemplo, retos que haya recompensas. También les gusta bastante el pintar, es sacar fotos, videos. Eso es lo que he visto, que es lo que más les gusta.

A la vez, la articulación entre contenido, método y contexto implica un proceso reflexivo de diseño y evaluación. El docente requiere herramientas de observación y retroalimentación que permitan ajustar intervenciones ante evidencias de progreso o dificultades emocionales. La relación entre emociones y desempeño se fortalece cuando las prácticas pedagógicas reconocen y acompañan las emociones de los estudiantes, promoviendo autonomía y resiliencia. En conjunto, estas prácticas situadas promueven una educación más humana, inclusiva y eficaz, capaz de responder a la diversidad y a las necesidades reales de la comunidad educativa.

Cuando las propuestas pedagógicas conectan con vivencias reales, se facilita la construcción de significado y la transferencia de conocimientos a contextos fuera del aula. Las experiencias auténticas permiten a los alumnos relacionar contenidos con su propio mundo, lo que aumenta la relevancia percibida y la motivación intrínseca. En este marco, los recursos deben ser flexibles y adaptables, permitiendo ajustes según las respuestas emocionales y cognitivas de los

estudiantes. La diversidad de estilos de aprendizaje requiere ofrecer múltiples formatos y soportes que atiendan ritmos y necesidades diversas. De este modo, se promueve una educación más inclusiva y equitativa.

La importancia de la evaluación se redimensiona cuando se diseña para apoyar la conexión entre aprendizaje y emoción. Evaluaciones formativas, retroalimentación empática y criterios explícitos de progreso permiten a los estudiantes ver la relación entre esfuerzo, estrategias utilizadas y resultados. Este enfoque reduce la ansiedad por rendimiento y favorece la consolidación de aprendizajes significativos. Además, la evaluación puede incorporar indicadores socioemocionales que acompañen el desarrollo curricular, promoviendo una visión holística del progreso. En consecuencia, la evaluación deja de ser un simple trámite y se convierte en una herramienta de acompañamiento pedagógico. D1 plantea que:

Las actividades lúdicas, el trabajo cooperativo y las propuestas que integran tecnología o retos suelen despertar gran interés. Aquello que les permite expresarse creativamente y sentir que tienen un rol activo genera motivación genuina.

La formación docente debe equipar a los maestros para gestionar la complejidad de contextos variados y emociones diversas. La capacitación en educación emocional, diseño instruccional adaptativo y manejo de comunidades escolares diversas es fundamental. Un profesorado preparado puede crear ambientes de aprendizaje seguros donde se valoren las aportaciones de cada estudiante y se reconozca la diversidad emocional. La colaboración entre docentes, familias y comunidades facilita el diseño de estrategias coherentes y sostenibles. En este marco, la innovación pedagógica se sustenta en prácticas reflexivas y en la capacidad de ajustar los recursos a las realidades cambiantes.

En tal sentido, la implementación efectiva de estrategias y recursos pedagógicos requiere una comprensión profunda del contexto y de la emoción de los estudiantes. Al alinear contenido, métodos y apoyo emocional, se facilita el aprendizaje académico y se promueve un desarrollo socioemocional saludable. Este enfoque demanda capacitación continua, evaluación formativa y colaboración entre la escuela y la comunidad. Cuando la educación se sustenta en esa conexión

integral, se generan entornos de aprendizaje más dinámicos, inclusivos y resilientes, capaces de acompañar a los niños en su educación y en su vida emocional.

En un contexto mundial en evolución, los docentes deben enfrentarse al reto de ajustar sus enfoques a realidades diversas y dinámicas. La incorporación de ideas innovadoras, desde tecnologías, metodologías colaborativas o enfoques pedagógicos centrados en el aprendizaje activo, puede potenciar la motivación, la participación y el desarrollo de competencias. Sin embargo, la innovación debe estar fundamentada en principios pedagógicos sólidos y en la equidad, asegurando que todas las alumnas y todos los alumnos tengan oportunidades de aprender y prosperar, independientemente de su origen o contexto.

Explorar conceptos, métodos y herramientas emergentes permite reconfigurar la experiencia educativa, fomentando mayor relevancia y conexión con los estudiantes. Este proceso implica evaluar críticamente lo que funciona y lo que debe mejorar, para construir enfoques más limpios, coherentes y adaptados a contextos específicos. Esta necesidad constante impulsa la experimentación responsable, la revisión de prácticas y la apertura a enfoques interdisciplinarios que aumenten la relevancia del aprendizaje. La innovación pedagógica no implica abandonar fundamentos; implica ampliar herramientas para enriquecer la experiencia educativa y responder a la diversidad de contextos y ritmos de los estudiantes. Además, fomenta una cultura escolar que valora la curiosidad, la experimentación y la reflexión crítica.

La búsqueda de ideas nuevas debe partir de un marco analítico que observe fallas, brechas y oportunidades en el rendimiento y en la motivación. Al identificar debilidades, el docente puede diseñar pruebas piloto, adaptar recursos y evaluar impactos de manera iterativa. Este enfoque permite aprender con errores y construir prácticas más robustas que conecten con las aspiraciones de los alumnos y las expectativas de la sociedad. La innovación, sustentada en evidencia, facilita la integración de tecnologías, metodologías activas y comunidades de aprendizaje que enriquecen el proceso educativo. En este sentido, la curiosidad profesional se convierte en motor de mejora continua. D6 argumenta que:

Y actividades, por ejemplo, con música. Yo les trabajo muchas actividades con música, manejo de emociones. Por ejemplo, les coloco música suave para que aprendamos a moderar la IRA. Les colocó música alegre infantil para que aprendamos a. Para moderar la alegría, también colocamos. Bailan. Sacan toda su energía y de esa manera van expresando y aprendiendo a conocer sus emociones.

Las estrategias innovadoras pueden incluir aprendizaje basado en proyectos, uso de herramientas digitales, aprendizaje personalizado y colaboración entre pares. Estos elementos promueven autonomía, pensamiento crítico y responsabilidad compartida. Cuando se implementan con claridad, alineación curricular y apoyo institucional, permiten que los estudiantes se enfrenten a problemas reales, desarrollen soluciones y porten sus emociones de forma constructiva durante el proceso. La diversidad de enfoques favorece la inclusión y la atención a diferentes estilos de aprendizaje, fortaleciendo la equidad educativa.

La formación docente juega un papel central en la difusión de innovaciones. La capacitación continua, la observación entre colegas y la retroalimentación enriquecen la capacidad de diseñar, implementar y reevaluar prácticas. Además, la propia cultura escolar debe favorecer la experimentación segura, la reflexión y la toma de riesgos pedagógicos moderados. Las comunidades de práctica, tanto dentro como fuera de la escuela, proporcionan apoyo, recursos y perspectivas diversas que inspiran nuevas ideas y evitan la duplicación de enfoques ineficaces. En este marco, la innovación se convierte en un proceso colectivo.

La búsqueda constante de ideas nuevas en la práctica docente es clave para enfrentar debilidades y adaptarse a un mundo educativo dinámico. La innovación debe estar fundamentada en evidencia, inclusividad y apoyo institucional, integrando tecnología, metodologías activas y atención a las dimensiones emocionales y sociales del aprendizaje. Con una cultura de mejora continua, colaboración entre actores educativos y una evaluación orientada al aprendizaje, las prácticas docentes pueden evolucionar hacia procesos más relevantes, equitativos y resilientes.

Figura 3. Estrategias de enseñanza



Subcategoría: Estado emocional y rendimiento académico

La idea central es que el rendimiento académico, en su esencia, funciona como una medida indicativa de las capacidades que el individuo ha desarrollado a partir de un proceso de instrucción o formación. No debe entenderse como una evaluación absoluta del conocimiento, sino como una estimación razonable de lo aprendido y de la capacidad para aplicar lo aprendido en contextos relevantes. Este enfoque redefine el rendimiento como un instrumento para observar avances y lagunas en la internalización de contenidos, habilidades y actitudes. Así, la puntuación o resultado de una prueba se convierte en una fotografía de un momento del proceso formativo, no en un juicio definitivo sobre la inteligencia o el potencial del estudiante.

Desde esta perspectiva, el rendimiento sirve para valorar el grado de adquisición de competencias en relación con los fines educativos propuestos. Implica comparar los logros observados con los objetivos planteados al inicio del curso o módulo, considerando criterios de calidad, pertinencia y relevancia. En este marco, es crucial que los criterios de evaluación sean claros, transparentes y vinculados a resultados observables que permitan inferir la capacidad para aplicar

saberes en situaciones reales. De este modo, el rendimiento se vincula directamente a la planificación pedagógica y a la mejora de prácticas docentes.

Asimismo, el rendimiento no debe interpretarse aislado del contexto. Factores como el acceso a recursos, las condiciones del aprendizaje y las diferencias individuales influyen en los resultados y deben ser tenidos en cuenta al interpretar las evidencias. Un rendimiento que se presenta como indicio de progreso debe ser contextualizado para evitar generalizaciones que perjudican a estudiantes con trayectorias distintas. En este sentido, la evaluación debe combinar instrumentos formativos y sumativos para obtener una visión más completa. En un sentido más amplio, Pizarro (2017) asume la definición del rendimiento académico como:

las capacidades indicativas que manifiestan, en forma estimativa, lo que una persona ha aprendido como consecuencia de un proceso de instrucción o formación. Definiendo el rendimiento académico como la capacidad que da respuesta a estímulos educativos y que es susceptible de ser interpretado según objetivos o propósitos educativos pre-establecido (p. 58).

La obtención de datos sobre rendimiento facilita la toma de decisiones educativas a nivel institucional y curricular. Permite identificar áreas de mejora, ajustar contenidos, metodologías y apoyos, y diseñar intervenciones específicas para impulsar la adquisición de competencias. Al utilizar el rendimiento como guía, docentes y responsables de políticas pueden orientar esfuerzos hacia prácticas más efectivas y equitativas, favoreciendo oportunidades de aprendizaje para todos. Sin embargo, es esencial reconocer límites de este enfoque. El rendimiento no captura necesariamente aspectos cualitativos de aprendizaje, como la profundidad conceptual, la autonomía, la creatividad o las habilidades socioemocionales.

Por ello, es necesario combinar múltiples indicadores que triangulen la evidencia y proporcionen un retrato más completo del desarrollo integral del estudiante. Esta pluralidad de evidencias fortalece la interpretación y evita sesgos. Lo planteado, entendido como indicador de grado de adquisición de competencias, el rendimiento académico permite valorar el avance hacia objetivos educativos en un contexto específico. Su utilidad radica en su capacidad para guiar mejoras pedagógicas, identificar necesidades y promover una enseñanza centrada en resultados utilizables. Reconocer sus límites y complementarlo con otras

dimensiones del aprendizaje enriquece la comprensión del progreso educativo y la calidad de las prácticas docentes. Ante ello, D4:

Claro que sí, Se nota, el chico llega, por ejemplo, contento, motivado, pues rinde más. En cambio, el niño que llega como triste, como con miedo, se desconcentra, no entiende. Y un ejemplo facilito cuando van a hacer una evaluación o algo. El niño que llegó contento, alegre, tranquilo, va a dar al máximo y se nota, pues ahí se va a apreciar, pero el estudiante que llega. También precisamente es el que le va mal, se bloquea, se le olvidan los conceptos, se le olvida lo que aprendió no entiende entonces sí hay bastante diferencia según su estado emocional.

La idea central es que el rendimiento, entendido como respuesta a estímulos educativos interpretados a partir de objetivos específicos, facilita la estructuración de intervenciones pedagógicas más afinadas. Cuando el docente identifica qué estímulos inducen mayor compromiso y comprensión, puede diseñar experiencias de aprendizaje que activen esas condiciones propicias para el logro de las metas propuestas. Este enfoque convierte la evaluación en un instrumento dinámico, capaz de guiar ajustes pedagógicos en tiempo real y no solo en retrospectiva. Así, la relación entre estímulos, objetivos y resultados se vuelve un eje estratégico para la planificación curricular. En este marco, la evaluación se transforma en un proceso de respuesta y mejora continua, orientado a la eficiencia educativa.

Al distinguir entre estímulos educativos y resultados, se abre la posibilidad de crear intervenciones más efectivas y personalizadas. Los docentes pueden modular aspectos como la motivación, la dificultad, la retroalimentación y el entorno de aprendizaje para potenciar la internalización de conocimientos y habilidades. Este ajuste fino permite adaptar las prácticas a contextos específicos, a ritmos de aprendizaje variados y a estilos cognitivos diversos, maximizando la probabilidad de alcanzar los fines educativos. Así, la intervención pedagógica pasa a ser un diseño iterativo, donde la evidencia de rendimiento alimenta nuevas decisiones. En un sentido más amplio, Ariza y Toncel (2023) plantean que:

el rendimiento académico hace referencia a la labor de constatar resultados muy concretos con respecto a aprendizajes que se proponen en determinados planes de estudio de la educación formal. Tiene relación con lo esperado del estudiante y con el nivel exigible a determinado curso o plan de acción académico (p. 78).

La evaluación deja de ser un mero registro para convertirse en un mapa de navegación para futuras acciones. Al interpretar el rendimiento como respuesta a estímulos dirigidos, se obtiene claridad sobre qué estrategias producen mejores resultados y por qué. Esta claridad facilita la priorización de recursos y la focalización de apoyos donde más se necesitan, evitando esfuerzos dispersos. En consecuencia, la planificación se vuelve más coherente, con metas concretas, medibles y ajustables a las realidades del alumnado y de la institución. La conexión entre evaluación y acción se fortalece.

Otra dimensión relevante es la posibilidad de diseñar intervenciones que respondan a propósitos específicos y pertinentes. Si los estímulos se alinean con las metas educativas, las secuencias de enseñanza pueden estructurarse para optimizar momentos de aprendizaje clave. Los docentes pueden proponer tareas que condicionen la atención, la memoria operativa y la transferencia de saberes a contextos reales. Este alineamiento favorece no solo la adquisición, sino también la aplicabilidad de lo aprendido. En este sentido, la evaluación cumple un rol proactivo. D1 señala que:

Sí, por ejemplo, un estudiante que ha tenido un conflicto previo puede mostrar desmotivación, distracción o incluso resistencia a participar. En cambio, cuando se siente valorado y seguro emocionalmente, su desempeño y actitud mejoran notoriamente.

Asimismo, entender el rendimiento como respuesta a estímulos educativos orientados por objetivos específicos habilita una praxis educativa más eficaz y flexible. Permite estructurar intervenciones pedagógicas que potencien los estímulos relevantes, optimizando recursos y esfuerzos. Así, la evaluación deja de ser un fin para convertirse en un medio que orienta acciones futuras, haciendo que la educación sea más contextual, pertinente y orientada a resultados significativos para el aprendizaje. Ariza y Toncel (2023) destacan que el rendimiento está estrechamente ligado al nivel exigible de un curso o plan de acción académico. Esto implica que cada programa define demandas específicas en conocimientos y habilidades, y que el rendimiento debe reflejar si esos requisitos han sido cumplidos.

De este modo, la evaluación no puede ser genérica sino contextualizada, acomodándose a las particularidades de cada plan de estudio. En este marco, la coherencia entre lo que se propone enseñar y lo que se evalúa resulta fundamental. Cuando los criterios de medición se alinean con las metas pedagógicas, las evidencias de rendimiento permiten inferir con mayor precisión el grado de adquisición de competencias. Por ello, las rúbricas, instrumentos y estándares deben diseñarse a partir de los fines educativos de cada programa, evitando desajustes que comprometan la validez de las evaluaciones. Asimismo, la pertinencia de las mediciones exige considerar variables contextuales y logísticas que configuran el proceso de aprendizaje. Factores como la complejidad de las tareas, la secuencia curricular y el nivel de dificultades progresivas deben ser reflejados en los métodos de evaluación para garantizar que el rendimiento realmente indique el cumplimiento de las metas establecidas. Ante ello, D7 señala:

Para el desarrollo de las actividades en clase. Entonces, dependiendo de cómo él llegue anímicamente, va a ser el desempeño durante toda la jornada escolar. Y pues ahí es donde le toca uno indagar con los padres y fue lo que sucedió, que pasó porque llegó así, supremamente indispuerto, triste o de pronto enojado, sin deseo de hacer absolutamente nada. Entonces le toca a uno entrar, como a mediar con el estudiante, ven que te pasa, hablemos, qué quieres hacer como para animarlo, y también luego enseñarle de que pues que debemos controlar las emociones. Eh. Para que no nos perjudique, porque si no lo hacemos, pues vamos a tener unas consecuencias no muy buenas.

El rendimiento académico se define como la capacidad de verificar resultados específicos vinculados a los aprendizajes establecidos en un plan de estudios formal. Este enfoque cuantifica el progreso mediante evidencias que permiten comparar el logro con estándares previamente definidos. Al centrarse en resultados concretos, se facilita la evaluación objetiva de qué han aprendido los estudiantes y en qué medida han alcanzado los objetivos educativos propuestos. En este marco, el rendimiento no es un estado aislado, sino una medida del cumplimiento de metas académicas determinadas por el currículo.

Los planes de estudio delimitan los aprendizajes esperados, las competencias a desarrollar y las condiciones de evaluación. Estos componentes crean un marco de referencia claro para docentes, estudiantes y familias. Cuando

los resultados educativos se alinean con estos planes, se facilita la trazabilidad del progreso y se pueden identificar rápidamente áreas de fortaleza y de mejora. Asimismo, la claridad de las metas fomenta la transparencia institucional y la responsabilidad educativa, al hacer explícitos los criterios de éxito.

El rendimiento académico se relaciona estrechamente con lo esperado del estudiante en cada curso o etapa educativa. Las rúbricas, indicadores y pruebas estandarizadas permiten situar al alumno en un rango de logro relativo al nivel curricular vigente. Esta relación facilita decisiones pedagógicas, como ajustes en la instrucción, apoyo adicional o intensificación de actividades desafiantes. Sin embargo, debe complementarse con una visión integral que considere contextos, ritmos y estilos de aprendizaje para evitar reduccionismos. En un sentido más amplio, D3:

Sí, definitivamente he notado que el estado emocional de los estudiantes influye directamente en su desempeño académico. Por ejemplo, cuando un niño llega motivado y con una actitud positiva, suele participar más activamente, se concentra mejor y logra resolver las actividades con mayor seguridad. En cambio, cuando llega preocupado, triste o con algún conflicto personal, se le dificulta mantener la atención, se frustra con mayor facilidad y a veces incluso evita participar.

La dimensión emocional y motivacional también incide en el rendimiento. Factores como la autoconfianza, la percepción de competencia y la consistencia en la participación influyen en los resultados observados. Un enfoque exclusivo en números puede ocultar procesos de aprendizaje, estrategias empleadas y avances cualitativos. Por ello, es importante combinar evaluaciones formales con observaciones continuas, portafolios y evidencias contextualizadas que aporten una visión más rica del rendimiento. La calidad del rendimiento depende de la coherencia entre currículo, metodología y evaluación. Cuando el plan de acción académico establece expectativas claras y coherentes con las prácticas de aula, se facilita la consecución de metas.

La alineación entre lo que se enseña, lo que se espera que se aprenda y la manera de medirlo es crucial para evitar brechas e incongruencias que puedan dificultar el progreso del estudiante. El rendimiento académico es la manifestación observada de la consecución de aprendizajes previstos en planes de estudio

formales. Está vinculado a lo esperado del estudiante y al nivel de exigencia de cada curso o programa, pero debe plantearse desde una visión holística que integre evidencias cuantitativas y cualitativas, contexto y desarrollo socioemocional para una comprensión completa del proceso de aprendizaje. en tal sentido Quiroz (2024) señala que:

se reconoce no solo la existencia de las competencias emocionales, sino que se asegura que está científicamente comprobado que el ser humano es emocional y, por ende, se requiere tener en cuenta este aspecto para la formación de los agentes educativos (p. 36).

Se reconoce, ante todo, la existencia de las competencias emocionales como un marco estable dentro de las ciencias del desarrollo humano. Esta visión implica que las emociones no son simples episodios aislados, sino dimensiones estructurales que condicionan la atención, la memoria y el procesamiento de información. Se argumenta que el ser humano es intrínsecamente emocional, y que las emociones modulan la motivación y la regulación de la conducta. En este sentido, la emoción no es un adorno incidental de la experiencia, sino una capacidad central que influye en la toma de decisiones y en la interacción social.

Por ello, las competencias emocionales no deben ser tratadas como un añadido, sino como un componente esencial del perfil formativo. La evidencia científica, recogida en neurociencias afectivas y psicología del desarrollo, señala vínculos entre emociones y aprendizaje sostenidos por múltiples procesos cerebrales. Cuando se comprende este vínculo, se abre la posibilidad de diseñar estrategias educativas que conecten de forma explícita la regulación emocional con la adquisición de competencias cognitivas y sociales. En este marco, las emociones emergen como herramientas que, cuando se canalizan adecuadamente, fortalecen la atención sostenida, la resolución de problemas y la creatividad. Así, la formación de los agentes educativos debe incorporar herramientas para reconocer, regular y valorar las emociones propias y ajenas en el proceso pedagógico.

El rendimiento académico puede entenderse como la capacidad de responder a estímulos educativos, es decir, como la habilidad de generar salidas o evidencias de aprendizaje a partir de las entradas que propone la enseñanza. Esta

visión sitúa al rendimiento en una interacción dinámica entre la oferta educativa y la respuesta del estudiante, donde los estímulos pueden ser contenidos, tareas, actividades, experiencias de aprendizaje o evaluaciones. En esta óptica, no basta con medir una reacción aislada; es crucial observar cómo esas respuestas se articulan con las metas pedagógicas que se han establecido. Así, el rendimiento deja de ser una simple cantidad para convertirse en una indicación de la efectividad de la intervención educativa. D5 plantea:

Claro, hay niños que 1 de 1 ya los conoce 1 ya sabe que ellos en caso tal están tristes, pero es un niño que siempre ha participado haciendo Eh, pasando el tablero, haciendo problemas, haciendo bien las sumas que las restas Y en el momento en que está triste, pues ni siquiera alza la mano para participar en él. En el caso de cuando están alegres, mejor dicho, quieren es no dejar que nadie más Participe, sino solo ellos puedan participar. Claro, eso se ve y se nota.

La interpretación del rendimiento según objetivos o propósitos educativos preestablecidos implica que las respuestas estudiantiles se contextualizan dentro de criterios de logro definidos previamente. Si las metas son claras y específicas las evidencias observadas pueden ser vinculadas de forma directa a esas metas. Este alineamiento entre estímulos, respuestas y fines permite una lectura más precisa del progreso y facilita la toma de decisiones pedagógicas. Sin esa conexión explícita, las interpretaciones pueden carecer de validez o conducir a conclusiones incompletas.

Además, la afirmación de que está científicamente comprobado que el ser humano es emocional tiene impactos prácticos en la formación profesional docente. La ciencia propone que las emociones no son sucesos marginales, sino condicionantes de la acción educativa: influyen en la interpretación de contenidos, en la relación con el alumnado y en la gestión del aula. Este enfoque contrasta con visiones que priorizan solo las habilidades técnicas o la transmisión de contenidos desprovistos de carga afectiva. En consecuencia, se promueve una formación que incluya alfabetización emocional, que capacite a futuros educadores para identificar estados emocionales, entender su origen y responder de manera adecuada. La evidencia recomienda prácticas como la educación socioemocional integrada en el

currículo, la autoobservación y la reflexión crítica sobre las propias emociones en contextos pedagógicos. Por ello, Jauregui (2022) señala que:

El abordaje de la emocionalidad humana no es un tema tratado únicamente por profesionales como los psicólogos, pues se plantea que el pedagogo también puede intervenir mediante propuestas educativas enmarcadas en educación emocional como medida (p. 13).

En este marco, la atención a las competencias emocionales también presenta desafíos curriculares, organizativos y culturales. Los programas formativos deben definir con claridad qué habilidades emocionales se esperan, cómo se enseñan y cómo se evalúan. Esto implica diseñar experiencias pedagógicas deliberadas, como prácticas de aula que integren estrategias de regulación emocional, manejo de conflictos y comunicación afectiva. Los planes deben prever espacios para la reflexión sobre las propias reacciones emocionales ante situaciones de aula, así como pautas para acompañar a estudiantes con distintas trayectorias afectivas. Asimismo, las instituciones deben fomentar una cultura institucional que valore la inteligencia emocional como parte de la competencia profesional y que proporcione recursos para su desarrollo.

Los estímulos educativos actúan como inputs que deben generar outputs alineados con los fines curriculares. En la práctica, esto exige diseñar tareas y experiencias que conecten explícitamente con los resultados esperados. Cuando los estímulos están bien diseñados, las respuestas de los estudiantes pueden servir como indicadores válidos de dominio, comprensión y aplicación de contenidos. Por el contrario, estímulos mal calibrados pueden inducir respuestas superficiales o sesgadas, dificultando la interpretación fiel del rendimiento. En tal sentido D2 señala:

Sí indudablemente los estudiantes que llegan a clase y en su casa de pronto han sido regañados o sancionados ese día se encuentran cabizbajos o quieren trabajar algunos se aíslan de sus compañeros otros pues los torna los ve 1 como distraídos por ejemplo un estudiante lo regañaron fuerte por no levantarse temprano ese día llegó con los ojos llorosos se recostó su escritorio sobre el escritorio no quería hacer nada entonces el estado de emocional de cada 1 de los aprendientes influyen positiva o negativamente de acuerdo a la vivencia que ellos hayan tenido.

La dimensión contextual es central para entender la capacidad de respuesta. Factores como la motivación, el apoyo familiar, las condiciones de aprendizaje y las circunstancias personales modulan la interacción entre estímulo y respuesta. En escenarios diversos, dos estudiantes con estímulos similares pueden mostrar rendimientos distintos por razones que exceden la puramente académica. Reconocer estas variaciones es fundamental para evitar conclusiones reductoras y para diseñar intervenciones más equitativas.

Ante ello, se busca entender que el rendimiento académico como la capacidad de responder a estímulos educativos interpretables a la luz de fines preestablecidos ofrece una visión integrada del proceso de aprendizaje. Este marco enfatiza la necesidad de diseño curricular coherente, instrumentos de evaluación alineados y atención a contextos individuales y sociales. Con ello, el rendimiento se convierte en una herramienta para potenciar la calidad educativa, no solo en medirla. Si quieres, puedo adaptar este análisis a ejemplos prácticos o a un formato específico.

Figura 4. Estado emocional y rendimiento académico



Subcategoría: Desarrollo emocional

El desarrollo emocional se presenta aquí como un fenómeno transformador que trasciende la mera transmisión de contenidos. Al situar las emociones en el centro del proceso educativo, se abre la posibilidad de influir positivamente en la motivación, la atención y la persistencia ante tareas complejas. Este enfoque reconoce que el bienestar afectivo favorece la receptividad y la construcción de significados, creando condiciones propicias para el aprendizaje profundo. Así, las emociones dejan de ser un complemento para convertirse en un motor que impulsa la adquisición de saberes y habilidades. Al integrarse con las dimensiones cognitivas, el desarrollo emocional potencia procesos superiores como el razonamiento crítico, la autorregulación y la metacognición.

Cuando los estudiantes sienten seguridad para expresar ideas, cuestionar supuestos y corregir errores, emergen estrategias para analizar problemas desde múltiples perspectivas. Este binomio emoción-cognición facilita un pensamiento complejo, capaz de integrar información diversa y generar explicaciones más robustas ante situaciones reales. La educación, en este marco, no se limita a la acumulación de información, sino a la formación de habilidades mentales superiores. Se fomenta la capacidad de comprender, interpretar y evaluar saberes con criterio propio, así como la habilidad para plantear hipótesis, diseñar estrategias y validar soluciones. La educación orientada por desarrollo emocional busca cuadros mentales que integren análisis, síntesis y evaluación en contextos complejos y cambiantes. Ahora bien, el desarrollo emocional según Álvarez (2021):

se convierte así en un fenómeno transformador que mejora los procesos cognitivos y potencia el pensamiento complejo en los estudiantes. Al operativizar el aprendizaje significativo, se busca que los estudiantes no solo adquieran conocimientos de manera superficial, sino que sean capaces de relacionarlos con su experiencia previa, aplicarlos en contextos reales y generar nuevos aprendizajes a partir de ellos (p. 32).

La transformación educativa implica entonces una visión holística del aprendizaje. Los procesos afectivos, sociales y cognitivos se retroalimentan, fortaleciendo la autonomía, la empatía y la responsabilidad. Este enfoque propone

experiencias de aprendizaje que favorezcan la exploración, la colaboración y la resolución de problemas desde una postura reflexiva y ética. En este sentido, el aula se convierte en un espacio de descubrimiento compartido donde emergen capacidades para afrontar desafíos contemporáneos. Con respecto a la finalidad educativa, el desarrollo emocional dirige la atención hacia individuos críticos y reflexivos.

La educación no solo transmite saberes, sino que forma ciudadanos capaces de evaluar críticamente la información, tomar decisiones informadas y actuar con conciencia social. La visión holística favorece una comprensión integrada del mundo, promoviendo soluciones que consideren impactos a corto y largo plazo. En definitiva, este enfoque propone una educación que transforma: fortalece emociones y cognición de forma integrada para desarrollar un pensamiento complejo y una visión global. Los estudiantes adquieren herramientas para comprender, analizar y resolver problemas de manera integral, afrontando los desafíos del mundo actual con una postura autónoma y responsable. Así, la educación se orienta hacia la formación de individuos críticos, reflexivos y preparados para contribuir positivamente a la sociedad. En tal sentido, D3 plantea que:

Yo considero que el docente puede apoyar el desarrollo emocional de los estudiantes principalmente creando un ambiente de respeto, confianza y escucha. En el aula es fundamental que los niños sientan que pueden expresar lo que piensan y lo que sienten sin miedo a ser juzgados. También ayuda mucho reconocer sus logros, aunque sean pequeños, porque eso fortalece su autoestima y los motiva a seguir aprendiendo.

El énfasis en el desarrollo emocional amplía el horizonte de la educación al proponer que los estudiantes enfrenten problemas desde múltiples perspectivas. Este enfoque invita a cuestionar enfoques únicos y a considerar variaciones contextuales, culturales y sociales que influyen en la realidad. Al integrar emociones con análisis crítico, se favorece una mirada más rica y matizada de los dilemas que emergen en el aprendizaje y en la vida cotidiana. Así, se despliegan procesos de reflexión que van más allá de respuestas lineales, promoviendo una comprensión ubicada y responsable. La competencia para evaluar variables e interrelaciones se fortalece cuando el aprendizaje se nutre de experiencias afectivas.

Desde la visión de Álvarez (2021) la apertura emocional facilita la tolerancia a la ambigüedad y la disposición a explorar hipótesis diversas, incluso cuando se enfrentan dudas o contratiempos. En este marco, los alumnos desarrollan una mentalidad flexible que les permite adaptar estrategias ante cambios imprevistos y mantener el foco en objetivos de aprendizaje relevantes. Este desarrollo emocional transformador no se limita a lograr calificaciones; permea la manera en que se percibe y se actúa frente a la realidad. Los estudiantes adquieren herramientas para interpretar información con conciencia ética, considerar impactos a corto y largo plazo y valorar la sostenibilidad de sus decisiones. La educación se convierte así en un laboratorio para experimentar responsabilidad, creatividad e innovación social.

El desarrollo emocional en el currículo se concibe como un componente central que atraviesa las prácticas pedagógicas y la planificación educativa. Reconoce que las emociones influyen en la atención, la memoria y la motivación, condiciones determinantes para un aprendizaje significativo y duradero. En este marco, el currículo no se limita a contenidos aislados, sino que integra dimensiones afectivas que permiten un compromiso más profundo por parte del alumnado. Así, las experiencias escolares buscan activar estados emocionales propicios para la exploración, la curiosidad y la autogestión del aprendizaje. Este enfoque supone una revisión de prioridades para situar, en igualdad de condiciones, el desarrollo emocional y cognitivo dentro de los objetivos educativos. Por tal motivo, D1 plantea que:

Escuchando activamente, validando sus emociones, modelando comportamientos adecuados y creando espacios para la expresión emocional. También integrando actividades socioemocionales en la rutina escolar.

El reconocimiento del papel del docente como facilitador del aprendizaje significativo imprime al proceso educativo una lógica de acompañamiento y construcción. El docente no es simple transmisor de contenidos, sino mediador que facilita experiencias que conecten conocimiento, contexto y emociones. Este rol implica escuchar, proteger la seguridad psicológica y promover entornos de confianza donde los estudiantes se atrevan a preguntar, equivocarse y reflexionar. La facilitación exige habilidades socioemocionales, estrategias metacognitivas y una

sensibilidad pedagógica para adaptar la enseñanza a las necesidades diversas del grupo.

Promover una educación relevante implica diseñar tareas y experiencias que conecten los contenidos con las vidas y contextos reales de los estudiantes. Cuando el currículo responde a las inquietudes y problemáticas de su entorno, el aprendizaje adquiere significado y propósito, aumentando la motivación intrínseca y la participación activa. El aprendizaje significativo emerge, así como resultado de la articulación entre saberes y experiencias vividas, favoreciendo la transferencia a nuevas situaciones y la justicia educativa al atender diferencias individuales.

La educación transformadora se manifiesta cuando las prácticas docentes buscan cambiar no solo el rendimiento académico, sino las condiciones de aprendizaje y las oportunidades de desarrollo de cada estudiante. Esto requiere atención a la equidad, la inclusión y la diversidad, de modo que todos los alumnos tengan acceso a experiencias que potencien sus capacidades emocionales y cognitivas. En este sentido, el rendimiento académico pasa a ser una consecuencia de un proceso pedagógico integral y contextualizado. Es por ello que, D5:

Enséñales hay algunos niños que no saben cómo controlar sus emociones, cómo controlar las frustraciones, cómo controlar sus miedos, hay que enseñarles poco. Señales con técnicas, hablarles, darles ejemplos. Técnica del del respirar, del estar tranquilo, de hacer silencio, de incluso hasta la técnica de ir a que se echen agua en la cara, de que eso les ayuda mucho a aprender, a aprender, a controlar sus emociones y hacerse responsable de esas emociones

La relevancia del currículo se fortalece al alinear las estrategias de enseñanza con las necesidades reales de los estudiantes. Esto implica un diseño flexible que permita ajustar contenidos, ritmos y apoyos, sin sacrificar estándares educativos. El foco en necesidades reales promueve una educación más humana, donde las emociones positivas, la seguridad psicológica y la autoestima contribuyen al aprendizaje y al desarrollo de competencias socioemocionales. La evaluación, a su vez, debe contemplar estos aspectos para valorar progresos integrales.

El desarrollo emocional a través del currículo, respaldado por docentes como facilitadores, promueve una educación relevante, transformadora y centrada en las necesidades reales de los estudiantes, descentrando el rendimiento como único

objetivo y favoreciendo un aprendizaje más humano y eficaz. Este enfoque requiere políticas, prácticas y evaluaciones coherentes que integren emociones, cognición y contexto. Si te sirve, puedo adaptar este análisis a un marco teórico específico o a ejemplos prácticos en aula. En un sentido más amplio, Fernández (2021) plantea que:

El desarrollo emocional a través del currículo al reconocer el papel fundamental del docente como facilitador del aprendizaje significativo, promueve una educación relevante, transformadora y centrada en las necesidades reales de los estudiantes frente al rendimiento académico. Aquí se precisa, la enseñanza como un instrumento dinámico, cambiante y complejo que está estrechamente ligado al entorno sociocultural en el que el docente desarrolla su labor (p. 93)

El desarrollo emocional a través del currículo propone una integración deliberada de emociones y contenidos, promoviendo un aprendizaje significativo que va más allá de la memorización. En este marco, el docente funciona como facilitador, guiando experiencias que conectan valores, emociones y saberes. Se busca contextualizar las experiencias de aprendizaje para que resulten relevantes y útiles en la vida de los estudiantes, fortaleciendo la motivación y la agencia personal. Así, el currículo deja de ser conjunto de contenidos aislados para convertirse en una red de actividades con propósito y sentido. La presencia del docente como mediador es crucial para activar procesos emocionales que favorecen la comprensión y la retención. Al diseñar tareas que involucren colaboración, empatía y reflexión, se crean condiciones para un aprendizaje profundo.

El docente facilita caminos de significado, reconoce las emociones en juego y las canaliza hacia la construcción de conocimiento. Este rol va más allá de la transmisión de información; implica estudiar continuamente las necesidades reales del alumnado y adaptar las prácticas pedagógicas. La educación centrada en necesidades reales implica una revisión de metas, métodos y criterios de evaluación. Las prácticas deben alinearse con contextos, intereses y desafíos de los estudiantes, permitiendo que el aprendizaje responda a posibles problemáticas sociales y culturales. En este sentido, la evaluación debe contemplar indicadores de progreso emocional y social, además de los académicos, para evidenciar avances

integrales. Así, la enseñanza se vuelve más pertinente y humanizante. En un sentido más amplio, D6 plantea:

Realizando diferentes estrategias donde los estudiantes pongan a prueba sus emociones. Explicándoles ¿Que por qué? Se sienten diferentes emociones Con la música también se trabaja mucho. Permitiendo que el estudiante, exprese libremente sus emociones y si quiere llorar, pues que llore, uno le ayuda como a Aclarar ese concepto de porque está llorando ese sentimiento que porque estamos tristes. Que por qué. se presentan diferentes situaciones que nos hacen sentir tristes y lo mismo si está feliz que hay que estar. dispuesto a cualquier situación que a veces nos ponemos. Poner tristes a veces felices, a veces enfurecidos, pero que la clave está en saber regular esas emociones.

El enfoque reconoce que la enseñanza no es un acto estático ni unidireccional. Es un proceso dinámico que demanda flexibilidad, ajuste y creación entre docentes y estudiantes. Las situaciones de aula se transforman en laboratorio de experiencias vivenciales, donde la retroalimentación constante permite recalibrar enfoques pedagógicos. Este dinamismo favorece la autonomía, la agencia y el desarrollo de competencias blandas esenciales para la vida. La relación entre currículo y entorno sociocultural es estrecha y mutua. El docente debe situarse en un continuum entre lo institucional y lo comunitario, conectando contenidos con problemáticas reales del entorno.

La competencia cultural, la diversidad y la justicia educativa se integran en las prácticas pedagógicas, promoviendo un aprendizaje inclusivo y crítico. Este vínculo fortalece la pertinencia educativa y la responsabilidad social. En tal sentido, el desarrollo emocional a través del currículo, mediado por docentes facilitadores, promueve una educación transformadora y contextualizada. El aprendizaje significativo emerge cuando se reconocen y gestionan las emociones, las motivaciones y las realidades del alumnado. Al adaptarse a un mundo cambiante, la enseñanza se orienta hacia la construcción de conocimiento con propósito, empatía y responsabilidad cívica. En tal sentido, Triana (2024) plantea que:

para generar un clima emocional positivo en el aula, mejorar la praxis pedagógica, optimizar los aprendizajes y, promover la sana convivencia entre todos los actores de la comunidad educativa. la educación emocional y las competencias emocionales también son de interés investigativo, debido a ser temáticas que transversalizan el currículo y la práctica docente (p. 82).

Otra línea de análisis sostiene que la consideración de las emociones en la formación de docentes implica transformaciones en prácticas y en epistemologías educativas. Se propone un giro desde una educación centrada en contenidos hacia una pedagogía que reconozca la interdependencia entre emoción y aprendizaje. Este giro requiere que los docentes desarrollen una visión integradora que contemple a la persona en su totalidad, no como objeto de enseñanza. Se argumenta que las emociones, al servir de puente entre motivación y proceso cognitivo, pueden activar recursos ya existentes en el alumnado y potenciar su autonomía. En ese sentido, la formación de agentes educativos debe promover la sensibilización ética y social.

El desarrollo emocional se presenta como un fenómeno transformador que repercute en la calidad de los procesos cognitivos. Cuando las emociones se gestionan de forma adecuada, se facilita la atención, la memoria de trabajo y la resolución de problemas, permitiendo un aprendizaje más profundo y sostenido a lo largo del tiempo. Este vínculo entre emoción y cognición implica que las experiencias afectivas positivas pueden ampliar la plasticidad mental y la capacidad para relacionar conceptos nuevos con conocimientos previos. En este sentido, el bienestar emocional del alumnado se convierte en un motor indirecto de la competencia académica. Por otra parte, D4 señala:

Nosotros como docente, pues tenemos un rol bastante importante como guía emocional dentro del proceso de aprendizaje, porque no solo es que EH, transmitir conocimientos es también ser modelo, por ejemplo, en las actitudes, en los valores, en la forma de que nosotros gestionamos las emociones. Pues si nosotros mantenemos calma, manejamos nuestras emociones con equilibrio. Entonces eso lo enseñamos con ese ejemplo más que con palabras. Y también si quedamos en espacios donde los niños puedan como hablar y explicar lo que sienten sin ningún miedo, pues también nos va a fortalecer bastante la confianza y hacer actividades, el círculo de diálogo, trabajar con ellos es bastante.

A su vez, el desarrollo emocional potencia la inteligencia emocional, entendida como la capacidad de reconocer, comprender y gestionar las propias emociones y las ajenas. En contextos educativos, esto se traduce en mejor regulación emocional, empatía, habilidades sociales y toma de perspectiva, que a su vez favorecen la colaboración, la convivencia y el clima de aprendizaje. La

inteligencia emocional no es un añadido superficial, sino una competencia integrada que influye en la motivación, la autoconfianza y la resiliencia ante situaciones desafiantes.

Al operativizar el aprendizaje significativo, se busca que los estudiantes no solo adquieran conocimientos de manera superficial, sino que construyan significados profundos y relevantes. Este enfoque implica conectar los contenidos con experiencias previas, contextos reales y problemáticas auténticas, de modo que el aprendizaje sea relevante y transferible. La operacionalización requiere diseñar tareas que exijan interpretación, análisis, síntesis y evaluación, evitando simples memorizaciones sin comprensión. En tal sentido, Jauregui (2022) señala que el desarrollo emocional:

no solo implica la formulación coherente de planes de estudio, sino que debe contemplar otros aspectos en la formación tanto de los infantes como de los futuros agentes educativos, como las competencias emocionales que redundarán en el mismo sistema educativo colombiano (p. 91).

En el marco educativo colombiano, las competencias emocionales se vuelven piezas estratégicas para sostener un aprendizaje significativo y sostenible. La educación no puede limitarse a contenidos; requiere espacios que favorezcan el reconocimiento y la regulación de emociones, la empatía y la construcción de vínculos seguros. Estos elementos influyen directamente en la motivación, la resiliencia y la capacidad de aprender de forma autónoma y colaborativa. Al considerar a los infantes, se deben integrar prácticas que identifiquen emociones, gestionen frustraciones y fortalezcan la confianza en sí mismos. En los futuros agentes educativos, la formación debe incorporar modelos de inteligencia emocional que orienten la relación pedagógica, la intervención en conflictos y la mediación entre pares.

La mirada integral propone que las competencias emocionales se traduzcan en climas escolares más inclusivos, donde cada actor se sienta visto y valorado. Así, el desarrollo afectivo dejaría de ser un tema periférico para convertirse en un motor de calidad educativa y equidad. La formación inicial de docentes debe incluir estrategias de autoperCUSión emocional, autocuidado y límites saludables,

reduciendo riesgos de desgaste profesional. Este enfoque no sólo beneficia a los docentes, sino que permea la experiencia de aprendizaje de los niños y niñas, que requieren modelos a seguir en la gestión de emociones. De este modo, el fortalecimiento de las competencias emocionales amplía la función educativa hacia una praxis más humana, preventiva y colaborativa, alineada con las metas del sistema educativo colombiano.

La conexión entre desarrollo emocional y aprendizaje significativo se fortalece cuando las emociones sustentan la construcción de sentido. Emociones como la curiosidad, la seguridad psicológica y la motivación intrínseca facilitan la exploración, el cuestionamiento y la persistencia ante dificultades. Un entorno que favorece la confianza y la autoeficacia promueve esfuerzos sostenidos, lo que se refleja en un aprendizaje más profundo y duradero. D7 argumenta que:

Bueno, yo sugiero que hay que escucharlos activamente, hay que validar las emociones, hay que enseñarles a identificarlas, a nombrarlas, a gestionarlas. Y pues creando espacio donde ellos se puedan expresar libremente. Por lo menos ahorita estamos desarrollando dentro. El área de ética. Precisamente un taller emocional muy bonito donde ha fortalecido bastante el tema de la autorregulación emocional.

En la práctica educativa, la atención a las emociones debe ser deliberada y estructurada dentro del diseño curricular. Estrategias como la educación socioemocional, la regulación de conflictos, la enseñanza de estrategias metacognitivas y la retroalimentación afectiva pueden potenciar tanto el desarrollo cognitivo como la inteligencia emocional. La evaluación debe incorporar evidencias emocionales y cognitivas que permitan apreciar el progreso integral del estudiante.

El desarrollo emocional funciona como un motor transformador que mejora procesos cognitivos y fortalece la inteligencia emocional, mientras que la operacionalización del aprendizaje significativo busca una comprensión profunda y transferible. Este tríptico, emociones, cognición y significado, sostiene un aprendizaje más sólido, adaptable y humano, capaz de enfrentar los retos educativos actuales con mayor autonomía y responsabilidad. Si quieres, puedo adaptar el análisis a un marco teórico específico o a ejemplos prácticos en aula.

Figura 5. Desarrollo emocional



Categoría: Desarrollo académico y emocional

El desarrollo académico y emocional se ha consolidado como un enfoque pedagógico de gran relevancia en la actualidad, especialmente en los espacios educativos. Este marco conceptual propone que el aprendizaje no ocurre de manera aislada, sino que se enriquece a través de la interacción social y el trabajo colaborativo entre estudiantes. La inteligencia emocional surge como un componente clave para gestionar emociones, motivaciones y relaciones, creando condiciones para un aprendizaje más profundo y sostenido. De este modo, se busca armonizar los procesos afectivos con los contenidos, favoreciendo una experiencia educativa más humana y eficaz. Así, el aula se define como un espacio de construcción del conocimiento y de desarrollo personal.

La interacción social se revela como motor central del aprendizaje. Cuando los alumnos comparten ideas, discuten enfoques y se apoyan mutuamente, se fortalecen habilidades como la comunicación, la escucha activa y la empatía. Este dinamismo facilita la construcción de significado compartido y fomenta la responsabilidad colectiva. La educación, entonces, trasciende la mera transmisión de conocimientos para convertirse en un proceso de acompañamiento y modelado

de conductas colaborativas. En este sentido, el docente actúa como mediador que favorece condiciones para el aprendizaje significativo.

La inteligencia emocional, por su parte, fomenta habilidades sociales y autonomía. Al cultivar la autorregulación, la conciencia emocional y la empatía, los estudiantes orientan mejor su conducta y su aprendizaje. Esta competencia se vincula estrechamente con el pensamiento crítico, ya que la capacidad de analizar, cuestionar y resolver problemas requiere claridad emocional y control atencional. Así, la inteligencia emocional no es un complemento, sino un fundamento para la formación integral y para el desempeño académico sostenido.

El aprendizaje emocional se ha consolidado como un enfoque pedagógico de relevancia creciente en los espacios educativos contemporáneos. Este enfoque parte de la convicción de que el aprendizaje no ocurre aislado, sino en presencia de interacciones sociales que enriquecen la experiencia educativa. En este marco, las dinámicas entre pares, la colaboración y el clima de aula se convierten en condiciones clave para activar procesos cognitivos y afectivos que favorecen la asimilación de contenidos y la construcción de significado. Así, la emoción y la socialización se entrelazan para crear contextos de aprendizaje más ricos y significativos.

La idea central es que el aprendizaje se potencie mediante la interacción social y el trabajo conjunto entre estudiantes. La cooperación, la negociación de ideas y la construcción del conocimiento permiten a los alumnos enfrentar desafíos, compartir perspectivas y aprender unos de otros. Este dinamismo social facilita la internalización de estrategias metacognitivas, fomenta la regulación emocional en contextos de grupo y promueve una participación más activa y responsable. En conjunto, estas prácticas fortalecen la experiencia educativa y su pertinencia.

La inteligencia emocional se presenta como un conjunto de habilidades que permiten reconocer, comprender y gestionar emociones propias y ajenas. En el ámbito escolar, estas competencias se traducen en mejor empatía, comunicación efectiva, manejo de conflictos y resiliencia ante obstáculos. Este repertorio emocional es crucial para favorecer un clima de confianza, seguridad psicológica y

colaboración, condiciones que sostienen la motivación y la persistencia académica. Así, la inteligencia emocional no es un rasgo accesorio, sino un componente central de la formación integral. Según Roselli (2020) se expone lo siguiente:

El Aprendizaje Emocional es un constructo que identifica un campo de fuerte actualidad. En primer lugar, se analizan las tres fuentes teóricas convergentes: la teoría del conflicto sociocognitivo, la teoría de la intersubjetividad y la teoría de la cognición distribuida. En segundo lugar, se presenta un modelo propio de estrategias que el docente puede implementar para desarrollar la colaboración sociocognitiva. Dicho modelo integra y sistematiza diversas técnicas de animación grupal con fines académicos desarrolladas dentro del campo del Aprendizaje Emocional (p. 17).

La promoción de habilidades sociales y pensamiento crítico emerge como un eje clave del aprendizaje emocional. Las habilidades sociales facilitan la cooperación, la negociación y el aprendizaje en equipo, mientras que el pensamiento crítico permite evaluar argumentos, identificar sesgos y tomar decisiones informadas. Ambos elementos se fortalecen cuando el entorno educativo valora la diversidad de perspectivas y ofrece espacios para la reflexión conjunta, el diálogo respetuoso y la resolución de problemas en equipo.

La autonomía del alumnado se beneficia de un marco emocionalmente inteligente. Al desarrollar autorregulación, motivación intrínseca y confianza en las propias capacidades, los estudiantes asumen un rol activo en su proceso formativo. La autonomía no implica aislamiento, sino una capacidad para gestionar el propio aprendizaje dentro de dinámicas sociales de apoyo y supervisión adecuada. Este equilibrio entre independencia y cooperación potencia un aprendizaje más profundo y sostenible.

El aprendizaje emocional se ha consolidado como un enfoque pedagógico central que reconoce la interacción social y el trabajo conjunto como motores del aprendizaje. La inteligencia emocional, al promover habilidades sociales, pensamiento crítico y autonomía, contribuye a una formación integral que prepara a los estudiantes para afrontar desafíos académicos y sociales. Si deseas, puedo adaptar este análisis a ejemplos prácticos o a un marco teórico específico.

En un mundo cada vez más interconectado, las competencias sociales adquieren una relevancia creciente. En tal sentido, según Roselli (2020) la colaboración efectiva, la comunicación asertiva y la gestión de conflictos son

herramientas esenciales para afrontar desafíos profesionales y sociales del siglo XXI. El aprendizaje en equipo facilita la diversidad de perspectivas y la creatividad, favoreciendo soluciones innovadoras ante problemas complejos. Este enfoque prepara a los estudiantes para participar activamente en comunidades laborales, científicas y cívicas. La implementación de este enfoque en diferentes niveles educativos resulta imprescindible. Desde la educación inicial hasta la universitaria, integrar desarrollo emocional y habilidades sociales en los currículos fortalece la inclusión, la equidad y la pertinencia educativa.

Los criterios de evaluación deben contemplar avances afectivos y sociales, junto con los académicos, para ofrecer una visión integral del progreso del alumnado. Así, se promueve una educación más humana, flexible y contextualizada. Por ello, el desarrollo académico y emocional ofrece una ruta pedagógica poderosa para la formación de individuos críticos, autónomos y socialmente responsables. La interacción y la inteligencia emocional se presentan como pilares que sostienen un aprendizaje significativo y un desempeño adaptativo ante los retos contemporáneos. Al orientar la educación hacia la cooperación, la comunicación y la reflexión, se favorece una participación activa y constructiva en la sociedad.

La visión teórica de Roselli (2020) es desarrollada en este análisis sostiene que el aprendizaje significativo emerge cuando los estudiantes interactúan activamente con otros, confrontan perspectivas diversas y recurren a recursos compartidos para resolver problemas o construir conocimiento. Esta interacción se identifica como motor central del desarrollo cognitivo y social, al permitir la circulación de ideas, dudas y estrategias entre pares. En este proceso, la construcción del saber se vuelve una práctica cotidiana que mejora la comprensión y la retención de contenidos. Así, la dinámica de grupo deja de ser una simple suma de aportes individuales para convertirse en un proceso integrador y reflexivo. La interacción social se presenta, además, como terreno fértil para la metacognición, al favorecer que los alumnos monitoreen su propio pensamiento y aprendan a aprender.

La interacción social no solo facilita la adquisición de contenidos académicos, sino también el desarrollo de habilidades sociales y metacognitivas. Al participar en discusiones, escuchar con empatía, negociar significados y explicar ideas, los estudiantes fortalecen la comunicación, la cooperación y la autorregulación. La metacognición emerge cuando se analizan estrategias empleadas, se evalúan resultados y se planifican próximos pasos, fomentando un aprendizaje más autónomo y consciente. Este enfoque promueve la capacidad de transferir lo aprendido a nuevas situaciones y problemas. En definitiva, se cultiva una competencia integral que trasciende las fronteras del aula.

La integración de estas perspectivas teóricas permite diseñar estrategias pedagógicas más completas y adaptadas a las necesidades actuales del aula. Se privilegia la diversidad de formatos de interacción, desde trabajos cooperativos y debates hasta proyectos basados en problemas y laboratorios de ideas. Estas prácticas aprovechan la variabilidad cognitiva y cultural del grupo para enriquecer las soluciones y ampliar las perspectivas. Además, favorecen la inclusión al valorar las diferencias y promover una participación equitativa. En este marco, el docente actúa como facilitador, organizador y mediador de conflictos.

Estas perspectivas teóricas ofrecen un marco sólido para justificar las prácticas colaborativas como una vía efectiva para potenciar el aprendizaje significativo. La colaboración se entiende como una estrategia de alto impacto que facilita la construcción de significado compartido y la internalización de conceptos complejos. Al trabajo en equipo, los alumnos aprenden a gestionar el tiempo, distribuir roles y negociar enfoques, fortaleciendo su responsabilidad y su sentido de comunidad educativa. La evidencia pedagógica respalda que el aprendizaje cooperativo mejora la retención y la aplicación de saberes en contextos reales.

Por ello, según Roselli (2020) menciona que estas teorías convergen en la idea de que el aprendizaje efectivo brota de la interacción, la confrontación de perspectivas y el uso de recursos compartidos para resolver problemas o construir conocimientos. La interacción social posibilita tanto la adquisición de contenidos como el desarrollo de habilidades metacognitivas y sociales, que resultan cruciales

en un mundo complejo. La integración de estas visiones ofrece una base robusta para diseñar prácticas docentes que favorezcan el aprendizaje significativo y la participación activa. Los entornos educativos pueden volverse así más dinámicos, inclusivos y pertinentes.

Subcategoría: Emociones y aprendizajes

El aprendizaje emocional no es un proceso espontáneo, sino que requiere ser enseñado y aprendido, por lo que implica una dimensión pedagógica fundamental. En este marco, el docente asume un rol central como facilitador y guía en la adquisición de habilidades emocionales, transformando el aula en una comunidad de enseñanza-aprendizaje activa y participativa. Se propone que la regulación emocional, la empatía y la gestión de conflictos se desarrollen mediante prácticas deliberadas, retroalimentación y modelado conductual. Así, la educación emocional pasa a integrarse de forma explícita en las experiencias pedagógicas, no como un complemento, sino como un eje central del currículum.

La responsabilidad del profesor consiste en asumir e implementar estrategias específicas que permitan a los estudiantes aprender a colaborar eficazmente, promoviendo un ambiente donde la interacción social sea productiva y enriquecedora para todos. Esto implica diseñar tareas que requieran cooperación, negociación de roles y responsabilidad compartida, así como establecer normas de convivencia que favorezcan la escucha activa y el apoyo mutuo. El docente actúa como mediador, que interviene para reencauzar dinámicas escénicas cuando se presentan tensiones y se sitúa como modelo de conductas prosociales. En un sentido más amplio, D1 plantea que:

Porque es en la primaria donde se forman las bases del carácter, la autorregulación y las habilidades sociales. Una adecuada inteligencia emocional favorece la concentración, la resiliencia y la convivencia, impactando directamente en el rendimiento académico.

la inteligencia emocional no es innata ni pasiva, sino que requiere aprendizaje deliberado. Esto implica que las habilidades emocionales, como la autorregulación, la empatía y la gestión de conflictos, deben ser trabajadas explícitamente en el

currículo y en las prácticas diarias del aula. El aprendizaje de la inteligencia emocional se sustenta en experiencias guiadas, de retroalimentación oportuna y oportunidades para la reflexión sobre las propias emociones y las de otros. Al convertir estas competencias en objetivos educativos, se facilita su incorporación progresiva en diferentes contextos de aprendizaje.

El docente ocupa un papel central como responsable de facilitar que los alumnos aprendan a colaborar eficazmente entre sí. Esto conlleva diseñar entornos de aprendizaje que promuevan la confianza, la seguridad psicológica y la aceptación de la diversidad de opiniones. La colaboración no solo mejora el rendimiento académico, sino que también fortalece la competencia emocional al enfrentar situaciones de negociación, escucha activa y resolución de conflictos. En este marco, la tarea del docente es modelar conductas colaborativas y acompañar procesos de interacción positiva.

La transformación de la clase en una comunidad de enseñanza-aprendizaje requiere una arquitectura didáctica que combine contenidos, procesos y relaciones. El profesor debe estructurar dinámicas que favorezcan la cooperación, la responsabilidad compartida y la retroalimentación entre pares. Este enfoque facilita que los estudiantes practiquen habilidades emocionales en contextos reales de cooperación, lo que fortalece la transferencia de aprendizajes a nuevas situaciones. La construcción de comunidad educativa se apoya en normas claras, roles equitativos y una comunicación abierta. En tal sentido, Roselli (2016) plantea que:

la inteligencia emocional requiere aprendizaje; esto es, puede y debe ser enseñada. El docente es el responsable de que los alumnos aprendan a colaborar eficazmente entre ellos, transformando la clase en una comunidad de enseñanza-aprendizaje. Para ello dispone de un variado dispositivo de estrategias que puede implementar en diferentes instancias, en función de distintos tipos de tarea (p. 19).

Este enfoque reconoce que las habilidades sociales y cognitivas necesarias para trabajar en equipo no nacen de forma natural, sino que deben ser desarrolladas mediante prácticas intencionadas. Por ello, se introducen experiencias de aprendizaje colaborativo, rutinas de reflexión conjunta y evaluaciones que contemplen tanto el rendimiento como la calidad de las interacciones. Las campañas de retroalimentación estructurada permiten identificar progresos y áreas

de mejora, fortaleciendo la autoconciencia emocional y la capacidad de desaprender hábitos destructivos.

La planificación educativa debe incorporar momentos específicos para la construcción de ambientes psicológicamente seguros, donde los estudiantes se sientan valorados y libres de juicio para expresar ideas y dudas. En ese marco, el docente ofrece andamiajes para la regulación de la ansiedad, la tolerancia a la frustración y la resiliencia ante conflictos. La convivencia pedagógica se convierte así en una experiencia cotidiana de aprendizaje compartido, que dinamiza la participación y la cohesión grupal. D5 señala que:

La inteligencia emocional, como lo dije anteriormente, es tener la responsabilidad. De uno como. Persona y los niños como persona de. Estar empáticos frente a alguna situación y tener la responsabilidad de que si ellos se son irrespetuosos. ¿Que ellos sienten rabia? Ellos tienen emocionalmente, ellos tienen. Debe tener la capacidad que emocionalmente tienen que tranquilizarse. Entonces ellos tienen que poner su granito de arena porque la clase puede estar muy amena. Puede estar muy bonita, pero si ellos no quieren. Que su emoción baje, que su nivel, ¿EH? De comprensión esté activo, entonces la clase, pues esa no se le va a hacer agradable y no va a aprender nada y se perdió todo el tiempo.

Roselli (2016) propone que el aprendizaje emocional sociocognitivo debe ser progresivo, partiendo de un plan claro que guíe a los estudiantes desde lo simple hacia lo complejo. En las etapas iniciales se introducen conceptos básicos y habilidades elementales, como la autorregulación emocional, la escucha activa y la expresión adecuada de ideas. Este primer nivel sirve de cimiento sobre el que se construye la capacidad de interactuar de forma positiva y de gestionar las propias respuestas ante situaciones sociales en el aula. La idea central es establecer expectativas claras y rutinas que faciliten la seguridad psicológica necesaria para aprender.

A medida que avanza el proceso, se incorporan tareas que requieren mayor coordinación entre pares y responsabilidad compartida. En estas fases intermedias, los alumnos trabajan en proyectos pequeños, coordinan roles y negocian estrategias para alcanzar objetivos comunes. Este salto no solo fortalece las habilidades sociales, sino que también estimula procesos cognitivos como la planificación, la

toma de decisiones y la resolución de conflictos. La progresión gradual evita la saturación y permite una consolidación estable de las capacidades adquiridas.

La gradualidad descrita por Roselli (2016) favorece una internalización duradera de las competencias. Al pasar de ejercicios guiados a experiencias con menos estructura, los estudiantes deben aplicar lo aprendido en contextos variados, lo que fortalece la transferencia de conocimientos. Este enfoque mixto, que alterna apoyo explícito y autonomía progresiva, facilita que las estrategias emocionales y cognitivas se integren de manera natural en el repertorio conductual del alumno. Así, las rutinas metacognitivas se vuelven herramientas confiables para el aprendizaje continuo. Por tal motivo, D3 plantea que:

es fundamental porque en esta etapa los niños no solo adquieren conocimientos académicos, sino que también están formando las bases de su personalidad, autoestima, relaciones interpersonales y formas de enfrentar los retos de la vida.

Además, la propuesta destaca la importancia de adaptar las estrategias a distintos tipos de tarea, lo que aumenta la versatilidad de su aplicación. Evaluaciones formativas, retroalimentación oportuna y ajustes contextuales permiten al docente calibrar la dificultad y el soporte necesarios para cada actividad. Al flexibilizar las intervenciones, se favorece la inclusividad y se atienden diferentes estilos de aprendizaje, ritmos y antecedentes culturales. Esta adaptabilidad es clave para lograr resultados sostenibles en el marco de representar una visión mucho más amplia de lo que conocemos como competencias emocionales para la formación en los tiempos actuales. Ante ello, Quiamzade, Mugny y Butera (2023) señalan que:

el enfoque del aprendizaje emocional se inscribe dentro de una epistemología socioconstructivista o, de una “psicología social del conocimiento”. El conocimiento es definido como un proceso de negociación o construcción conjunta de significados, y esto vale para todo el proceso de enseñanza-aprendizaje.

El enfoque del aprendizaje emocional se inscribe en una epistemología socioconstructivista, tal como lo plantea Bruffee (1993), que subraya la centralidad de la interacción social en la construcción del conocimiento. Esta postura sitúa al aprendizaje como un proceso colaborativo, donde el significado emerge en la conversación y la acción conjunta de los participantes. No se trata de acumular información, sino de transformar fundamentos esenciales mediante el diálogo, la

negociación y la reflexión compartida. En este marco, la interacción entre estudiantes y docentes adquiere un papel constitutivo en la formación de conceptos y habilidades. Así, la clase se concibe como una comunidad de aprendizaje activa y dinámica.

Desde esta perspectiva, el conocimiento no se recibe de forma pasiva, sino que se construye mediante la participación y la mediación social. Los alumnos aportan experiencias, dudas y perspectivas diversas, y, a través del intercambio, reformulan ideas hasta alcanzar comprensiones que otros reconocen como compartidas. El docente actúa como facilitador, moderador y provocador de debates que estimulan la revisión de supuestos y la búsqueda de significados más robustos. Este proceso demanda habilidades de escucha, argumentación y empatía para sostener el intercambio constructivo. De este modo, la enseñanza se sitúa en el plano de la co-creación del saber.

Por otro lado, Quiamzade, Mugny y Butera (2013) señalan que la interacción social se convierte en un eje central para favorecer un aprendizaje profundo y significativo. Al exponer ideas ante pares, confrontar puntos de vista opuestos y evaluar evidencias, los estudiantes refinan su comprensión y fortalecen la metacognición. Las discusiones deliberadas permiten detectar sesgos, clarificar conceptos y construir interpretaciones que resisten el escrutinio de la clase. La diversidad de voces enriquece el proceso, posibilitando que las interpretaciones individuales se expandan hacia marcos más amplios y complejos. En este contexto, la evaluación también debe contemplar la calidad del aprendizaje social. En tal sentido, D6 plantea:

Es muy importante. Muy importante e influye en que el estudiante, aprende a regular sus emociones en el colegio ellos tienen diferentes situaciones constantemente. Y es ahí donde ellos ponen a prueba ese manejo de emociones, que, si se enfureció, fue a respirar profundo y calmarse y no reaccione agresivamente con sus compañeros entonces. Ahí es donde veo la importancia de que sepan regular y manejar sus emociones.

Este marco socio constructivista enfatiza que la cooperación y el intercambio son motores del aprendizaje emocional. La gestión de emociones surge en la interacción cuando se negocian normas, se negocian roles y se resuelven conflictos

de manera colaborativa. La dinámica de grupo facilita la internalización de estrategias de regulación, empatía y soporte entre pares, al tiempo que se fortalecen habilidades comunicativas y de resolución de problemas. En tal sentido, el aprendizaje emocional se alimenta de las prácticas de interacción que ocurren dentro de la comunidad educativa.

La idea de Bruffee (1993) implica además que la legitimidad del saber se negocia colectivamente y se sostiene mediante pruebas y argumentos compartidos. Los participantes aprenden a evaluar evidencias, a justificar posiciones y a aceptar críticamente las ideas ajenas. Este proceso fomenta una cultura de diálogo y aprendizaje continuo, donde la curiosidad se nutre de la diversidad de perspectivas. Las prácticas docentes deben propiciar espacios para deliberaciones estructuradas, debates guiados y tareas colaborativas que exijan construcción de conocimiento. Así, el aprendizaje emocional se integra en un marco de saber socialmente validado.

Ante ello, la epistemología socio constructivista de Bruffee (1993) ofrece una base sólida para comprender el aprendizaje emocional como un fenómeno intrínsecamente social. El conocimiento emerge de la interacción, la negociación y la colaboración entre aprendices y docentes, en un círculo de construcción compartida. Este enfoque favorece la profundización del aprendizaje, la autorregulación emocional y la capacidad de trabajar con diversidad de ideas. Al convertir la clase en una comunidad de aprendizaje, se potencian prácticas que facilitan un desarrollo cognitivo y afectivo integrado.

Para lograrlo, el docente dispone de un variado dispositivo de estrategias que puede implementar en diferentes instancias y según distintos tipos de tarea. Entre estas estrategias destacan las actividades de interacción guiada, los trabajos en equipo con roles rotatorios, las prácticas de metacognición social y las dinámicas de regulación emocional en grupo. Cada estrategia puede adaptarse al nivel, al objetivo de la tarea y al clima emocional del aula, permitiendo una personalización que optimiza el aprendizaje emocional. Ante ello, D2 señala:

Indudablemente la edad escolar de primaria pues es una edad básica y muy importante donde el estudiante se forma entonces es importante porque

indudablemente los aprendientes están preparando para la vida y el manejo de emociones pues les permite una mejor y sana convivencia asimismo la inteligencia emocional pues los ayuda a enfrentar cualquier situación que se les pueda presentar o sea es comprender que en la vida se pierde y se gana y que se pueden tropezar muchas veces pero cada tropiezo les puede servir para avanzar en su aprendizaje entonces cuando se desarrolla la inteligencia emocional el estudiante está con una actitud favorable sin importar los aciertos o desaciertos que pueda tener.

La implementación exige una planificación cuidadosa y una evaluación que contemple tanto competencias cognitivas como emocionales. Es necesario identificar indicadores de progreso en habilidades de colaboración, empatía, manejo de conflictos y autorregulación. La evaluación formativa, con retroalimentación específica, facilita la mejora continua y la consolidación de hábitos colaborativos. Asimismo, la observación del comportamiento social y emocional se integra con las evidencias de aprendizaje académico.

La inteligencia emocional requiere aprendizaje explícito, y el docente es el motor clave para que la clase se convierta en una comunidad de enseñanza-aprendizaje donde la colaboración sea eficaz. A través de un conjunto variado de estrategias adaptables a diferentes tareas, es posible desarrollar tanto las habilidades emocionales como las cognitivas, promoviendo un aprendizaje integral y sostenible. Si quieres, puedo adaptar este análisis a un marco teórico concreto o a ejemplos prácticos en aula.

Figura 6. Emociones y aprendizajes

Emociones y aprendizajes			
La enseñanza de competencias emocionales	Aprender a identificar y regular emociones	Aula como comunidad de aprendizaje	Impactos en el aprendizaje integral
Rol del docente como facilitador socioemocional.	Construir espacios de diálogo y reflexión.	Fomentar actividades colaborativas.	Mejora la atención y concentración.
Regular emociones y resolver conflictos.	Ejercitar la respiración y la calma.	Establecer normas y acuerdos de convivencia.	Refuerza la resiliencia y el autocontrol.
Promover empatía, escucha y asertividad.	Fortalecer el diálogo y el pensamiento crítico.	Facilitar la regulación emocional en grupo.	Fortalece el trabajo en equipo.
			Aumenta el rendimiento académico.

Subcategoría: Regulación emocional

La educación se presenta como un proceso fundamental que prepara a las personas para la vida, articulando conocimientos, valores y habilidades necesarias para desenvolverse en la cotidianidad. En este marco, las emociones encuentran un terreno propicio para su desarrollo, al vincularse con la gestión de procesos cognitivos y con estrategias que facilitan la adquisición de saberes. El manejo de emociones no es un fin en sí mismo, sino un medio para lograr una educación más profunda, que permita afrontar retos, tomar decisiones e interactuar de forma responsable. Este enfoque subraya la complementariedad entre lo afectivo y lo cognitivo, integrando experiencias que fortalecen la resiliencia y la motivación intrínseca. Así, la educación se concibe como un puente entre el desarrollo personal y la ciudadanía.

Según Alonso (2016) la idea central es que las emociones, cuando se gestionan adecuadamente, potencian procesos de aprendizaje más eficaces. El control de impulsos, la atención sostenida, la empatía y la regulación emocional facilitan la atención, la memoria y la resolución de problemas. En consecuencia, las prácticas pedagógicas deben diseñarse para favorecer ambientes que favorezcan la

seguridad psicológica y la confianza entre estudiantes y docentes. Al mismo tiempo, estas prácticas permiten la internalización de estrategias metacognitivas que conducen a un aprendizaje más autónomo. En este sentido, la regulación emocional se convierte en un componente clave del proceso educativo. Ante ello, D2 señala que:

La influencia que los docentes tenemos es en un alto porcentaje diría yo, el docente puede ayudar a uno como docente puede ayudar a sus estudiantes a obtener un alto nivel tanto del aprendizaje como de sus emociones o hacer todo lo contrario si no sabe mantener una buena relación con los estudiantes con sus educandos es muy importante el niño siempre la aprobación de nosotros los docentes en las actividades y acciones que realiza por eso somos un factor de motivación o desmotivación para ellos.

En el contexto del siglo XXI, caracterizado por rápidos cambios y una creciente demanda de conocimiento, se destaca la necesidad de desarrollar prácticas curriculares que integren saber académico y aprendizaje emocional. La educación debe responder a un entorno dinámico donde la información se actualiza constantemente y las competencias para adaptarse son decisivas. Por ello, la regulación emocional emerge como una habilidad transversal que facilita la gestión de la incertidumbre, la cooperación y la toma de decisiones informadas. Esta integración fortalece la capacidad de aprender a aprender a lo largo de la vida.

Por ello, la educación moderna debe promover un diseño curricular que no sacrifique la profundidad conceptual por la fluidez de contenidos. Al contrario, debe buscar un balance entre conceptos fundamentales y prácticas que favorezcan la regulación emocional y el desarrollo de competencias socioemocionales. Las metas de aprendizaje se amplían hacia la formación integral, que prepare a los individuos para colaborar, innovar y actuar con ética. En este marco, los docentes juegan un papel crucial como mediadores que facilitan experiencias de aprendizaje emocional y cognitivo coordinadas. Ante ello, Quiroz (2024) señala que:

El rol del agente educativo no solo debe estar enfocado en la educación emocional de las niñas y los niños, sino que es su deber, preocuparse por su formación emocional, puesto que, si cuenta con un desarrollo emocional adecuado, estará en la capacidad de diseñar e implementar propuestas educativas enmarcadas (p. 86)

La discusión sobre competencias emocionales debe distinguir entre reconocimiento, comprensión y regulación emocional, así como entre emociones propias y ajenas. En el contexto colombiano, estas capacidades pueden estar mediados por políticas que promuevan la salud emocional como un componente transversal de la educación. La educación emocional no debe verse como un suplemento, sino como un eje que articula currículo, convivencia y desarrollo personal. Es crucial diseñar rutas formativas que incorporen prácticas de atención plena, pensamiento reflexivo y resolución de conflictos desde edades tempranas. Los infantes requieren entornos que favorezcan la seguridad afectiva, el juego colaborativo y la comunicación asertiva, pilares para la construcción de identidades positivas.

Por otro lado, los futuros docentes deben aprender a observar señales emocionales, adaptar estrategias pedagógicas y comprender diversidad emocional sin estigmatizar. La formación continua, con supervisión y comunidades de práctica, fortalece la capacidad de sostener ambientes educativos estables. Así, las competencias emocionales emergen como una base para reducir desigualdades y promover una cultura escolar cohesionada. Este marco exige evaluación formativa que valore el crecimiento emocional tanto como el rendimiento académico. De este modo, las competencias emocionales son herramientas para un sistema educativo más humano, inclusivo y eficiente.

La implementación de estas visiones requiere estrategias didácticas que faciliten la regulación tanto individual como grupal. Entre ellas se encuentran rutinas de atención plena, técnicas de respiración, reflexión guiada, análisis de casos y trabajos colaborativos que promuevan la empatía y la comunicación efectiva. Estas prácticas deben alinearse con evaluaciones que valoren el progreso emocional y cognitivo, no solo los resultados académicos. La retroalimentación continua y el acompañamiento docente son esenciales para consolidar hábitos de aprendizaje sostenibles. La educación contemporánea debe considerar la regulación emocional como un pilar para enfrentar la vida diaria y los retos de un mundo cambiante. Por otra parte, D4 señala:

Pues el vínculo afectivo entre maestro y estudiante. Sí, yo bastante, porque cuando hay confianza, respeto y empatía, el niño que siente como valorado, comprendido y se siente más motivado para el aprender y comprometerse a todas sus actividades escolares también puedes disminuir, como el miedo y el miedo, sobre todo, por ejemplo, al error. Entonces, en su autoestima está más elevada, entonces él va a tener autoconfianza y eso impacta, pues te da positivamente en su rendimiento.

La integración entre saberes académicos y habilidades emocionales fortalece la capacidad de los individuos para aprender, colaborar y prosperar. Si te sirve, puedo adaptar este análisis a un marco teórico concreto o proponer ejemplos prácticos en aula que ilustren estas ideas. Al desarrollar la inteligencia emocional, se activan operaciones cerebrales que favorecen la formación emocional para la vida. Estas operaciones implican redes neurales vinculadas a la atención, la planificación y la regulación de impulsos, así como a la percepción e interpretación de señales sociales. De este modo, la educación emocional no es meramente afectiva, sino una base que sustenta la capacidad de gestionar información, tomar decisiones y mantener relaciones coherentes con los objetivos personales y educativos.

La socialización efectiva emergente desde una perspectiva práctica se beneficia de estas habilidades emocionales. La competencia para escuchar, negociar, empatizar y resolver conflictos facilita interacciones más fluidas y productivas en contextos escolares, laborales y familiares. En la práctica, ello se traduce en ambientes de aprendizaje más seguros, en colaboraciones más eficaces y en una participación cívica y solidaria más robusta. Por tal motivo Bisquerra (2005) plantea la regulación emocional como:

Un proceso educativo, continuo y permanente, que pretende potenciar el desarrollo de las competencias emocionales como elemento esencial del desarrollo integral de la persona, con objeto de capacitarla para la vida. Todo ello tiene como finalidad, aumentar el bienestar personal y social. (p. 96)

El desarrollo emocional de infantes debe integrarse con el diseño de experiencias que combinen juego, lenguaje y expresión corporal como vías de aprendizaje. La manifestación emocional puede ser interpretada como una guía para adaptar rutinas, tiempos y apoyos específicos, evitando frustraciones innecesarias. En Colombia, la implementación de estas prácticas requiere capacitación docente y recursos adecuados para escuelas con distintas realidades

geográficas y sociales. La formación de futuros agentes educativos debe incorporar simulaciones de situaciones reales y ética de la vinculación emocional en la práctica profesional. La empatía, la escucha activa y la negociación de conflictos se vuelven competencias centrales para orientar procesos de enseñanza-aprendizaje más democráticos.

Es fundamental que las políticas educativas acompañen estos cambios con indicadores claros de progreso emocional y social. El desarrollo de una inteligencia emocional robusta facilita la construcción de comunidades escolares donde la diversidad es reconocida y fortalecida. De este modo, la educación emocional se alinea con la misión de una educación pública de calidad, pertinente y equitativa. Enfoques interdisciplinarios, cooperación entre familia y escuela, y recursos de apoyo psicológico se presentan como componentes esenciales.

El resultado esperado es un sistema educativo colombiano capaz de formar ciudadanos capaces de gestionar emociones y contribuir a una convivencia pacífica. Por ello, la formación práctica de las emociones implica la interrelación de habilidades emocionales. Esta interrelación posibilita que la persona aprenda ideas nuevas, plantee cuestionamientos y reflexione de manera crítica sobre ellos. En otras palabras, las emociones funcionan como catalizadores que sostienen procesos de pensamiento complejo, análisis y creatividad ante problemáticas reales. Ante ello, D7:

Bueno, ahí el vínculo afectivo entre el docente y el estudiante es clave Porque si el estudiante siente confianza con uno no le va a dar temor Pues hablar, a que uno lo escuche y sabe que uno lo va a valorar, que lo va a respetar. Que en ningún momento lo va a juzgar, sino que simplemente le va ayudar a buscar una solución y así va a tener una disposición para luego terminar la actividad y confiar en sí mismo.

Este enfoque facilita que la persona gestione información de forma efectiva y emita juicios fundamentados. La regulación emocional ayuda a mantener la atención, evitar sesgos y monitorizar la validez de las evidencias ante diferentes contextos. Así, las habilidades afectivas se integran con las cognitivas para apoyar una evaluación crítica y razonada de la información disponible. La inteligencia emocional contribuye a un desempeño más robusto en ámbitos personales, sociales y académicos al activar redes cerebrales y prácticas de razonamiento integradoras.

La formación práctica de las emociones, al combinar habilidades afectivas y cognitivas, facilita aprender ideas nuevas, cuestionarlas y reflexionar sobre ellas. Si quieres, puedo ampliar con ejemplos prácticos o proponer un marco teórico específico.

El desarrollo de la inteligencia emocional y la formación práctica de las emociones se presentan como procesos clave para el crecimiento integral de las personas. Estas competencias permiten no solo reconocer y nombrar estados afectivos, sino también regularlos para responder de forma adecuada ante demandas externas e internas. En este marco, la educación emocional ofrece herramientas que favorecen la autoconciencia, la autorregulación y la motivación intrínseca, pilares sobre los que se apoya una vida más equilibrada. La práctica constante de estas habilidades facilita una adaptación más fluida a contextos complejos y cambiantes. Por ello, su aprendizaje debe ser intencional, sostenido y contextualizado dentro de la experiencia cotidiana.

Al aprender a manejar sus emociones, las personas desarrollan una mayor capacidad de atención y discernimiento ante situaciones desafiantes. La regulación emocional permite disminuir impulsividades y aumentar la claridad para tomar decisiones informadas. Este proceso implica reconocer qué emociones están en juego, entender su origen y evaluar su impacto en el comportamiento. Así, se reduce la reactividad y se favorece la deliberación responsable, especialmente en contextos académicos donde las tensiones pueden afectar el rendimiento. La inteligencia emocional actúa como un puente entre el decir y el hacer, entre sentir y actuar con propósito. Por tal motivo, D5 plantea:

Total, total, si no tenemos esa conexión con los estudiantes, esa empatía con los estudiantes, definitivamente el niño no va a tener el interés de aprender y uno como docente, pues se frustra porque entonces sus estudiantes que aprendieron en su hora, en su materia; entonces es importantísimo tener la empatía, ser uno empático con sus estudiantes.

La reflexión sobre los pensamientos acompaña a la gestión de emociones al aportar una perspectiva crítica sobre las propias creencias y sesgos. Cuestionar supuestos y considerar alternativas que facilitan la toma de decisiones fundamentadas y éticas. Este componente cognitivo-emocional desarrolla la

metacognición: saber qué pensar, cuándo y por qué. En el ámbito académico, estas competencias fortalecen la planificación, la resolución de problemas y la capacidad de evaluar riesgos y beneficios de distintas acciones. En conjunto, la reflexión y la regulación crean un ciclo virtuoso de aprendizaje y crecimiento.

La toma de decisiones informadas emerge como resultado de la integración de emociones bien reguladas y razonamientos claros. Decidir con evidencia, considerar consecuencias a corto y largo plazo, y ponderar impactos en otros son prácticas centrales para el éxito personal y profesional. La educación en inteligencia emocional debe enfatizar estrategias de análisis, deliberación y responsabilidad. Con estas habilidades, las decisiones dejan de ser impulsivas y se convierten en elecciones deliberadas alineadas con metas y valores.

La interacción positiva con el entorno se ve fortalecida cuando las personas gestionan adecuadamente sus emociones y comunican de forma asertiva. La empatía y la escucha activa facilitan relaciones saludables, colaborativas y satisfactorias. En escenarios escolares y laborales, estas competencias permiten resolver conflictos de manera constructiva y promover ambientes de apoyo mutuo. Las habilidades sociales, rematadas por una gestión emocional sólida, amplían las posibilidades de aprendizaje y desempeño compartido. En tal sentido, Bisquerra y Pérez (2007) describen la regulación emocional como “el conjunto de conocimientos, capacidades, habilidades y actitudes necesarias para comprender, expresar y regular de forma apropiada los fenómenos emocionales” (p. 68).

Es por ello, que la formación emocional debe superar el enfoque tradicional y centrarse en habilidades para la vida. Estas destrezas son esenciales para el progreso personal y social, permitiendo a los estudiantes adaptarse a contextos cambiantes y tomar decisiones responsables. En consecuencia, la escuela debe ofrecer un entorno que combine transmisión de conocimientos con desarrollo de competencias emocionales y sociales. Esto implica diseñar experiencias de aprendizaje que promuevan la comunicación asertiva, la cooperación y la resiliencia ante retos académicos y personales. La evaluación, a su vez, debe contemplar indicadores de desarrollo socioemocional y no reducirse a pruebas puramente

cognitivas. De este modo, se reconoce la educación emocional como una pieza clave para una educación de calidad.

Por ello, alcanzar metas personales y académicas con éxito depende de la sinergia entre inteligencia emocional y acción informada. La disciplina emocional, la claridad cognitiva y la capacidad de persuasión respetuosa ayudan a mantener el foco, superar obstáculos y sostener la motivación a lo largo del tiempo. Este enfoque integral no solo mejora resultados individuales, sino que también enriquece las dinámicas de grupo y la calidad de las experiencias educativas. Por tanto, invertir en desarrollo emocional es invertir en un aprendizaje más profundo y sostenible. De este modo, D3 plantea que:

El vínculo afectivo entre maestro y estudiante influye de manera decisiva en el aprendizaje, ya que genera un clima de confianza, seguridad y motivación dentro del aula. Cuando el estudiante percibe al docente como una figura cercana, respetuosa y comprensiva, se fortalece la disposición para aprender, disminuye la ansiedad frente a los retos académicos y aumenta el interés por participar activamente en clase.

El desarrollo de la formación emocional en la educación básica primaria se posiciona como un elemento clave para enfrentar las complejidades actuales del contexto educativo. En este marco, se reconoce que las emociones influyen directamente en la atención, la memoria y la motivación para aprender, impactando tanto el rendimiento académico como el bienestar del alumnado. Por ello, la gestión de prácticas educativas innovadoras y creativas se vuelve una necesidad prioritaria para fortalecer procesos psicológicos y sociales. La regulación emocional, la autonomía emocional y la inteligencia interpersonal emergen como competencias centrales que deben cultivarse desde la primera etapa educativa. De esta forma, se favorece un ambiente escolar más equilibrado y proclive al aprendizaje significativo. La innovación pedagógica, entonces, no solo debe buscar contenidos, sino también estrategias para trabajar emociones de manera explícita y contextualizada. La creatividad en el diseño curricular permite incorporar espacios de expresión, reflexión y convivencia que fortalecen la emoción y la razón. En este sentido, las prácticas deben ser intencionadas, evaluables y adaptables a las diferencias

individuales. Así, se promueve un desarrollo integral que acompaña al alumnado en su crecimiento.

La promoción de habilidades emocionales requiere una visión holística de la escuela como organización educativa. Los docentes cumplen un rol multifacético: facilitadores, mediadores, observadores y acompañantes del desarrollo socioemocional. Es fundamental que las prácticas educativas se orienten hacia entornos de aprendizaje que integren la regulación emocional en las rutinas diarias, las rutinas de aula y las actividades curriculares. La autonomía emocional se fortalece mediante la toma de decisiones en proyectos, la responsabilidad personal y la autoevaluación. La inteligencia interpersonal se nutre del trabajo colaborativo, de la resolución de conflictos y de la empatía en las interacciones entre pares. La alineación entre objetivos curriculares y prácticas socioemocionales garantiza coherencia y propósito en la experiencia educativa. Este enfoque exige formación continua y acompañamiento institucional.

Por ello, al integrar la formación emocional en la educación básica primaria implica transformar prácticas docentes, culturales y organizacionales. Es necesario crear entornos de aprendizaje que vayan más allá de lo académico, promoviendo la regulación emocional, la autonomía y la inteligencia interpersonal como fundamentos del progreso. Las propuestas deben situarse dentro de un marco que valore la vida y el bienestar, sin perder de vista la calidad educativa y los logros académicos. Al adoptar estas orientaciones, la escuela se fortalece como agente de desarrollo integral, capaz de preparar a los estudiantes para afrontar con mayor solidez los desafíos del siglo XXI.

Figura 7. Regulación emocional



Subcategoría: Estado emocional y socialización

El contexto escolar se plantea aquí como uno de los primeros espacios de socialización humana, donde se forma la convivencia y la acción colectiva. En él converge el entramado social, político y económico que define las posibilidades de construir sujetos capaces de actuar en común. La noción de política se entiende como el ejercicio del poder para tomar decisiones que afectan a la sociedad, tal como propone Arendt (1997). Así, la escuela no solo transmite saberes, sino que facilita prácticas de deliberación, cooperación y participación cívica. En este marco, las dinámicas de aula deben promover la autonomía y el reconocimiento de la diversidad de perspectivas. El aprendizaje se entrelaza con la vida pública, dando lugar a procedimientos democráticos y a la responsabilidad compartida.

Las instituciones educativas, por tanto, se convierten en escenarios de poder, negociación y construcción de lo común. Este enfoque exige una mirada crítica hacia las estructuras que inciden en la experiencia educativa. El poder no se ejerce de manera aislada; se negocia en interacciones entre docentes, estudiantes y comunidades. Las comunidades se describen como espacios que amalgaman relaciones y experiencias de intimidad personal, profundidad emocional y

compromiso moral. Se destacan la cohesión social y la continuidad en el tiempo, aspectos que fortalecen la identidad y las prácticas colectivas. Una comunidad es, a la vez, sentimiento e idea, tradición y obligación, pertenencia y voluntad. Estas dimensiones se expresan en la vida escolar cuando se comparten normas, rituales y proyectos comunes que dan cohesión al grupo. Bisquerra (2005) plantea que:

Implica conocer las propias emociones y las emociones de los demás. Esto se consigue a través de la autoobservación y de la observación del comportamiento de las personas que lo rodean. Esto supone la comprensión de la diferencia entre pensamientos, acciones y emociones, la comprensión de las causas y consecuencias de las emociones (p. 95).

El enfoque emocional no debe ser conceptualizado como una moda, sino como un componente estructural de la formación de sujetos y de educadores. En el desarrollo de políticas, es necesario incluir criterios explícitos de evaluación emocional que acompañen los criterios de logro académico. Los infantes, desde etapas tempranas, muestran señales afectivas que deben ser interpretadas con sensibilidad y acompañadas con intervenciones oportunas. La formación de docentes debe priorizar el desarrollo de hábitos de reflexión sobre la propia emoción y su impacto pedagógico. La competencia emocional facilita la adaptación del sistema educativo al desarrollo de los procesos de socialización como fuente de interacción entre los estudiantes.

Es por ello, que la comunidad puede manifestarse en distintas esferas: localidad, religión, nación, raza, ocupación o en causas colectivas. En cada caso, la pertenencia genera un sentido de propósito y responsabilidad compartida. La escuela, al operar como comunidad, crea contextos de confianza que facilitan la cooperación y el aprendizaje mutuo. Este marco invita a considerar cómo las identidades sociales influyen en la participación y en las oportunidades educativas. La cohesión, sin embargo, debe equilibrarse con la apertura a la diversidad, para evitar la exclusión y fortalecer la inclusión. García (1997) define la Organización Escolar como “el estudio científico de las instituciones educativas y de la adecuada y ordenada gestión de los elementos que la integran para favorecer los aprendizajes y propiciar la educación”. En un sentido más amplio, D1 plantea que:

las relaciones positivas fortalecen la pertenencia al grupo y la autoestima. Sin embargo, cuando hay burlas, exclusión o conflictos, el impacto emocional puede ser negativo y afectar tanto el comportamiento como el rendimiento.

La pertenencia a una comunidad educativa implica explorar la relación entre lo personal y lo público. Los lazos emocionales y las redes de apoyo influyen en la motivación, la resiliencia y la capacidad de enfrentar desafíos. A su vez, las creencias y valores compartidos pueden orientar las prácticas pedagógicas hacia fines comunes de justicia, equidad y bienestar. En este sentido, la acción política se sitúa no solo en la estructura institucional, sino también en las decisiones cotidianas que afectan el clima escolar: cómo se abordan conflictos, qué saberes se valoran y qué voces quedan fuera de la conversación. La ciudadanía se aprende en el día a día de la convivencia educativa, en la capacidad de escuchar, debatir y acordar soluciones. La dinámica de la comunidad educativa debe favorecer la participación de todos los actores, especialmente de aquellos que suelen estar en posiciones de vulnerabilidad. Este proceso implica reconocer la complejidad de las identidades y las solidaridades que emergen en la vida escolar.

La diversidad de expresiones comunitarias se convierte en fuente de riqueza para la educación. Las identidades colectivas aportan marcos de referencia para entender el mundo y las responsabilidades que conlleva vivir en sociedad. Sin embargo, también plantean retos para la equidad y la inclusión, al requerir políticas y prácticas que aseguren oportunidades para todas las personas. En la escuela, esto se traduce en diseñar experiencias que valoren las diferencias y promuevan el diálogo intercultural. La educación debe facilitar el reconocimiento de diversas formas de pertenencia y la construcción de puentes entre ellas. Así, el aprendizaje puede convertirse en un ejercicio de ciudadanía activo, capaz de transformar las estructuras sociales. Las comunidades, en su complejidad, nos instan a pensar la educación como una práctica ética y política al mismo tiempo. En definitiva, la vida escolar es un laboratorio de convivencia y un espacio de creación de lo público.

Ante ello, D4 señala que:

Pues ahí tienen bastante impacto, porque en el aula, pues los niños no solamente tienen el aprendizaje académico, sino también es el entorno social, donde viven y se generan vínculos el uno con el otro, le sirve para sentirse bien y para mejorar su

autoestima. Y hay influencias tanto positivas como negativas. Por ejemplo, es positivo, cuando el chico tiene amistad y se siente aceptado, pues su parte de inseguridad emocional va a ser fortalecida. Si él tiene una preocupación y la comparte con el compañero, pues únicamente que se va a reducir como el estrés. Digamos. Así que ellos se entienden como tal y trabajar en equipo y cuando celebran entonces un logro, se entusiasman más por aprender. Eso sería la parte positiva.

La reflexión sobre estos conceptos invita a revisar cómo se organizan las prácticas pedagógicas para fortalecer la capacidad de agentes singulares y colectivos. Si la escuela funciona como comunidad, debe fomentar la participación responsable, la deliberación razonada y el compromiso con el bien común. La educación, entendida como proceso sociopolítico, requiere atender las condiciones culturales, las tradiciones y las aspiraciones de los individuos que la conforman. Bajo esta perspectiva, la enseñanza no es solo transmisión de contenidos, sino también cultivo de la ciudadanía y del sentido de pertenencia. Las políticas educativas deben promover entornos de aprendizaje que faciliten la cooperación, la creación de significado y la construcción de identidades democráticas (Aragón, 2013).

La socialización se define como el arte de vivir con los demás en un contexto educativo, lo que implica una serie de interacciones y relaciones que van más allá del simple hecho de compartir un espacio físico. Este concepto resalta la importancia de reconocer al otro como una extensión de uno mismo, tal como sugiere Martín (2005). En este sentido, la socialización no solo se trata de coexistir, sino de construir un ambiente donde la comprensión, el respeto y la consideración sean pilares fundamentales. La calidad de estas interacciones influye directamente en el clima escolar y en el desarrollo integral de los estudiantes, quienes aprenden a relacionarse con sus pares y a gestionar conflictos de manera constructiva. En tal sentido, Quiroz (2024) plantea que:

El lenguaje como medio de expresión emocional, de reconocimiento de sentimientos y emociones de los demás, así como la conciencia del propio estado emocional. Haciendo referencia a las agentes educativas de primera infancia como protagonistas de la educación (p. 79).

A través de palabras, gestos y tonos, el niño organiza su experiencia emocional y la sitúa en un marco de significado. En esta etapa, el lenguaje no es

solo información; es una vía para nombrar lo que se siente y para recibir respuestas que validen esa experiencia. Las expresiones expresivas iniciales son intuiciones que el lenguaje va organizando, permitiendo futuras elaboraciones de la emoción. Por ello, la interacción con las educadoras de primera infancia se vuelve crucial: ellas modelan la variedad de modos de decir y de escuchar. La palabra, junto con el silencio y la escucha atenta, crea un clima de seguridad que facilita la descarga emocional. Cuando una educadora nombra una emoción con precisión, se abre un puente entre el mundo interno del niño y el reconocimiento externo.

Es crucial entender que la socialización escolar no es únicamente responsabilidad de los estudiantes; involucra a todos los actores del proceso educativo. Según García (2022) los docentes desempeñan un papel vital en la creación de un ambiente propicio para la socialización, ya que son modelos a seguir y mediadores en las relaciones entre alumnos. Además, otros actores como las familias y el personal administrativo también contribuyen a esta dinámica. La colaboración entre todos estos elementos es esencial para fomentar un entorno educativo saludable y enriquecedor. Así, la socialización se convierte en un esfuerzo colectivo que requiere la participación activa y comprometida de cada uno. D3 plantea:

Las relaciones entre compañeros tienen un impacto directo en el estado emocional de los estudiantes, ya que el aula es un espacio social donde las interacciones influyen en la motivación, la seguridad y la disposición para aprender. Cuando las relaciones son positivas, basadas en el respeto, la cooperación y la empatía, los estudiantes suelen sentirse valorados, tranquilos y con mayor confianza para participar en las actividades escolares. Esto se traduce en emociones agradables como alegría, entusiasmo y motivación.

Otro aspecto importante a considerar es cómo las experiencias fuera del aula impactan en la socialización. Las interacciones sociales que los estudiantes tienen en sus hogares y comunidades influyen en su comportamiento y actitudes dentro del entorno educativo. Por lo tanto, es fundamental que las instituciones educativas reconozcan esta realidad y busquen establecer vínculos con las familias y la comunidad para crear una continuidad entre lo aprendido en casa y lo enseñado en la escuela. Esta conexión puede ayudar a mitigar posibles contradicciones entre los valores promovidos en el aula y aquellos presentes en el hogar o en la sociedad.

Según García (2022), promover una idea de socialización armoniosa implica no solo abordar los conflictos cuando surgen, sino también trabajar proactivamente para prevenirlos mediante estrategias educativas que fomenten habilidades socioemocionales. Esto incluye enseñar a los estudiantes sobre empatía, comunicación efectiva y resolución pacífica de conflictos. Al hacerlo, se les proporciona herramientas valiosas para interactuar con sus compañeros de manera positiva y constructiva. En última instancia, una buena socialización no solo beneficia a los estudiantes individualmente, sino que también contribuye al bienestar general del entorno educativo, creando una comunidad más cohesiva y solidaria. Por tal motivo, D6 plantea que:

Obviamente sí, entre ellas sí, porque son niños y los niños siempre están constantemente dando como queja de qué me pegó que me empujó que me toco que me tiro el lápiz, entonces ahí es donde vienen los roces, pero lo bonito es que los niños. Se molestan con el compañero porque les tiró el lápiz, pero al mismo tiempo están ya al momento ya están contentos y están jugando ósea ellos. Regular sus emociones muy rápido, pueden estar furiosos ahorita, pero en 2 minutos ya están felices, ellos nivelan esas emociones muy rápido. Y las dificultades que se presentan se solucionan en el momento.

El planteamiento crítico sobre la escuela como simple estructura formal cuestiona la visión que reduce la educación a normas, reglamentos y jerarquías. Cuando se insiste en verla solo desde lo organizativo, se corre el riesgo de perder de vista las necesidades reales de las personas que la componen. Las decisiones, para ser significativas, deben emerger desde una comprensión de las dinámicas humanas que acontecen en el aula, en los pasillos y en la vida comunitaria. Posada (2000) advierte que la construcción de gobierno escolar y comunidad educativa sobrepasa las expectativas de directores y docentes, a menudo quedando atrapada en procedimientos legales. Esta lectura invita a pensar la escuela como un organismo vivo, capaz de adaptar sus reglas a circunstancias concretas. No se trata de abolir la normativa, sino de situarla en un soporte que permita la flexibilidad ética y pedagógica. La clave está en que las estructuras no sustituyan a las personas, sino que las acompañen en su misión educativa.

Una comunidad educativa que se sostiene en vínculos afectivos y solidaridad tiende a superar la mera repetición de procesos. La finalidad ya no es solo cumplir

con un protocolo sino alcanzar un bienestar compartido que facilite el aprendizaje y la convivencia. En este marco, la palabra y el poder dejan de estar exclusivamente en manos de la dirección y se distribuyen en redes de colaboración entre vecinos, padres y alumnos. La participación amplia convierte las decisiones en un proceso democrático y legitimado por la experiencia cotidiana. Así, la comunidad se fortalece cuando las prácticas buscan la cohesión sin perder la diversidad de voces. Este enfoque relacional exige espacios de encuentro, escucha activa y una cultura de confianza mutua que sostenga la acción colectiva.

Es relevante entender que la vida educativa implica fenómenos sociales que trascienden lo puramente académico. Las dinámicas de barrio, las expectativas culturales y las condiciones económicas influyen en la acción educativa diaria. Por ello, la gestión escolar debe encaminarse a crear una esfera pública interna y externa donde se articulen saberes, intereses y recursos. La comunidad educativa se enriquece cuando vecinos, familias y estudiantes aportan desde sus experiencias, compartiendo responsabilidades y soluciones. Este panorama exige un cambio de paradigma: pasar de ver a la escuela como un conjunto de reglas a reconocerla como un campo de relaciones humanas y políticas. En este sentido, las decisiones deben ser debatidas, discutidas y acordadas con una visión de largo plazo para el bien común.

La idea de que la práctica educativa va más allá de lo académico invita a revisar qué significa enseñar y aprender en contextos reales. La educación se convierte en un laboratorio social en el que se negocian identidades, expectativas y proyectos de vida. La participación de las familias y de la comunidad en general no es un adorno, sino un componente estructural de la calidad educativa. Cuando los docentes actúan como mediadores y facilitadores de procesos participativos, se promueven prácticas inclusivas y democráticas que fortalecen la responsabilidad compartida. Este enfoque necesita herramientas narrativas, espacios de deliberación y mecanismos de rendición de cuentas que garanticen la legitimidad de las decisiones. La ciudadanía educativa se forja en la interacción diaria entre aula, barrio y municipio (Palacios, 2015). Por tal motivo, D5 plantea que:

Pues yo pienso que los estudiantes entre ellos se comprenden muy fácil, si hay de pronto ese respeto entre ellos; cuando un niño de pronto llega afligido, llega triste entre ellos dicen, venga, no molestemos a fulanito de tal porque está bajito de Ana. Ah, por el contrario, llegó contento. Ay, sí, con este sí podemos jugar que tal ellos entre ellos se conocen y se respetan, esa emoción que llegan sintiendo al aula escolar.

La articulación entre normas y prácticas debe buscar un equilibrio entre seguridad institucional y libertad pedagógica. Las reglas sirven para proteger derechos y garantizar estándares, pero no deben impedir la creatividad ni la respuesta a necesidades emergentes. Una comunidad que aprende conjunta y críticamente puede adaptar sus políticas a contextos cambiantes, manteniendo siempre presente el bien común. En este sentido, la escuela se entiende como un espacio político y social, donde actuar colectivamente es parte inseparable del proceso educativo. La participación de padres, alumnos y vecinos transforma la experiencia escolar en un fenómeno de incidencia social y local. Así, la escuela deja de ser un simple implemento administrativo para convertirse en un agente de cambio comunitario.

Por tal motivo, comprender la comunidad educativa como una red de vínculos afectivos, solidaridad y acción colectiva permite trascender la visión puramente normativa. No se niegan las normas, sino que se enmarca su aplicación en una ética de apertura, inclusión y responsabilidad compartida. La práctica educativa adquiere relevancia cuando confronta y dialoga con las realidades sociales que la rodean, integrando saberes y recursos de la comunidad. Debe haber espacios de participación real que permitan involucrar a vecinos, padres y alumnos en la construcción de soluciones conjuntas. Este enfoque pone en relieve que la vida educativa va mucho más allá de lo académico y se manifiesta como un fenómeno social complejo que requiere imaginación, empatía y compromiso histórico. En tal sentido, Fernández (2019) señala que:

La regulación de las emociones, probablemente sea el elemento esencial de la educación emocional. Conviene no confundir la regulación (y otros términos afines: control, manejo de las emociones) con la represión. En el marco de explicar como se desarrolla la idea de estado emocional (p. 115).

El niño aprende que su voz puede ser percibida y comprendida por otros, y que las emociones de sus pares tienen una forma verbal o gestual de manifestarse. Las agentes educativas de primera infancia supervisan estos procesos de lectura emocional, interviniendo para señalar pistas afectivas y no solo contenido cognitivo. Ellas modelan habilidades de empatía al describir con suavidad lo que otro niño puede estar sintiendo, reduciendo la ansiedad y favoreciendo la cooperación. El reconocimiento de emociones ajenas fortalece la capacidad de tomar perspectiva y de regular las propias reacciones ante situaciones sociales. En su labor cotidiana, las educadoras crean situaciones de juego dramático, narraciones compartidas y rutinas que permiten practicar la identificación de estados emocionales.

La naturaleza contractual de la interacción social entre dos o más individuos socialmente familiares se conoce como interacción recíproca. Las relaciones sociales se basan en la idea de que el comportamiento humano está influido por numerosos factores y dirigido hacia los demás. Los individuos no sólo viven juntos, sino que continuamente se hallan en interacción, respondiendo unos y otros y conformando sus acciones en relación con la conducta de los demás. Por eso el entorno social se hace cada vez más determinante la forma como los seres humanos interactúan entre sí en los diferentes contextos. Es por ello que, D2 señale:

también es muy relevante la aceptación que ellos tengan de sus compañeros las relaciones entre compañeros afecta positivamente cuando son aceptados y valorados entonces se sienten felices contentos y se sienten importantes y afecta negativamente y cuando se sienten rechazados entonces hay una emoción de tristeza desánimo y en este caso algunos estudiantes luchan por ser aceptado mientras que otros prefieren aislarse depende de la personalidad de cada.

De allí para tener en cuenta, la parte de interacción de una relación social se forma cuando los individuos y los grupos tienen expectativas compartidas sobre el comportamiento de los demás. El socialismo es la base de todas las conexiones sociales. Es por esto que la sociedad se distingue de otros tipos de sociedades humanas. El concepto de sociedad abarca un grupo donde los individuos pueden tener experiencias compartidas más amplias, en lugar de estar restringidos a organizaciones particulares.

Para Guillen, Sáenz, Badii y Castillo (2009), El compromiso cívico está relacionado con el desarrollo humano. No se logra entender la unidad, el humanismo, la tolerancia, la complementariedad y demás prácticas que representan valores fundamentales para los individuos como teniendo como fin primordial alcanzar un nivel de vida adecuado para los demás. El compromiso cívico es un esfuerzo cívico por una mejor calidad de vida, la respuesta a promesas incumplidas y el despertar de una sociedad dormida.

Lo planteado por Guillen, Sáenz, Badii y Castillo (2009) sobre la socialización como un componente esencial del desarrollo humano resalta la interconexión entre los valores fundamentales y el bienestar colectivo. La socialización no se limita a la mera coexistencia en un espacio educativo; implica cultivar principios como la unidad, el humanismo y la tolerancia, que son esenciales para construir relaciones interpersonales saludables. Estos valores permiten a los individuos reconocer su interdependencia y trabajar juntos hacia un objetivo común: mejorar la calidad de vida de todos. En este sentido, la socialización se convierte en un microcosmos donde se pueden practicar y reforzar estos principios, preparando a los estudiantes para ser ciudadanos responsables y comprometidos.

El compromiso cívico mencionado por los autores es fundamental para transformar la socialización en una herramienta efectiva para el cambio social. Este compromiso implica que tanto estudiantes como docentes asuman un papel activo en la construcción de una comunidad más justa y equitativa. Al fomentar una cultura de participación y responsabilidad, se promueve un sentido de pertenencia que va más allá del aula. Los estudiantes aprenden que sus acciones tienen un impacto directo en su entorno, lo que les motiva a involucrarse en iniciativas que busquen mejorar su comunidad. Este enfoque no solo beneficia a los individuos, sino que también contribuye al fortalecimiento del tejido social.

Figura 8. Estado emocional y socialización



Subcategoría: Manejo emocional

La interpretación de los resultados en investigación educativa debe ir más allá de cuantificar cifras y describir tendencias; es crucial señalar la desvinculación entre los retos y las necesidades reales de la formación emocional. Cuando se analizan los hallazgos, surge con claridad que el manejo emocional no solo es un objetivo didáctico, sino una competencia transversal que condiciona el aprendizaje. Esta lectura invita a cuestionar si las intervenciones propuestas abordan de verdad las situaciones vivas de las aulas y las emociones que emergen en ellas. En muchos contextos, la brecha entre lo que se afirma que se debe hacer y lo que realmente se practica se agranda por la falta de estrategias coherentes. El resultado es un mapa de desalineamientos que exige replantear desde la base las propuestas formativas. Un foco central es entender que la formación emocional no es accesorio, sino motor de inclusión y participación.

Cuando los docentes no están debidamente preparados para integrar la educación emocional en su labor, recurren a prácticas ya conocidas por su facilidad. Estas estrategias, lejos de estimular el desarrollo emocional, tienden a reproducir modelos tradicionales centrados en la transmisión de contenidos. La consecuencia es un entorno que deja de lado la regulación emocional, la empatía y la

cooperación, elementos necesarios para un aprendizaje significativo. La formación insuficiente se manifiesta en la adopción de enfoques que priorizan la disciplina y la memorización sobre la reflexión y el manejo de emociones propias y ajenas. Este panorama demanda una revisión profunda de las trayectorias formativas, con énfasis en habilidades prácticas y contextualizadas. En un sentido más amplio, D6:

En mi experiencia como docente de cuarto grado, he notado que los estudiantes manejan sus emociones de manera distinta según su estilo de aprendizaje. Por ejemplo, los niños con un estilo más visual suelen frustrarse cuando no entienden una explicación oral, pero se tranquilizan y muestran más seguridad cuando cuentan con apoyos gráficos, esquemas o dibujos. Los que tienen un estilo auditivo, en cambio, tienden a expresarse más fácilmente con palabras, pero pueden sentirse inseguros o dispersos cuando el trabajo depende de leer o interpretar imágenes sin explicación.

El problema se agrava cuando se privilegia un modelo de enseñanza centrado en el estudiante como mero receptor de información. En este esquema, la participación queda reducida a respuestas superficiales y a la recepción pasiva de contenidos. El diálogo abierto y la deliberación, que son esenciales para el desarrollo de habilidades sociales y emocionales, quedan relegados a un segundo plano o desaparecen por completo. En consecuencia, los alumnos pueden sentirse limitados en su capacidad para expresar opiniones, reconocer emociones propias y ajenas, y resolver conflictos de forma colaborativa. Esta carencia de interacción social y reflexión limita el aprendizaje profundo, la creatividad y la resiliencia necesaria para afrontar retos emocionales y educativos.

La repetición pasiva de ideas sin procesos de reflexión constituye otra consecuencia de prácticas poco innovadoras. Sin espacios de cuestionamiento, los estudiantes pueden percibir la educación como una transferencia de datos en lugar de una experiencia transformadora. La falta de oportunidades para construir significado conjuntamente debilita la motivación intrínseca y reduce el compromiso con el aprendizaje. Así, la comprensión de conceptos se desvanece ante la ausencia de conexiones emocionales y sociales que faciliten la internalización. En este marco, es necesario diseñar experiencias que conecten contenidos con situaciones reales, promoviendo la exploración, el debate y la construcción de conocimiento. Ante ello Fernández (2019) señala que:

Las experiencias emocionales son permanentes en las relaciones interpersonales. El trabajo de un agente educativo se basa principalmente en las mismas: por un lado, con los niños y las niñas; por el otro, con los compañeros, con los padres de familia (p. 116).

Las experiencias emocionales, en cualquier interacción humana, se alojan en la memoria de forma persistente y dan forma a la forma en que respondemos ante futuras situaciones. En las relaciones interpersonales, estas vivencias no son episodios aislados, sino hilos que se entrelazan y configuran patrones de confianza, temor y empatía. Cuando un niño o una niña experimenta una emoción, esa experiencia puede convertirse en un referente para su forma de relacionarse con otros, con profesores y con sus pares. Del mismo modo, las emociones que emergen en el entorno educativo influyen en la dinámica del grupo y en la disposición para construir saberes. Así, las emociones funcionan como semilla y cultivo de las acciones cotidianas.

En este marco, el trabajo de un agente educativo se fundamenta en la gestión de la dimensión afectiva, que es tan relevante como la pedagógica. Por un lado, la relación con los niños y las niñas exige una atención sensible a sus estados emocionales, a sus ritmos de aprendizaje y a sus necesidades de seguridad y reconocimiento. La tarea no es solo transmitir contenidos, sino facilitar experiencias que fortalezcan la autoestima, la curiosidad y la resiliencia. La atención a las emociones infantiles no solo favorece el aprendizaje, sino que también previene conflictos y fomenta un clima de aula más colaborativo y participativo. El cuidado afectivo se convierte, así, en una estrategia pedagógica central.

Para avanzar, es imprescindible implementar formaciones continuas que fortalezcan la competencia emocional de los docentes. Esto implica fortalecer la alfabetización emocional, la gestión de climas escolares y las prácticas de evaluación que contemplen indicadores emocionales y sociales. Los docentes deben contar con recursos pedagógicos que favorezcan la participación activa, la toma de perspectivas distintas y la resolución colaborativa de problemas. La evaluación, por su parte, debe reconocer los avances en competencias emocionales y no limitarse a pruebas de logro cognitivo. Con estas condiciones, es posible cerrar

la brecha entre las necesidades emocionales de los estudiantes y las prácticas pedagógicas vigentes. Por tal motivo, D3 señala:

He notado que el manejo emocional de los estudiantes varía bastante según su estilo de aprendizaje. Por ejemplo, los niños con un estilo visual suelen frustrarse cuando la explicación es muy verbal y no encuentran un apoyo gráfico que les ayude a comprender; sin embargo, cuando cuentan con imágenes, esquemas o videos, muestran mayor seguridad y entusiasmo. Los estudiantes con un estilo auditivo, en cambio, tienden a sentirse más tranquilos cuando pueden escuchar explicaciones claras o participar en diálogos; si no tienen esta oportunidad, manifiestan ansiedad o desconexión.

Ahora bien, autores como Baquero y Ruíz (2005) subrayan que la interpretación de resultados debe iluminar la necesidad de transformar la formación emocional docente para evitar la desvinculación entre retos y prácticas. Es crucial abandonar esquemas que reducen la educación a la transmisión de información y adoptar enfoques que fomenten la participación, la reflexión y la empatía. Solo así se podrá promover un aprendizaje significativo, motivador y socialmente relevante. La escuela, entonces, debe convertirse en un espacio donde emociones y conocimiento se dialogan, se negocian y se integran para acompañar a los estudiantes en su desarrollo integral.

La desvinculación entre el currículo y la práctica en la formación emocional puede generar un efecto dominó en la manera en que las competencias emocionales se transmiten y se consolidan en los estudiantes. Al no haber una alineación clara entre lo que se propone en el plan de estudios y las estrategias en el aula, el desarrollo del manejo emocional queda expuesto a brechas sustantivas. Esta distancia dificulta que las prácticas pedagógicas conecten con las necesidades reales de las emociones en contextos educativos diversos. En consecuencia, las oportunidades de aprendizaje emocional se vuelven esporádicas, inconsistentes y a veces contradictorias entre teoría y experiencia cotidiana. El resultado es una educación emocional que no logra anclar hábitos, vocabulario y conductas útiles para la convivencia. D4 señala:

Pues según nos estilo de aprendizaje, pues esto cada estilo implica como una forma diferente de enfrentar los desafíos que se sabe emociones o responder a la parte de educativa como tal. Por ejemplo, el chico que es bastante activo, que tiene como un estilo activo en la parte emocional países es bastante expresivo o espontáneo,

contagia a los demás, pero también a veces puede como frustrarse como rapidito si no tienen los resultados.

Cuando los formadores no están debidamente preparados para integrar la educación emocional en su labor, la calidad de la enseñanza se resiente de forma evidente. Sin formación específica, los docentes tienden a replicar enfoques tradicionales centrados en la transmisión de contenidos, con escaso espacio para la reflexión, la autorregulación y la empatía. La falta de preparación se traduce en una escasa capacidad para diseñar dinámicas que aborden emociones, conflictos y relaciones interpersonales. Este vacío formativo impide crear climas de aula que favorezcan la confianza, la experimentación emocional y la apertura al propio mundo interior de los alumnos.

Las estrategias poco innovadoras y los métodos pedagógicos convencionales dificultan la creación de ambientes propicios para el desarrollo de habilidades emocionales. Técnicas estrictamente magistrales, evaluaciones centradas en resultados cognitivos y actividades aisladas de reflexión emocional limitan la oportunidad de practicar manejo emocional en contextos reales. Los estudiantes pueden sentir que la emoción es ajena a la tarea académica y, por tanto, el aprendizaje emocional se pospone o se desestima. Esta situación debilita la relación entre emociones y aprendizaje, crucial para construir resiliencia y bienestar en la escuela. En tal sentido, Fernández (2019) señala que:

Los agentes educativos están expuestos a las emociones de cada día, por lo que se necesita tener una actitud positiva, una autoestima emocional, capacidad para analizar críticamente las normas sociales, no solo como beneficio que recae directamente sobre ellos, sino también sobre el quehacer pedagógico (p. 117).

Por otro lado, la interacción con los compañeros del equipo educativo y con las familias implica un manejo emocional que sostenga la cohesión institucional. Las relaciones entre docentes, auxiliares y otros agentes requieren claridad comunicativa, empatía y límites bien establecidos para evitar malentendidos y tensiones. En este nivel, las experiencias emocionales circulan entre pares, y su calidad determina la calidad del apoyo mutuo, la cooperación en proyectos y la consistencia en las prácticas pedagógicas. Asimismo, la alianza con las familias implica negociar experiencias emocionales compartidas, alinear expectativas y

construir puentes de confianza que faciliten la continuidad educativa más allá del aula.

Las experiencias emocionales, cuando se gestionan con mirada proactiva, actúan como herramientas para la resolución de problemas y la toma de decisiones. El reconocimiento de emociones propias y ajenas permite al agente educativo intervenir de forma contextualizada, adaptando estrategias a las dinámicas específicas de cada grupo. En este sentido, la inteligencia emocional se convierte en un recurso metodológico: identificar señales, regular reacciones y promover respuestas más reflexivas que impulsan la participación y el aprendizaje. Así, las emociones dejan de ser meras vivencias para convertirse en motor de estrategias pedagógicas eficaces y éticas.

Además, la desvinculación entre currículo y práctica dificulta la integración de herramientas de regulación emocional en momentos clave del aprendizaje. Cuando las experiencias deliberadas para entrenar emociones no están articuladas con metas curriculares, se pierden oportunidades de aprendizaje significativo. La práctica docente se muestra fragmentada: se enseñan conceptos sin enseñar a gestionarlos emocionalmente, o se abordan emociones de forma superficial sin estrategias estructuradas para su desarrollo. Así, la educación emocional corre el riesgo de convertirse en una etiqueta más sin impacto real. Ante ello, D5 plantea:

Sí, claro, Eh, hay niños que las matemáticas le llaman mucho la atención y se da 1 cuenta que es. Excelentes notas excelentes. La clase participa es súper motivada, pero hay ese mismo niño a nivel de lenguaje de español. No le llama mucho la atención de escribir, de tomar apuntes, de tomar dictados de no le llama mucho la atención. Entonces sí, definitivamente. Que como nace el niño, lo que más le gusta es lo que mejor hace.

La consecuencia es un ciclo en el que el manejo emocional permanece como una aspiración teórica más que como una competencia observable en el comportamiento diario de los estudiantes. Sin una coherencia entre currículo, formación docente y prácticas en el aula, las estrategias para promover la regulación emocional quedan invisibilizadas o mal ejecutadas. Este desfase alimenta desmotivación, frustración y desconfianza entre alumnos y docentes,

dificultando la construcción de una cultura escolar que valore la salud emocional como componente central del aprendizaje.

Para avanzar, es necesario un diseño formativo que identifique claramente dónde se superponen currículo y práctica, y capacite a los formadores en herramientas concretas de educación emocional. Se requieren experiencias de aprendizaje que integren conceptos teóricos con prácticas en contextos reales, incluyendo prácticas de aula supervisadas, retroalimentación reflexiva y evaluación de competencias emocionales. Solo mediante una formación sólida y contextualizada se puede cerrar la brecha entre lo que se propone enseñar y lo que realmente se aprende y se aplica en el manejo emocional.

La perspectiva de Zambrano (2012) subraya la relevancia de cada elemento en la construcción de una práctica curricular que resulte significativa y eficaz para promover el bienestar emocional de los estudiantes. Al analizar cómo se gestionan el tiempo, la forma y los resultados en los programas de formación emocional, surge la posibilidad de configurar un enfoque holístico que atienda las necesidades afectivas y sociales del alumnado. Este marco invita a entender la pedagogía como un proceso dinámico que va más allá de la transmisión de contenidos, integrando prácticas que sostienen la salud emocional en el día a día escolar. La planificación debe contemplar ritmos, pausas reflexivas y tiempos para la interacción entre pares, docentes y familia, conectando teoría y vida educativa. En este sentido, el diseño curricular se vuelve una ruta para sostener experiencias emocionalmente significativas y sostenibles. La clave está en alinear objetivos, contenidos y actividades con las situaciones reales que viven los estudiantes.

Según esta visión, la pedagogía no se reduce a la entrega de información, sino a la creación y sistematización de un cuerpo de conocimientos susceptible de verificación histórica mediante reglas y criterios claros. Intervenir en el aula implica construir herramientas que permitan entender, interpretar y gestionar emociones con base en evidencia y marco conceptual sólido. Este enfoque exige que las prácticas docentes incorporen metodologías que integren teoría y experiencia, favoreciendo la reflexión crítica sobre las emociones y su impacto en el aprendizaje. La

sistematización del saber emocional facilita la evaluación de avances, dificultades y logros, aportando una base para mejoras continuas. Así, la formación emocional se convierte en una disciplina con fundamentos, procesos y resultados visibles.

La integración de estas perspectivas permite comprender mejor la complejidad y la relevancia de abordar este aspecto crucial del desarrollo humano en contextos educativos. La diversidad de enfoques teóricos y prácticos se complementa para construir intervenciones más ricas y contextualizadas. Al combinar marcos pedagógicos con evidencias de la experiencia escolar, se favorece la construcción de prácticas que consideren las singularidades del alumnado, sus contextos y sus proyectos de vida. Este marco promueve la planificación de actividades que faciliten la autorreflexión, la regulación emocional y la cooperación entre estudiantes. Ante ello, se reconoce la educación emocional como un componente inseparable del proceso formativo.

Figura 9. Manejo emocional



SECCIÓN V

TEORIZACIÓN

La teorización, al erigirse como pilar del conocimiento, cumple una función normativa y heurística en la investigación: no solo organiza y clasifica observaciones, sino que establece marcos interpretativos que orientan qué datos son relevantes, cómo deben ser recogidos y qué relaciones deben buscarse, dotando así al proceso investigativo de coherencia epistemológica. Este rol normativo implica que las teorías condicionan la percepción del investigador, posibilitando explicaciones sistemáticas y evitando interpretaciones fragmentarias o casuales de la realidad. Al trascender la mera descripción, la teorización exige niveles de abstracción que permiten comprender causaciones, mecanismos y regularidades subyacentes a los fenómenos observados.

Es decir, transforma hechos aislados en proposiciones explicativas que pueden generalizarse y someterse a contrastación empírica. Esta profundización resulta esencial para convertir datos en conocimiento útil, capaz de predecir y orientar intervenciones en contextos concretos. La capacidad de integrar diferentes dimensiones de análisis fortalece la potencia explicativa de la teorización, pues al articular múltiples niveles se abordan la complejidad y la multicausalidad inherentes a los fenómenos humanos. Tal enfoque interdisciplinario evita reduccionismos y permite identificar condiciones y contingencias que modulan efectos, enriqueciendo la precisión explicativa.

Asimismo, la teorización actúa como herramienta para desentrañar dinámicas ocultas: al proponer relaciones causales y mecanismos operativos, facilita la identificación de factores mediadores y moderadores que generan variabilidad en los comportamientos y eventos. Esta capacidad analítica posibilita diseñar intervenciones más ajustadas, pues no se limita a cambiar manifestaciones externas, sino que busca incidir en las causas profundas que las producen. No obstante, la fuerza explicativa de la teorización exige rigor y reflexividad metodológica, puesto que los marcos teóricos pueden sesgar la interpretación si sus supuestos no se explicitan o si se aplican de manera rígida a realidades distintas.

Por ello, las teorías deben ser evaluadas, refinadas y, cuando procede, reemplazadas ante nueva evidencia, manteniendo un equilibrio entre estabilidad conceptual y apertura a la revisión empírica. En tal sentido, como puente entre conocimiento y acción, la teorización contribuye a la transferencia científica hacia políticas, prácticas profesionales y educación: ofrece marcos integrados que informan decisiones, permiten anticipar consecuencias y fundamentan estrategias de intervención. Su valor práctico reside en proporcionar explicaciones suficientemente complejas y contextualizadas para abordar problemas reales de manera efectiva. Fidias Arias (2007) señala que:

La teoría parte de un concepto, idea o representación mental de un hecho o de un objeto. Por ende, la teorización no es una simple figura o gráfico como suele presentarse en algunas tesis. Más que eso, la teorización es un concepto original o conjunto de conceptos novedosos creados y relacionados para resolver un problema científico (p. 42).

Lo planteado por el autor subraya la naturaleza conceptual y creativa de la teorización: esta no es mera ilustración de relaciones ya conocidas mediante figuras o gráficos, sino la generación de conceptos originales o la recombinación novedosa de conceptos existentes con el fin de explicar y resolver un problema científico. Desde esta perspectiva, teorizar implica un acto de síntesis y construcción intelectual que trasciende la mera descripción empírica; requiere abstracción, formulación de supuestos y establecimiento de nexos causales que permitan dar sentido y organizar la realidad investigada.

Al destacar que la teoría parte de un concepto, idea o representación mental, Arias pone en evidencia la primacía del pensamiento creativo y la imaginación científica en la producción de conocimiento. La representación mental funciona como punto de partida heurístico: orienta la formulación de hipótesis, guía la selección de variables y procedimientos y condiciona la interpretación de los datos. Por tanto, la calidad y originalidad de esa representación inicial inciden directamente en la capacidad explicativa y predictiva de la teoría resultante.

La crítica implícita a las presentaciones superficiales de teorización en tesis apunta a una distinción metodológica entre elaborar marcos teóricos y confeccionar arreglos formales o estéticos. Un diagrama o figura sin sustentación conceptual profunda puede dar la apariencia de teoría, pero carece de la función explicativa robusta que exige la investigación científica. En este sentido, Arias reclama rigor y creatividad: las teorías deben poder articular conceptos de modo coherente y ofrecer soluciones plausibles al problema planteado.

Asimismo, la definición propuesta resalta el carácter instrumental de la teoría: su valor se mide en función de su capacidad para resolver problemas científicos. Esto implica que la teorización no es un ejercicio puramente contemplativo sino pragmático; las concepciones teóricas deben conducir a desarrollos explicativos, generar predicciones, orientar intervenciones o abrir líneas de investigación. La utilidad epistemológica se convierte así en criterio central para evaluar la solidez de una teoría.

La idea de que la teorización es la creación de conceptos novedosos o su recombinación implica también un reconocimiento del dinamismo del conocimiento: las teorías no son verdades finales sino construcciones provisionales que pueden ser revisadas, ampliadas o reemplazadas. La originalidad conceptual es, entonces, un motor de progreso científico, pero su validación requiere confrontación empírica, coherencia interna y capacidad heurística para generar nuevas preguntas y soluciones.

En tal sentido, emergen implicaciones pedagógicas y evaluativas para la formación investigativa: enseñar a teorizar implica formar en la generación y relación

creativa de conceptos, en la crítica a presentaciones superficiales y en la exigencia de que las teorías resuelvan problemas. La evaluación de tesis y trabajos científicos debería centrarse menos en la ornamentación gráfica y más en la originalidad conceptual, la coherencia argumental y la capacidad explicativa y aplicativa del marco teórico propuesto.

Competencia emocional en el desarrollo académico

La visión de inteligencia emocional busca comprender a las personas en su totalidad, considerando no solo sus dimensiones internas, sino también su interacción con el entorno social y cultural. Este enfoque reconoce que los seres humanos no son entidades aisladas, sino que están profundamente conectados con su contexto y sus relaciones, lo cual es fundamental para promover un desarrollo equilibrado y armónico. Además, al estar enraizado en diversas disciplinas humanas, la perspectiva del aprendizaje desde esta idea se nutre de conocimientos variados que enriquecen su comprensión del fenómeno humano.

Desde esta perspectiva, la inteligencia emocional se convierte en una herramienta para entender la complejidad del comportamiento y las experiencias humanas. No se limita a analizar fragmentos o aspectos específicos, sino que busca integrar diferentes áreas del conocimiento para ofrecer una visión más completa. Esto permite abordar problemáticas desde múltiples ángulos y donde se consideren las dimensiones del individuo. En el ámbito educativo, por ejemplo, esto implica promover metodologías que desarrollen habilidades cognitivas, emocionales y sociales de manera simultánea, favoreciendo así un aprendizaje más significativo y duradero.

El énfasis en la búsqueda de una cosmovisión común refleja el interés por encontrar principios universales que puedan guiar la convivencia y el desarrollo humano. La idea es identificar preceptos compartidos por toda la humanidad que sirvan como base para construir valores éticos y culturales comunes. Esto resulta especialmente relevante en un mundo cada vez más globalizado y multicultural, donde es necesario promover el respeto por las diferencias sin perder de vista los

elementos que nos unen como especie. La perspectiva holística fomenta así una visión inclusiva y pluralista que valora la diversidad cultural y social.

En tal sentido, esta concepción invita a reflexionar sobre cómo las distintas disciplinas humanas contribuyen a una comprensión más profunda del ser humano. La psicología aporta conocimientos sobre los procesos internos y emocionales; la sociología analiza las estructuras sociales y las relaciones; la antropología estudia las culturas y tradiciones; mientras que otras ciencias aportan perspectivas complementarias. La integración de estos saberes permite construir una visión más completa y enriquecedora de la condición humana, facilitando estrategias educativas, sociales o terapéuticas más efectivas.

Por otro lado, la orientación hacia una cosmovisión basada en preceptos comunes también implica promover valores universales como la solidaridad, el respeto, la justicia y la empatía. Estos principios actúan como cimientos para fortalecer vínculos sociales positivos y fomentar una convivencia pacífica en sociedades cada vez más diversas. La idea de inteligencia emocional ayuda a entender cómo estos valores pueden ser promovidos desde diferentes ámbitos culturales sin perder su esencia universal, promoviendo así un entendimiento mutuo entre diferentes comunidades.

Por ello, se subraya que la inteligencia emocional es un enfoque multidisciplinario que busca comprender al ser humano en toda su complejidad social y psicológica. Al orientar hacia una cosmovisión común basada en preceptos universales, promueve valores compartidos que fortalecen la cohesión social y el respeto intercultural. Este paradigma invita a repensar las prácticas educativas y sociales desde una perspectiva integradora que valore tanto las diferencias como los elementos que nos unen como especie humana. En un mundo globalizado, adoptar una visión de inteligencia emocional resulta fundamental para construir sociedades más justas, inclusivas y conscientes de su diversidad.

En tal sentido, se desarrolla una visión integral sobre la humanización, destacando que esta implica reconocer y potenciar las cualidades esenciales del ser humano en su proceso de desarrollo. La humanización, según el autor, no solo se

refiere a aspectos éticos o morales, sino también a la capacidad de cada individuo para expresar su dignidad, creatividad y autonomía en interacción con su entorno. En este sentido, Masías enfatiza que la educación debe ser un medio para promover estos valores, fomentando un crecimiento armónico que permita al estudiante desarrollar plenamente sus potencialidades en un contexto respetuoso y enriquecedor. La humanización, por tanto, se convierte en un objetivo fundamental en los procesos educativos, especialmente en la etapa de desarrollo escolar.

Por otra parte, las conexiones entre las distintas esferas vitales deben considerarse en el diseño curricular. Estas esferas no funcionan de manera aislada; están interrelacionadas y son fundamentales para el desarrollo integral del estudiante. La propuesta del autor consiste en crear un currículum holístico que integre estas dimensiones de forma coherente y significativa. Esto implica que las actividades educativas no deben centrarse únicamente en aspectos académicos tradicionales, sino también en promover habilidades sociales, afectivas y motrices que contribuyen a una formación más completa.

En este marco, se propone que el diseño curricular tenga como eje central la enseñanza contextualizada dentro del entorno del estudiante. Es decir, que las experiencias educativas sean relevantes para su vida cotidiana y estén relacionadas con su realidad social y cultural. De esta manera, el aprendizaje se vuelve más significativo y motivador para los estudiantes, facilitando la adquisición de conocimientos y habilidades desde una perspectiva global e integradora. La incorporación de este enfoque holístico busca también fortalecer la identidad del estudiante y su sentido de pertenencia a su comunidad.

Asimismo, el autor sostiene que los Modelos Educativos institucionales deben adoptar este enfoque como una estrategia para orientar sus prácticas pedagógicas. La idea es que el currículo no sea solo un conjunto de contenidos fragmentados, sino un marco flexible que permita articular diferentes áreas del conocimiento y dimensiones del desarrollo humano. Esto requiere una planificación cuidadosa por parte de los docentes, quienes deben actuar como mediadores en procesos de

enseñanza-aprendizaje que integren aspectos cognitivos, afectivos y sociales en actividades significativas.

El papel del docente en este contexto es fundamental: debe facilitar ambientes educativos donde las conexiones entre las distintas esferas vitales sean promovidas activamente. Para ello, necesita contar con una formación adecuada que le permita asumir experiencias pedagógicas coherentes con el enfoque holístico propuesto por Masías. Además, debe estar atento a las necesidades individuales de cada estudiante para adaptar las estrategias didácticas y favorecer así un desarrollo equilibrado y respetuoso de sus particularidades.

En tal sentido, la implementación de un currículum centrado en la inteligencia emocional como un fundamento que contribuye a formar personas más completas y conscientes de su propia humanidad. Al integrar las diferentes dimensiones del ser humano dentro del proceso educativo, se favorece no solo el aprendizaje académico sino también el desarrollo emocional y social necesario para afrontar los desafíos futuros. Este enfoque promueve una visión humanizadora de la educación desde sus etapas iniciales, sentando bases sólidas para una formación integral basada en valores universales y respeto por la diversidad.

El diseño de un currículum desde la inteligencia emocional permite conectar las distintas esferas vitales del estudiante mediante experiencias contextualizadas y significativas. Esto requiere prácticas pedagógicas innovadoras y comprometidas con el desarrollo pleno del estudiante como ser humano digno y autónomo. Adoptar esta perspectiva favorece no solo el aprendizaje sino también la formación ética y social necesaria para construir sociedades más humanas e inclusivas.

Al integrar la perspectiva académica y la curricular se logra una visión más completa del estudiante en su contexto. La educación no debe limitarse solo a la transmisión de conocimientos, sino también a estimular su creatividad, emociones y relaciones sociales. Esta integración facilita que el estudiante pueda experimentar diferentes formas de aprender y expresarse, fortaleciendo su autoestima y confianza en sí mismo. Además, ayuda a crear ambientes educativos más dinámicos e inclusivos donde cada dimensión del ser humano recibe atención adecuada.

Considerar al estudiante como un ser holístico implica reconocer que sus dimensiones cognitivas, afectivas, sociales y físicas están interrelacionadas. La formación académica contribuye al desarrollo intelectual, mientras que las actividades curriculares enriquecen su mundo emocional y social. La combinación de ambas permite promover un equilibrio entre el saber racional y la sensibilidad artística o emocional del estudiante. Esto resulta fundamental para formar individuos completos capaces de afrontar desafíos diversos con creatividad y resiliencia.

Desde una perspectiva pedagógica, esta vinculación requiere asumir programas educativos que integren contenidos académicos con actividades artísticas significativas. Los docentes deben planificar experiencias que conecten estos ámbitos de manera coherente, favoreciendo aprendizajes contextualizados y relevantes para los estudiantes. Asimismo, es importante fomentar espacios donde estos puedan explorar libremente sus intereses artísticos sin perder el enfoque en los objetivos académicos establecidos.

Por tal motivo, la integración de la formación académica con lo curricular refleja una visión educativa centrada en el desarrollo integral del estudiante como un ser holístico. Al combinar conocimientos con expresiones artísticas y emocionales, se promueve un aprendizaje más completo y significativo. Esta estrategia no solo fortalece las capacidades cognitivas sino también las habilidades sociales, afectivas y emocionales, preparándolo mejor para continuar su proceso formativo en etapas posteriores. En definitiva, una educación que considere todas estas dimensiones contribuye a formar personas más equilibradas, creativas y humanas.

La inteligencia emocional representa una revolución conceptual en el campo pedagógico al ofrecer un marco teórico y práctico que responde a las complejidades del proceso de asumir el contacto con el conocimiento de forma inicial. Su relevancia radica en su capacidad para superar las limitaciones de los métodos tradicionales mediante estrategias fundamentadas en cómo funciona realmente el cerebro humano. Adoptar este enfoque no solo mejora los resultados académicos, sino que también promueve una experiencia educativa más motivadora, significativa

y humana para dar paso al reconocimiento de las realidades que forman parte de la vida de los estudiantes.

Desde esta perspectiva, la incorporación de estrategias fundamentadas en la inteligencia emocional en la enseñanza desde la perspectiva holística se revela como una práctica fundamental para potenciar el proceso de aprendizaje. El uso de metodologías como el aprendizaje multisensorial, la gamificación y la retroalimentación positiva, ya que, favorece la activación de diversas áreas cerebrales involucradas en la adquisición y consolidación del desarrollo socioeducativo y emocional. Estas técnicas estimulan no solo las regiones responsables del procesamiento lingüístico, sino también aquellas relacionadas con la motivación, la atención y las emociones, facilitando así una experiencia de aprendizaje más integral y efectiva. La activación simultánea de múltiples áreas cerebrales contribuye a fortalecer las conexiones desde la inteligencia emocional necesarias para que el conocimiento se consolide en la memoria a largo plazo, permitiendo que los estudiantes retengan y apliquen lo aprendido con mayor facilidad.

Por otro lado, estas prácticas también cumplen un papel crucial en la gestión emocional del proceso de aprendizaje, Además de mejorar la retención del conocimiento, las estrategias fundamentadas en la inteligencia emocional ayudan a disminuir la ansiedad asociada al aprendizaje de nuevos saberes. La gamificación, por ejemplo, reduce el miedo a cometer errores al convertir el proceso en una experiencia motivadora, mientras que la retroalimentación positiva refuerza los logros y fomenta una actitud más segura frente al desarrollo personal y académico. Este enfoque promueve un ambiente donde los estudiantes se sienten valorados y confiados para practicar sus habilidades lingüísticas sin temor a ser juzgados.

Desde una visión teórica, estas estrategias también contribuyen a crear un clima emocional favorable que favorece la idea de inteligencia emocional. La disminución de niveles de ansiedad y estrés permite que las áreas cerebrales responsables del aprendizaje funcionen en condiciones óptimas, facilitando procesos como la atención sostenida, la memoria operativa y la creatividad. La

integración de actividades multisensoriales y lúdicas activa circuitos relacionados con el placer y la recompensa, incrementando así la motivación intrínseca del estudiante. En consecuencia, el aprendizaje se vuelve más significativo y duradero, promoviendo no solo habilidades lingüísticas sino también actitudes positivas hacia el desarrollo de la personalidad desde una visión holística.

Asimismo, estas prácticas desde la inteligencia emocional buscan fomentar una mayor autonomía en los estudiantes al promover su participación activa en el proceso de aprendizaje. La gamificación, por ejemplo, puede incluir desafíos progresivos que estimulan el esfuerzo sostenido y el logro personal, fortaleciendo su autoestima y confianza. La retroalimentación constante ayuda a los alumnos a identificar sus avances y áreas de mejora, promoviendo una actitud reflexiva sobre su propio proceso formativo. Desde esta óptica, se evidencia que las estrategias educativas no solo mejoran los resultados académicos, sino que también contribuyen al desarrollo integral del estudiante como aprendiz autónomo y seguro.

Es importante destacar que estos enfoques requieren una formación adecuada para los docentes en metodologías derivadas de la inteligencia emocional. La capacitación en técnicas específicas permitirá asumir experiencias pedagógicas más efectivas e innovadoras que respondan a las necesidades emocionales de los estudiantes. Además, promover investigaciones continuas sobre su impacto en diferentes contextos educativos facilitará ajustar las prácticas pedagógicas para maximizar sus beneficios. La integración sistemática de estas estrategias puede transformar radicalmente el proceso de enseñanza, haciéndolo más humano, motivador y alineado con cómo funciona realmente el cerebro durante el aprendizaje.

La incorporación de estrategias derivadas de la inteligencia emocional como el aprendizaje multisensorial, la gamificación y la retroalimentación positiva representa un avance significativo en la formación académica en el nivel de básica primaria. Estas prácticas no solo potencian la activación cerebral necesaria para consolidar conocimientos duraderos, sino que también reducen barreras emocionales como la ansiedad, promoviendo actitudes más seguras y motivadas

frente al conocimiento. Desde esta mirada integradora basada en evidencia científica, resulta imprescindible que los docentes adopten estos enfoques para ofrecer experiencias educativas más efectivas e inclusivas que respondan a las complejidades emocionales del proceso de aprender un nuevo conocimiento de forma holística.

La inteligencia emocional representa un enfoque clave para la mejora del conocimiento, al integrar conocimientos de la psicología y la pedagogía. Esta perspectiva permite comprender cómo funciona el cerebro durante el proceso de adquisición de un nuevo saber y ofrece estrategias didácticas más efectivas y significativas. Al entender los mecanismos implicados en la adquisición de un saber significativo para la edad, los docentes pueden asumir experiencias educativas que optimicen la plasticidad cerebral, favoreciendo una mayor retención y uso práctico del conocimiento. Además, este enfoque promueve metodologías que consideran las emociones y motivaciones de los estudiantes, aspectos fundamentales para mantener su interés y reducir la ansiedad asociada al aprendizaje. En consecuencia, la inteligencia emocional no solo mejora los resultados académicos, sino que también contribuye a crear ambientes de aprendizaje más humanos, inclusivos y adaptados a las necesidades individuales.

La competencia emocional se presenta como una herramienta para comprender la complejidad del comportamiento y las experiencias humanas, y no solo como un conjunto de destrezas aisladas. Este enfoque integrador invita a atender las múltiples dimensiones que configuran a una persona, desde lo afectivo y lo cognitivo hasta lo social y cultural. Al abarcar estas áreas, se facilita una lectura más amplia de las conductas, sus causas y sus posibles efectos en el aprendizaje y la convivencia. Así, la emoción no es un fenómeno marginal, sino un componente central que atraviesa las acciones y decisiones diarias. No se limita a analizar fragmentos o aspectos específicos, sino que propone una visión holística que entrelaza saberes diversos para explicar el comportamiento humano.

Esta perspectiva sistémica reconoce que las emociones influyen en la atención, la memoria, la motivación y las relaciones interpersonales, y que estas

dinámicas se retroalimentan con factores contextuales y culturales. De este modo, la comprensión se enriquece al incorporar psicología, neurociencia, pedagogía, sociología y ética, entre otros campos. La integración de saberes permite abordar problemáticas desde múltiples ángulos, considerando las dimensiones del individuo, su historia y su entorno. Al observar un conflicto, por ejemplo, se pueden identificar causas emocionales, cognitivas y sociales, así como las condiciones del entorno que lo sostienen o lo exacerban. Este enfoque evita reduccionismos y favorece respuestas más pertinentes, ajustadas a las necesidades reales de las personas involucradas.

En el ámbito educativo, la competencia emocional promueve metodologías que desarrollen habilidades cognitivas, emocionales y sociales de forma simultánea. Estrategias como aprendizaje basado en proyectos, debate crítico, resolución de problemas y trabajos en equipo pueden incorporar componentes afectivos y sociales para enriquecer la comprensión. La finalidad es lograr un aprendizaje que sean significativo, transferible y duradero, capaz de sostenerse más allá de la experiencia escolar. Promover estas metodologías implica diseñar ambientes que favorezcan la autorregulación emocional, la empatía y la comunicación asertiva, además del razonamiento lógico y la memoria.

Cuando las aulas se convierten en espacios de convivencia consciente, las prácticas pedagógicas pueden estimular la curiosidad, la creatividad y la cooperación, fortaleciendo la motivación intrínseca y el compromiso con el aprendizaje. Todo ello contribuye a un desarrollo integral del alumnado. En tal sentido, la competencia emocional, entendida como capacidad para integrar saberes y comprender la complejidad humana, se posiciona como motor de un aprendizaje más profundo y sostenible. Su implementación educativa exige un enfoque interdisciplinario, cuya finalidad es formar individuos capaces de pensar críticamente, gestionar emociones y relacionarse de manera responsable y solidaria. Así se favorece una educación más humana, inclusiva y anticipatoria frente a los retos del siglo.

La competencia emocional se define como un fenómeno psicológico y social, enraizado en las distintas disciplinas humanas y orientado hacia la búsqueda de una cosmovisión basada en preceptos comunes al género humano. Esta perspectiva educativa invita a ver las emociones como expresiones que emergen en interacción con contextos culturales, históricos y sociales, más que como rasgos aislados. El enfoque transversal propicia una lectura amplia de la experiencia humana, conectando procesos internos con condiciones externas y compartidas. Así, la competencia emocional se posiciona como puente entre saberes y prácticas, favoreciendo una comprensión integrada de la vida emocional.

La formación de su habilidad implica reconocer la diversidad de contextos que moldean las emociones cotidianas. En este marco, se promueve una revisión de supuestos pedagógicos, terapéuticos y sociales para una intervención más coherente. Al día siguiente de cada experiencia, las emociones dejan huellas que deben ser consideradas para diseñar estrategias más efectivas. Esta visión holística potencia la capacidad de anticipar conflictos y fomentar relaciones más saludables. Así mismo, la competencia emocional se presenta como orientación conceptual y práctica para comprender al ser humano en su complejidad.

Asimismo, esta concepción invita a reflexionar sobre cómo las distintas disciplinas humanas contribuyen a una comprensión más profunda del ser humano. Cada campo aporta herramientas para interpretar la experiencia emocional desde ángulos diversificados y complementarios. La psicología aporta conocimientos sobre procesos internos y emocionales, ayudando a identificar mecanismos de regulación, motivación y afectos que emergen en la subjetividad. La sociología examina la huella de estructuras sociales y relaciones en la expresión y gestión de las emociones, conectando lo individual con lo colectivo. La antropología estudia culturas y tradiciones, revelando variaciones simbólicas que dan significado a las emociones en distintos contextos. Así, la interdisciplinariedad enriquece la lectura de lo emocional. La integración de estas miradas promueve un marco explicativo más robusto y humano. Este planteamiento invita a diseñar intervenciones que consideren diversidad y universalidad a la vez.

La psicología aporta conocimientos sobre los procesos internos y emocionales; la sociología analiza las estructuras sociales y las relaciones; la antropología estudia las culturas y tradiciones; mientras que otras ciencias aportan perspectivas complementarias. En este punto, la reflexión se amplía hacia campos como la neurociencia, la educación, la filosofía y la salud pública, que aportan capas de comprensión adicional. La neurociencia permite entender correlatos biológicos de emociones y conductas, mientras la educación aporta métodos para traducir ese conocimiento en práctica pedagógica. La filosofía ofrece marcos éticos y conceptuales para pensar el sentido de las emociones en la vida humana. La salud pública facilita estrategias preventivas y comunitarias que apoyan el bienestar emocional colectivo. La conjunción de estas aportaciones genera una visión más rica y matizada de la experiencia emocional.

La integración de estos saberes permite construir una visión más completa y enriquecedora de la condición humana, facilitando estrategias educativas, sociales o terapéuticas más efectivas. En educación, por ejemplo, se pueden diseñar prácticas que integren comprensión emocional, convivencia social y aprendizaje cognitivo, promoviendo desarrollo integral. En lo social, las políticas deben considerar emociones como elementos centrales de interacción y cohesión comunitaria. En el ámbito terapéutico, un enfoque interdisciplinario facilita intervenciones que contemplen mente, cuerpo y contexto cultural. Este marco facilita respuestas ajustadas a las necesidades reales de las personas y comunidades. Además, promueve la equidad al reconocer diversidad de experiencias emocionales y contextos de vida. Ante ello, la integración disciplinar fortalece la capacidad de acompañar procesos de crecimiento personal y social.

Por ello, la competencia emocional, entendida como fenómeno psicológico y social enraizado en saberes humanos diversos, busca una cosmovisión compartida del género humano. Este marco invita a trascender fronteras disciplinares para entender mejor al ser humano en su complejidad. La colaboración entre psicología, sociología, antropología y disciplinas afines abre puertas a intervenciones más integrales y adaptativas. La visión resultante favorece prácticas educativas, sociales

y terapéuticas que reconocen la diversidad y la universalidad de las experiencias emocionales. Así se avanza hacia enfoques más humanos, inclusivos y efectivos ante los retos contemporáneos.

La implementación de un currículum centrado en la competencia emocional se presenta como un fundamento estratégico para formar personas más completas y conscientes de su propia humanidad. Este enfoque busca posicionar las emociones como eje transversal del aprendizaje, no como suplemento. Integrar las dimensiones cognitivas, afectivas, sociales y éticas dentro del diseño curricular implica estructurar contenidos, metodologías y evaluación que reconozcan la centralidad de lo emocional en la construcción del conocimiento. De esta forma, la educación deja de ser solo transmisión de saberes para convertirse en un proceso formativo integral. El currículo, orientado por la competencia emocional, facilita que estudiantes desarrollen autonomía, empatía y pensamiento crítico.

Asimismo, posibilita entender que el aprendizaje está mediado por emociones que influyen en la atención, la motivación y la persistencia. Este marco promueve prácticas pedagógicas que fortalecen la autorregulación, la resiliencia y la responsabilidad personal y colectiva. Al ubicar estas dimensiones en el centro, se fomenta una cultura escolar que valora la diversidad y la dignidad de cada persona. El resultado esperado es un aprendizaje significativo que prepare para la vida, no solo para exámenes. Esta visión curricular se orienta a construir ciudadanos capaces de colaborar con otros en un mundo complejo. Por ello, el currículum centrado en la competencia emocional apuesta por una educación más humana, situada y pertinente.

Al integrar las diferentes dimensiones del ser humano dentro del proceso educativo, se favorece no solo el aprendizaje académico sino también el desarrollo emocional y social necesario para afrontar los desafíos futuros. La formación de habilidades afectivas y sociales se entrelaza con la adquisición de contenidos, de modo que las competencias emocionales actúan como facilitadoras del aprendizaje profundo. En este marco, las emociones se convierten en recursos para la resolución de problemas, la creatividad y la toma de decisiones éticas. La

interacción en aula, proyectos colaborativos y experiencias de servicio comunitario aportan prácticas concretas para cultivar empatía, tolerancia y responsabilidad.

Asimismo, se promueve la capacidad de escuchar, expresar ideas con claridad y gestionar conflictos de manera constructiva. Este enfoque facilita una educación más adaptable a contextos diversos y cambiantes, preparando a las personas para trabajar en equipos multiculturales. La evaluación debe contemplar el crecimiento emocional y social, además del dominio de contenidos disciplinares. En última instancia, se busca que el aprendizaje sea relevante para la vida y para la convivencia democrática. La meta es formar individuos que puedan enfrentar incertidumbres con serenidad y propósito. Todo ello constituye una base sólida para una formación integral.

Este enfoque promueve una visión humanizadora de la educación desde sus etapas iniciales, sentando bases sólidas para una formación integral basada en valores universales y respeto por la diversidad. Desarrollar una educación que priorice la dignidad humana implica cultivar virtudes como la honestidad, la solidaridad y la curiosidad responsable. Al mismo tiempo, el currículo debe reconocer y valorar la diversidad cultural, lingüística y sociocultural de las comunidades escolares. La humanización educativa implica vínculos afectivos seguros entre docentes y estudiantes, así como entre pares, que favorezcan un aprendizaje más profundo.

La escuela se convierte en un espacio de protección, exploración y crecimiento, donde las diferencias se transforman en riqueza compartida. Este marco invita a implementar prácticas pedagógicas inclusivas y adaptativas, que atiendan necesidades diversas sin estigmatización. La ética educativa guía decisiones sobre evaluación, disciplina y convivencia, buscando equidad y justicia. En este sentido, la educación centrada en la competencia emocional fortalece la identidad personal y el compromiso social. Se promueve, así, una formación que respete la diversidad y promueva el bien común. Al final, el objetivo es que las personas desarrollen una conciencia crítica y una responsabilidad cívica sólida.

Sostenida por valores universales, esta propuesta curricular aspira a una educación basada en principios que trascienden fronteras culturales. Entre esos principios figuran la dignidad humana, la libertad responsable, la solidaridad y el respeto por las diferencias. La competencia emocional facilita que los estudiantes internalicen estas matrices éticas a través de experiencias auténticas: resolución de dilemas, proyectos de servicio y prácticas democráticas en la convivencia escolar. El aprendizaje deja de verse como mera acumulación de información para convertirse en un proceso de autoconocimiento y reconocimiento del otro.

Este tránsito impulsa la motivación intrínseca, la autoestima y la seguridad para experimentar, fallar y aprender. Al nutrirse de contextos diversos, el currículo se vuelve más pertinentemente humano y menos instrumental. La conexión entre emoción, razón y valores promueve una educación que prepara para la vida en pluralidad. En este marco, la diversidad no es problema sino recurso pedagógico para enriquecer el aprendizaje. La continuidad entre aula y vida cotidiana fortalece la transferencia de lo aprendido a situaciones reales. Ante ello, se fortalece una cultura educativa que promueve bienestar, justicia y desarrollo integral.

La implementación de un currículum centrado en la competencia emocional exige una planificación consciente y sostenida. Es necesario alinear objetivos, contenidos, métodos y evaluación con la finalidad de desarrollar capacidades emocionales y sociales. Se requieren formaciones docentes que acompañen este cambio, acompañamiento institucional y recursos adecuados. La interdisciplinariedad se instala como norma, integrando ciencia cognitiva, educación emocional, psicología escolar y pedagogía sociocultural. La evaluación debe ser holística, contemplando procesos, productos y transformaciones internas.

Es de importancia la participación de familias y comunidades para fortalecer coherencia entre la escuela y el entorno. Este enfoque demanda políticas educativas que prioricen bienestar, inclusión y calidad educativa. La implementación también implica evaluar impactos, ajustar prácticas y sostener la innovación pedagógica. Con un compromiso claro, se avanza hacia un sistema educativo que forma personas completas y conscientes de su humanidad. En definitiva, la meta es

una educación que capacite para vivir con propósito, empatía y responsabilidad compartida.

La consideración del estudiante como un ser holístico implica reconocer que sus dimensiones cognitivas, afectivas, sociales y físicas están interrelacionadas de manera dinámica. Cada aspecto no funciona aislado, sino que se alimenta de las demás experiencias y contextos que rodean al individuo. Este marco exige una mirada educativa que integre contenidos, prácticas y evaluaciones desde una visión unificada. Así, la enseñanza deja de privilegiar exclusivamente el rendimiento académico para incluir el desarrollo integral. La dimensión cognitiva se enriquece con procesos afectivos que orientan la atención, la memoria y la motivación.

En paralelo, las relaciones sociales otorgan apoyo, normas y significados compartidos que fortalecen el aprendizaje. La salud física, por su parte, condiciona la energía, la concentración y el bienestar general necesario para rendir. Este enfoque sistémico propone un currículo compatible con la vida real y diversa de los estudiantes. Por ende, se reconoce al alumno como sujeto con agencia y diversidad, no como mero receptor de contenidos. La educación se orienta hacia la potenciación de sus capacidades integrales, entendiendo la interconexión entre cuerpo, mente y entorno.

La formación académica contribuye al desarrollo intelectual, proporcionando herramientas conceptuales, técnicas y analíticas que permiten comprender el mundo. Sin embargo, ese desarrollo no debe ser exclusivo; debe coexistir con experiencias que afinen la sensibilidad, la creatividad y el pensamiento crítico. El saber racional se ve potenciado cuando se acompaña de oportunidades para cuestionar, imaginar y crear. Por ello, las prácticas docentes deben favorecer estrategias que conecten teoría y experiencia vivida, promoviendo aprendizaje significativo.

Este enfoque promueve que el estudiante identifique relaciones entre ideas y realidades, favoreciendo transferencias útiles a su vida diaria. La evaluación, a su vez, debe considerar procesos, productos y progresos, no solo resultados. Así, se fomenta una cultura de aprendizaje continuo y reflexivo. En este marco, la formación

académica adquiere dimensión humana y social, más allá de la memorización. Se busca formar mentes curiosas, capaces de plantear problemas complejos desde múltiples perspectivas.

Las actividades curriculares enriquecen su mundo emocional y social, aportando experiencias que conectan con valores, identidades y comunidades. Talleres artísticos, proyectos colaborativos, prácticas deportivas y voluntariado escolares ofrecen espacios para explorar emociones, empatía y solidaridad. Estas experiencias permiten al estudiante experimentar distintas formas de expresión y convivencia, fortaleciendo la cohesión grupal. Al integrarse con el aprendizaje disciplinar, facilitan la construcción de significado personal y colectivo.

La educación emocional se convierte en puente entre saber y sentir, entre razonamiento y sensibilidad estética. Así, las aulas se transforman en laboratorios de experiencias que fomentan la creatividad y la convivencia respetuosa. Este enriquecimiento promueve un sentido de pertenencia y propósito, vital para la motivación sostenida. En conjunto, las experiencias curriculares amplían horizontes y capacidades del alumnado. La combinación de formación académica y experiencias curriculares redundan en un equilibrio entre el saber racional y la sensibilidad artística o emocional. Este balance favorece que el pensamiento lógico coexista con la imaginación, la intuición y la apreciación estética.

El educador actúa como mediador entre estas dimensiones, diseñando ambientes que estimulen preguntas, experimentación y reflexión. Cuando el currículo integra artes, ciencias y humanidades, se abren posibilidades para abordajes transdisciplinarios y creativos. La diversidad de enfoques permite que cada estudiante identifique sus propias fortalezas y formas de aprender. Este equilibrio facilita la resiliencia, al enseñar a gestionar la frustración y a persistir ante desafíos. También fortalece la creatividad, al convertir obstáculos en oportunidades de innovación. Al respecto, el saber y el sentir se retroalimentan, enriqueciendo el desarrollo integral. Este equilibrio es clave para formar personas preparadas para un mundo cambiante.

Esto resulta fundamental para formar individuos completos capaces de afrontar desafíos diversos con creatividad y resiliencia. La combinación de capacidades cognitivas con habilidades socioemocionales crea una base sólida para afrontar incertidumbres y cambios tecnológicos, sociales y culturales. La educación debe cultivar autonomía, pensamiento crítico y ética, junto con sensibilidad artística y empatía. Al promover entornos inclusivos y desafiantes, se facilita el desarrollo de estrategias adaptativas ante situaciones complejas. La creatividad surge cuando se permiten exploraciones, errores y soluciones innovadoras.

La resiliencia se fortalece mediante experiencias de apoyo, reflexión y práctica responsable ante la adversidad. En contextos educativos, esto se traduce en prácticas que integren proyectos reales, colaboración y aprendizaje basado en problemas. La formación holística prepara para una vida con propósito, capacidad de aprender continuamente y compromiso con el bien común. En definitiva, educar al ser humano como un todo implica valorar todas sus voces y dimensiones para construir un futuro más humano.

La competencia emocional como puente entre el saber y el contexto

La competencia emocional se fortalece como un campo interdisciplinario que articula aportes de la psicología y la pedagogía para transformar la enseñanza en contextos educativos actuales. Este cruce disciplinar permite comprender cómo se configuran las emociones, la motivación y la regulación en los procesos de aprendizaje, y cómo estas dimensiones pueden favorecer o limitar la comprensión cognitiva. Al integrar conocimiento sobre funciones cerebrales y procesos afectivos, se diseñan estrategias que promueven ambientes de aprendizaje más equilibrados y participativos. La conexión entre ciencia y práctica se vuelve una base para adaptar la enseñanza a las necesidades diversas de los estudiantes. En este marco, las prácticas docentes buscan no solo transmitir saberes, sino también fomentar autonomía emocional y respuesta adaptativa ante desafíos.

Este enfoque emergente sostiene que comprender los procesos cerebrales y alinear las prácticas pedagógicas con las particularidades del entorno permiten

optimizar el aprendizaje. La neuroeducación aporta evidencia sobre cómo la atención, la memoria operativa y la regulación emocional influyen en la adquisición de conceptos y habilidades. Al mismo tiempo, la pedagogía contextualiza estas dinámicas en las realidades del aula, la escuela y la comunidad, proponiendo experiencias de aprendizaje que respondan a recursos, culturas y ritmos locales. Así, la enseñanza se vuelve más relevante, flexible y capaz de sostener el interés y la curiosidad de los niños y niñas.

En el desarrollo de aprendizajes, la inteligencia emocional actúa como puente que conecta las dinámicas del contexto con las necesidades socioculturales, emocionales y materiales de los niños. Este puente facilita la personalización de las rutas de aprendizaje, incorporando prácticas que fortalecen la empatía, la cooperación y la resolución de conflictos dentro de situaciones reales de aula. La atención a factores materiales, como la disponibilidad de recursos y entornos seguros, se entrelaza con la dimensión emocional para sostener procesos de lectura, escritura, matemáticas y ciencias. El resultado es un aprendizaje más significativo y duradero.

Ante ello, la inteligencia emocional integra dimensiones éticas y transformadoras, destacando su rol como mediador entre el aprendizaje y el contexto educativo. Esta mediación requiere una ética profesional que priorice el cuidado, la dignidad y la inclusión de todos los estudiantes, especialmente aquellos en situaciones vulnerables. Los docentes actúan como gestores de climas de confianza, donde el error se ve como parte del aprendizaje y la diversidad se celebra como oportunidad de enriquecimiento. La evaluación pasa a considerar avances emocionales y sociales junto con los logros académicos, promoviendo una visión integral del desarrollo.

Asimismo, se subraya la importancia del docente y la evaluación en este proceso. El docente profesional debe actualizarse constantemente, integrando evidencias científicas con prácticas didácticas contextualizadas y respetuosas de las diferencias culturales. La evaluación, por su parte, debe ir más allá de calificaciones, incorporando indicadores de regulación emocional, estrategias de afrontamiento y

habilidades de cooperación. Esta visión permite identificar apoyos necesarios y orientar intervenciones pedagógicas que fortalezcan tanto el rendimiento como el bienestar de los estudiantes. En conjunto, se conforma un marco de enseñanza más humano y efectivo.

Por ello, la inteligencia emocional se presenta como un campo interdisciplinario que transforma la enseñanza al articular ciencia y práctica pedagógica con las realidades del entorno educativo. Su consistencia radica en comprender cómo los procesos cerebrales se traducen en estrategias didácticas pertinentes y en cómo las condiciones socioculturales, emocionales y materiales configuran las experiencias de aprendizaje. Al reconocer la dimensión ética y el papel central del docente y la evaluación, se promueve una educación que favorece el desarrollo integral, la equidad y la calidad educativa en contextos diversos.

La dimensión emocional ocupa un lugar central en el proceso de aprendizaje, integrando no solo lo cognitivo sino también lo afectivo en la experiencia educativa. En tal sentido, la formación académica exige un compromiso afectivo que acompaña a las habilidades mentales, configurando un entorno pedagógico más humano y eficaz. Esta perspectiva resalta que las emociones no son accesorias, sino constitutivas del modo en que los saberes se acercan, interpretan y se asimilan. En este marco, el aula se convierte en un espacio donde la conexión emocional facilita la apertura hacia el conocimiento y la construcción de significados compartidos. La atención se dirige hacia cómo se sienten los estudiantes al enfrentar conceptos, tareas y evaluaciones.

La emoción emerge como motor que condiciona la forma en que se atiende, se regula y se persiste ante las dificultades. Cuando un estudiante está emocionalmente implicado, el cerebro activa circuitos de atención sostenida, motivación y memoria, procesos fundamentales para la asimilación profunda. Este vínculo entre emoción y cognición sugiere que las estrategias pedagógicas deben contemplar no solo la presentación de contenidos, sino también la creación de contextos afectivos que sostengan la curiosidad y la seguridad psicológica. Así, la

enseñanza puede favorecer una participación más autógena y comprometida con el aprendizaje.

La inteligencia emocional ha aportado valiosas comprensiones sobre cómo las emociones positivas influyen en el aprendizaje. La curiosidad, el entusiasmo y el disfrute no solo enriquecen la experiencia educativa, sino que también potencian la plasticidad cerebral. De este modo, las experiencias emocionales positivas pueden facilitar la consolidación de nuevos aprendizajes, acelerando la transición de la memoria a corto plazo a la memoria de larga duración. Este enfoque resalta la importancia de diseñar actividades que despierten interés genuino y conexiones significativas con las metas del alumnado.

La relación entre emoción y aprendizaje también se manifiesta en la capacidad de gestionar estados emocionales durante el proceso educativo. Las emociones pueden actuar como sostén o como obstáculo, dependiendo de si se cultivan estrategias de regulación y apoyo afectivo. Los docentes tienen un rol clave al promover ambientes donde expresar inquietudes, celebrar logros y normalizar el error como parte del aprendizaje. Este clima emocional adecuado favorece la atención, la participación y la resiliencia ante retos académicos.

En tal sentido, la dimensión emocional no es un complemento, sino una pieza central que condiciona la calidad del aprendizaje y la comprensión de los saberes. La evidencia señala que emociones positivas fortalecen la atención, la memoria y la plasticidad cerebral, mientras que una gestión emocional adecuada sostiene la motivación y la autonomía. Por ello, las prácticas pedagógicas deben integrar explícitamente estrategias que favorezcan la regulación emocional, la curiosidad y la participación activa. Así se promueve un aprendizaje más profundo, significativo y sostenible.

Desde una visión teórica, aplicar principios de la inteligencia emocional en la formación de los estudiantes implica crear ambientes de aprendizaje que estimulen múltiples áreas cerebrales mediante actividades variadas y significativas. Por ejemplo, incorporar actividades lúdicas, visuales y kinestésicas puede facilitar conexiones más fuertes y duraderas. Además, reconocer el papel de las emociones

en el proceso de aprendizaje permite asumir estrategias que reduzcan la ansiedad y aumenten la motivación intrínseca, factores clave para mejorar el rendimiento y el desarrollo personal y social, como punto clave en la idea de contextualizar la educación. La atención a estos aspectos contribuye a un aprendizaje más integral y adaptado a las necesidades individuales de cada estudiante.

Asimismo, esta perspectiva favorece el desarrollo de habilidades metacognitivas en los alumnos, ayudándolos a entender cómo aprenden mejor y a gestionar sus propias emociones durante el proceso. La inteligencia emocional promueve metodologías activas que involucran al estudiante en su propio aprendizaje desde los procesos de interacción que se gesta en los espacios formativos, fomentando su autonomía y confianza. Esto resulta fundamental para superar las barreras emocionales que muchas veces limitan su participación e interés por consolidar una serie de conocimientos que son básicos pero significativos para los estudiantes en sus experiencias educativas.

Desde esta línea investigativa, se concluye que integrar los conocimientos de la inteligencia emocional para la formación en la búsqueda del desarrollo académico representa una estrategia prometedora para mejorar significativamente los resultados académicos. Al considerar cómo funciona el cerebro en relación con los procesos cognitivos y emocionales, los docentes pueden asumir intervenciones pedagógicas más efectivas y humanas. La adopción de enfoques de la inteligencia emocional no solo favorece el logro de competencias sociales y educativas sino también contribuye al bienestar emocional y al desarrollo integral de los estudiantes en un mundo cada vez más interconectado.

Es importante destacar que esta transformación requiere una formación continua e interdisciplinaria para los docentes. Por tal motivo, la actualización en conocimientos de la inteligencia emocional les permitirá implementar prácticas pedagógicas basadas en evidencia científica sólida. De esta manera, se logrará una formación contextualizada, motivadora y efectiva, alineada con las demandas actuales de una sociedad globalizada donde dominar este conocimiento es

fundamental para acceder a nuevas oportunidades educativas en el contexto educativo actual.

Ante ello, la inteligencia emocional, desde aspectos cognitivos y afectivos, donde se constituyen un conjunto de disciplinas científicas que se dedican al estudio de las correlaciones existentes entre los procesos cerebrales y una amplia variedad de manifestaciones conductuales. Este enfoque interdisciplinario permite comprender cómo las funciones cerebrales influyen en aspectos como la atención, la memoria, las emociones y el razonamiento, aspectos fundamentales en el proceso de aprendizaje específicos y propios del contexto actual. La integración de estos conocimientos facilita el diseño de estrategias pedagógicas que consideren no solo los aspectos cognitivos, sino también los emocionales, promoviendo así un aprendizaje más completo y efectivo.

Desde el enfoque de inteligencia emocional, se debe entender que el razonamiento lógico requiere la participación coordinada de distintas regiones cerebrales encargadas de procesar, almacenar y utilizar la información obtenida durante la formación contextual que tanto se amerita. Estas regiones incluyen áreas como la corteza prefrontal, responsable de funciones ejecutivas y toma de decisiones; el hipocampo, involucrado en la memoria y el aprendizaje; y las áreas temporales y parietales relacionadas con el procesamiento del lenguaje. La interacción eficiente entre estas regiones es esencial para que los estudiantes puedan comprender reglas gramaticales, construir argumentos coherentes y aplicar conocimientos lingüísticos en diferentes contextos comunicativos.

Desde una perspectiva teórica, esta coordinación para el desarrollo del aprendizaje subraya la importancia de metodologías didácticas que estimulen múltiples áreas cerebrales simultáneamente. Por ejemplo, actividades que combinan elementos visuales, auditivos y kinestésicos pueden facilitar conexiones de aprendizajes más robustas y duraderas. Además, reconocer la participación emocional en el proceso de aprendizaje ayuda a crear ambientes motivadores donde las emociones positivas potencian la plasticidad cerebral y favorecen la adquisición del saber de forma contextualizada. La comprensión de estas

interacciones de la inteligencia emocional permite diseñar intervenciones pedagógicas más efectivas y adaptadas a las necesidades individuales.

Asimismo, entender cómo diferentes regiones cerebrales trabajan en conjunto para facilitar el razonamiento lógico en el aprendizaje tiene implicaciones importantes para la evaluación y seguimiento del progreso estudiantil. Los docentes pueden implementar actividades que promuevan no solo la memorización sino también el pensamiento crítico y la resolución de problemas complejos. Esto contribuye a desarrollar habilidades metacognitivas en los estudiantes, ayudándolos a entender sus propios procesos cognitivos y emocionales durante su formación académica.

Desde esta línea investigativa, la inteligencia emocional, desde una perspectiva cognitiva y afectiva ofrecen un marco valioso para comprender cómo funciona el cerebro en relación con el saber académico. La participación coordinada de distintas regiones cerebrales en procesos como el razonamiento lógico resalta la necesidad de asumir prácticas pedagógicas integradoras que estimulen tanto lo cognitivo como lo emocional. De esta manera, se puede potenciar no solo la adquisición de saberes sino también el bienestar emocional del estudiante, promoviendo un proceso formativo más humano, efectivo e inclusivo.

Es fundamental destacar que esta comprensión requiere una formación especializada para los docentes desde la idea de inteligencia emocional. La actualización en estos conocimientos permitirá implementar estrategias didácticas basadas en evidencia científica sobre cómo optimizar las funciones cerebrales durante el desarrollo de saberes. Así, se logrará una enseñanza más alineada con los principios de las inteligencias emocionales actuales, favoreciendo resultados académicos superiores y un desarrollo integral que considere tanto las capacidades cognitivas como afectivas del estudiante en un mundo cada vez más globalizado.

Diversos estudios han evidenciado que la aplicación de estrategias vinculadas con la inteligencia emocional en la enseñanza puede potenciar significativamente la motivación y la retención del conocimiento en los estudiantes. Por ello, se deben considerar motivaciones y percepciones detrás del acercamiento

de los educadores a las ciencias del cerebro, destaca que técnicas como la gamificación y el aprendizaje multisensorial activan diferentes áreas cerebrales, facilitando así la consolidación del lenguaje en la memoria a largo plazo. La gamificación, al incorporar elementos lúdicos y competitivos, estimula el sistema de recompensa cerebral, incrementando el interés y la participación activa de los estudiantes. Por otro lado, el aprendizaje multisensorial involucra estímulos visuales, auditivos y kinestésicos que fortalecen las conexiones de aprendizajes relacionadas con el procesamiento lingüístico, favoreciendo una adquisición más duradera del saber al ser integrado de forma holística.

Asimismo, la inclusión de estrategias que fomenten la regulación emocional contribuye a reducir la ansiedad de asumir el conocimiento y a mejorar la confianza del estudiantado en sus habilidades académicas en desarrollo. La gestión adecuada de las emociones durante el proceso de aprendizaje es fundamental para crear un ambiente propicio donde los alumnos se sientan seguros para practicar y cometer errores sin temor a ser juzgados. Esto no solo favorece un mayor compromiso con el aprendizaje, sino que también promueve una actitud positiva hacia el conocimiento y su uso en contextos reales.

Desde una visión teórica, estas investigaciones refuerzan la importancia de integrar enfoques pedagógicos basados en principios de la inteligencia emocional que consideren tanto los aspectos cognitivos como emocionales del aprendizaje. La activación de múltiples áreas cerebrales mediante estrategias innovadoras no solo mejora la memorización y comprensión del saber, sino que también aumenta la motivación intrínseca, elemento clave para sostener el esfuerzo necesario en procesos formativos complejos como acceder al saber de forma contextualizada es fundamental para dar paso a la estructuración del saber.

Además, estas estrategias contribuyen a desarrollar habilidades metacognitivas en los estudiantes, permitiéndoles gestionar mejor sus emociones y aprender a aprender. La autorregulación emocional se convierte así en un componente esencial para afrontar desafíos sociales o académicos, para mantener una actitud perseverante frente a las dificultades inherentes al proceso de

adquisición del conocimiento. Desde esta línea investigativa, se concluye que incorporar técnicas de la inteligencia artificial como la gamificación, el aprendizaje multisensorial y las estrategias para regular las emociones puede transformar positivamente los procesos pedagógicos tradicionales. Estas prácticas no solo mejoran los resultados académicos, sino que también fomentan un entorno emocionalmente saludable que motiva a los estudiantes a comprometerse activamente con su aprendizaje. En consecuencia, es imprescindible que los docentes sean capacitados en estos enfoques para asumir experiencias educativas más efectivas, humanas e inclusivas.

Ante ello, se resalta la necesidad de seguir investigando sobre cómo estas estrategias impactan diferentes contextos educativos y perfiles estudiantiles. La evidencia científica actual invita a repensar las metodologías tradicionales e integrar conocimientos centrales en la formación docente y en las prácticas pedagógicas diarias para lograr un aprendizaje holístico más motivador, duradero y significativo. La inteligencia emocional se presenta como un enfoque pedagógico innovador que ofrece una visión integral del proceso de enseñanza-aprendizaje, especialmente en el contexto educativo actual, este enfoque combina conocimientos provenientes de la inteligencia emocional, la psicología y la pedagogía para comprender cómo funciona el cerebro durante la promoción del saber académico desde la perspectiva de aprendizaje centrada en el contexto.

La relevancia de esta perspectiva radica en su capacidad para identificar las bases de la idea de inteligencia, emocionales y cognitivas que facilitan o dificultan el aprendizaje, permitiendo así asumir estrategias didácticas más efectivas y adaptadas a las necesidades individuales de los estudiantes. Superar las limitaciones de los métodos tradicionales es uno de los principales beneficios que aporta la inteligencia emocional. Es por ello, que, muchas prácticas pedagógicas convencionales no logran resultados significativos en la enseñanza en el contexto educativo porque desconocen cómo funciona realmente el cerebro en este proceso. La repetición mecánica, la memorización sin significado y la falta de atención a los aspectos emocionales generan desmotivación, ansiedad y dificultades para

internalizar el conocimiento requerido como esencial para el desarrollo del aprendizaje. La inteligencia emocional propone, en cambio, enfoques basados en evidencia científica que consideran las funciones cerebrales involucradas en el aprendizaje, promoviendo metodologías más humanas, motivadoras y efectivas.

Rol del docente como mediador académico desde la idea de competencia emocional

La educación básica primaria en Colombia enfrenta desigualdades estructurales, infraestructura precaria y un acceso limitado a recursos que condiciona las oportunidades de aprendizaje. Ante este panorama, la función del educador no se limita a la transmisión de contenidos, sino que se asume como un mediador crítico que puede transformar la enseñanza desde una visión holística. Este enfoque busca ir más allá de lo curricular para favorecer un desarrollo integral de los estudiantes, considerando sus contextos y necesidades singulares. La actuación docente se torna emancipadora cuando se conecta con las realidades locales y propone rutas de aprendizaje que integren lo emocional, lo social y lo cognitivo. En este marco, cada clase puede convertirse en un espacio de posibilidad frente a las limitaciones externas.

La idea de mediación implica un cambio de rol, donde el docente facilita condiciones para que los alumnos cuestionen, investiguen y construyan significado a partir de su experiencia. En contextos con recursos limitados, la creatividad pedagógica se vuelve fundamental: aprovechar recursos comunitarios, redes de apoyo y experiencias culturales para enriquecer la enseñanza. La perspectiva holística invita a considerar la interrelación entre desarrollo afectivo, habilidades básicas de lectura y escritura, y valores cívicos que fortalecen la convivencia. Este enfoque exige también una mirada crítica sobre las estructuras que reproducen desigualdades y propone rutas para disminuir brechas mediante estrategias contextualizadas.

Articular saberes pedagógicos, emocionales y culturales se presenta como una condición clave para responder a las particularidades del entorno. La

alfabetización emocional y la educación intercultural se conectan con la lectura de textos que reflejen la diversidad y las experiencias de las comunidades. Así, las experiencias lectoras dejan de ser simples ejercicios de decodificación para convertirse en prácticas de interpretación, diálogo y reflexión compartida. El profesor actúa como facilitador de un proceso en el que el alumnado puede reconocer su identidad, comprender otras miradas y construir sentidos que favorezcan su agencia. Esta articulación fortalece el clima escolar y la inclusión.

Asumir experiencias lectoras significativas implica seleccionar y adaptar materiales que sean pertinentes y accesibles, considerando variantes lingüísticas, culturales y Contextuales. En contextos de pobreza de recursos, la biblioteca escolar, los textos digitales disponibles y las plataformas comunitarias pueden convertirse en ejes centrales para promover la lectura. La tarea del educador emancipador es diseñar rutas de lectura que conecten con problemáticas reales de la comunidad, promoviendo empatía, pensamiento crítico y colaboración entre pares. De este modo, la lectura no es un fin en sí mismo, sino un medio para desarrollar capacidades integrales.

La práctica emancipadora también implica trabajar la participación activa de las familias y la comunidad. La escuela se abre a saberes locales, tradiciones y expresiones culturales, reconociendo su valor educativo. Al incorporar prácticas de convivencia, resolución de conflictos y cooperación, se fortalecen las habilidades emocionales y sociales necesarias para la vida en sociedad. Este enfoque exige evaluación formativa y contextualizada que valore avances en comprensión lectora, pensamiento crítico y habilidades socioemocionales, más allá de pruebas estandarizadas. La educación, así organizada, se sitúa como motor de transformación social.

En tal sentido, construir una educación básica primaria emancipadora en Colombia demanda un cambio de perspectiva: educadores mediadores que articulen saberes pedagógicos, emocionales y culturales; prácticas lectoras significativas y contextualmente relevantes; y una colaboración estrecha con las comunidades para reducir desigualdades. Este camino transforma la enseñanza de

un simple acto de transmisión en una praxis que emancipa, empodera y acompaña a los niños y niñas en su desarrollo integral, respetando sus particularidades y potenciando su agencia.

La educación, desde la perspectiva de la inteligencia emocional, requiere un cambio profundo en la visión y las prácticas pedagógicas del personal docente para adaptarse a los avances científicos que revelan cómo funciona el cerebro infantil. Los descubrimientos en las ciencias educativas muestran que el aprendizaje en esta etapa es altamente plástico y sensible a las experiencias, por lo que las metodologías tradicionales deben ser revisadas y enriquecidas con estrategias que favorezcan conexiones de la inteligencia emocional. Este cambio implica abandonar enfoques centrados únicamente en la transmisión de conocimientos para adoptar prácticas que promuevan el desarrollo integral, emocional, social y cognitivo de los niños y niñas.

En un contexto de rápida transformación digital, los docentes deben incorporar en su labor pedagogía basada en evidencias de la inteligencia emocional que reconozcan cómo las tecnologías afectan el aprendizaje. La inteligencia emocional señala que el uso adecuado de recursos digitales puede potenciar habilidades como la atención, la memoria y la creatividad si se integran de manera intencionada y contextualizada. Por ello, es fundamental que los educadores actualicen sus conocimientos para diseñar experiencias de aprendizaje significativas, estimulantes y seguras, que respondan a las necesidades particulares de cada estudiante en un entorno digital cambiante.

Asimismo, este cambio pedagógico requiere una formación continua del personal docente en aspectos relacionados con el funcionamiento cerebral infantil y las mejores prácticas didácticas basadas en la inteligencia emocional. La actualización profesional debe incluir conocimientos sobre cómo estimular áreas cerebrales específicas mediante actividades lúdicas, sensoriales y afectivas, promoviendo así un aprendizaje más efectivo y duradero. Solo mediante una formación sólida será posible transformar las prácticas tradicionales en acciones pedagógicas alineadas con los descubrimientos científicos actuales.

La educación basada en la inteligencia emocional demanda un cambio profundo en la visión y las prácticas pedagógicas del personal docente. Ante los nuevos descubrimientos científicos, surge la necesidad de integrar conocimiento emocional con enfoques didácticos modernos que respondan a las realidades de la infancia en la era digital. Este giro implica pasar de un modelo centrado en contenidos a uno que coloque el bienestar y la regulación emocional como fundamentos del aprendizaje. Los docentes deben orientar su acción hacia la construcción de climas de confianza, seguridad afectiva y apertura al error como parte del proceso cognitivo. Así, la educación deja de verse solo como transmisión de información para convertirse en mediación de habilidades para la vida.

La era digital en la que vivimos exige transformar las prácticas para aprovechar las herramientas tecnológicas sin perder de vista la dimensión humana. Las tecnologías pueden favorecer la autorregulación, la atención sostenida y la colaboración, pero requieren vínculos claros entre herramientas y procesos emocionales. Los docentes deben diseñar experiencias de aprendizaje que integren inteligencia emocional, alfabetización digital y pensamiento crítico. Esto implica planificaciones que contemplen momentos de reflexión, diálogo e interpretación de emociones en contextos virtuales, híbridos o presenciales. En este marco, la competencia emocional no es accesorio, sino motor del aprendizaje significativo.

Los avances científicos en neurociencia y psicología educativa ofrecen evidencias sobre cómo las emociones influyen en la memoria, la motivación y la toma de decisiones. Incorporar estas evidencias implica justificar prácticas con fundamentos, no modas pedagógicas. Es esencial que los docentes entiendan cómo regular impulsos, gestionar frustraciones y cultivar empatía para favorecer la atención, la memoria y la resolución de problemas. La formación continua debe incluir contenidos sobre regulación emocional, atención y aprendizaje social, con estrategias aplicables en aulas diversas. Este vínculo entre ciencia y práctica fortalece la calidad educativa.

La educación emocional orienta a responder a las necesidades de aprendizaje de niños y niñas en una era cambiante, donde la rapidez de la

información y la conectividad afectan las dinámicas escolares. Diseñar ambientes que favorezcan la curiosidad, la resiliencia y la cooperación se vuelve prioritario. Las prácticas deben promover la seguridad psicológica, el manejo de conflictos y la escucha activa como condiciones para la exploración cognitiva. En este contexto, la evaluación debe considerar el progreso emocional junto con el rendimiento académico, evitando reduccionismos. Así se promueve un aprendizaje más humano y sostenible.

Con base en estas premisas, es posible esbozar bases para una mejor calidad de vida educativa y personal. La escuela debe convertirse en un espacio donde aprender a regular emociones, gestionar estrés y cultivar relaciones positivas. La formación del profesorado debe contemplar experiencias de aprendizaje emocional, mentoría y comunidades de práctica que compartan estrategias efectivas. Las políticas institucionales deben apoyar condiciones para incorporar herramientas digitales de forma crítica y ética, fomentando la autonomía responsable de los estudiantes. En última instancia, la educación emocional bien integrada contribuye a comunidades escolares más saludables y a una vida adulta con mayor bienestar.

Otro aspecto importante es que la inteligencia emocional impulsa una mirada más humanista y respetuosa hacia los niños y niñas, considerando sus ritmos individuales y sus contextos culturales. La práctica pedagógica debe dejar de ser uniformadora para convertirse en un proceso flexible e inclusivo que valore las diferencias individuales. Esto permitirá atender mejor las necesidades específicas de cada niño, fomentando su autonomía, autoestima y bienestar emocional, elementos esenciales para construir una base sólida para su desarrollo integral.

El cambio también implica promover ambientes educativos enriquecidos con estímulos adecuados al desarrollo cerebral infantil. Los espacios deben ser seguros, afectivos y desafiantes al mismo tiempo, donde el juego sea protagonista como medio natural para aprender. La inteligencia emocional sostiene que el juego activa múltiples áreas cerebrales relacionadas con la resolución de problemas, la

creatividad y las habilidades sociales; por ello, las prácticas pedagógicas deben favorecer estas experiencias para potenciar un aprendizaje holístico.

Ahora bien, adoptar una visión emocional en la educación contribuye a sentar bases sólidas para mejorar la calidad de vida futura de los niños y niñas. Al responder a sus necesidades cognitivas y socioemocionales desde una perspectiva científica actualizada, se fomenta su bienestar integral y su capacidad para afrontar los desafíos de una sociedad digital cambiante. Este enfoque transforma no solo las prácticas educativas sino también la percepción del rol del docente como facilitador del desarrollo cerebral saludable, promoviendo así una educación más efectiva, inclusiva y humanizadora.

Por otra parte, la inteligencia emocional en la educación está en un proceso dinámico de desarrollo, impulsado por los avances continuos en la investigación emocional. Este carácter evolutivo implica que los conocimientos sobre cómo aprende el cerebro y qué estrategias son más efectivas cambian con el tiempo, por lo que los docentes deben mantenerse actualizados para incorporar las mejores prácticas basadas en evidencia científica. La actualización constante permite a los educadores adaptar sus metodologías a las nuevas comprensiones del funcionamiento cerebral, optimizando así el proceso de enseñanza-aprendizaje en esta etapa crucial.

Este enfoque subraya la importancia de la formación profesional continua, ya que solo mediante una capacitación permanente los docentes podrán integrar en su práctica educativa los hallazgos más recientes. La incorporación de conocimientos actualizados sobre inteligencia emocional, atención, memoria y emociones, por ejemplo, puede transformar las actividades cotidianas en experiencias más efectivas y significativas para los niños y niñas. Además, estar al tanto de estos avances ayuda a evitar prácticas obsoletas o ineficaces que no responden a las necesidades reales del desarrollo académico en un contexto contemporáneo.

La competencia emocional es un constructo dinámico que evoluciona a medida que avanza la investigación en neurociencia, psicología educativa y pedagogía. Este carácter cambiante obliga a un seguimiento constante por parte de

los docentes para adaptar estrategias, métodos y criterios de evaluación. Mantenerse actualizado facilita la alineación entre evidencia científica y práctica diaria en el aula, evitando la rigidez de enfoques desfasados. De este modo, la enseñanza puede responder con mayor pertinencia a las necesidades emocionales y cognitivas de los estudiantes. La actualización permanente se convierte en una competencia clave para la calidad educativa.

En este marco, los educadores deben seleccionar fuentes confiables y de alto rigor metodológico para incorporar nuevos hallazgos. Revisar revistas especializadas, protocolos de investigación y guías de buenas prácticas permite traducir la evidencia en acciones pedagógicas concretas. Además, la revisión crítica ayuda a identificar límites, sesgos y contextos específicos que puedan influir en la aplicabilidad de los resultados. Así, la práctica educativa se fortalece mediante una relación estrecha entre investigación y experiencia en el aula. Asimismo, la implementación de descubrimientos recientes requiere un enfoque ético y reflexivo. Considerar cuestiones de privacidad, consentimiento y bienestar emocional al aplicar nuevas herramientas o estrategias es fundamental.

Los docentes deben evaluar riesgos y beneficios, adaptando intervenciones a la realidad de su alumnado y a las características socioculturales de su institución. Este compromiso ético sustenta una práctica responsable y sostenible de la competencia emocional. La actualización continua también implica promover la formación profesional colaborativa. Intercambiar experiencias, resultados y desafíos con colegas, especialistas y familias facilita la construcción de comunidades de práctica. Estas redes permiten testear ideas, obtener retroalimentación y enriquecer las perspectivas sobre qué funciona en contextos específicos. La colaboración fortalece la confianza en las estrategias empleadas y favorece su replicabilidad.

Otro aspecto clave es la capacidad de discernir entre innovaciones efectistas y mejoras respaldadas por evidencia sólida. No todo lo novedoso garantiza impacto positivo en el aprendizaje emocional. Por ello, es esencial aplicar criterios de evaluación rigurosos, pilotar intervenciones y medir efectos en variables relevantes

como regulación emocional, empatía y bienestar. Este enfoque crítico protege contra modas pedagógicas y favorece la efectividad sostenida.

Asimismo, el autor enfatiza que la actualización en la inteligencia emocional no solo beneficia la calidad del proceso educativo, sino que también contribuye a una mayor confianza y competencia profesional del docente. Cuando los educadores conocen las bases científicas que sustentan sus estrategias pedagógicas, pueden fundamentar sus decisiones con mayor seguridad y coherencia. Esto favorece un ambiente de enseñanza más reflexivo e innovador, donde se prioriza el bienestar integral del niño y se fomenta un aprendizaje más efectivo y adaptado a sus ritmos individuales.

Por otro lado, la constante evolución de la inteligencia emocional plantea desafíos relacionados con la disponibilidad de recursos y acceso a información actualizada. Es fundamental que las instituciones educativas promuevan espacios de formación continua y faciliten el acceso a publicaciones científicas, talleres especializados y redes de colaboración entre profesionales. De esta manera, se crea una comunidad educativa comprometida con el aprendizaje permanente y con la implementación de prácticas pedagógicas fundamentadas en los últimos descubrimientos científicos.

Por tal motivo, se debe reflexionar sobre la responsabilidad ética del docente como mediador del conocimiento científico en el aula. La actualización constante no solo implica adquirir información nueva sino también discernir qué hallazgos son relevantes y aplicables en contextos específicos. La práctica basada en evidencia requiere una actitud crítica y reflexiva para integrar los conocimientos científicos de manera responsable y efectiva, siempre orientada al bienestar y desarrollo integral de los niños y niñas en su formación académica.

Por otra parte, el desarrollo cerebral sigue un patrón ordenado y predecible, lo cual es fundamental para orientar las prácticas pedagógicas en la educación primaria. Comprender este proceso permite a los docentes planificar experiencias de aprendizaje que se ajusten a las etapas específicas del desarrollo cerebral, facilitando así una intervención más efectiva y adecuada a las capacidades de cada

niño. Al conocer qué áreas cerebrales están en proceso de maduración en diferentes edades, los educadores pueden seleccionar actividades que potencien esas habilidades en el momento oportuno, promoviendo un crecimiento armónico y equilibrado.

Este conocimiento también ayuda a evitar enfoques pedagógicos que puedan ser demasiado tempranos o demasiado tardíos para ciertas habilidades, reduciendo la frustración y favoreciendo la motivación del niño por aprender. Por ejemplo, si se sabe que la corteza prefrontal, relacionada con funciones ejecutivas como la planificación y el control emocional, se desarrolla progresivamente hasta la adolescencia, los docentes pueden diseñar actividades que fortalezcan estas habilidades en el momento adecuado. Esto contribuye a una educación más centrada en las necesidades evolutivas del niño y en su potencial de desarrollo.

Además, entender el orden del desarrollo cerebral permite a los educadores identificar posibles retrasos o dificultades tempranas, facilitando intervenciones oportunas y preventivas. La detección temprana de alteraciones en áreas específicas puede marcar la diferencia en el proceso de aprendizaje y socialización del niño, garantizando una atención más inclusiva y personalizada. En este sentido, el conocimiento del orden de desarrollo cerebral actúa como una guía valiosa para crear ambientes educativos que apoyen integralmente a cada niño según su etapa evolutiva. Ahora bien, esta comprensión también fomenta una mayor empatía por parte de los docentes hacia las distintas velocidades de maduración entre los niños. Reconocer que cada cerebro se desarrolla en su propio ritmo ayuda a evitar expectativas irreales y promueve prácticas pedagógicas más flexibles y respetuosas.

Esto refuerza la importancia de ofrecer experiencias variadas y adaptadas a las diferentes etapas del desarrollo cerebral, promoviendo un aprendizaje más inclusivo y efectivo. Es por ello, que, integrar este conocimiento en la práctica educativa requiere formación continua y actualización por parte de los docentes. La ciencia del desarrollo cerebral proporciona un marco teórico sólido para fundamentar decisiones pedagógicas basadas en evidencia científica. Al hacerlo, los

educadores no solo optimizan sus estrategias didácticas, sino que también fortalecen su rol como facilitadores del crecimiento integral del niño, asegurando que las experiencias educativas sean oportunas, relevantes y alineadas con las fases naturales del desarrollo cerebral.

La inteligencia emocional se enfoca en una dimensión fundamental de las prácticas pedagógicas, ya que busca fundamentar las estrategias didácticas y metodológicas en los conocimientos de la inteligencia emocional para potenciar el aprendizaje. Este enfoque considera que comprender cómo funciona el cerebro humano permite asumir experiencias educativas más efectivas y alineadas con las capacidades cerebrales de los niños. La integración de estos conocimientos en la práctica pedagógica favorece un proceso de enseñanza más consciente, intencionado y adaptado a las etapas del desarrollo cerebral en la búsqueda de consolidar el aprendizaje.

El autor subraya además que las actitudes de los estudiantes ocupan un lugar central en el aprendizaje, especialmente en la etapa activa los centros de placer del cerebro. Cuando los niños aprenden, liberan transmisores como la dopamina, que refuerzan la motivación y el interés por aprender, facilitando así la adquisición de habilidades cognitivas, sociales y emocionales. Por ello, Barrantes sostiene que en las aulas el aprendizaje debe ser la actividad principal, ya que no solo promueve el desarrollo integral, sino que también responde a las bases de la inteligencia emocional desde el aprendizaje.

Este enfoque resalta que el aprendizaje no es solo una actividad superficial, sino un proceso profundo que estimula múltiples áreas cerebrales relacionadas con la creatividad, la resolución de problemas y las habilidades sociales. Al integrar el aprendizaje como eje central en las prácticas pedagógicas basadas en la inteligencia emocional, los docentes pueden crear ambientes estimulantes donde los estudiantes experimenten un aprendizaje natural y significativo. Además, esto favorece su bienestar emocional y su motivación intrínseca por explorar y descubrir.

Asimismo, se debe promover el aprendizaje en el aula requiere una planificación intencionada por parte del docente para garantizar que las actividades

sean enriquecedoras y respondan a los objetivos educativos. La selección de los procesos de enseñanza y aprendizaje adecuados a cada edad y etapa del desarrollo cerebral es clave para maximizar sus beneficios. Esto implica también ofrecer espacios libres para la exploración autónoma y actividades colaborativas que fomenten habilidades sociales esenciales desde temprana edad.

Por otro lado, incorporar la inteligencia emocional en la práctica pedagógica implica también valorar el tiempo dedicado al aprendizaje como una inversión en el desarrollo cerebral saludable. Reconocer su importancia desde una perspectiva científica ayuda a justificar prácticas pedagógicas centradas en experiencias vivenciales y sensoriales. Así, se fortalece una visión educativa humanista y basada en evidencias científicas que prioriza el bienestar integral del estudiante como base para un aprendizaje efectivo.

En tal sentido, los educadores deben reconsiderar su rol como facilitadores del aprendizaje activo, promoviendo ambientes donde esta actividad sea protagonista. La comprensión de cómo el cerebro aprende mediante permite asumir estrategias pedagógicas más efectivas y respetuosas con las necesidades evolutivas de los estudiantes. Tal situación, busca integrar la inteligencia emocional en las prácticas académicas no solo mejora la calidad del proceso educativo, sino que también sienta bases sólidas para un desarrollo integral saludable y feliz.

Es por ello, que la estimulación del cerebro desde la perspectiva de la inteligencia emocional va más allá de simplemente buscar el rendimiento académico; su objetivo principal es promover la formación y fortalecimiento de las sinapsis a la hora de aprender. Estas conexiones son fundamentales para el aprendizaje, ya que permiten que la información se integre, se almacene y se recupere de manera eficiente. Al motivar al estudiante a construir estas conexiones, se favorece un proceso de aprendizaje más profundo, duradero y significativo.

Figura 10. Fundamentos de teorización



La figura 10 muestra una visión que implica crear ambientes educativos que estimulen diversas áreas cerebrales mediante actividades variadas, sensoriales y emocionalmente positivas. La motivación en este contexto no solo impulsa al alumno a participar activamente, sino que también activa los centros de placer del cerebro, facilitando la liberación de transmisores como la dopamina, que refuerzan el interés y la atención. De esta manera, el aprendizaje se convierte en una experiencia enriquecedora que conecta conocimientos previos con nuevos saberes, promoviendo una comprensión más integral.

Además, esta visión fomenta una pedagogía centrada en el desarrollo cerebral individual, reconociendo que cada estudiante tiene un ritmo propio de maduración emocional. Por ello, las estrategias didácticas deben ser flexibles y adaptadas a las necesidades específicas para estimular eficazmente las sinapsis en diferentes etapas del desarrollo. La construcción de conexiones de aprendizaje sólidas sienta las bases para habilidades cognitivas superiores como el pensamiento crítico, la resolución de problemas y la creatividad.

Por otro lado, esta perspectiva también resalta la importancia de integrar aspectos emocionales en el proceso educativo. Las emociones positivas facilitan la formación de nuevas conexiones cerebrales, mientras que experiencias negativas o estresantes pueden dificultar este proceso. Por ello, promover un ambiente afectivo seguro y motivador es clave para potenciar la estimulación cerebral desde la inteligencia emocional. En tal sentido, se debe estimular el cerebro desde una mirada emocional implica mucho más que mejorar los resultados académicos: busca activar y fortalecer las redes de aprendizajes mediante experiencias significativas y motivadoras. Esto contribuye a un aprendizaje más efectivo, duradero y alineado con las capacidades naturales del cerebro humano en su proceso de desarrollo.

SECCIÓN VI

CONSIDERACIONES FINALES

La competencia emocional para el fortalecimiento del aprendizaje en los estudiantes de básica primaria se propone como un marco integrador que reconoce la interdependencia entre emociones y procesos cognitivos. En esta etapa, la capacidad para identificar y nombrar emociones facilita la atención sostenida y la memoria operativa, al reducir interferencias afectivas que obstaculizan la asimilación de contenidos. Cuando los niños aprenden a gestionar impulsos y a regular la ansiedad ante tareas escolares, emergen mejores condiciones para la concentración, la retención de información y la participación en actividades pedagógicas. Este enfoque no solo mejora la ejecución académica, sino que también promueve experiencias de aula más positivas y colaborativas. Así, la inteligencia emocional se presenta como una palanca para un aprendizaje más significativo y durable, al colocar las emociones en el centro del proceso educativo.

Un aspecto a considerar es la autorregulación emocional como antecedente directo de la autonomía cognitiva. Al enseñar estrategias simples de respiración, pausa breve y reencauzamiento de pensamientos, los estudiantes aprenden a modular reacciones ante frustraciones o errores. Esta capacidad de autorregularse favorece la persistencia ante tareas desafiantes, la planificación de pasos necesarios para completar proyectos y la utilización de estrategias metacognitivas durante la resolución de problemas. En consecuencia, el fortalecimiento emocional

se traduce en un rendimiento académico más sostenido y en una mayor satisfacción con el aprendizaje.

La empatía y las habilidades sociales constituyen otro eje central para potenciar el aprendizaje, ya que las interacciones positivas fortalecen la motivación intrínseca y la participación en actividades grupales. Mediante prácticas de escucha activa, turnos, cooperación y resolución de conflictos, los estudiantes construyen climas de aula enriquecedores que favorecen el intercambio de ideas y el aprendizaje colaborativo. La competencia emocional social también reduce la tensión interpersonal y el aislamiento, factores que pueden deteriorar la participación y el rendimiento en tareas curriculares.

En lo que respecta evidenciar el desarrollo de la competencia emocional presente en los estudiantes de educación básica, se puede destacar que la competencia emocional en los estudiantes de educación básica se manifiesta en la capacidad para reconocer y nombrar sus propias emociones, así como para comprender las emociones de sus pares. Al analizar este fenómeno, se observa que las primeras señales suelen relacionarse con la autorregulación básica, la empatía emergente y la habilidad para establecer estrategias sencillas de manejo emocional ante situaciones cotidianas en el colegio.

Una conclusión clave es que la inteligencia emocional en esta etapa funciona como cimiento para el desarrollo social y académico. Estudiantes que muestran mayor autoobservación y control emocional tienden a participar con mayor disposición en actividades colaborativas, a gestionar mejor la frustración ante retos y a mantener relaciones positivas con docentes y compañeros. Es relevante reconocer que el contexto escolar influye significativamente en la expresión de la inteligencia emocional. Un ambiente que favorece la curiosidad, la seguridad afectiva y la comunicación abierta facilita la identificación de emociones y la práctica de respuestas adaptativas, mientras que contextos estresantes pueden dificultar estas habilidades, reduciendo la participación y aumentando conflictos.

La educación emocional debe integrarse de forma intencional en el currículo, mediante estrategias que promuevan la atención plena, la resolución de conflictos y

la regulación de impulsos desde una edad temprana. Programas breves y repetidos a lo largo del año escolar pueden generar mejoras sostenibles en habilidades como la empatía, la cooperación y la resiliencia ante contratiempos. Otra conclusión importante es que la medición de la inteligencia emocional debe ser multimetodológica y longitudinal. Utilizar observaciones en el aula, autoinformes apropiados para niños, informes de docentes y proyectos evaluativos permite obtener una visión más completa de su desarrollo emocional y su relación con el rendimiento académico y las dinámicas de grupo.

Por tal motivo, hacer una interpretación de las realidades de vinculación de la competencia emocional presente en los estudiantes de educación básica apunta a la necesidad de promover su desarrollo de forma integrada con la enseñanza de contenidos. Al cultivar habilidades emocionales desde etapas tempranas, se favorece un aprendizaje más significativo, relaciones interpersonales saludables y una mejor preparación para afrontar desafíos educativos y personales en el futuro.

Ahora bien, en lo que respecta a caracterizar los factores que influyen en el aprendizaje de los estudiantes de básica primaria. La caracterización de los factores que influyen en el aprendizaje de los estudiantes de básica primaria revela una interacción compleja entre elementos individuales, familiares y escolares. Entre los factores personales destacan la motivación, la autorregulación, el desarrollo cognitivo y las diferencias de ritmo de aprendizaje, que condicionan la forma en que el niño asimila y aplica nuevos conocimientos. La diversidad de estilos de aprendizaje y las necesidades educativas especiales también emergen como componentes relevantes para diseñar estrategias inclusivas y efectivas.

En el ámbito familiar, el apoyo afectivo, las prácticas de crianza, el nivel educativo de los padres y la calidad del tiempo dedicado a actividades de aprendizaje repercuten directamente en el rendimiento y la actitud frente a la escuela. Un ambiente hogar que favorece la curiosidad, la lectura regular y la conversación sobre experiencias escolares suele traducirse en mayores niveles de participación y persistencia ante retos académicos. Los contextos escolares aportan un conjunto de condiciones que pueden facilitar o dificultar el aprendizaje. Aspectos

como la calidad de la enseñanza, la planificación curricular, la carga de trabajo, el tamaño de las clases y la disponibilidad de recursos didácticos influyen en la atención, la motivación y la posibilidad de realizar prácticas señaladas por el currículo.

Un clima de aula positivo, con normas claras y apoyo docente, favorece el bienestar y el compromiso estudiantil. La influencia de los pares también es significativa en esta etapa temprana. Las dinámicas de grupo, la colaboración en proyectos y el sentido de inclusión impactan la autoestima, la identidad académica y la seguridad para participar. Fomentar relaciones positivas entre compañeros y un ambiente de aprendizaje cooperativo puede aumentar la participación y reducir comportamientos disruptivos. Los factores culturales y socioeconómicos configuran las oportunidades de aprendizaje y las expectativas de logro.

Las diferencias en acceso a recursos, experiencias previas y modelos a seguir pueden traducirse en brechas de rendimiento. Abordar estas dimensiones exige políticas y prácticas pedagógicas que promuevan la equidad, la diferenciación y el enriquecimiento de experiencias escolares para todos los estudiantes. Es por ello, que, caracterizar los factores que influyen en el aprendizaje de la básica primaria requiere un enfoque holístico que conecte lo personal, familiar, escolar y sociocultural. Reconocer estas interacciones permite diseñar intervenciones multicomponentes, ajustadas a las necesidades de cada niño, para favorecer un aprendizaje significativo, inclusivo y sostenible a lo largo de su trayectoria educativa.

En último momento, en lo que respecta a derivar elementos teóricos sobre el desarrollo de competencias emocionales en el desempeño académico. Un eje central es la autorregulación emocional como base para la atención, la memoria operativa y la persistencia ante desafíos. Este marco permite entender cómo la gestión de impulsos y la regulación de respuestas afectivas facilita la asimilación de contenidos y la participación en tareas complejas. Ahora bien, el eje es la empatía y la competencia social como fundamento del clima de aprendizaje. Al plantear que la emoción y la interacción social influyen en la construcción de significados, se reconoce que las dinámicas de cooperación, escucha activa y resolución de

conflictos son condiciones necesarias para un aprendizaje profundo y para el desarrollo de identidad académica positiva.

Por otra parte, se debe considerar la conciencia emocional y la metacognición afectiva. Los estudiantes deben ser capaces de identificar sus emociones vinculadas a situaciones de aprendizaje, interpretar su impacto en el rendimiento y seleccionar estrategias adaptativas. Este eje favorece la transferencia de habilidades emocionales a contextos académicos y sociales. Por otra parte, se tiene la influencia del entorno educativo en la expresión de la inteligencia emocional. El diseño de actividades, la presencia de apoyos docentes, la retroalimentación emocional y un clima de seguridad afectiva condicionan la manifestación de competencias emocionales. Un entorno favorable facilita la experimentación, la curiosidad y la resiliencia ante errores.

Así mismo, emerge la interrelación entre inteligencia emocional y rendimiento académico. La evidencia sugiere que habilidades emocionales bien desarrolladas se asocian con mayor motivación, mejor participación y menores niveles de ansiedad ante evaluaciones. Este vínculo enfatiza la necesidad de integrar prácticas emocionales en la enseñanza de contenidos. En el mismo orden de ideas se propone una visión longitudinal y formativa de la inteligencia emocional en básica primaria. La evaluación debe ser multimetológica y progresiva, incluyendo observaciones, autoinformes adaptados a la edad, informes docentes y portafolios de experiencias.

Este enfoque permite monitorear el desarrollo emocional en conexión con el progreso académico y ajustar intervenciones pedagógicas de forma oportuna. Es por ello, que, los ejes teóricos de la inteligencia emocional en la educación de básica primaria deben entrelazar autorregulación, empatía, conciencia emocional, entorno escolar, vínculo con el rendimiento y una perspectiva longitudinal. Con ello se favorece un aprendizaje más significativo y una base sólida para el desarrollo personal y social de los estudiantes.

REFERENCIAS

- Alberto, P. (2018). Inteligencia emocional y la solución de problemas sociales en los estudiantes de una universidad privada. Tesis Final del Grado. Universidad Cesar Vallejo.
- Álvarez, M., Bisquerra, R., Fita, E., Martínez, F., y Pérez, N. (2000). Evaluación de programas de educación emocional. *Revista de investigación educativa*, 18(2), 587-599. Aragón: revista digital de FEAE-Aragón sobre organización y gestión educativa (No. 12, pp. 30-33). Forum Europe de Administraciones de Educación-Aragón
- Anderson, SW, Bechara, A., Damasio, H., Tranel, D. y Damasio, AR (1999). Deterioro del comportamiento social y moral relacionado con daños tempranos en la corteza prefrontal humana. *Neurociencia de la naturaleza*, 2, 1032–1037.
- Antúnez S. (2010) La participación de las familias en la escuela. en curso-taller fortalecimiento para docentes, tema 5 identidad profesional y ética documento. Ante sindicato nacional de trabajadores de la educación. México.
<http://es.scribd.com/doc/55064089/8/la-participacion-de-las-familias-en-la-escuela>
- Arias, F. (2012). El Proyecto de investigación introducción a la metodología científica. (6ta Ed). <https://abacoenred.com/wp-content/uploads/2019/02/El-proyecto-de-investigaci%C3%B3n-F.G.-Arias-2012-pdf-1.pdf>
- Arias-Gómez, J. Villasís-Keever, M. Miranda, M. (2016). El protocolo de investigación III: la población de estudio *Revista Alergia México*. 63 (2).
<https://www.redalyc.org/pdf/4867/486755023011.pdf>

Arteaga (2022), Diseño, implementación y evaluación de un programa de intervención de educación emocional dirigido al profesorado de enseñanza no universitaria. [Trabajo de grado para optar a doctor en educación de la Universidad de Valladolid, España].

<https://uvadoc.uva.es/bitstream/handle/10324/59771/TESIS-2093-230607.pdf?sequence=1>

Ávila, A. (2021), La competencia emocional y el bienestar personal de los estudiantes de la Facultad de formación del profesorado de la Universidad Autónoma de Madrid [Trabajo de grado para optar a doctor en educación de la Universidad Autónoma de Madrid].

https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/697180/avila_munoz_ana_maria.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Barcelar, D. L. (2012). Competencias emocionales y resolución de conflictos interpersonales en el aula. Universidad Autónoma de Barcelona, Departamento de pedagogía sistémica y social. <https://www.eumed.net/tesis-doctorales/2012/lbsb/indice.html>

Belli, S. y Íñiguez-Rueda, L. (2008). El estudio psicosocial de las emociones: una revisión y discusión de la investigación actual. *Revista científica Psico*. 39 (2). <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5161611.pdf>

Benavent, Z. (2021). La Importancia de las emociones en educación infantil: una propuesta de intervención. Trabajo de grado para optar al título de Maestría en Educación Infantil en la Universidad Católica de Valencia España. <https://riucv.ucv.es/bitstream/handle/20.500.12466/2047/Benavent%20Mahiques%2C%20Zaira.pdf>

- Bernal, G. (2021). Modelo teórico pedagógico para el desarrollo de competencias emocionales en estudiantes de secundaria visto desde su contexto sociocultural. [Trabajo de grado para optar a doctor en educación de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador del Instituto Pedagógico Rural Gervasio Rubio]. <https://espacio-digital.upel.edu.ve/index.php/TD/article/view/493/470>
- Bisquerra, R. y Pérez. N. (2007). Las competencias emocionales. https://www.researchgate.net/publication/237039022_Las_competencias_emocionales
- Bisquerra, R. (2009). Psicopedagogía de las emociones. Revista de la Asociación de Inspectores de Educación de España. <https://sonria.com/wp-content/uploads/2020/03/Psicopedagogia-emociones-Bisquerra.pdf>
- Bolaños, L. (2016). El estudio socio-histórico de las emociones y los sentimientos en las Ciencias Sociales del siglo XX Revista de Estudios Sociales. 55. <https://www.redalyc.org/pdf/815/81543788015.pdf>
- Bolaños, L. (2021). El estudio socio-histórico de las emociones y los sentimientos en las Ciencias Sociales del siglo XX. Revista de Estudios Sociales. 55. <https://journals.openedition.org/revestudsoc/9762>
- Bourdieu, P y Passeron, J. (1977). La Reproducción. Elementos para una Teoría del Sistema de Enseñanza. Barcelona: Hora.
- Bjerg, M. (2019). Una genealogía de la historia de las emociones. Revista de história quinto sol. 23 (1). <https://core.ac.uk/download/pdf/235044802.pdf>
- Buceta, R. (2019). Propuesta de unidad didáctica sobre las emociones en educación infantil. [Trabajo de grado para optar a Licenciatura en Educación Infantil de la

Universidad de Sevilla].

<https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/91159/BUCETA%20MARTIN%2C%20RAQUEL.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Castellanos, L. (2021). Constructos Teóricos sobre las emociones que manifiestan los docentes de Básica Primaria en su práctica pedagógica. [Trabajo de grado para optar a Doctor en Educación de la UPEL IPRGR]. <https://espacio-digital.upel.edu.ve/index.php/TD/article/download/227/225/395>

Castellanos, L. (2021). Las Emociones de los Docentes desde su práctica pedagógica en Educación Básica Primaria.
https://www.academia.edu/97011137/Las_Emociones_De_Los_Docentes_Desde_Su_Pr%C3%A1ctica_Pedag%C3%B3gica_en_Educaci%C3%B3n_B%C3%A1sica_Primary

Constitución Política de la República de Colombia 1991. Santa Fé de Bogotá: Gaceta Constitucional.

Daniel Chabot, Michel Chabot (2009). Pedagogía emocional. Sentir para aprender. Integración de la inteligencia emocional en el aprendizaje. Primera edición: Alfaomega. Grupo Editor, México, abril 2010.

Damasio, AR (1994). El error de Descartes: La emoción, la razón y el cerebro humano. Nueva York: Libros Avon

Damasio, AR (1996). La hipótesis de los marcadores somáticos y las posibles funciones de la corteza prefrontal. Transacciones de la Royal Society (Londres), 351, 1413-1420.

Decreto 1860 del Ministerio de Educación (3 de agosto 1994). Reglamenta parcialmente la Ley 115 de 1994, en los aspectos pedagógicos y organizativos generales. [Diario Oficial No 41.473].

Domínguez, G. y Lara, A. (2014). Emociones y Ciencias Sociales en el S. XX: La precuela del giro afectivo. 14(1). Athenea Digital.
<https://atheneadigital.net/article/view/v14-n1-enciso-lara>

Domínguez, J., & Nieto, B. (2022). Variables personales y escolares asociadas a la inteligencia emocional adolescente. Educación XX1, 25(1), Article 1.
<https://doi.org/10.5944/educxx1.30413>

Fidias, A. (2012). El Proyecto de Investigación Introducción a la metodología científica.
http://www.formaciondocente.com.mx/06_RinconInvestigacion/01_Documentos/EI%20Proyecto%20de%20Investigacion.pdf

González, L. (2020). El Poder de las emociones en la educación universitaria actual: inteligencia emocional. [Trabajo de grado para optar a doctor en educación de la Universidad Tecnológica de Pereira].
<https://repositorio.utp.edu.co/server/api/core/bitstreams/25193838-9a75-4b7a-b8f0-114eb856a0bc/content>

Grupo Banco Mundial (GBM), UNICEF y la UNESCO (2020). Dos años después salvando una generación. <https://www.unicef.org/lac/media/35631/file/Dos-anos-despues-salvando-a-una-generacion.pdf>

Hernández Sampieri, R. (2006). “Planteamiento del problema: objetivos, preguntas y justificación del estudio” en Metodología de la Investigación.
<https://idolotec.files.wordpress.com/2012/03/sampieri-cap2.pdf>

Herrera, L. y Buitrago, R. (2019). Emociones en la educación en Colombia, algunas reflexiones. Revista científica Praxis y Saber 10(24).

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7128570.pdf>

Jiménez, A. (2018). Las competencias emocionales y su relación con la capacidad para resolver problemas interpersonales en los estudiantes de la institución educativa “Jorge Basadre Grohmann” – Sector Oeste – Piura, 2018. [Trabajo de grado para optar a doctor en educación de la Escuela de postgrado de la Universidad Cesar Vallejo de Piura Perú].

https://repositorio.ucv.edu.pe/bitstream/handle/20.500.12692/28881/Jim%C3%A9nez_BA.pdf?sequence=1

Ley 7 (1979). Sistema Nacional de Bienestar Familiar, se reorganiza el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (24 de enero de 1979).

https://siteal.iiep.unesco.org/sites/default/files/sit_accion_files/397.pdf

Ley 115 (1994). Ley General de Educación.

https://siteal.iiep.unesco.org/sites/default/files/sit_accion_files/siteal_colombia_0393.pdf

Ley 1098 (2006). Código de la Infancia y la Adolescencia. (8 de noviembre de 2006).

https://www.oas.org/dil/esp/codigo_de_la_infancia_y_la_adolescencia_colombiana.pdf

Ley 1620 (2013). Sistema Nacional de Convivencia Escolar y Formación para el Ejercicio de los Derechos Humanos, la Educación para la Sexualidad y la Prevención y Mitigación de la Violencia Escolar.

https://oig.cepal.org/sites/default/files/2013_ley1620_col.pdf

- Liccioni, E; Mena, L; Ordoñez, E y Carrera, G. (2020). La Educación Emocional en la escuela: Estrategias para su desarrollo en tiempos de COVID-19. Revista Arjé. 14 (27). <http://www.arje.bc.uc.edu.ve/arj27/art06.pdf>
- Machado, Y. (2022). Origen y evolución de la educación emocional. Alternancia – Revista de Educación e Investigación. 4 (6).
<https://revistaalternancia.org/index.php/alternancia/article/download/819/2073/4163>
- Martínez, M. (1996). Comportamiento Humano. Nuevos Métodos de investigación. México: Ed. Trillas
- Matos, Z. y Matos, C. (2010). La construcción del marco teórico en la investigación educativa. Apuntes para su orientación metodológica en la tesis. EduSol. 10 (31). <https://www.redalyc.org/pdf/4757/475748670010.pdf>
- Mendieta, G. (2015). Informantes y muestreo en investigación cualitativa Investigaciones Andina. 17 (30).
<https://www.redalyc.org/pdf/2390/239035878001.pdf>
- Organización Mundial de la Salud (OMS 2022). Informe mundial sobre la salud mental Transformar la salud mental para todos.
https://iris.paho.org/bitstream/handle/10665.2/57878/9789275327715_spa.pdf?sequence=5
- Palma-Delgado, G. y Barcia-Briones, M. (2020). El estado emocional en el rendimiento académico de los estudiantes en Portoviejo, Ecuador. Revista científica dominio de las ciencias. 6 (2).
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7467934.pdf>

- Pérez, N. y Filella, G. (2019). Educación emocional para el desarrollo de competencias emocionales en niños y adolescentes. *Praxis & Saber*, 10(24).
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7128561.pdf>
- Pinedo, A. y Yáñez, J. (2018). Las emociones: una breve historia en su marco filosófico y cultural en la Antigüedad. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 39(119)- <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6964822.pdf>
- PNUD, Fundesuperior, Fundación Empresarios por la Educación, UNICEF y Ministerio de Educación Nacional (2016-2026). Plan Decenal de Educación 2006-2016. https://www.mineduacion.gov.co/1759/articles-392916_recurso_1.pdf
- Ricoy, C. (2006). Contribución sobre los paradigmas de investigación Educação. *Revista do Centro de Educação*. 31 (1).
<https://www.redalyc.org/pdf/1171/117117257002.pdf>
- Rodríguez de los Ríos, L; Carbajal, Y; Narvaez, T y Gutierrez, R. (2020). Impacto emocional por COVID-19 en estudiantes universitarios. Un estudio comparativo. *Revista sobre Educación y Sociedad Educa*. 1 (16).
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7871357.pdf>
- Romero, Y. (2022). Relación entre las Emociones y el Desarrollo Profesional de maestros en servicio de la Básica Primaria en el contexto de la Educación en Ciencias. [Trabajo de grado para optar a doctor en educación de la Universidad Pedagógica Nacional en Bogotá D.C].
<http://repository.pedagogica.edu.co/bitstream/handle/20.500.12209/17365/Relaci%C3%B3n%20entre%20las%20emociones?sequence=1&isAllowed=y>

- Salazar-Escorcia, L. (2020). Investigación Cualitativa: Una respuesta a las Investigaciones Sociales Educativas. CIENCIAMATRIA Revista Interdisciplinaria de Humanidades, Educación, Ciencia y Tecnología. VI (11). <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7390995.pdf>
- Sánchez, D. (2023). La Neurodidáctica una mirada al proceso de Enseñanza aprendizaje En Programas Del Área De Rehabilitacióncasouniversidadde Pamplona. [Trabajo de grado para optar a grado de Doctor de la UPEL IPRGR], <https://espacio.digital.upel.edu.ve/index.php/TD/article/view/687/616>
- Tarantino-Curseri, S. (2005). Breve recorrido histórico de la Emoción: desde Platón hasta Damásio y la Toma de Decisiones. <https://ojs.urbe.edu/index.php/cicag/article/download/2005/1908?inline=1#fn:3>
- Tecpa, W. (2020). Competencias emocionales autopercibidas en los docentes. <https://repositorioinstitucional.buap.mx/items/ad35338a-94d2-4b2a-9534-d45fdf79bf81>
- Torres, I. (2020). Relación entre la importancia, necesidad y presencia de las Competencias Emocionales en la formación de Licenciados en tres contextos universitarios de Colombia. [Trabajo de grado para optar a doctor en educación de la Universidad Cuauhtémoc en la ciudad de Pereira]. <https://uconline.mx/comunidadead/application/views/repositoriodesis/TesisFinalIngridSeleneTorresRojas.pdf>
- UNICEF (1989). Convención Internacional de los Derechos del Niño CIDN. (20 de noviembre de 1989). <https://www.un.org/es/events/childrenday/pdf/derechos.pdf>
- UNESCO. (2020). Promoción del bienestar socioemocional de los niños y los adolescentes durante las crisis. OCDE. <https://doi.org/10.1787/9789264226159>

Vallés, A. (2005). Programa de refuerzo de las habilidades sociales. Editorial Benacantil.